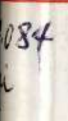
I. MAISKI

QUIEN AYUDO A HITLER





I. MAISKI
Académico

QUIEN AYUDO A HITLER



EDITORIAL PROGRESO
MOSCU

Академик И. М. МАЙСКИЙ

КТО ПОМОГАЛ ГИТЛЕРУ

(Из воспоминаний советского дипломата)

На испанском языке

Traducido del ruso por Isidro R. Mendieta

PREFACIO

En ciertos medios del extranjero se ha creado una falsa leyenda, ampliamente difundida, sobre la conducta del Gobierno soviético en vísperas de la segunda guerra mundial. Esta leyenda consiste, en esencia, en lo siguiente.

Se afirma falazmente que la Unión Soviética jugó con dos barajas durante la primavera y el verano de 1939 (de marzo a agosto). De una parte, sostuvo negociaciones públicas con Inglaterra y Francia para firmar un pacto de asistencia mutua de las tres potencias contra la Alemania hitleriana; de otra, sostuvo paralelamente, a espaldas de Inglaterra y Francia, negociaciones secretas con la Alemania hitleriana con vistas a concluir un acuerdo enfilado contra las "democracias occidentales". Se afirma también que la Unión Soviética tomó como pretexto diversas minucias insubstanciales para prolongar de manera artificial las negociaciones con Inglaterra y Francia en espera de que terminasen las que sostenía con Alemania. Y cuando, a pesar de todo, llegó el momento de firmar el pacto tripartito, la URSS, según los autores de esos infundios, cambió bruscamente de posición, rompió con Inglaterra y Francia y concluyó con Alemania un acuerdo, que fue (de ello se habla de ordinario con vaguedad premeditada) poco menos que una alianza militar contra Inglaterra y Francia. Nuestros adversarios dicen, por último, que la firma del acuerdo de la Unión Soviética con Alemania abrió las puertas para la agresión de Hitler a Polonia, Inglaterra y Francia y que, en virtud de ello, recae sobre la Unión Soviética la responsabilidad por el desencadenamiento de la segunda guerra mundial.

Esta aviesa leyenda, cuyo origen se remonta a 1939 y 1940, ha sido retocada y completada sistemáticamente con toda clase de detalles en el período postbélico, ha dado vida a numerosas variantes y ha sido difundida ampliamente por políticos, periodistas e historiadores de Occidente. La malvada leyenda aparece incluso en documentos diplomáticos de la mayor importancia de los gobiernos capitalistas, comprendidas algunas notas del Presidente Eisenhower.

Pese a todo, la leyenda en cuestión es un modelo clásico de falsificación burguesa de la historia, destinado a los des-

memoriados y a vastos sectores que no conocen con detalle los verdaderos hechos de las relaciones internacionales. En este caso, la falsificación es doble. Primero, se tergiversan burdamente los acontecimientos de la primavera y el verano de 1939. Segundo, se los toma aisladamente, desconectados del pasado, en el que tienen su origen, impidiendo así que sean comprendidos y valorados como es debido. Y para que les sea más fácil, como dicen los norteamericanos, "vender" esta falsificación al gran público, sus autores han evitado de ordinario describir con detalle la historia de las negociaciones tripartitas. Han preferido hablar de ellas "en general", de manera breve y sumaria, sin detalles, arrancando de la supuesta tesis "de todos conocida" –y que, por tanto, no necesita demostración– de que la Unión Soviética es la culpable de que fracasaran las negociaciones.

En las páginas que siguen les daré a conocer la verdad de lo que ocurrió efectivamente en las relaciones de la URSS con Inglaterra, Francia y Alemania durante la primavera y el verano de 1939. Me encuentro para ello en una situación privilegiada. De una parte, como embajador soviético en Londres en aquellos días, fui testigo y partícipe de las negociaciones tripartitas de 1939 entre la URSS, Inglaterra y Francia. De otra parte, como historiador, he tenido posibilidad de estudiar en el período postbélico todo lo escrito (documentos, memorias, monografías, etc.) y publicado después de la segunda guerra mundial acerca de las vísperas de ésta.

Sin embargo, para que la verdad que me propongo relatarles sea la más pura verdad, debo empezar mi exposición no en 1939, sino bastante antes. Esa fecha está determinada, naturalmente, por el límite que sirve de línea divisoria en la época comprendida entre las dos guerras: la subida del nazismo al Poder en Alemania.

Además, esa fecha del comienzo del relato es muy cómoda para mí. He decidido dar la forma de recuerdos o memorias a mi narración, pues permite al lector comprender con mayor facilidad el ambiente y los acontecimientos de aquellos años, ya relativamente lejanos. Porque yo llegué a Londres como embajador de la URSS en el otoño de 1932, es decir, sólo tres meses antes del golpe de Estado nazi en Berlín.

Así, pues, tanto desde el punto de vista político general como desde el personal resulta singularmente propicio ini-

ciar el relato con las primeras impresiones de mi estancia en Inglaterra.

Aunque los acontecimientos de que me propongo hablar ocurrieron hace más de veinte años, tienen viva semejanza con los de nuestros días.

En efecto, entonces, como hoy, negros nubarrones precursores de tormenta cerraban el horizonte político internacional. Entonces, como hoy, el problema de si habría de desencadenarse una guerra mundial era el fundamental para toda la humanidad. Entonces, como hoy, el campo del socialismo, representado en aquellos días únicamente por la Unión Soviética, defendía con todas sus fuerzas la causa de la paz, en tanto que el campo del capitalismo, que agrupaba a todos los demás países y Estados, ansiaba ciega y criminalmente la guerra y, en fin de cuentas, llevó a la humanidad a una terrible catástrofe. Cuando se escuchan ahora los discursos de los líderes actuales del capitalismo, se piensa con frecuencia: lo mismo decían Chamberlain y Daladier en los años 30. Por lo visto, los hijos no han aprendido nada de la experiencia de los padres.

¿Significa esto, sin embargo, que las cosas deban terminar también ahora en una conflagración universal, más espantosa aún que la anterior?

No, no significa eso, pues la correlación de fuerzas en la palestra internacional ha cambiado substancialmente durante los veinte años últimos.

Entonces no había más que un Estado socialista en nuestro planeta: la URSS; hoy existe toda una constelación de ellos. Más de un tercio de la humanidad forma en nuestros días bajo la bandera del socialismo. Otra tercera parte está integrada por los países neutrales, que son también defensores de la paz y enemigos de la guerra. En el campo del capitalismo militante queda sólo alrededor de un tercio del género humano. Mas incluso dentro de él hay no pocos amigos de la paz. Y precisamente esta correlación de fuerzas en la palestra internacional nos da motivos para considerar que la tercera guerra mundial no es inevitable, ni mucho menos, y que puede ser conjurada con la debida actividad y energía de las fuerzas adictas a la paz.

En tales condiciones es útil recordar lo que ocurrió en vísperas de la segunda conflagración universal. Importa, sobre todo, mostrar la fenomenal ceguera histórica de los gobiernos de las potencias occidentales de aquellos tiempos, que no

vieron ni quisieron ver el abismo a que arrastraban a la humanidad. El cuadro vivo de esa ceguera –derivada de su odio al comunismo, al Estado soviético– y de sus funestas consecuencias puede ayudar a los elementos más sensatos del campo capitalista de nuestros días a asimilar las enseñanzas del pasado reciente y, con ello, facilitar la victoria de las fuerzas de la paz sobre las fuerzas de la guerra.

EL AUTOR

Hasta 1939

INSTRUCCIONES DEL GOBIERNO SOVIETICO

En el otoño de 1932 fui nombrado embajador de la URSS en Inglaterra, y a fines de octubre salí para Londres después de recibir el "agrement" del Gobierno inglés.

¿Qué tareas me señaló el Gobierno soviético? ¿Con qué propósitos, planes y estado de ánimo partí para mi nuevo lugar de trabajo?

Puedo afirmar con pleno convencimiento que el Gobierno soviético me envió como mensajero de paz y amistad entre la URSS y la Gran Bretaña y que yo acepté con alegría y agrado el cumplimiento de esta misión. Sin sobrestimar en modo alguno mis propias fuerzas, decidí de antemano hacer todo lo posible para mejorar las relaciones entre Moscú y Londres. Las causas a que obedecían las indicadas aspiraciones del Gobierno soviético tenían un carácter más general y más particular.

Las causas de carácter más general consistían en la propia naturaleza del Estado soviético como un Estado pacífico, en el cual no hay clases o grupos que puedan sacar provecho de la guerra. Los obreros, los campesinos y los intelectuales —elementos sociales de que está formada la sociedad soviética— sólo pueden salir perdiendo con la guerra. Esto no significa, claro está, que sean partidarios de la paz a toda costa. ¡No, de ninguna manera! Los bolcheviques no son tolstoianos. Como se dice en una conocida canción soviética, nuestro "tren blindado" está siempre listo en el apartadero y pertrechado con el material bélico más moderno. Pero, *por propia naturaleza*, no queremos la guerra, la odiamos y procuramos evitarla en la medida que lo permiten las posibilidades humanas. Estamos enfrascados en la edificación del socialismo y del comunismo, a la que consagramos nuestra inteligencia y nuestro corazón, y no deseamos nada que pueda apartarnos de esta labor, tan entrañable, y menos aún que pueda menoscabarla seriamente. Tal ha sido y es en todo momento la línea general del Estado soviético. Y si la URSS se ha visto obligada, no obstante, a combatir no poco en sus 46 años de vida, débese ello a que la guerra *nos ha sido impuesta por las fuerzas enemigas del exterior*, que pretendían borrar de la faz de la tierra el primer país socialista del mundo. Así ocurrió en los años de la guerra civil y de la intervención extranjera. Así ocurrió también en los días de la Gran Guerra Patria de 1941-1945.

Las causas de carácter más particular que acentuaban el deseo del Gobierno soviético de vivir en paz y amistad con Inglaterra en el momento de ser yo designado embajador en Londres consistían, de una parte, en ciertas particularidades de la situación interior del país y, de otra, en el rápido crecimiento del peligro de fascistización de Alemania.

Veamos primero la situación interior de la URSS. Cuando partí para Inglaterra tocaba a su fin el cumplimiento del primer plan quinquenal. Se habían colocado ya los cimientos de nuestra nueva industria, mas los frutos de los heroicos esfuerzos que eso nos costó eran cosa del futuro. El régimen koljosiano acababa de nacer, pero la burguesía rural (los kulaks) seguía luchando contra él. El país experimentaba dificultades de víveres. Escaseaban los artículos de amplio uso y consumo. Fuera de la URSS hacía estragos una dura crisis económica (la célebre crisis de 1929-1933). Habían bajado pavorosamente los precios mundiales de las materias primas y productos alimenticios, con cuya exportación pagábamos, sobre todo, en aquellos años las máquinas que adquiríamos en el extranjero. Los ingresos de divisas eran exiguos. La industria del oro soviética se hallaba aún en las primeras etapas de su resurgimiento después de la ruina causada por la guerra civil y la intervención, así como por el mangoneo de los concesionarios de la "Lena Goldfields" en los años 20. Todo ello hacía difícil en extremo el pago puntual de la maquinaria importada para la industria. Recuerdo que en el invierno de 1932 a 1933, encontrándome ya en Londres, hubo momentos verdaderamente críticos. Sin embargo, el Gobierno soviético pagó siempre en el día y la hora señalados. Teníamos en muy alta estima la reputación de la URSS en el mercado mundial como pagadora irreprochable y no escatimábamos esfuerzos para conservarla. Todo eso, como es natural, movía al Gobierno soviético a evitar cualquier complicación en el terreno de la política exterior que pudiera crear dificultades a nuestro comercio y hacer indispensables gastos imprevistos.

Era una política noble y, además, extraordinariamente inteligente; pero ¡qué difícil resultaba mantenerla en aquellos años!

Pasemos ahora a Alemania. A fines de 1932 era evidente la plena descomposición de la República de Weimar. Los nazis avanzaban con rapidez y conquistaban una posición tras otra. La división en las filas proletarias era profunda y los socialdemócratas se negaban tozudamente a la unidad de acción con los comunistas contra el fascismo. En tales condicio-

nes se hacía muy probable la subida de Hitler al Poder. Y si ocurría eso, ¿qué efecto produciría en toda la situación internacional? ¡Cómo se reflejaría, en particular, en las relaciones germano-soviéticas? Está claro que no podía esperarse nada bueno.

Antes de salir para Londres tuve una larga conversación con Maxim Litvínov, a la sazón Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS, durante la cual me dio instrucciones generales acerca de mi futura labor en Inglaterra.

– Comprenderá, naturalmente –me explicó Litvínov–, que no son instrucciones personales mías, sino de organismos más altos.

Recuerdo muy bien aquella conversación y considero que no estará de más reproducir aquí sus partes más esenciales.

– La política exterior soviética –me dijo Litvínov– es una política de paz. Su carácter dimana de nuestros principios, de los fundamentos mismos del Estado soviético. La base de nuestra política exterior no cambia nunca, mas al llevar a la práctica esa política hay que contar con la situación internacional concreta. Alemania ha sido hasta ahora el país con el que hemos tenido las mejores relaciones, y en nuestros actos hemos procurado, en la medida de lo posible, mantener el frente único con ella o, en todo caso, tener en cuenta su posición y sus intereses. Pero se trataba de la Alemania de Weimar, que se encuentra ahora, como puede verse, en la agonía. No hay que hacerse ilusiones a este respecto. Hitler subirá al Poder de un momento a otro y la situación cambiará instantáneamente. Alemania dejará de ser "amiga" nuestra para convertirse en enemiga. Si esa es la perspectiva, ¿qué deducción debemos hacer? Evidentemente, que ahora, en aras de la política de paz, debemos probar a mejorar las relaciones con Inglaterra y Francia, sobre todo con Inglaterra como principal potencia capitalista de Europa. Es cierto que estos dos Estados han mantenido hasta ahora una actitud de hostilidad hacia nosotros. . .

Para corroborar sus ideas, Litvínov enumeró algunos de los hechos más importantes: participación dirigente de Inglaterra y Francia en la intervención de 1918-1920, ultimátum de Curzon en 1923, asalto a la ARCOS* y ruptura de las rela-

* All-Russian Cooperative Society, es decir, Sociedad Cooperativa de Rusia; en aquellos años era el organismo central del comercio soviético en Inglaterra y estaba registrada jurídicamente como compañía comercial inglesa.

ciones diplomáticas anglo-soviéticas en 1927, furiosas campañas antisoviéticas en 1930 y 1931, etc. Y luego prosiguió:

– Pero hoy la situación mundial objetiva cambia: como es lógico, los nazis levantarán un terrible alboroto revanchista en cuanto suban al Poder, empezarán a rearmarse, a exigir la devolución de las colonias, etc. Eso deberá hacer entrar en razón, al menos en parte, a los medios gobernantes de Inglaterra y Francia y obligarles a pensar en los aliados contra Alemania. Entonces se acordarán forzosamente de la Entente que existió durante la guerra mundial y, por consiguiente, de nuestro país. Ello creará un ambiente más favorable para la labor de usted en Londres. Pero no basta con confiar en el curso espontáneo de los acontecimientos. Su misión consiste en aprovechar al máximo, para bien del acercamiento anglo-soviético, la situación que pueda crearse en Inglaterra.

– Coincido con su apreciación de la situación y sus deducciones –dije–; pero ¿cómo se imagina usted las acciones concretas inmediatas?

– Me referiré únicamente a Inglaterra, que es a donde va usted –respondió Litvínov–. ¿Qué debemos tratar de conseguir allí en primer término? La máxima ampliación de nuestras relaciones con los conservadores. En la vida política de la Gran Bretaña dominan dos fuerzas: los conservadores y la oposición, integrada por liberales y laboristas. En otros tiempos, los liberales eran la fuerza fundamental de la oposición; pero esos tiempos han pasado: hoy ruedan cuesta abajo, se fraccionan y debilitan. Los laboristas desempeñan cada día más el papel principal en la oposición. Observe usted que todos los actos positivos en el terreno de las relaciones anglo-soviéticas han partido, hasta ahora, de los liberales o los laboristas. Por ejemplo, el primero e importantísimo convenio comercial concluido entre Inglaterra y la Rusia Soviética en 1921 lo firmó un Gobierno que presidía Lloyd George; el reconocimiento diplomático de la URSS en 1924 fue efectuado por el primer Gobierno laborista; el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países, rotas en 1927, fue obra del segundo Gobierno laborista en 1929. Los conservadores, por el contrario, sólo han hecho hasta ahora cosas malas. Es una lástima, porque, pese a todo, los "amos" de Inglaterra han sido y continúan siendo ellos. Y mientras no cambien de posición, nuestras relaciones con Inglaterra seguirán siendo precarias y estarán expuestas a cualquier eventualidad.

Maxim Litvínov puso orden en un montón de papeles que tenía sobre la mesa y terminó diciendo:

– En Londres hemos sostenido y sostenemos buenas relaciones con los laboristas. Estas relaciones deben ser cultivadas por todos los medios, pues tienen mucha importancia, sobre todo con vistas al futuro. Tampoco son malas nuestras relaciones con determinados grupos de liberales, y usted deberá adoptar todas las medidas oportunas para afianzarlas y ampliarlas. Pero, en cambio, no tenemos casi ninguna relación con los conservadores. ¡Y eso que son, repito, los verdaderos "amos" de Inglaterra! De ahí que su tarea primera y principal consista en romper el muro de hielo que separa nuestra Embajada londinense de los conservadores y establecer los contactos más amplios y firmes precisamente con ellos. Si lo conseguimos, habremos dado un paso de provecho en la lucha contra la agresión alemana. Medite bien los primeros pasos que se propone dar al llegar a Londres, infórmeme de ello y entonces volveremos a hablar.

Dos días después visité de nuevo al Comisario del Pueblo y le di a conocer el plan de mis primeros pasos en Inglaterra. Constaba de tres puntos principales:

1. Conceder una interviú a la prensa británica inmediatamente después de presentar las cartas credenciales.

2. Ampliar lo más posible la cadena de visitas que impone la etiqueta diplomática a un nuevo embajador, no limitándolas al reducido grupo de personas vinculadas con el Foreign Office, sino haciéndolas extensivas a diversos miembros del Gobierno, políticos destacados, hombres de la City y personalidades del mundo cultural.

3. Hacer singular hincapié en la ampliación del comercio anglo-soviético.

Litvínov aprobó mi plan y preguntó si había preparado el texto de mi próxima interviú. Le entregué el proyecto. El Comisario del Pueblo lo leyó, hizo unas cuantas correcciones de estilo de poca importancia y luego lo aprobó definitivamente. La interviú decía:

"Al entrar en funciones como embajador de la URSS en el país de ustedes, considero necesario destacar, en primer término, que el Gobierno y los pueblos de la Unión Soviética, ajenos a todo propósito agresivo, quieren vivir en paz y buena armonía con la Gran Bretaña, lo mismo que con todas las partes del Imperio Británico. La política de la URSS es una política de paz. Esta afirmación ha sido ilustrada repetidas

veces en el pasado y se ve confirmada también hoy con extraordinaria brillantez".

Para corroborar este último aserto enumeraba los pactos de no agresión firmados o en proceso de preparación para su firma entre la URSS y otros países y señalaba la posición adoptada por la delegación soviética en la Conferencia del Desarme, inaugurada en Ginebra en febrero de 1932. Luego proseguía:

"Con tanto mayor motivo trata la URSS de desenvolver las relaciones de amistad con la Gran Bretaña, con la que tan variados contactos tiene en el terreno económico. El feliz cumplimiento del primer plan quinquenal, que ha originado un inmenso crecimiento de las fuerzas productivas de la URSS, y la próxima realización del segundo plan quinquenal, que tendrá como resultado un fuerte ascenso del bienestar de las masas trabajadoras de nuestro país, constituyen una buena base para desarrollar y fortalecer las relaciones económicas sovieto-británicas y, en consecuencia, las relaciones políticas.

Tengo la esperanza de que el buen sentido, tan propio del pueblo inglés, y su capacidad, por nadie superada, para tomar en consideración los hechos (y quince años de existencia de la URSS y su desarrollo son un hecho indiscutible e ineludible) facilitarán en gran medida el cumplimiento de esta misión. El mejoramiento de las relaciones entre ambos países, además de representar el mayor bien para ellos, sería un factor de paz internacional de extraordinario volumen, lo que tiene singular importancia en estos días agitados y difíciles".

Terminaba la interviú con unas cuantas palabras de carácter personal.

"Por lo que a mí respecta –decía–, he acogido con gran satisfacción mi nombramiento como embajador de la URSS en la Gran Bretaña. Durante los veinte años últimos he vivido y trabajado repetidas veces en el país de ustedes y he tenido la oportunidad de conocer de cerca al pueblo inglés y valorar mejor la cultura inglesa. Estoy agradecido también a Inglaterra, que me concedió el derecho de asilo como exilado político en los años que precedieron a la revolución. Por ello, me consideraré singularmente feliz si logro contribuir al acercamiento entre la URSS y la Gran Bretaña".

El espíritu que impregnaba la interviú preparada por mí es tan claro que no necesita comentarios.

Mis dos conversaciones con Litvínov tuvieron lugar en la primera quincena de octubre de 1932. Pero el día 17 se recibió un telegrama de nuestra Embajada en Londres, en el que se informaba que el ministro del Exterior, sir John Simon, había denunciado el día antes por medio de una nota especial el convenio comercial anglo-soviético firmado en 1930 con el segundo Gobierno laborista. Fue un acto inesperado y manifiestamente antisoviético, del que habré de ocuparme más adelante con mayor detalle. Litvínov me llamó dos días después y me dijo:

– Usted se proponía iniciar su actividad en Inglaterra con una interviú cuyo texto he aprobado... En general, sería una declaración acertada si existieran relaciones normales entre la URSS y la Gran Bretaña. Sin embargo, después de la denuncia unilateral del convenio comercial anglo-soviético, la situación ha cambiado: Londres nos ha manifestado públicamente su animadversión. En tal situación, será mejor abstenerse de hacer declaraciones tan amistosas como las preparadas por usted.

Esa es la causa de que la citada interviú muriera antes de nacer. No obstante, la he reproducido para mostrar claramente el estado de ánimo que reinaba en Moscú cuando tomé el tren para marchar a Londres como embajador de la URSS en Inglaterra.

Repito una vez más con pleno convencimiento: el Gobierno y el pueblo soviéticos deseaban sincera y profundamente que se establecieran las mejores relaciones entre la Unión Soviética y la Gran Bretaña.

Pero, como se sabe, la amistad es un acto bilateral. No bastaba que la parte soviética deseara tener las mejores relaciones con la Gran Bretaña: hacía falta, además, que la parte inglesa tuviera también ese deseo. ¿Lo tenía?...

Dejemos que los hechos respondan a esta pregunta.

LO QUE ENCONTRE EN INGLATERRA

Cuando pienso cómo me recibió la Inglaterra gobernante en aquel lejano otoño de 1932, acuden claramente a mi memoria algunos recuerdos. No se trataba, claro está, de mí como persona, sino como embajador de la Unión Soviética y, por tanto, de la Unión Soviética como pueblo y Estado. Esos recuerdos mostrarán mejor que prolijas consideraciones cómo

respondieron las clases dominantes de Inglaterra al deseo, absolutamente sincero, de amistad y colaboración que revelaban el Gobierno y el pueblo soviéticos.

El primer recuerdo está relacionado con el comercio anglo-soviético. He dicho ya que durante los preparativos de mi viaje a Londres me señalé el propósito de dedicar una atención especial, en mi labor como embajador, a ampliar por todos los medios las operaciones comerciales entre ambos paises. Y un hecho casual quiso mostrarme de manera palpable las dificultades con que habría de tropezar precisamente en este terreno.

La víspera de mi llegada a Londres, el periódico dominical *Sunday Chronicle* "descubrió" de pronto un espantoso suceso: "Moscú" había introducido en Inglaterra de contrabando, "en ataúdes de procedencia extranjera", cerillas rusas en cuyas cajas figuraba, como marca de fábrica, ¡"el Sagrado Corazón atravesado por un puñal"! El periódico, frenético, exigió al Gobierno que adoptase las medidas más enérgicas contra semejante "sacrilegio". La sensacional noticia del *Sunday Chronicle* fue reproducida en el acto por otros muchos órganos de prensa. En los medios políticos y parlamentarios se levantó rápidamente una ola antisoviética. Empezó una furiosa campaña contra el comercio con la URSS. La atmósfera se caldeaba En vano protestó el director de ARCOS contra las estúpidas acusaciones y demostró que en las cerillas soviéticas jamás habia habido ningún emblema antirreligioso: no quisieron escucharle. No se sabe en qué habría parado todo este alboroto si, por fortuna, no se hubiera descubierto muy pronto que las famosas cajas de cerillas no habían llegado de la URSS, sino de la India, y no en "ataúdes", sino en cajones de madera de lo más prosaico. Se supo, además, que lo que menos pensaban los fabricantes de la India era cometer sacrilegios, ya que el corazón atravesado por un puñal es para los indios un símbolo sublime y hermoso.

Otro recuerdo tiene un carácter algo distinto. El 8 de noviembre de 1932 hice entrega de mis cartas credenciales al rey inglés, formalizando así jurídicamente mi situación como embajador de la URSS en la Gran Bretaña. Al día siguiente hube de asistir, ya como representante soviético, al banquete que daba anualmente el Lord-Alcalde de la City londinense al entrar en funciones*. Este banquete es una ceremonia de

* El Lord-Alcalde de la City londinense es elegido cada año.

estilo medieval, pintoresca en extremo, a la que asisten de 500 a 600 personas, la auténtica "flor y nata" de la Inglaterra capitalista. Para tener una idea de hasta dónde se llega en la selección de los concurrentes a este banquete bastará recordar, aunque sólo sea, que del Cuerpo Diplomático acreditado en Londres se invita únicamente a los embajadores. A los ministros plenipotenciarios no se les dispensa este honor. El banquete del Lord-Alcalde es también un notable acontecimiento político: el Primer Ministro o un ministro destacado pronuncia en él un extenso discurso, en el que trata alguna cuestión política importante de actualidad. A un banquete de este carácter asistí el 9 de noviembre de 1932. Y he aquí lo que sucedió en él (cito las notas que tomé entonces, a raíz de los hechos):

"La ceremonia de presentación de los invitados a medida que llegan al banquete consiste en lo siguiente: al final de un largo salón que sirve de biblioteca se encuentran, de pie sobre un pequeño estrado, el Lord-Alcalde recién elegido y su esposa. Desde la entrada del salón hasta el estrado se extiende una ancha alfombra roja oscura, por la que avanza solemnemente cada invitado. Un heraldo, vestido como en la época de los Tudor, anuncia su nombre en voz alta. El invitado recorre con lentitud la alfombra, sube al estrado y estrecha la mano del Lord-Alcalde y de su esposa. Mientras el huésped se dirige al estrado, resuenan en su honor los aplausos de quienes han llegado antes. La dosis de aplausos varía según la situación y la popularidad del invitado. Es una especie de plebiscito. Y por la cantidad de aplausos con que es acogido un invitado se puede juzgar, sin temor a equivocarse de la actitud que adopta ante él la Inglaterra gobernante.

Quiso la casualidad que me correspondiera caminar por la alfombra roja inmediatamente después del embajador japonés Matsudaira, al que se dispensó una acogida más que buena. Fue una verdadera ovación: se le aplaudió ruidosa, larga y entusiásticamente. Se veía que tanto su país como él eran muy populares entre las altas esferas inglesas. ¡Y eso a pesar del "incidente manchú"!* El heraldo anuncio después:

– ¡Su Excelencia Iván Maiski, embajador soviético!

Parecía como si una ráfaga de aire helado hubiera recorrido la sala. Todos callaron en el acto. Eché a andar por la

* Así denominaba entonces la Inglaterra gobernante la anexión del Nordeste de China por el Japón, efectuada en 1931.

alfombra roja. ¡Ni un ruido! ¡Ni un aplauso!... Me rodeaba un silencio sepulcral, un silencio de reserva y hostilidad. La suntuosa muchedumbre, agolpada a ambos lados de la alfombra, me siguió con punzantes miradas de curiosidad. Damas lujosamente ataviadas me señalaban con sus impertinentes, cuchicheaban maliciosamente y reían. En medio de este elocuente silencio recorrí lentamente, con paso firme y la cabeza bien alta, toda la alfombra y, como exige el ceremonial, estreché la mano al Lord-Alcalde y a su esposa".

¡Sí, la manifestación de sentimientos de la Inglaterra gobernante hacia la Unión Soviética había sido clara y acabada!...

He aquí otro episodio. Dos semanas después del banquete que acabo de describir se abrió el nuevo período de sesiones del Parlamento. Es también una ceremonia muy suntuosa y pintoresca, en la que parece oírse la voz de los siglos.

La apertura del Parlamento tiene lugar en el salón de sesiones de la Cámara de los Lores. Asisten los lores, que visten sus mantos rojos adornados de armiño; sus esposas, lujosamente ataviadas y alhajadas; los notables del Estado, y el Cuerpo Diplomático. El rey y la reina están sentados en el trono. Siguiendo una vieja tradición, no se deja entrar en el salón a los miembros de la Cámara de los Comunes. Un pequeño número de representantes suyos se hallan de pie (¡precisamente de pie, y no sentados!) tras una barrera especial, que cierra la salida del salón. El "Lord-Chamberlain" entrega al rey, haciendo una profunda reverencia, el texto del mensaje de la Corona. El rey se pone en pie y lo lee. Después, los reyes hacen una reverencia a todos los presentes y abandonan el salón, considerándose abierta la sesión del Parlamento.

Asistí con mi esposa a la apertura del período de sesiones de las Cámaras correspondientes, a 1932-1933, que tan dramático había de ser en la historia de las relaciones anglo-soviéticas, como veremos más adelante. De acuerdo con la etiqueta yo me encontraba con los demás embajadores a la derecha del trono, y mi esposa, con las otras embajadoras, a la izquierda. La etiqueta exige también que se asigne allí el lugar de mayor honor a las esposas de los embajadores y, sólo después de ellas, a las damas de la Corte de rango más elevado. Mi esposa era en aquel momento la más joven entre las esposas de los embajadores*, por lo que se encontraba al

* La antigüedad en el Cuerpo Diplomático depende del tiempo que el embajador lleve acreditado en el país. En el otoño de 1932, yo, que acababa

lado suyo la más conspicua representante de la aristocracia inglesa. Era la duquesa de Somerset, más vieja que Matusalén y fea como un demonio, a pesar de lo cual resplandecía cubierta de sedas y brillantes. Antes de empezar la ceremonia, la duquesa entabló conversación con mi esposa y, al darse cuenta de que era extranjera, le preguntó:

– ¿A qué país representa usted?

Mi esposa respondió con serenidad:

– Represento a la Unión Soviética.

El efecto que produjeron estas palabras fue impresionante. El rostro de la duquesa cambió de súbito, como si hubiera pisado una víbora. Enrojeció horriblemente, se le hincharon las venas en el cuello escuchimizado y sus ojos lanzaron destellos hirientes. Se apartó con brusquedad de mi esposa y exclamó colérica:

– Pues sabe usted... ¡Yo odio a los Soviets!

¡Había desaparecido sin dejar rastro la serenidad inglesa, la más elemental cortesía mundana!...

Mi esposa no se desconcertó y, a su vez, respondió bruscamente:

– En ese caso, lamento mucho que su asiento se encuentre al lado del mío*.

Este incidente –pequeño, pero tan sintomático– vino a completar maravillosamente lo ocurrido en el banquete del Lord-Alcalde.

Citaré, por último, otro recuerdo de mis primeras semanas de trabajo en Londres en calidad de embajador soviético.

Entre las personalidades oficiales que visité después de presentar al rey las cartas credenciales figuraba Neville Chamberlain, a la sazón ministro de Finanzas y, de hecho, líder del Partido Conservador. Durante la conversación, Chamberlain

---

de llegar a Londres, figuraba el penúltimo en la lista de embajadores en Inglaterra. El último era el embajador alemán, Leopold von Hoesch, que había hecho entrega de sus cartas credenciales al rey inglés el mismo día que yo, pero un cuarto de hora más tarde. Sin embargo, Hoesch era soltero, por lo que mi esposa era la embajadora más joven.

* Este incidente tuvo el siguiente desenlace diplomático. Dos días más tarde visité al señor Monck, jefe de la sección de protocolo del Foreign Office. Le informé de lo ocurrido durante la apertura del Parlamento y le rogué que adoptara las medidas pertinentes para que mi esposa no tuviera que sentarse en lo sucesivo al lado de la duquesa de Somerset. Monck se lamentó de la falta de comedimiento de la duquesa, que era, según dijo, un verdadero "*enfant terrible*" en la Corte inglesa, y (debo hacerle justicia) se preocupó de que mi esposa y la duquesa de Somerset no volvieran a ser jamás vecinas de asiento en los diversos almuerzos y comidas diplomáticas.

se lamentó de que la URSS vendía mucho a Inglaterra, pero le compraba poco, e invertía las ganancias obtenidas en Londres en colocar grandes pedidos en Alemania. Se veía que el corazón del ministro estaba afligido y clamaba al cielo contra tal "injusticia". Yo repliqué con serenidad:

– ¿Por qué se sorprende usted, señor ministro? El Gobierno soviético procede como lo haría cualquier buen comerciante: vende donde le conviene más y compra donde le es más ventajoso.

– Pero ¿por qué consideran ustedes más ventajoso hacer pedidos a Alemania y no a Inglaterra? –preguntó Chamberlain.

– Por una razón muy sencilla –contesté–. Los alemanes nos conceden créditos hasta de cinco años; ustedes, no...

Apenas pronuncié estas palabras, el rostro de Chamberlain adquirió una expresión gélida. Volvió bruscamente a su sillón y dijo con voz siniestra y pausada:

– ¿Qué quieren ustedes? ¿Que concedamos créditos a largo plazo a nuestros enemigos? No, será mejor que empleemos nuestro dinero en otras cosas.

Sí, estas palabras mostraban al verdadero Chamberlain, al auténtico Chamberlain, exento de todo afeite.

Le contesté en el mismo tono:

– No quiero absolutamente nada, señor Chamberlain. No he venido en modo alguno a pedirle créditos... Me ha preguntado usted por qué coloca la Unión Soviética sus pedidos preferentemente en Alemania. Se lo he explicado, y nada más. El resto es cosa suya.

¿Qué deducción podía sacar de mis primeros contactos, todavía superficiales, con la Inglaterra gobernante de aquellos días? Sólo una: la Inglaterra gobernante, lejos de aspirar a establecer relaciones de amistad y colaboración con el País de los Soviets, expresaba abiertamente su hostilidad, olvidando a veces incluso las reglas más elementales de cortesía y de comedimiento diplomático.

LUCHA EN PRO DEL CONVENIO COMERCIAL

Los contactos posteriores, más profundos, con la Inglaterra gobernante acentuaron en mí semejante estado de ánimo.

Mi primera gran "operación diplomática" en Londres fueron las negociaciones para la firma de un nuevo convenio

comercial que sustituyese al de 1930, denunciado por el Gobierno conservador. No vacilo lo más mínimo en denominar conservador al Gobierno que se encontraba en el Poder en 1932, a pesar de que se llamaba oficialmente "nacional" y estaba compuesto por conservadores, nacional-liberales (encabezados por Simon) y nacional-laboristas (con MacDonald al frente). No vacilo en hablar así porque de los 520 diputados al Parlamento que formaban la coalición gubernamental, 471 eran conservadores. Formalmente, el Primer Ministro era MacDonald; pero, en realidad, el jefe del Gobierno era su vicepresidente, Baldwin.

Las negociaciones que hubimos de sostener en Londres nuestro representante comercial en Inglaterra, A. Ozerski –un hombre inteligente y flexible–, y yo resultaron muy difíciles y duraron nada menos que quince meses. ¿Por qué? ¿Porque el propio objeto de las negociaciones –la conclusión del nuevo convenio– era demasiado complicado? ¿Porque las contradicciones entre la URSS e Inglaterra en la esfera comercial eran extraordinariamente agudas? Nada de eso. Las negociaciones resultaron difíciles y requirieron mucho tiempo porque el Gobierno británico trató en todo momento de aplicar respecto a la Unión Soviética una *política de discriminación hostil.* Ahí estaba el quid de la cuestión. Ese era precisamente el origen de todas las disputas y conflictos principales, que adquirían a veces incluso carácter dramático.

En efecto, ¿cómo se desarrollaron los acontecimientos? No me propongo exponerlos aquí con detalle (lo he hecho en otro libro*), pero debo recordar, aunque sea brevemente, los aspectos fundamentales de las negociaciones.

Empezaré por el principio. El Gobierno soviético comprendía perfectamente que después de la Conferencia imperial de Ottawa (otoño de 1932) y del paso de Inglaterra del comercio libre al proteccionismo era inevitable la revisión de los tratados comerciales firmados anteriormente por la Gran Bretaña con otros países. Esta revisión venía efectuándose paso a paso. Pero ¿cómo se hacía habitualmente? De ordinario, el Gobierno inglés, sin denunciar el viejo tratado, proponía al Gobierno correspondiente entablar negociaciones para introducir en el mismo las modificaciones necesarias como consecuencia del viraje radical en la política comercial de

---

* I. Maiski, *Memorias de un embajador soviético en la Gran Bretaña,* Editorial del Instituto de Relaciones Internacionales, 1960.

Inglaterra. Este método era completamente razonable y legítimo, ya que reducía al mínimo las dificultades derivadas de la adaptación del comercio inglés con el país dado a las nuevas condiciones.

Mas ¿cómo procedió el Gobierno británico con la Unión Soviética? ¡De una manera completamente distinta!

El 16 de octubre de 1932, el ministro de Relaciones Exteriores británico, John Simon, envió inesperadamente a la representación plenipotenciaria de la URSS en Londres una nota no muy cortés, en la que comunicaba que el Gobierno inglés denunciaba, con un acto unilateral el convenio comercial anglo-soviético de 1930. Para nosotros fue como un trueno en día de cielo despejado. El Gobierno soviético se vio ante un hecho consumado, cuyo carácter, enemistoso en extremo, adquiría mayor realce por la circunstancia de que Simon ni siquiera proponía en su nota entablar negociaciones para concluir un nuevo convenio comercial. El ministro inglés se limitó a expresar que estaban dispuestos a "examinar la situación creada por la denuncia" del anterior convenio comercial.

Era una evidente discriminación respecto a la Unión Soviética, la discriminación número 1.

¿Qué exigencias presentó el Gobierno británico cuando empezaron, por fin, las negociaciones comerciales? Constaban, fundamentalmente, de dos puntos:

a) Nivelar el balance comercial entre la URSS e Inglaterra (Inglaterra había tenido hasta entonces un balance pasivo en su comercio con nosotros). Pero. . . Inglaterra tenía también un balance muy pasivo en el comercio con EE.UU., Alemania, Argentina, Dinamarca y otros países, pese a lo cual jamás les exigió que se modificara tal situación. Volvía a hacerse una excepción sólo con la Unión Soviética. Era la discriminación número 2.

b) Reconocer al Gobierno británico el derecho de limitar e incluso prohibir en todo momento, con un acto unilateral, la entrada en Inglaterra de cualquier mercancía soviética que implicara, a su juicio, una amenaza de socavamiento de las posiciones de Canadá en el mercado inglés. El Gobierno británico jamás había presentado pretensiones semejantes a ningún otro país. Sólo con relación a la URSS volvía a hacerse una excepción. Era la discriminación número 3.

No satisfecho con las dos exigencias que acabo de señalar, el Gobierno británico complicó extraordinariamente las nego-

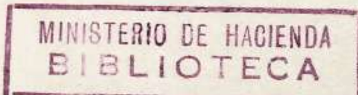
ciaciones, planteando en ellas algunas cuestiones completamente ajenas.

Como consecuencia de las dificultades que era preciso vencer para cumplir el plan quinquenal, en aquellos tiempos estaba muy extendido en el mundo capitalista el convencimiento de que había fracasado el intento de industrializar la URSS, de que la tierra vacilaba bajo los pies del Gobierno soviético y podía esperarse muy en breve la bancarrota completa de todo el sistema soviético. Sir Esmond Ovey, a la sazón embajador británico en Moscú, contribuyó en grado no pequeño a que dichas opiniones se afianzaran en Inglaterra: durante el invierno de 1932 a 1933 envió a Londres informes a cual más sombríos sobre la situación interior de la URSS. El Gobierno inglés, y sobre todo el ministro del Exterior, Simon, se tragaban gustosos la información que les enviaba Ovey (¡deseaban tanto que eso fuera verdad!) y decidieron aprovechar la coyuntura favorable, como ellos creían, para ajustar las cuentas a "Moscú".

Los políticos londinenses se señalaron, pues, el objetivo de "vender" lo más caro posible el nuevo convenio comercial con la URSS. De ahí que, además del cumplimiento de las dos exigencias ya señaladas, pusieran como condición para la firma del nuevo convenio que la URSS accediera a los tres puntos siguientes: compensar a los capitalistas ingleses damnificados por la Revolución de Octubre; abonar las "pérdidas" a la compañía anglo-norteamericana "Lena Goldfields"*, y, por último (aunque parezca una anécdota, fue, por desgracia, una realidad diplomática), fijar en los alma-

---

* La compañía inglesa "Lena Goldfields" recibió, ya en 1908, una concesión del Gobierno zarista para explotar los placeres auríferos del río Lena. La Revolución de Octubre puso fin a esta concesión; sin embargo, en 1925, sobre la base del decreto de los Soviets de 1920 acerca de las concesiones, la "Lena Goldfields" concluyó un nuevo contrato (en condiciones distintas al anterior naturalmente) y emprendió en gran escala la extracción de oro. En 1929 trabajaban en sus empresas cerca de 15.000 personas. Pero como la "Lena Goldfields", convertida a la sazón en consorcio anglo-norteamericano, intentaba sistemáticamente explotar los yacimientos al estilo capitalista e infringía sin cesar las leyes soviéticas, surgían a cada paso roces y conflictos entre la compañía y el Gobierno soviético. En 1930, en consonancia con el contrato firmado al hacerse la concesión, se acordó someter todos los litigios al fallo de un tribunal arbitral, concertándose entre ambas partes incluso la composición del mismo; no obstante, una semana antes de la fecha señalada para solventar el pleito, la "Lena Goldfields" declaró el lock-out y hasta cerró sus oficinas en Moscú. Con esos actos, la compañía infringió de modo patente el contrato de la concesión, el cual dejó de



cenes del "Torgsín"* los precios de los artículos y productos en consonancia con los del mercado mundial. ¡A ese extremo de desenfado llegó entonces el Gobierno británico! Era la discriminación número 4.

Es del todo evidente que la posición de la parte inglesa en las negociaciones comerciales dificultaba de por sí en grado extraordinario el logro de un acuerdo. Pero la situación empeoró más aún en marzo de 1933, cuando entró en juego un nuevo factor, explosivo en extremo.

En los años del primer plan quinquenal, el Gobierno soviético firmó tratados de asistencia técnica con varias com-

---

existir de jure y de facto. El Gobierno soviético, como es lógico, no consideró posible participar en el arbitraje previsto por el contrato, ya carente de vigor. Pese a ello, la "Lena Goldfields" insistió en que los dos miembros que quedaban del tribunal arbitral (el presidente y el representante de la compañía) examinaran la disputa sin la presencia del representante soviético. Este seudoarbitraje dictó el siguiente veredicto: el Gobierno soviético debía abonar a la compañía 3.500.000 libras esterlinas por el capital invertido y, además, 9 500.000 libras esterlinas en concepto de compensación por las ganancias que la compañía pensaba obtener durante los 25 años que faltaban hasta que se extinguiera el plazo de la concesión. Como es natural, el Gobierno soviético rechazó enérgicamente las pretensiones, a todas luces infundadas, de la "Lena Goldfields". A comienzos de 1933, el Gobierno británico (sobre todo sir John Simon) intentó "sacar tajada" para la compañía durante las negociaciones en torno al nuevo convenio comercial anglo-soviético.

* A fines de 1932 se organizaron en la URSS las tiendas del "Torgsín" (abreviatura que significa en ruso "Comercio con los extranjeros"), bien abastecidas de víveres y artículos de amplio consumo, en las cuales las compras se pagaban en oro, joyas y moneda extranjera. El "Torgsin" tenía como objetivo concentrar en manos del Gobierno el oro y otros valores que poseía la población, a fin de aumentar los recursos que necesitaba el Estado para pagar la importación de máquinas e instalaciones. Al mismo tiempo fueron clausuradas las tiendas del "Insnab" ("Abastecimiento a los extranjeros"), en las que los diplomáticos de otros países acreditados en Moscú podían adquirir hasta entonces con dinero soviético víveres y diversos artículos en cantidad ilimitada (en aquellos años, los víveres y otras mercancías estaban racionados para la población de la URSS). En la práctica, el sistema de abastecimiento a través del "Insnab" daba lugar a numerosos abusos de los diplomáticos extranjeros y era un medio ilegal de enriquecimiento de muchos de ellos. Al abrirse las tiendas del "Torgsín", se indicó a los diplomáticos extranjeros que a partir de ese momento deberían satisfacer sus necesidades de víveres y otras mercancías a través de dichos establecimientos, es decir, pagando en oro o divisas. Estas medidas del Gobierno soviético privaron de pingües ingresos a los especuladores diplomáticos, muchos de los cuales protestaron ruidosamente contra ellas. Al frente de esos diplomáticos "descontentos" se encontraba el embajador inglés en Moscú, sir Esmond Ovey. Y ése fue el motivo de que la parte inglesa presentara al Gobierno soviético una exigencia tan disparatada e injuriosa durante las negociaciones comerciales.

pañías importantes de los países capitalistas. Entre ellas figuraba el conocido consorcio inglés "Metropolitan-Vickers", que tenía en Moscú una oficina y cuyos ingenieros trabajaban en distintas obras soviéticas. El 12 de marzo de 1933 fueron detenidos unos 25 empleados de la "Metropolitan-Vickers", entre ellos seis ingenieros ingleses, acusados de espionaje y sabotaje.

Este hecho provocó en Inglaterra una tempestuosa reacción, que apoyó y fomentó por todos los medios el propio Gobierno inglés. En ellos volvió a desempeñar un papel siniestro en extremo el embajador británico en Moscú, Ovey. Nadie habría tenido nada que objetar a sus actos si Ovey, al tener conocimiento de la detención de los ingenieros ingleses, se hubiera limitado a preguntar al Gobierno soviético las causas de la misma y a preocuparse de que los detenidos se encontraran en buenas condiciones, de que la instrucción del sumario se efectuase sin demora y se asegurase a los acusados la debida defensa. Es deber ineludible de todo embajador mostrar interés y preocupación por sus compatriotas objeto de represión en el país en que está acreditado. Pero Ovey fue mucho más lejos. Educado en las tradiciones británicas de potencia dominante, se imaginó que podía dictar sus condiciones al Gobierno soviético. Era la discriminación número 5.

En efecto, el mismo 12 de marzo, horas después de efectuadas las detenciones y cuando no había empezado siquiera la instrucción del sumario, Ovey aseguró a Simon que los ingenieros ingleses eran absolutamente inocentes y recomendó al Gobierno británico que exigiera su inmediata libertad sin formación de causa. El Gobierno británico aceptó la recomendación de su embajador y ejerció una furiosa presión sobre el Gobierno soviético, insistiendo en que fuera sobreseída la causa iniciada contra los seis súbditos ingleses. Ovey amenazaba con la ruptura de las relaciones anglo-soviéticas en caso de que nos negásemos a ello. Litvínov en Moscú y yo en Londres hubimos de rechazar con energía esta pretensión como una ingerencia intolerable en nuestros asuntos internos. Se declaró con toda firmeza a los ingleses que sus seis ingenieros, comparecerían ante los tribunales soviéticos, cualquiera que fuese la reacción del Gobierno británico.

Los políticos londinenses decidieron entonces adoptar medidas más tajantes. Adormecidos por la falsa información de Ovey acerca de la situación interna de la URSS, así como

por sus informes, excesivamente subjetivos y retocados, de las conversaciones sostenidas con Litvínov en torno al asunto de la "Metropolitan-Vickers", calculaban que por ese camino podrían conseguir, como mínimo, la libertad inmediata de los ingenieros ingleses y, como máximo, ayudar al Gobierno soviético a caer en la tumba con la mayor rapidez.

El 20 de marzo, los políticos de Londres dieron el primer paso: suspendieron ostensiblemente las negociaciones comerciales. En vista de que reaccionamos con absoluta sangre fría ante este paso, emprendieron otras medidas de carácter represivo, de las que no es preciso hablar aquí con detalle. Bastará decir que, pese a todos los esfuerzos del Gobierno británico, la vista de la causa se celebró en Moscú: un ingeniero inglés fue absuelto, tres expulsados de la URSS y dos condenados a tres y dos años de reclusión, respectivamente. Pero los políticos londinenses, lanzados por la senda del chantaje, no podían ya detenerse y, rodando cada vez más por la pendiente, hicieron que se llegara a una guerra comercial de tres meses entre Inglaterra y la URSS. El Gobierno británico prohibió la entrada de mercancías soviéticas en Inglaterra, a lo que el Gobierno soviético respondió prohibiendo la entrada de mercancías inglesas en la URSS. Esta guerra comercial terminó únicamente el 1 de julio de 1933 después de que ambas partes suprimieron, sobre la base de la reciprocidad, la prohibición de importar mercancías de la otra parte y después también de ser expulsados de la URSS, previo indulto, los dos ingenieros ingleses condenados a reclusión. El 3 de julio se reanudaron las negociaciones comerciales.

Sí, las dificultades durante las negociaciones abundaron mucho. Estas dificultades (que no desaparecieron después de terminada la guerra comercial) tenían su origen en la política de discriminación aplicada por el Gobierno británico con respecto a la URSS. Mas pese a todo, conjugando en su táctica la firmeza con la flexibilidad, el Gobierno soviético llevó las negociaciones a buen fin. El 16 de febrero de 1934 quedó firmado el nuevo convenio comercial. Es cierto que llevaba la denominación de "temporal", pero desde entonces ha transcurrido más de un cuarto de siglo y este convenio "temporal" sigue en vigor, regulando hasta hoy día el desarrollo del comercio anglo-soviético.

¿Qué huella ha dejado en mi conciencia la táctica de discriminación multiseccional aplicada por el Gobierno británico durante la lucha en torno al convenio comercial? ¿Qué

deducción hice involuntariamente de la experiencia de mi primera "operación diplomática" seria en Londres?

Esa deducción no discrepaba lo más mínimo de las impresiones que había recibido al llegar a Inglaterra. Antes al contrario, no hizo más que confirmar su justedad. Vi con mayor claridad aún que las altas esferas del país rebosaban hostilidad a la URSS y sólo hacían concesiones a ésta cuando les obligaban a ello circunstancias que escapaban a su control. En resumidas cuentas, mi desconfianza hacia la Inglaterra gobernante no disminuyó, sino que aumentó. Este sentimiento adquiría agudeza singular frente a cierto grupo de políticos británicos, de los que tendré que hablar más adelante: el grupo representado tan genuinamente por Simon.

Por la parte inglesa encabezaban oficialmente las negociaciones el ministro de Relaciones Exteriores, Simon, y el ministro de Comercio, Runciman. Pero, en la práctica, este último no tomaba parte alguna en las negociaciones. Durante los quince meses que duraron, Runciman participó en ellas dos veces: en la primera sesión, al iniciarse, y en la última, en el momento de firmarse el convenio comercial. En lo demás no se le sintió lo más mínimo, y los funcionarios del Ministerio de Comercio, que fueron quienes sostuvieron de verdad las negociaciones, sustentaron en su mayoría una posición razonable. Deseaban sinceramente el desarrollo del comercio anglo-soviético y procuraban –en la medida que se lo permitían las instrucciones del Gobierno británico– no complicar la firma del convenio comercial, sino, al revés, facilitarla.

Pero Simon y su aparato eran otra cosa. A pesar de su pasado liberal, el Simon de los años 30 era uno de los enemigos más irreconciliables del País Soviético. Durante las negociaciones se esforzó constantemente por alargar, y no acortar, el camino que habría de llevar al acuerdo. Fue él precisamente quien se dedicó a buscar toda clase de pretextos para complicar las negociaciones con diversos problemas ajenos al asunto, algunos tan ridículos como el de los precios en las tiendas del "Torgsín". El corazón de Simon latía al unísono con los intereses de los representantes más rematados del mundo capitalista, como la compañía "Lena Goldfields", y en aras de los mismos estaba dispuesto a sacrificar incluso los intereses del comercio británico. Por añadidura, Simon no reparaba en medios para conseguir sus objetivos y en la lucha esgrimía con gran frecuencia el arma de la

mentira y la calumnia. Su espíritu impregnaba en aquellos años (con algunas excepciones agradables) el aparato del Foreign Office.

Recuerdo el siguiente caso. Las negociaciones comerciales tocaban a su fin. Todo estaba ya resuelto, excepto el problema del "Torgsín". Pero Simon, tomándolo como pretexto, demoraba la firma del convenio comercial. En vista de ello invité a mi casa al conocido periodista liberal A. Cummings, con el que tenía entonces buenas relaciones, y le conté francamente por qué no habían terminado todavía las negociaciones. Al día siguiente, 2 de febrero de 1934, el *News Chronicle* publicó en primera plana un venenoso artículo de Cummings, con el siguiente título en gruesos caracteres: *Las patatas del embajador británico.* Este artículo, en el que su autor explicaba el verdadero motivo de que se retrasara la firma del convenio comercial, causó gran desconcierto en los medios políticos de Londres. El diputado laborista Grenfell hizo una interpelación en el Parlamento, preguntando qué relación existía entre la firma del convenio comercial y los víveres del embajador inglés en Moscú. La respuesta oficial la dio el propio Simon. ¿Y qué dijo? Dijo textualmente:

"No hay ni una palabra de verdad en las afirmaciones de que la firma del convenio anglo-soviético se retrasa por culpa de esta cuestión".

¡Hasta ese extremo llegaba la falsedad de Simon!

¿Cabe sorprenderse, pues, de que este hecho no hiciera más que acentuar la desconfianza de la parte soviética hacia la Inglaterra gobernante?

BREVE DESHIELO Y SUS CAUSAS

A mediados de 1934, aproximadamente, comenzó un deshielo temporal, mejor dicho, de corta duración, en las relaciones anglo-soviéticas. Obedecía a dos causas principales.

La primera era que Hitler había subido al Poder en Alemania en enero de 1933. Al principio, la Inglaterra gobernante no tomó muy en serio al "führer". Recuerdo muy bien que los políticos británicos de todas las tendencias –conservadores, liberales, laboristas– se pasaron el año de 1933 discutiendo si Hitler se sostendría en el Poder. Hasta un estadista de tanta experiencia como Vansittart, que ocupaba entonces

el puesto clave de subsecretario permanente de Relaciones Exteriores, me dijo en el verano de aquel año durante una conversación:

– Hitler tiene muchas dificultades y enemigos, tanto interiores como exteriores... Los franceses, los belgas, los checos y los polacos le miran con extraordinaria desconfianza... En el seno del partido nazi reina la inquietud... Hay gente que pretende ocupar el primer puesto en sus filas y Hitler no logrará dominarla fácilmente... No está excluido que las luchas intestinas lleven al partido nazi al desmoronamiento... Hay que esperar y ver lo que pasa.

Por lo que a los líderes laboristas se refiere, estaban convencidos en su mayoría de que el dominio nazi en Alemania duraría poco.

Sin embargo, en 1934, sobre todo a mediados de año, después de que Hitler aniquiló al grupo de Röhm y, en general, aplastó a la oposición interior en su partido, los medios gobernantes de Inglaterra comenzaron a cambiar de opinión. Empezaron a comprender que el hitlerismo se afianzaba y que sería preciso tenerlo en cuenta seriamente, por lo menos durante toda una serie de años. Este hecho despertó inquietud y alarma en dichos medios. En su memoria resucitaron en el acto los acontecimientos y circunstancias de la primera guerra mundial, cuando la Gran Bretaña hubo de defender con extraordinarias dificultades sus posiciones mundiales frente a los peligrosos atentados del imperialismo alemán. Las aspiraciones, consignas y reclamaciones de Hitler presagiaban claramente el resurgimiento de los viejos planes de hegemonía alemana –que tan importante papel habían desempeñado en el estallido de la primera conflagración universal–, quizá incluso en forma más amenazadora todavía. Ante los medios gobernantes de Inglaterra surgía con persistencia creciente la pregunta de qué hacer.

Su reacción inicial se reducía a la idea de que era preciso restablecer la Entente de la época de la primera guerra mundial, es decir, la alianza militar de Inglaterra, Francia y Rusia contra Alemania. Cierto que en vez de la Rusia zarista existía la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Era un hecho desagradable, muy desagradable; pero, en fin de cuentas, no son las emociones, sino los intereses prácticos los que sirven de guía en la política internacional. Si los intereses lo requieren, no hay más remedio que tragar la píldora, por amarga que sea. Así ocurrió que en el tiempo a que vengo re-

firiéndome, no sólo los laboristas y liberales, sino incluso muchos conservadores empezaron a pensar en serio en el mejoramiento de las relaciones con el País de los Soviets.

La segunda causa del deshielo consistía en que, después del conflicto por el asunto de la "Metropolitan-Vickers", los medios gobernantes de Inglaterra se habían convencido definitivamente de la fuerza y la consistencia de la URSS y llegado a la conclusión de que el "factor soviético" pasaba a ser un elemento constante de la situación mundial. Independientemente de que se sintiera por él simpatía o antipatía, había que tenerlo en cuenta en todos los cálculos y combinaciones políticos. Y como los políticos ingleses se han distinguido siempre por su capacidad para tomar en consideración los hechos (incluso los desagradables), después de la firma del convenio comercial de 1934 empezaron a calcular cómo podrían aprovechar mejor en interés propio el poderío de la URSS, que tan inesperadamente habían descubierto. Comenzaron, pues, como acabo de decir, a pensar cada día más en los caminos tradicionales de la Entente de la primera guerra mundial.

Una circunstancia fortuita contribuyó en gran medida a este viraje en el estado de ánimo de los medios gobernantes de Inglaterra. Entre febrero y abril de 1934 tuvo lugar la memorable "epopeya del *Cheliuskin*". Después de la pérdida del barco, un centenar de soviéticos, entre los que figuraban mujeres y niños, fueron a parar con O. Shmidt al frente a un témpano de hielo polar lejos de la tierra firme. El mundo occidental, su prensa, sus políticos, científicos y exploradores polares daban por muertos a los tripulantes del *Cheliuskin*. Les rezaban la oración de los agonizantes. Pero el mundo soviético pensaba y sentía de otra manera. Los propios "cheliuskianos", lejos de desanimarse y dejarse dominar por el pánico, crearon sobre el hielo una colectividad maravillosamente organizada, que mantuvo en alto la bandera del País de los Soviets, continuó las investigaciones científicas y se preocupó de la salud y los bríos de sus componentes. El jefe del campamento sobre el hielo, O. Shmidt, incluso dio a sus compañeros un ciclo de conferencias sobre materialismo histórico. Entretanto, el Gobierno y el pueblo soviéticos movilizaron todas sus posibilidades para salvar a los infortunados compatriotas. Hombres, recursos, máquinas, radio, aviones: todo fue puesto al servicio de este noble fin. Y, en resumidas cuentas, todos los tripulantes del *Cheliuskin* fueron salvados.

Los aviones transportaron a tierra firme hasta a los ocho perros que había en el campamento.

Los dramas polares han atraído siempre la atención y la simpatía de los más vastos sectores humanos. El drama del *Cheliuskin* atrajo esa atención con fuerza singular, primero, porque sus víctimas eran un centenar de hombres, mujeres y niños, y segundo, porque la radio permitió seguir al día todos los hechos, aun los más insignificantes, de la vida en el campamento sobre el hielo. El valeroso comportamiento de los "cheliuskianos" despertó admiración en todas partes, en todos los sectores, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas y el espíritu de sus componentes. Al mismo tiempo, la colosal energía y los magnos recursos invertidos por el Estado soviético para salvar a los del *Cheliuskin* sorprendieron al mundo burgués. Recuerdo que Lloyd George me dijo entonces:

– ¡Es impresionante! Ningún otro Gobierno habría hecho tantos esfuerzos para salvar a unos exploradores del Artico. . . ¡Es muy noble y. . . y muy inteligente!

Los ojos del líder liberal se encendieron de pronto con destellos de picardía, y terminó inesperadamente:

– ¡Les felicito! Han conquistado ustedes una gran victoria diplomática.

Lloyd George tenía razón. Sí, la "epopeya del *Cheliuskin*" confirmó de nuevo la fuerza y la vitalidad del Estado soviético. Pero hizo algo más: mostró con toda brillantez, ante el mundo entero, su nobleza, su humanismo y su profundo juicio. La popularidad de la URSS ascendió de golpe, sobre todo entre los trabajadores del mundo entero, mucho más que en años y años de tenaz labor de propaganda. Una manifestación de ello fue que el retrato de O. Shmidt no desapareció durante muchos meses de las páginas de los periódicos burgueses.

La "epopeya del *Cheliuskin*" desempeñó también un papel de no poca importancia en la progresión del deshielo iniciado a mediados de 1934 en las relaciones anglo-soviéticas. Esta epopeya facilitó sicológicamente a muchos adversarios de la URSS la transición a nuevas posiciones políticas.

En fin de cuentas, como consecuencia de todas las circunstancias enumeradas, en los medios gobernantes de Inglaterra predominaron durante algún tiempo los políticos partidarios de resucitar la Entente.

Será oportuno decir, a este respecto, que durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales, la clase dominante británica se dividió en dos grupos principales en torno al problema de la actitud a adoptar ante la Unión Soviética.

En uno predominaba el principio del interés estatal. Este grupo veía que entre Inglaterra y la URSS, como potencias, no existía ninguna contradicción seria y que incluso podían ser muy útiles la una a la otra en el dominio de la economía. Por eso defendía la política de acercamiento con la URSS. Sus representantes más destacados eran Lloyd George, Beaverbrook, Eden, Vansittart y otros, a los que se sumó Churchill después de subir Hitler al Poder.

En el otro grupo predominaba, a la inversa, el ciego odio de clase a la URSS como País del Socialismo. Este grupo consideraba preciso atacar a la Unión Soviética, cualesquiera que fueran las condiciones, incluso con menoscabo de los intereses nacionales de Inglaterra como Estado. Sus representantes más destacados eran Curzon, los hermanos Chamberlain –Austen y Neville–, Birkenhead, Joynson-Hicks, Simon, Halifax, etc. Churchill marchó también con este grupo hasta 1934.

¿Cuál era la correlación de fuerzas entre los dos grupos mencionados?

Como es natural, esta correlación no representaba una magnitud constante, sino que cambiaba de año en año en consonancia con los distintos acontecimientos y circunstancias. Mas, pese a todo, el "grupo del odio de clase" (que en adelante denominaré "chamberlainianos") era, en general, mucho más poderoso que el "grupo del interés estatal" (que en lo sucesivo llamaré "churchillianos"). A mediados y en la segunda mitad de la década del 30, la correlación de fuerzas en el seno de la clase dominante de la Gran Bretaña (incluyendo en el mismo paréntesis a conservadores y liberales) era aproximadamente la siguiente: en el Partido Conservador, tres cuartas partes seguían a Chamberlain y sólo cerca de una cuarta parte compartía la posición de Churchill; los liberales estaban divididos en dos grupos aproximadamente iguales, aunque en aquellos años era ya evidente que se encontraban en declive y habían perdido la mayor parte de su anterior influencia política. Cuanto queda dicho muestra con claridad que, en el período que examinamos, los chamberlainianos desempeñaban el papel decisivo en las filas de la clase dominante, sobre todo si se tiene en cuenta que

en la época comprendida entre las dos guerras mundiales estuvieron demasiado tiempo en el Poder y pudieron engrosar sus filas con la mayor parte de los funcionarios públicos.

Es claro que los chamberlainianos se veían obligados a contar con los laboristas, que a mediados de los años 30 se habían convertido ya en el segundo partido de Inglaterra, desplazando de esta posición a los liberales*. Dos veces, en 1924 y en 1929-1931, los laboristas incluso formaron gobierno, aunque se trataba, ciertamente, de un gobierno minoritario. Los laboristas se hallaban oficialmente en oposición a los chamberlainianos y defendían la colaboración con la URSS. En 1924, el primer Gobierno MacDonald estableció

---

* Los resultados de las elecciones parlamentarias de noviembre de 1935 pueden dar cierta idea de la correlación de fuerzas existente entonces entre los distintos partidos. Helos aquí:

Partidos	Votos (en millares)	Actas de diputado
Conservadores	10.489	387
Nacional-liberales (grupo Simon)	867	33
Nacional-laboristas (grupo MacDonald)	340	8
Otros partidos	97	3
Coalición gubernamental en su conjunto	11.793	431
Laboristas	8 465	158
Liberales (oposición)	1 382	21
Comunistas	27	1
Otros partidos	275	4
Oposición en su conjunto	10.209	184

Las cifras citadas prueban sin ningún género de dudas que los conservadores y los laboristas eran, a mediados de la década del 30, los dos partidos fundamentales del país; que los liberales habían sido desplazados no al segundo plano, sino incluso al tercero, y que los "nacional-laboristas" de MacDonald eran casi un cero a la izquierda. Esto significaba que tres cuartas partes de los conservadores más la mitad de los liberales podían, con cierta pasividad de los dirigentes laboristas, sabotear eficazmente el acercamiento anglo-soviético.

relaciones diplomáticas con nuestro país. En 1929, el segundo Gobierno MacDonald restableció esas relaciones, rotas por los conservadores dos años antes, y firmó con la Unión Soviética el convenio comercial de 1930, beneficioso para ambas partes. La clase obrera inglesa quería, sin duda alguna, tener las relaciones más amistosas con el Estado soviético (como lo demostró con la mayor evidencia en 1920 al frustrar el intento de intervención militar de Inglaterra contra la RSFSR durante la guerra sovieto-polaca); sin embargo, el Partido Laborista estaba lejos de reflejar plenamente en su actividad este espíritu de las masas. Donde peor marchaban las cosas era en la cima dirigente de dicho partido. Hasta 1931, Ramsay MacDonald, Philip Snowden, James Thomas y algunos otros pugnaban casi abiertamente por orientar al partido contra la URSS. Todos ellos, expulsados de las filas laboristas en 1931, desertaron al campo de los conservadores, formando el efímero partido "nacional-laborista". Pero aun después de eso, entre los laboristas ortodoxos que siguieron en el partido oficial se percibía siempre cierta tendencia, que simpatizaba en el fondo con los líderes expulsados, pero rehuía proclamarlo abiertamente.

Esto hacía que la resistencia de la oposición laborista a los chamberlainianos fuese mucho más débil de lo que podía ser, lo que abría ante estos últimos un campo de acción bastante amplio para sabotear el acercamiento anglo-soviético.

Sea como fuere, lo cierto es que la existencia de los dos grupos mencionados en el seno de la clase dominante y la lucha constante entre ellos se dejaron sentir en todo momento en las relaciones anglo-soviéticas durante el período que separa las dos guerras mundiales. Uno u otro grupo (sin perder de vista, claro está, el peso relativo de la oposición laborista) marcó su impronta sobre las medidas prácticas del Gobierno británico respecto a la Unión Soviética. En virtud de las causas indicadas, los churchillianos consiguieron el predominio temporal a mediados de 1934, lo que se manifestó en toda una serie de hechos concretos.

PASOS DE ACERCAMIENTO

Los primeros de esos hechos fueron, en el tiempo, las largas conversaciones que sostuvimos entre julio y agosto de 1934 Vansittart y yo como embajador soviético. Las conver-

saciones comenzaron a iniciativa de Vansittart. Por cierto que es muy curiosa la forma que dio a esa iniciativa.

El 21 de junio de 1934 asistí con mi esposa a un almuerzo que ofrecieron en su casa los Vansittart. Nos sentamos a la mesa unas diez personas, entre las que figuraba sir John Simon. Sin embargo, el almuerzo no se daba en su honor, sino en el de mi esposa y el mío. Así lo probaba el hecho de que, como exige la etiqueta inglesa, se sentara a mi esposa a la derecha del anfitrión, y a mí, a la derecha del ama de la casa. Simon fue sentado a la izquierda de esta última: era, pues, el invitado N° 2. Durante el almuerzo, cuando gravitaba sobre la mesa el zumbido entrecruzado de las conversaciones, lady Vansittart se inclinó ligeramente hacia mí y me preguntó:

– ¿Qué, le gusta la vida de Londres?

El tono con que pronunció estas palabras y la expresión de su rostro me hicieron comprender que su pregunta no tenía el carácter mundano habitual en tales recepciones. Sin embargo, respondí circunspecto:

– Londres es una bella ciudad, pero tropiezo aquí con grandes dificultades.

Lady Vansittart se inclinó más aún hacia mí y me preguntó en un semicuchicheo:

– ¿Es mi vecino de la derecha el que crea esas dificultades?

Se refería a Simon, y yo asentí con la cabeza.

– ¿Por qué no habla usted francamente de todo con Van? –preguntó, aludiendo a su esposo, al que llamaba así familiarmente.

Sabía yo que Simon y Vansittart no congeniaban políticamente, pues representaban dos líneas diplomáticas distintas; sin embargo, no esperaba que lady Vansittart me diera a entender con tanta franqueza que existían discrepancias entre el ministro del Exterior y su subsecretario permanente.

– Dada la atmósfera que se ha creado alrededor de la Embajada soviética en Londres –respondí–, me parecía violento tomar la iniciativa en esta cuestión.

– ¡¿Ah, sí?! –exclamó lady Vansittart–. Pues si se trata solamente de quién ha de iniciar la conversación, es fácil superar esa dificultad... Yo me encargo de ello.

Estaba claro para mí que por boca de lady Vansittart hablaba el propio subsecretario permanente de Relaciones Exteriores. Sin embargo no me abandonaba cierta dosis de

escepticismo: las mujeres son seres emotivos, y yo temía que aquella mujer diminuta y elegante pudiera, en su conversación conmigo, ir más lejos de lo previsto en las "instrucciones" que le había dado su esposo.

¡Pero me equivoqué! La mediación de lady Vansittart tuvo un resultado práctico: dos días más tarde, Vansittart me llamó por teléfono y me invitó a visitarle en el Ministerio para hablar de las relaciones anglo-soviéticas. Mi primera conversación circunstanciada con él tuvo lugar el 3 de julio; la segunda y la tercera, el 12 y el 18 del mismo mes. Todas ellas fueron, en efecto, muy francas y estuvieron impregnadas de un espíritu práctico. Examinamos todos los problemas existentes entonces entre la URSS e Inglaterra y llegamos a la conclusión de que, pese a discrepar en algunos casos las opiniones de ambos gobiernos, ello no podía ser óbice para mejorar substancialmente las relaciones.

En nuestras conversaciones ocupó un lugar muy importante el problema del llamado Locarno Oriental. Con el propósito de fortalecer la seguridad europea, el ministro de Negocios Extranjeros francés, Barthou, defendía entonces con energía un proyecto de pacto de asistencia mutua entre la URSS, Polonia, Letonia, Estonia, Lituania, Finlandia y Checoslovaquia. Francia debía actuar como fiadora del Locarno Oriental, y la URSS, como fiadora del Locarno Occidental. La Unión Soviética simpatizaba con el plan de Barthou. La Gran Bretaña mantenía una posición nada clara. Durante la primera conversación con Vansittart traté de convencerle de la necesidad de que la parte inglesa apoyara el proyecto de Barthou. El 8 de julio visitó Londres el propio Barthou y habló de lo mismo con el Gobierno inglés. Durante la segunda entrevista, celebrada el 12 de julio, Vansittart me dijo que Inglaterra apoyaría el Locarno Oriental si se admitía en él a Alemania. La Unión Soviética y Francia aceptaron esta condición, y el Gobierno de Londres se pronunció a favor del Locarno Oriental. Sin embargo, Alemania –y, tras ella, Polonia– se negaron a entrar en la proyectada unión, con lo que asestaron un golpe mortal a todo el proyecto. Pero el problema del Locarno Oriental desempeñó un papel muy positivo en mis conversaciones con Vansittart, y la conformidad del Gobierno soviético a que se incluyera en él a Alemania convenció a Vansittart de los sinceros propósitos de paz de la URSS.

Litvínov, a la sazón Comisario del Pueblo de Negocios

Extranjeros de la URSS, estaba muy satisfecho de mis conversaciones con Vansittart, viendo en ellas el primer paso hacia la distensión de las relaciones anglo-soviéticas. Y en efecto, como probaron más tarde los acontecimientos, este sincero intercambio de opiniones en Londres desbrozó el camino para que el Gobierno británico apoyara el ingreso de la URSS en la Sociedad de Naciones. Pero de él hablaremos más adelante.

Quisiera decir unas palabras acerca de Vansittart. Era un hombre inteligente e instruido, diplomático y político hábil, poeta y escritor de talento. Ni que decir tiene que era carne de la carne y sangre de la sangre de la clase dominante de Inglaterra. Su divinidad era el Imperio Británico: la protección de su integridad e intangibilidad y la defensa de las posiciones mundiales del imperialismo británico constituían el símbolo de la fe de Vansittart. Y partiendo de este factor fundamental, maniobraba, se orientaba hacia la derecha o hacia la izquierda y, en particular, cambiaba de actitud respecto a la URSS.

Es sabido que Vansittart, a semejanza de otros muchos estadistas ingleses, formó después de la segunda guerra mundial en las filas de los enemigos del País Soviético. Debióse ello a que la contienda no terminó como deseaban los líderes de la clase dominante de la Gran Bretaña. Esperaban que la URSS saliera de la guerra extraordinariamente debilitada, que no pudiera durante largo tiempo seguir una política exterior activa y que dejara de perturbar el sueño de los políticos londinenses durante toda una generación, por lo menos. Cuando resultó otra cosa completamente distinta, cuando se puso en claro que la URSS de la postguerra era mucho más fuerte que la de anteguerra y que, además, se había formado alrededor suyo el poderoso campo socialista, no sólo los chamberlainianos, sino incluso los churchillianos, empezando por el propio Churchill, se lanzaron rabiosos sobre la URSS. Algunas manifestaciones de Vansittart contra la URSS en la postguerra eran tan ruines y estereotipadas que, al leerlas, me parecía simplemente extraño que fueran suyas. ¿Dónde había ido a parar su inteligencia e instrucción, su juego de ideas y su arte literario?... ¡A eso conduce marchar contra las fuerzas del progreso histórico, contra el mañana de la humanidad!

No obstante, a mediados de la década del 30, inmediatamente después del afianzamiento del fascismo en Alemania,

Vansittart fue un caluroso partidario del resurgimiento de la Entente. Y valiéndose de la situación que ocupaba en la máquina gubernamental inglesa, hizo mucho, en efecto, en esa dirección. Si la Entente no llegó a crearse antes de la segunda guerra mundial, no fue, desde luego, culpa suya.

El segundo factor que testimoniaba el comienzo del deshielo en las relaciones anglo-soviéticas es la historia del ingreso de la URSS en la Sociedad de Naciones. Es sabido que en 1919, al fundarse esta organización internacional, la Rusia Soviética no fue invitada a formar parte de ella. Entonces, como durante los quince años posteriores, la S. de N. era un foco de hostilidad, intrigas y maquinaciones de todo género contra el Estado soviético. Hacia 1934, la situación mundial había cambiado muchísimo con respecto a 1919, lo que se reflejó en la suerte de la Sociedad de Naciones. El Senado norteamericano rechazó en 1920 la ratificación del Tratado de Versalles, a causa de lo cual los EE.UU. no ingresaron en ella. El Japón y Alemania, que emprendieron la vía de la agresión activa, salieron de la S. de N. en 1933. Quedaron como "dueños" suyos Inglaterra y Francia, impotentes a todas luces para gobernar su nave en un momento en que la tempestad internacional se aproximaba con claridad creciente. Esto obligó a los líderes del bloque anglo-francés a pensar en la conveniencia de atraer a la URSS a la Sociedad de Naciones. Por su parte, el Gobierno soviético llegó a fines de 1933 a la conclusión de que, en las condiciones creadas, era oportuno el ingreso de la URSS en dicha organización. Esto ponía a su servicio la tribuna internacional más importante de aquellos tiempos para defender la paz y combatir el peligro de una segunda guerra mundial y, a la vez, brindaba la posibilidad (aunque el Gobierno soviético jamás sobrestimó la importancia de la S. de N.) de levantar ciertos obstáculos en el camino del desencadenamiento de una nueva conflagración universal. Como resultado de todo ello, la URSS pasó a ser miembro de la Sociedad de Naciones en septiembre de 1934, con un puesto permanente en su Consejo.

Todo esto, como se comprenderá, había que prepararlo. En esa preparación desempeñó un papel muy importante Barthou, a la sazón ministro de Negocios Extranjeros de Francia. Durante los primeros años que siguieron a la Revolución de Octubre fue uno de los enemigos más encarnizados de la Rusia Soviética. En el fondo, fue él quien torpedeó la Conferencia de Génova de 1922. Sin embargo, como patriota sin-

cero (aunque conservador), comprendió más tarde que, al subir el hitlerismo al Poder en Alemania, la seguridad de Francia dependía en grandísima medida de la colaboración con la URSS. Se entregó con fervor al cumplimiento de esta tarea, propugnando en particular la idea de incorporar el País de los Soviets a la Sociedad de Naciones. Barthou tropezó con no pocos obstáculos en este terreno, pero, en fin de cuentas, supo vencerlos. Su compañero de lucha en Inglaterra era entonces Vansittart. Ambos lograron que 30 países miembros de la Sociedad de Naciones se dirigieran al Gobierno soviético en septiembre de 1934, invitándole a formar parte de la misma. Por encargo del Gobierno soviético, Litvínov sostuvo con gran habilidad todas las negociaciones preparatorias y formalizó el propio ingreso de la URSS en la S. de N. Cuando esto ocurrió, Vansittart me dijo durante una conversación:

– Bueno, ahora somos socios del mismo club. Espero que, en lo sucesivo, nuestras relaciones serán las que corresponden a socios de un mismo club.

El recibimiento que se me dispensó el 9 de noviembre de 1934 como embajador soviético durante el banquete tradicional del Lord-Alcalde de la City vino a confirmar las palabras de Vansittart. En aquella ocasión no se dio en la biblioteca el elocuente silencio con que fuera acogido dos años antes. Al contrario, los notables del Estado me aplaudieron. Me aplaudieron con moderación, sin entusiasmo ni calor; pero, en todo caso, de una forma suficientemente ruidosa que permitía comprobar el considerable viraje operado en la actitud de la cúspide gobernante con respecto a la URSS.

El tercer factor que testimoniaba el comienzo del deshielo fue la visita de Eden a Moscú en marzo de 1935, en cuya preparación y realización desempeñó un papel muy importante el mismo Vansittart.

Eden empezaba entonces a destacar en la vida política. Era hijo de una familia de terratenientes medios, culto e instruido y estaba dotado de una gran dosis de sentido común y de infalible instinto político. La llegada de Hitler al Poder le hizo inclinarse hacia la opinión de que sólo el "renacimiento de la Entente" podría salvar al Imperio Británico, por lo que se sumó al grupo del Partido Conservador que propugnaba el acercamiento de Inglaterra y la URSS. Argumentaba su posición hasta con serios razonamientos históricos. Recuerdo que en 1943, cuando abandoné Londres; ya

durante la guerra, para desempeñar en Moscú el cargo de Vicecomisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, Eden pronunció un extenso discurso durante el almuerzo de despedida que se me dio y dijo:

– A todo lo largo del último siglo y medio, Inglaterra y Rusia han estado siempre en el mismo campo al surgir en Europa cualquier crisis seria. Así ocurrió en la época de Napoleón, así ocurrió en los años de la primera guerra mundial y así ocurre también ahora, en los días de la segunda. ¿Cómo explicarlo? Esto se explica porque Inglaterra y Rusia son dos Estados grandes y poderosos en confines opuestos de Europa, que no pueden resignarse a que se establezca en ella la hegemonía absoluta de ninguna otra potencia. Esa tercera potencia, demasiado poderosa, se está convirtiendo en un peligro tanto para Inglaterra como para Rusia, debido a lo cual ambas se unen para luchar contra ella y, en resumidas cuentas, consiguen que se hunda. Lo malo es que pasada la crisis, Inglaterra y Rusia marchaban cada una por su lado y hasta empezaban a reñir. Y eso creaba la posibilidad de que surgiera un nuevo pretendiente a la dominación europea e incluso mundial. La tarea más importante de la diplomacia actual –inglesa y soviética– consiste en impedir que eso se repita después de terminada la presente guerra.

Por desgracia, Eden no supo mantener esta posición en el período postbélico y se sumó paulatinamente a los adalides de la "guerra fría", proclamada por los líderes del imperialismo norteamericano y respaldada por los del imperialismo británico.

Pero entonces, en los años 30, Eden defendía enérgicamente la política de acercamiento con la URSS, lo que, en el fondo, le permitió hacer carrera. Cuando llegué a Londres a fines de 1932, Eden era el subsecretario parlamentario de Relaciones Exteriores en la Cámara de los Comunes. Mas como Simon formaba parte también de esta Cámara y hablaba en ella de todos los problemas más importantes de política exterior, Eden se veía obligado a desempeñar un papel secundario. Más tarde, sin embargo, su ascenso fue rapidísimo. Debióse ello, en parte, a sus vínculos con la cúspide conservadora, aunque tuvo más importancia todavía la lucha que sostenían los dos grupos de las esferas gobernantes de que he hablado antes. Los partidarios del "resurgimiento de la Entente" veían en Eden al hombre que les convenía y empezaron a destacarlo. En 1934 fue nombrado en el gabinete de

Baldwin lord del sello privado (cargo puramente decorativo), es decir, de hecho, ministro sin cartera, al que, sin embargo, se encomendó una misión especial: servir a la Sociedad de Naciones. Como resultado de ello, en Inglaterra hubo durante cierto tiempo dos ministros de Relaciones Exteriores: el "mayor" (Simon) y el "menor" (Eden). Uno y otro representaban dos líneas distintas –y, en una serie de cuestiones, incluso opuestas– de la política exterior de Inglaterra. Las relaciones entre ellos eran tirantes. Vansittart, que tampoco se llevaba muy bien con Simon, apoyaba a Eden. De esta forma, en el Foreign Office se sostenía una constante lucha interna, reflejo de la que se libraban en general en los medios gobernantes del país en torno a los problemas de política exterior.

A comienzos de 1935 debía tener lugar una visita de Simon y Eden a Berlín para sostener negociaciones con Hitler. Estaba ya todo convenido y los ministros británicos se preparaban para el viaje cuando, en febrero, Hitler rompió de pronto públicamente los artículos militares del Tratado de Versalles y declaró que, a partir de aquel momento, Alemania se rearmaría sin sentirse coartada por ninguna restricción. Este nuevo "salto" del "führer" nazi levantó fortísima marejada en Inglaterra y Francia. La visita de los ministros británicos a Berlín quedó en el aire. En los medios gobernantes ingleses se entabló una dura lucha entre los defensores de la Entente y los partidarios del "apaciguamiento" de los agresores. Los defensores de la Entente se esforzaban por demostrar que el viaje de los ministros británicos a Berlín, en la situación creada, sería la mayor humillación para Inglaterra y sólo conseguiría aumentar el apetito de Hitler. Los partidarios del "apaciguamiento" respondían que cuanto más real se hacía el peligro de agresión, más imprescindible era aprovechar todos los medios y medidas, incluso los más insignificantes, para conservar la paz. En fin de cuentas llegaron a un compromiso: Simon y Eden irían a Berlín, desde donde este último seguiría el viaje hasta Moscú para sostener conversaciones con el Gobierno soviético.

Así tuvo lugar la visita de Eden a Moscú.

En nuestros días, Moscú se ha convertido en centro de atracción para los jefes de Estado y los ministros de diversas naciones y confines del mundo. Nos hemos acostumbrado a ello y lo consideramos como algo natural. Pero en aquellos tiempos la situación era completamente distinta. Durante los

primeros 18 años de régimen soviético, Moscú había sido "tabú" para los líderes del mundo capitalista. Moscú era boicoteado políticamente, si no de manera formal, sí de hecho. Ningún ministro de las grandes potencias de Occidente consideraba posible pisar la tierra moscovita. ¡Y de pronto, Eden, miembro del Gobierno de la Gran Bretaña –bastante poderosa todavía a la sazón–, se presenta en Moscú en marzo de 1935! Fue un acontecimiento de gran importancia política y suscitó numerosos comentarios de la prensa mundial.

Por acuerdo del Gobierno soviético acompañé a Eden durante su viaje de Berlín a Moscú. Estuve presente en todas las entrevistas de Eden con los dirigentes de la URSS y, en algunas ocasiones, actué como intérprete. Asistí, en particular, a la entrevista de Stalin con Eden y acompañé a éste durante su visita a los lugares notables de la capital soviética. Recuerdo que a Eden le interesaban especialmente las colecciones de pinturas francesas existentes en nuestro país (Gauguin, Cézanne, Renoir, etc.) y que ya en Londres había incluido en su programa moscovita ver estas obras de fama universal. Eden viajó también por la primera línea del Metropolitano de Moscú.

Las negociaciones, que duraron tres días, pusieron de relieve una gran coincidencia de opiniones de ambas partes acerca de los problemas internacionales. Litvínov me encargó de redactar el proyecto del comunicado que se pensaba publicar al terminar la visita de Eden. Así lo hice. Eden, por su parte, designó para preparar el comunicado a W. Strang, funcionario del Foreign Office dedicado a las cuestiones de la S. de N. y ex consejero de la Embajada británica en Moscú. Nos entrevistamos en el edificio de la Embajada, en el Malecón de Sofía, y nos pusimos de acuerdo muy pronto: Strang no hizo más que insignificantes correcciones de estilo en el texto propuesto por nosotros. El comunicado así preparado fue aprobado definitivamente por ambas partes y apareció en la prensa el 1 de abril de 1935. Su parte más importante decía:

"Como resultado de un intercambio de opiniones sincero y exhaustivo, los representantes de los dos gobiernos han comprobado que, en la actualidad, no existe contradicción alguna de intereses entre ambos gobiernos en ninguno de los problemas fundamentales de la política internacional, y que este hecho crea una base sólida para el desenvolvimiento de

la fructífera colaboración entre ellos en la causa de la paz. Están convencidos de que ambos países, conscientes de que la integridad y la prosperidad de cada uno de ellos coinciden con los intereses del otro, se guiarán en sus relaciones mutuas por el espíritu de colaboración y leal cumplimiento de los compromisos contraídos, que se desprende de su participación común en la Sociedad de Naciones"*.

La parte soviética quedó satisfecha de la visita y del comunicado. Eden, también. Durante una conversación me dijo que estaba contento de su viaje a Moscú y que el comunicado le parecía muy bueno.

El deshielo viose confirmado más aún por otros dos acontecimientos que siguieron a la visita de Eden a Moscú. El 2 de mayo de 1935 se firmó en París el pacto de asistencia mutua entre Francia y la URSS, después de lo cual el ministro de Negocios Extranjeros francés, Pierre Laval, hizo un viaje a la capital soviética. El 16 de mayo fue firmado en Praga el pacto de asistencia mutua entre la URSS y Checoslovaquia, y al poco tiempo, el ministro de Relaciones Exteriores checoslovaco, Beneš, visitó también la Unión Soviética.

No es preciso decir que me consideraba extraordinariamente satisfecho de lo ocurrido. Hasta empecé a admitir que se había abierto una nueva página en las relaciones anglo-soviéticas, una página de mejoramiento largo y sistemático. En todo caso, sentía grandes deseos de que así fuera. No obstante, me preocupaba una idea. Eden, que había sostenido las negociaciones y firmado el comunicado, era partidario del acercamiento con la URSS. Es claro que no podía haber procedido así sin la conformidad del Gobierno británico; sin embargo, ¿cómo reaccionarían ante el hecho consumado Simon, Neville Chamberlain y otros? ¿No se dedicarían a rociar con agua helada los brotes, tiernos y todavía débiles, del acercamiento anglo-soviético? En tales condiciones, ¿no se convertiría el comunicado de Moscú en un papel carente de todo valor?

Al despedir a Eden, que salió de Moscú para Praga y Varsovia, trataba de persuadirme de que mis dudas carecían de fundamento. Pero el gusanillo de la sospecha, escondido en lo más recóndito del alma, no me dejaba en paz...

---

* *Pravda*, 1 de abril de 1935.

Mis dudas, ¡ay!, resultaron más que justificadas. Así lo demostraron, y con la mayor evidencia, los acontecimientos subsiguientes.

CHURCHILL Y BEAVERBROOK

Mas antes de exponer esos acontecimientos considero imprescindible hablar de un gran éxito que nos proporcionó el breve deshielo en las relaciones anglo-soviéticas.

He dicho ya que Litvínov, al enviarme a Londres, me señaló, por encargo del Gobierno soviético, como tarea de primer orden establecer relaciones y contactos con los medios conservadores. Empecé a actuar en este sentido desde los primeros días de mi trabajo en la capital inglesa. Pero el éxito de mis esfuerzos, antes de que se iniciara el deshielo, fue modesto en extremo. Conseguí "conquistar" a los liberales, entre ellos a algunos tan destacados como Lloyd George, Herbert Samuel, Archibald Sinclair y otros. Es claro que los liberales formaban parte de la clase dominante; pero en los años 30, como he indicado ya, no gozaban de gran influencia en el Gobierno. Por lo que se refiere a los conservadores, logré entablar relaciones con algunos personajes de segunda y tercera categoría, pero las figuras de primera fila seguían dando de lado a la Embajada soviética.

La única excepción era la casa de los Astor, mas ello se debía a causas especiales. En 1931, lady Nancy Astor hizo un viaje a Moscú en compañía de Bernard Shaw y lord Lothian, siendo recibida por los dirigentes del País de los Soviets. En aquel período, lady Astor se presentaba como "amiga" de la URSS, aunque algunos años después, como verá el lector más adelante, se convirtiera en enemiga jurada de la Unión Soviética. Sin embargo, el nombre de lady Astor no se cotizaba muy alto en los medios conservadores: se la consideraba como una norteamericana rica y ridícula capaz de cualquier extravagancia, como una especie de "enfant terrible" en política. Por eso, el hecho de que el embajador soviético tratara a lady Astor no abría aún ante mí las puertas de otras ciudadelas conservadoras.

El deshielo hizo cambiar todo eso. Los políticos dirigentes del campo conservador empezaron a buscar relaciones con nosotros. Como es natural, traté de aprovechar al máximo la coyuntura y, en efecto, logré establecer contactos estables con toda una serie de destacadísimos representantes del conser-

vadurismo británico. Estos contactos eran tan estables que se mantuvieron incluso más tarde, cuando el corto deshielo en las relaciones anglo-soviéticas cedió su puesto primero al enfriamiento y luego a la verdadera helada. Los más importantes e interesantes de estos nuevos conocidos fueron, sin duda, W. Churchil y lord Beaverbrook.

A fines de julio de 1934, un mes después del almuerzo con Simon que he relatado antes, los Vansittart nos invitaron a mi esposa y a mí a comer en su casa. A la comida asistieron tambien Churchill y su señora.

La situación que ocupaba Churchill entonces era muy original. Descendiente del duque de Marlborough y uno de los más ilustres aristócratas de Inglaterra, Churchill había hecho una brillante carrera política y ocupado numerosísimos cargos ministeriales, incluso el de ministro de Finanzas (1924-1929), uno de los más elevados en la jerarquía gubernamental británica. Pero su carrera se interrumpió súbitamente. Cuando me entrevisté con Churchill en la casa de los Vansittart, llevaba ya cinco años sin desempeñar ninguna cartera en el Gobierno y era formalmente un simple diputado al Parlamento. Adelantándome a los acontecimientos, diré que Churchill siguió en aquel "nivel inferior" hasta el comienzo mismo de la segunda guerra mundial. El Partido Conservador, que era el partido gobernante, estaba evidentemente interesado en no permitirle que empuñara las riendas del Poder. ¿Por qué?

He aquí mi hipótesis. El decenio de 1929-1939 fue un período de desarrollo relativamente tranquilo de la vida política inglesa. Durante él actuaron en la palestra de la gestión del Estado políticos de segunda e incluso de tercera magnitud, como, por ejemplo, Neville Chamberlain, Samuel Hoare, Halifax, Simon y otros. No hay por qué hiperbolizar las dotes políticas de Churchill, como se hace con frecuencia en las publicaciones de Occidente. Churchill se equivocó con frecuencia en la apreciación de los hombres y de los acontecimientos, como veremos más adelante, y durante la guerra emprendió una línea equivocada de largo alcance, equivocada incluso desde el punto de vista de los intereses británicos. Mas, pese a todo, Churchill era muchísimo más inteligente que todos los personajes que acabo de enumerar y, además, se distinguía por su fuerte carácter autoritario. De ahí que los ministros de entonces le tuvieron miedo: temían que, valiéndose de sus cualidades y de su prestigio en los medios conservadores y en el país, los aplastara, envolviera y con-

virtiera en peones suyos. ¡Mejor será, pensaban, que este astuto bulldog político permanezca al margen del camino por el que se desliza con relativa suavidad la carroza del Poder!... Y sólo la terrible crisis de la segunda guerra mundial llevó de nuevo a Churchill al Gobierno, al principio como ministro de Marina y después como Primer Ministro. Mas entonces entraron en juego factores que escapaban al poder de los "Chamberlain" y los "Simon".

Pero incluso privado de cartera ministerial, Churchill era en aquellos años una de las más destacadas figuras políticas de Inglaterra y gozaba, sin duda, de gran influencia entre vastos sectores parlamentarios. Esta influencia aumentó más todavía a mediados de la década del 30, cuando Churchill se puso al frente de la oposición en el seno del Partido Conservador, la cual veía la clave de la seguridad del Imperio Británico en el resurgimiento de la Entente de la primera guerra mundial.

Ignoro a quién corresponde la iniciativa de la entrevista de Churchill conmigo (al propio Churchill o a Vansittart); sin embargo, es un hecho que aquella templada tarde de julio de 1934 nos sentamos los seis a la misma mesa y hablamos de diversos temas de actualidad. Después del café, siguiendo la costumbre inglesa, las damas pasaron a la sala de recibir, y en el comedor quedamos únicamente los hombres. Se entabló entonces una conversación más seria, durante la cual Churchill me explicó francamente su posición.

– El Imperio Británico –dijo– es para mí el comienzo y el fin de todo. Lo que es bueno para el Imperio Británico, es bueno también para mí ; lo que es malo para el Imperio Británico, es malo también para mí... En 1919 consideraba que su país representaba el mayor peligro para el Imperio Británico; por eso fui entonces enemigo de su país. Hoy considero que el mayor peligro para el Imperio Británico es Alemania; por eso soy ahora enemigo de Alemania... A la vez, creo que Hitler se prepara para la expansión no sólo contra nosotros, sino también en el Este, contra ustedes. ¿Por qué no unirnos en la lucha contra el enemigo común?... He sido enemigo del comunismo y seguiré siéndolo, pero estoy dispuesto a colaborar con los Soviets en bien de la integridad del Imperio Británico.

Comprendí que Churchill hablaba sinceramente y que los argumentos que exponía para motivar su cambio de orientación eran lógicos y movían a creerlos.

Respondí a Churchill con la misma franqueza:

– Los soviéticos son por principio enemigos del capitalismo, pero quieren mucho la paz y en la lucha por ella están dispuestos a colaborar con todo Estado, cualquiera que sea su sistema, si ese Estado tiende efectivamente a evitar la guerra.

Y al decir esto recordé toda una serie de hechos concretos y acontecimientos históricos.

Churchill quedó completamente satisfecho de mis palabras y a partir de aquella tarde se establecieron entre nosotros relaciones que duraron hasta el último día de mi trabajo en Inglaterra. Estas relaciones eran poco comunes y, en cierto grado, incluso paradójicas. Churchill y yo pertenecíamos a dos campos opuestos y lo teníamos siempre presente. Yo tenía presente también que Churchill había sido el líder principal de la intervención de 1918-1920 contra la Rusia Soviética. Ideológicamente nos separaba un abismo. Pero en el terreno de la política exterior es forzoso, a veces, marchar con los enemigos de ayer contra el enemigo de hoy si así lo exigen los intereses del país. Precisamente por eso, en los años 30 mantuve constante relación con Churchill, con pleno beneplácito de Moscú, a fin de preparar la lucha conjunta con Inglaterra contra la amenaza hitleriana. Sentía constantemente, como es natural, que Churchill pensaba en su fuero interno en cómo aprovechar mejor el "factor soviético" para conservar las posiciones mundiales de la Gran Bretaña. Debía, por ello, estar siempre en guardia. Sin embargo, las relaciones con Churchill tenían un gran valor y desempeñaron su papel en los acontecimientos ulteriores, sobre todo durante el período de la segunda guerra mundial.

Un tanto distinta fue la forma en que empezaron mis relaciones con lord Beaverbrook. En el verano de 1935, un año después, aproximadamente, de mi primera entrevista con Churchill, vino a visitarme el líder laborista de izquierda Aneurin Bevan. Eramos buenos conocidos y desde el primer momento me habló "sin cumplidos".

– He venido a hablarle de un asunto delicado –comenzó Bevan–. Tengo un amigo, lord Beaverbrook... Habrá usted oído hablar de él, ¿verdad?...

Asentí con la cabeza.

– Pues bien –prosiguió Bevan–, lord Beaverbrook quisiera conocerle... Ha extendido ya una invitación a su nombre para un almuerzo, pero me ha rogado previamente que indague cómo acogerá usted semejante invitación... Sería enojoso

para Beaverbrook que la declinara... Además, está verdaderamente interesado, por razones políticas, en entrevistarse con usted... ¿Qué, qué le parece?

Por mi mente desfilaron en el acto los detalles más importantes que conocía de lord Beaverbrook: canadiense, empezó su carrera como modesto abogado; emprendió luego la senda del periodismo; llegó a Inglaterra durante la primera guerra mundial y se convirtió rápidamente en el rey de la prensa; ministro algún tiempo en el gabinete de Lloyd George; en aquellos momentos, una de las figuras más influyentes en los medios políticos británicos y propietario de todo un "matorral" de órganos de prensa, entre los que figuraba el *Daily Express*, con una tirada de dos millones de ejemplares; mantuvo una posición antisoviética durante los últimos años, y en los días de la crisis anglo-soviética con motivo del asunto de la "Metropolitan-Vickers" hizo una furiosa campaña contra la URSS y contra mí personalmente... ¡Y ese mismo Beaverbrook me invitaba a un almuerzo en su casa!

– ¿Y cuáles son ahora el estado de ánimo y los propósitos de Beaverbrook? –pregunté a Bevan.

– ¡Oh, los mejores! –exclamó mi interlocutor–. Beaverbrook considera que, en la situación actual, Inglaterra y la URSS pueden caminar juntas.

– Bueno –concluí yo–. Aceptaré la invitación de Beaverbrook... No hay por qué revolver el pasado si en el presente podemos marchar juntos contra la Alemania hitleriana.

Días más tarde (el 4 de junio, si la memoria no me es infiel) me sentaba a la mesa en el domicilio de Beaverbrook. Estábamos los dos solos y tuve la oportunidad de examinarlo de cerca. Era un hombre de pequeña estatura, extraordinariamente vivaracho e inquieto, de cara redonda y expresiva y mirada aguda y penetrante. De sus labios escapaban en abundancia, como verdaderos fuegos artificiales, aforismos, sentencias, apreciaciones y características de hombres y acontecimientos. No se moderaba lo más mínimo en las expresiones. La conversación con Beaverbrook fue extraordinariamente interesante y aleccionadora y pasé con él más de dos horas. Intenté varias veces levantarme y despedirme, pero el anfitrión no me lo permitió.

Durante la conversación, Beaverbrook estimó necesario, lo mismo que Churchill, explicarme los motivos de su viraje en el problema de las relaciones con la URSS.

– Sí, sí –me dijo Beaverbrook atropelladamente–, debemos marchar juntos... Le diré francamente que no quiero mucho a su país, pero quiero mucho al Imperio Británico... Estoy dispuesto a todo con tal de conservar la salud del Imperio Británico... Y Alemania es hoy el problema principal no sólo para Europa, sino para el Imperio Británico. ¡Seamos, pues, amigos!

Esto era también franco y, lo que tiene singular importancia, completamente sincero. Me sentía muy satisfecho. Me han dado siempre asco las melosas protestas de simpatía por "Rusia y el pueblo ruso" con que encubrían algunos políticos ingleses la vacuidad de sus sentimientos e incluso sus intrigas antisoviéticas. El realismo un tanto rudo de Beaverbrook me produjo una impresión reconfortadora. Sí, se guiaba por el interés egoísta de su Estado y apelaba al "interés egoísta" (en su concepción) del Estado soviético; pero sobre esa base podía erigirse una política seria de unidad de acción contra el peligro común que representaba el agresor alemán.

En efecto, mis relaciones con Beaverbrook se afianzaron después notablemente y con bastante provecho para la Unión Soviética. Durante la segunda guerra mundial, Beaverbrook, como miembro del gabinete militar de Churchill, prestó no pocos servicios a nuestro país en los suministros. Desde el comienzo mismo de la Gran Guerra Patria se convirtió en caluroso defensor de la apertura del segundo frente en Francia. No es casual que el Gobierno soviético condecorara a Beaverbrook con una de nuestras órdenes más altas.

ENFRIAMIENTO

El deshielo en las relaciones anglo-soviéticas no duró mucho: sólo cerca de un año. Su apogeo fue el viaje de Eden a Moscú. Inmediatamente después de él, empezó a enfriarse la atmósfera de las relaciones anglo-soviéticas, pues los chamberlainianos, alarmados por la posibilidad de una firme mejoría de las relaciones entre Londres y Moscú, volvieron a levantar cabeza y, poniendo en juego su poderío político, empezaron a sabotear esa posibilidad por todos los medios.

Los chamberlainianos presentaron precisamente en aquel período un nuevo plan destinado a parar la agresión alemana,

denominado entonces concepción de la "seguridad occidental". En 1934, los medios gobernantes ingleses de todas las tendencias y corrientes se inclinaban a resucitar la Entente de la primera guerra mundial, viendo precisamente en ella la garantía de la conservación del Imperio Británico. Pero en 1935, entre esos mismos medios empezó a revelarse con evidencia creciente una diferenciación entre los partidarios del "interés estatal" y los del "odio de clase". Los primeros seguían propugnando el resurgimiento de la Entente y, por tanto, el acercamiento de Inglaterra y la URSS. Los segundos se inclinaban cada día más a apostar por otro caballo. Razonaban más o menos como sigue: "Para el Imperio Británico son peligrosas tanto la Alemania hitleriana como la Rusia Soviética: hay que hacer que choquen entre sí (con tanto mayor motivo por cuanto comunistas y fascistas se odian mutuamente) y que nosotros permanezcamos al margen; cuando Alemania y la URSS se hayan desangrado bien y se sientan muy debilitadas como consecuencia de la guerra, llegará el momento de que entre en escena el "Occidente", en primer lugar Inglaterra. Entonces el "Occidente" dictará a Alemania y la URSS una paz que garantice por mucho tiempo, si no para siempre, la seguridad del Imperio Británico y, probablemente, su hegemonía mundial". De esta concepción dimanaban, naturalmente, la lucha contra el acercamiento entre Londres y Moscú y todo género de estímulos a Hitler para que desencadenara la guerra en el Este.

Litvínov tuvo en cuenta precisamente esa concepción cuando, aplicando la política del Gobierno soviético, lanzó en el invierno de 1934 a 1935 la consigna de "la paz es indivisible" y demostró convincentemente que toda guerra seria en el Este de Europa se transformaría sin falta en una guerra mundial. Este mismo espíritu impregnó los numerosos discursos pronunciados por Litvínov en las sesiones de la Sociedad de Naciones y en distintas conferencias y reuniones internacionales. Durante las entrevistas oficiales y privadas con los estadistas y diplomáticos europeos, Litvínov hizo esfuerzos tenaces por persuadirlos de la justedad de esta concepción. A veces lo hacía también en asuntos minúsculos, si consideraba que esas cosas pequeñas podían servir los intereses de la política soviética. Recuerdo que durante la visita de Eden a Moscú, el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS dio un almuerzo oficial en su honor. Pues bien, en la tarta que se sirvió a los postres figuraba escrito en inglés,

con letras de azúcar: *"Peace is indivisible"*. Este detalle causó evidente impresión a Eden.

Los políticos más perspicaces de Inglaterra comprendían también perfectamente la indivisibilidad de la paz. En la primavera de 1935 almorcé un día con Churchill. Mi interlocutor volvió a hablar largo y tendido del peligro hitleriano sin andarse con reparos en las expresiones.

– ¿Qué es la Alemania hitleriana? –exclamó Churchill–. ¡Oh, es una fuerza terrible y peligrosa!... La Alemania hitleriana es una enorme máquina de guerra organizada científicamente y con media docena de gangsters norteamericanos al frente. De ellos puede esperarse todo. Nadie conoce con exactitud qué es lo que quieren y qué es lo que harán mañana... ¿Cuál es su política exterior?... Nadie lo sabe. No me sorprendería lo más mínimo que Hitler no descargara el primer golpe contra la URSS, pues eso es bastante peligroso, sino contra otros países.

Y refiriéndose después a los partidarios de la "seguridad occidental", Churchill prosiguió:

– Esos hombres razonan así: de todas maneras, Alemania necesita pelear en algún sitio y extender sus posesiones en alguna dirección; ¡lo mejor será, pues, que se corte un imperio a costa de los Estados situados en el Este y el Sudeste de Europa! Que se distraiga con los Balcanes o Ucrania, pero que deje en paz a Inglaterra y Francia. Naturalmente, esos razonamientos son puro idiotismo; pero, por desgracia, gozan aún de bastante popularidad en ciertos medios del Partido Conservador. Sin embargo, estoy firmemente convencido de que, al fin y a la postre, no triunfarán los partidarios de la "seguridad occidental", sino los que, como yo o Vansittart, opinan que la paz es indivisible y que Inglaterra, Francia y la URSS deben constituir la osamenta de una alianza defensiva que infunda a Alemania el debido temor. No se puede hacer ninguna concesión a Hitler. Toda concesión por nuestra parte será interpretada como un síntoma de debilidad y no hará más que dar alas a Hitler para que aumente sus exigencias.

Las consideraciones de Churchill me alegraron mucho entonces y las apoyé íntegramente. Quería creer que un hombre como él podía ser un buen juez de la sagacidad y capacidad de acción de la clase dominante británica... Pero, ¡ay!, como mostraron los acontecimientos posteriores, Churchill fue demasiado optimista en su predicción. Los chamberlainianos resultaron ser mucho más fuertes y obtusos



de lo que él pensaba. En particular, nada más regresar Eden de Moscú empezaron a hacer esfuerzos inmensos, y no estériles, ni mucho menos, para restablecer su influencia.

El primer paso dado en este sentido fue la Conferencia de Stresa, celebrada a mediados de abril de 1935 para examinar la infracción por Alemania de los artículos militares del Tratado de Versalles. A ella asistieron: por Inglaterra, MacDonald y Simon; por Francia, Flandin (Primer Ministro) y Laval (ministro de Negocios Extranjeros); por Italia, Mussolini y Suvich (subsecretario de Relaciones Exteriores). Era completamente natural que Mussolini saboteara toda manifestación brusca contra Hitler, pero tampoco los ingleses ni los franceses mostraron el menor deseo de indisponerse con el dictador nazi. En resumidas cuentas, la Conferencia de Stresa, que se limitó a una condenación académica de los actos de Hitler, eludió la adopción de medidas eficaces contra su paso agresivo. Con ello, no hizo otra cosa que estimular al "führer" a seguir corriendo en la misma dirección. Es más, la Conferencia de Stresa (en particular Simon y MacDonald) dio a entender a Mussolini que Inglaterra no impediría la conquista de Etiopía por Italia, para la que esta última se estaba preparando.

El segundo paso dado para restablecer las posiciones de los chamberlainianos fue la reorganización del Gobierno inglés. En mayo de 1935 se cumplieron 25 años de la coronación del rey Jorge V. Con motivo de este aniversario tuvieron lugar numerosas ceremonias y se hicieron muchos nombramientos. Los chamberlainianos procuraron aprovechar la ocasión para afianzar sus posiciones. El Gobierno inglés siguió conservando su anterior carácter "nacional", pero se puso a su frente al conservador Baldwin –que ocupaba antes el puesto de vicepresidente del Consejo de Ministros, aunque, de hecho, era el jefe del Gobierno–, y el ex Primer Ministro MacDonald, que era una figura decorativa, pasó a ser vicepresidente del Consejo. Más importantes aún fueron los cambios efectuados en el Foreign Office. Hasta en los medios gobernantes empezaron a comprender por entonces que los cuatro años de permanencia de Simon al frente del Departamento de Relaciones Exteriores no habían proporcionado ningún beneficio al Estado británico (en lo que desempeñó un papel de no poca importancia su comportamiento durante las negociaciones comerciales anglo-soviéticas). Por eso fue trasladado al puesto, más "neutral", de ministro del Interior.

¿Quién sustituyó a Simon en el Foreign Office? Este nombramiento dio lugar a una larga lucha. Vansittart tenía grandes esperanzas de que el nuevo ministro de Relaciones Exteriores sería Eden, e incluso actuó afanosamente en este sentido entre bastidores; pero los chamberlainianos se opusieron de manera decidida y, en última instancia, se salieron con la suya. Se nombró nuevo ministro del Exterior a Samuel Hoare, representante típico de la cúspide gobernante inglesa: estudió en Oxford; a los 25 años fue "secretario particular" del ministro de Colonias, Lyttelton; a los 42, ministro de Aviación; a los 51, ministro encargado de los Asuntos de la India, y, por último, a los 55 años, ministro de Relaciones Exteriores. Durante la primera guerra mundial, Hoare fue agente militar británico adjunto al Cuartel General zarista y un admirador entusiasta de los oficios de Pascua de la Iglesia ortodoxa rusa, que con tanto colorido describiera en su libro, un tanto supraintelectual, *El cuarto sello* (*Fourth Seal*, 1930).

El carácter de Hoare tenía, en general, algo de místico. Por ejemplo, en el recibidor de su apartamento había un extraño adorno, que tenía la forma de un féretro plateado y suscitaba un ligero estremecimiento a los visitantes. A mediados de los años 30, Hoare era uno de los más íntimos correligionarios de Chamberlain y caluroso defensor de la "seguridad occidental".

Empero, los chamberlainianos veíanse obligados a tomar en consideración las tendencias pacifistas, muy populares entonces en Inglaterra y manifestadas con singular evidencia en la aspiración de las grandes masas de asegurar la paz universal a través de la Sociedad de Naciones. A fines de 1934, la organización británica "League of Nations Union", que dirigía lord Robert Cecil, organizó en el país un "plebiscito de la paz", de carácter voluntario, en el que participaron once millones y medio de personas. De ellos, cerca de diez millones y medio se pronunciaron a favor del empleo de la fuerza contra los agresores. Esto obligó a los chamberlainianos a mostrar cierta prudencia y maniobrar. Por eso, aun haciendo a Samuel Hoare ministro de Relaciones Exteriores, conservaron a Eden como ministro sin cartera, pero con el encargo especial de dedicarse a los asuntos de la Sociedad de Naciones.

El tercer paso dado en esa misma dirección fue el convenio naval anglo-alemán, firmado en junio de 1935. Es sabido que el Tratado de Versalles estableció restricciones muy rigurosas

para el armamento naval de Alemania. En febrero de 1935 Hitler rompió por decisión unilateral todos los artículos militares de este tratado y emprendió la carrera de los armamentos alemanes en tierra y mar. La Conferencia de Stresa condenó (aunque no severamente) los citados actos del "führer". ¡Pero apenas dos meses después, Inglaterra reconoció oficialmente el derecho de Alemania a disponer de un armamento naval que rebasaba en mucho los límites señalados en Versalles! Este acto de "apaciguamiento" del agresor resultaba tan provocador que incluso Francia expresó su protesta a Inglaterra la víspera de la firma del acuerdo. Pero el Gobierno de Baldwin despreció el descontento de su aliado y al día siguiente, 18 de junio, firmó el acuerdo aludido, que preveía una proporción general de 100 a 35 en el tonelaje de la Marina de ambos países, reconociendo, no obstante, a Alemania el derecho de tener una flota submarina igual a la de todo el Imperio Británico. Los comentarios oficiosos no dejaban lugar a dudas de que semejante acuerdo tenía como motivo principal el deseo de Inglaterra de asegurar a Alemania el dominio en el Báltico frente a la URSS. Con ello quedó no sólo abierto, sino incluso legalizado jurídicamente el camino de la carrera armamentista hitleriana.

Ahora bien, como en el otoño de 1935 debían celebrarse en Inglaterra elecciones parlamentarias y vastos sectores de la población seguían condenando violentamente a los agresores fascistas, Samuel Hoare recurrió a una estratagema para cazar votos: en septiembre de 1935 pronunció en Ginebra, en la sesión de la Sociedad de Naciones, un tronante discurso contra los agresores, dando la impresión de que Inglaterra estaba dispuesta a aplicar sanciones a Italia, que se preparaba para desencadenar la guerra contra Etiopía. Mas el discurso no pasó de ser una treta de jugador tramposo. Porque cuando Mussolini, pese a todo, inició el 3 de octubre las hostilidades en Africa, la Inglaterra gobernante no movió ni un dedo. Y cuando el 14 de noviembre se celebraron las elecciones, que dieron la victoria a los conservadores (una victoria no tan brillante como la de 1931, pero que, no obstante, les aseguró plenamente la permanencia en el Poder), los chamberlainianos intentaron tomarse la revancha por el discurso septembrino de Samuel Hoare.

La guerra en Africa planteó con toda acritud el problema de las sanciones de la S. de N. contra Italia. Mientras

Eden revelaba no poca actividad en Ginebra exigiendo la aplicación de las mismas, Chamberlain declaraba públicamente en Londres que las sanciones eran "una locura". Laval, que encabezaba entonces el Gobierno francés, saboteaba simplemente su imposición. Mas como la URSS defendía con firmeza la política de sanciones, secundada por varios Estados de segunda y tercera categoría, Chamberlain y Laval no consiguieron librar de ellas a Italia por completo. Lo que sí consiguieron fue que el compromiso aprobado al fin y a la postre por la Sociedad de Naciones tuviera un carácter bastante inofensivo: por ejemplo, las sanciones no se hacían extensivas al petróleo, producto tan importante desde el punto de vista militar.

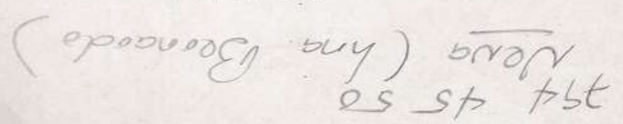
En diciembre de 1935, los chamberlainianos dieron un nuevo paso adelante: Samuel Hoare confeccionó conjuntamente con Laval, Primer Ministro francés, un plan para poner fin a la guerra italo-abisinia sometiendo al control de Mussolini la mitad del territorio de Etiopía. ¡Era un regalo descarado al agresor como recompensa por haber cometido un acto de agresión! ¡Era un estímulo a otros agresores potenciales para que siguieran el camino de Mussolini!... La reacción inmediata en Inglaterra y Francia ante este plan fue tal que Laval se sostuvo en el Poder a duras penas y Samuel Hoare se vio obligado a dimitir inmediatamente*.

Sólo entonces Eden fue nombrado, al fin, ministro de Relaciones Exteriores, hecho que podía ser considerado como un éxito de los "partidarios de la Entente". Sin embargo, entre bastidores, los chamberlainianos le pusieron en el acto una serie de obstáculos, convirtiéndolo en un prisionero de los adalides del "odio de clase". No es difícil imaginarse el resultado.

Cuando Hitler anunció el 7 de marzo de 1936 la ruptura del Pacto de Locarno y volvió a ocupar la región del Rin, la URSS propuso que se adoptasen medidas enérgicas contra este nuevo acto de agresión; pero Inglaterra y Francia, apoyadas por los EE.UU., se limitaron a hacer protestas verbales, que, como es natural, no causaron a Hitler ningún efecto. Y,

---

* Por cierto. Hoare no estuvo mucho tiempo sin cartera: ¡no en vano era considerado por la camarilla gobernante como "uno de los suyos"! Cierto que en la cuestión de Etiopía dio un tropezón, ¡mas era imposible enojarse por largo tiempo con un colega tan seguro! En 1936, aplacadas un tanto las pasiones sociales, Hoare fue nombrado ministro de Marina y, más tarde, ministro del Interior.



sin embargo, como se supo más tarde, los generales hitlerianos llevaban en el bolsillo, al entrar en la región del Rin, la orden de retirarse inmediatamente si los franceses oponían la menor resistencia.

Y cuando Franco, con el activo apoyo de Hitler y Mussolini, se sublevó el 18 de julio de 1936 contra el Gobierno legítimo de la República Española, Inglaterra y Francia –respaldadas de nuevo por los EE.UU.– tuvieron la iniciativa de la farsa denominada "no intervención", que fue de hecho una ayuda indirecta a Franco y a sus protectores extranjeros*.

No hace falta decir que todos los actos del Gobierno británico que acabamos de señalar estaban en contradicción con el comunicado de Moscú del 1 de abril de 1935 y tenían, en última instancia, un carácter antisoviético. De todos modos, durante el invierno de 1936-1937, siendo Baldwin Primer Ministro y Eden ministro de Relaciones Exteriores, Inglaterra trató de guardar las formas de la neutralidad y la imparcialidad, al menos aparentemente, en el problema español. Yo conseguí también reducir al mínimo las nocivas consecuencias que se derivaban para las relaciones anglo-soviéticas en su conjunto de nuestras discrepancias en torno a los asuntos españoles. Recuerdo una conversación que sostuve con Eden acerca de esta cuestión nada más empezar la guerra de España.

– Para mí está claro –dije– que los gobiernos soviético y británico enfocan de distinta manera los acontecimientos de España. . . En este terreno existen discrepancias entre nosotros, que pueden incluso aumentar; no obstante, España es sólo *uno de los problemas* de la política exterior de ambos países. Hay otros muchos, incluso más importantes que éste, en los que no existen contradicciones entre la URSS e Inglaterra. . . Localicemos, pues, nuestras discrepancias respecto al problema español y tratemos de que repercutan lo menos posible en las relaciones anglo-soviéticas en general. . . Sería indeseable en extremo que el comunicado de Moscú se convirtiera en un papel mojado.

Eden permaneció pensativo un instante y después respondió:

---

* En mis recuerdos acerca del Comité de no intervención en los asuntos de España, publicados en 1962 por la Editorial Militar con el título de *Cuadernos Españoles*, se habla con detalle de esta cuestión.

– Estoy completamente de acuerdo con usted y, por mi parte, haré todo lo posible para que nuestra política se atenga a los principios expuestos en el comunicado de Moscú. . . Eso es muy importante no sólo para Inglaterra y la URSS, sino para el mantenimiento de la paz universal.

Eden volvió a callar durante unos segundos y luego agregó algo más bajo:

– Pero, como usted comprenderá, no todo depende de mí.

Sí, lo comprendía perfectamente; pero, de todos modos, debo hacer constar que la temperatura en las relaciones anglosoviéticas se mantuvo bastante elevada sobre cero hasta mediados de 1937.

BAJO CERO

El 28 de mayo de 1937 dimitió Baldwin, sucediéndole en la jefatura del Gobierno inglés Neville Chamberlain. Al conocer esta noticia, pensé involuntariamente: "Churchill se ha equivocado en su pronóstico: no es él sino Chamberlain quien ha empuñado el timón. Ahora nos espera la confabulación de Chamberlain con Hitler, ¿Y luego?. . ."

Neville Chamberlain era, sin duda, la figura más siniestra que destacaba entonces en el horizonte político de Inglaterra. Siniestra por el carácter orgánico, profundamente reaccionario, de sus concepciones. Y siniestra también por la influencia de que gozaba en el Partido Conservador. El hecho de que Neville Chamberlain fuera un hombre de ideas limitadas y facultades minúsculas y de que su horizonte político no rebasase, según la expresión de Lloyd George, el de "un fabricante provinciano de camas de hierro" no hacía más que agravar el peligro que representaba su subida al Poder. El padre de Neville, el famoso Joseph Chamberlain, consideraba a este hijo suyo (a diferencia del otro hijo, Austen) incapaz para la política y lo preparó desde la juventud para la actividad comercial. Pero Neville no conquistó tampoco laureles envidiables en el campo del comercio. En vista de ello, se le hizo avanzar por la "línea municipal", en la que, tras una serie de peldaños intermedios, llego al puesto de alcalde de Birmingham. En 1917, como conservador de origen aristocrático, se nombró a Neville Chamberlain ministro de Reclutamiento del Ejército en el Gobierno de coalición de Lloyd George, pero fracasó vergonzosamente y el Primer Ministro lo expulsó del gabinete.

¡Y ese mismo Chamberlain fue el que encabezó el Gobierno británico en mayo de 1937, en una situación mundial complicada y difícil en extremo! Sin proponérmelo, pensaba una y otra vez: "¡A qué extremo de profunda descomposición ha llegado la clase dominante inglesa!"

La llegada de Neville Chamberlain al Poder tuvo para mí, como embajador de la Unión Soviética, una significación absolutamente especial. No había olvidado la conversación que sostuve con él en noviembre de 1932, de la que he hablado antes. Los cinco años posteriores confirmaron por completo, con numerosos hechos y ejemplos, que Neville Chamberlain era un enemigo consecuente de la URSS. Y lo único que podía hacer un Primer Ministro de tales cualidades era empeorar las relaciones anglo-soviéticas. Precisamente por su hostilidad al Estado soviético, semejante Primer Ministro sólo podía acentuar la política de "apaciguamiento" de los agresores. ¡No podíamos esperar nada bueno de él!

Por sombríos que fuesen mis sentimientos, decidí, pese a todo, entrevistarme con el nuevo Primer Ministro y sondear su estado de ánimo. Chamberlain me recibió el 29 de julio en su despacho en el Parlamento, manteniéndose más sereno y comedido que durante nuestra primera entrevista cinco años antes. Le pregunté cuál era, en líneas generales, la política que se proponía aplicar el Gobierno británico en el terreno de las relaciones internacionales. Y Chamberlain me explicó larga y circunstanciadamente que el problema fundamental del momento era, a su juicio, Alemania. Había que resolver, en primer lugar, este problema, después de lo cual todo lo demás no presentaría ya dificultades especiales. Mas ¿cómo resolver el problema alemán? Al Primer Ministro le parecía plenamente posible hacerlo si se aplicaba un *método* acertado.

– Si pudiéramos –dijo– sentarnos con los alemanes a la misma mesa y repasar, lápiz en mano, todas sus quejas y pretensiones, se aclararían mucho las relaciones.

Es decir, el quid de la cuestión residía únicamente ¡en sentarse a la misma mesa lápiz en mano! ¡Qué sencillo! Recordé involuntariamente las palabras de Lloyd George: "fabricante provinciano de camas de hierro". En efecto, Chamberlain se imaginaba, por lo visto, a Hitler y a sí mismo como a dos comerciantes que discuten, alborotan, regatean y, al final, cierran el trato. ¡Así eran de rudimentarias las nociones políticas del Primer Ministro!

De cuanto me dijo Chamberlain el 29 de julio se deducía, de manera indudable, que aspiraba a conseguir un pacto de los cuatro, viendo el camino para ello en "apaciguar" por todos los medios a Hitler y Mussolini.

Este pronóstico pesimista se hacía más probable aún debido a que, precisamente por entonces, tomó forma definitiva en Londres la llamada "camarilla de Cliveden", que tan siniestro papel desempeñó en los años que precedieron a la segunda guerra mundial. Lady Nancy Astor, la misma lady Astor que en 1932-1933 había coqueteado con el País de los Soviets haciéndose pasar por "amiga" suya, descubrió en los años posteriores su verdadera faz y, en fin de cuentas, se convirtió en el "ama" del salón político en el que se reunían los representantes más reaccionarios del Partido Conservador. En su suntuosa finca de Cliveden (en los alrededores de Londres), que pretendía ser una imitación de Versalles, pasaban habitualmente los *week end* personajes como Neville Chamberlain, lord Halifax, Samuel Hoare, Kingsley Wood y otros. Allí bebían, comían, se divertían, intercambiaban opiniones y trazaban planes de acción inmediata. Con frecuencia, entre dos partidos de golf se resolvían importantísimas cuestiones de Estado. Cuanto más se acercaba la guerra, mayor era la actividad de Cliveden. El salón de lady Astor pasó a ser la ciudadela principal de los enemigos de la Unión Soviética y de los amigos del acercamiento anglo-alemán. De él partía la propaganda más enérgica de la concepción de la "seguridad occidental"; en él se saboreaban con voluptuosidad singular los cuadros del exterminio recíproco sovieto-alemán, en el cual cifraban sus esperanzas los contertulios de Cliveden. El salón de lady Astor influía con fuerza extraordinaria en el nombramiento de los ministros, la formación de los gobiernos y la determinación de la línea política de éstos. La subida de Neville Chamberlain al Poder significaba una omnipotencia tal de la "camarilla de Cliveden" que sólo podía despertar los más alarmantes temores en los medios dirigentes de la Unión Soviética. Y, efectivamente, no hubo que esperar mucho.

El objetivo de Chamberlain consistía en "apaciguar" a los dictadores fascistas como medio para establecer la "seguridad occidental". Es claro que eso no pasaba de ser una idiotez, como dijera Churchill; pero el odio de clase al Estado socialista era tan grande en Chamberlain (y no sólo en Chamberlain) que le ofuscaba por completo el juicio. En

sus memorias de guerra, Churchill señala irónicamente al hablar de Chamberlain y de su actitud ante Hitler: "Míster Chamberlain se animaba con la esperanza de apaciguarlo y reformarlo para llevarlo después a la plena mansedumbre"*. Churchill se atiene en este pasaje a maneras literarias decorosas. Pero en las conversaciones privadas se expresaba con mucha más rudeza. Recuerdo que un día me dijo:

– Neville es un imbécil... Piensa que se puede cabalgar en tigre.

Por desgracia, Chamberlain pensaba precisamente así. Y por eso se convirtió en un apóstol consecuente de la política de "apaciguamiento" de los agresores. Para llevar esa política a la práctica necesitaba un Gobierno que, por su composición, armonizase con tal idea y, ante todo, un ministro "adecuado" de Relaciones Exteriores. Eden no valía para eso, menos aún porque era impopular en extremo en Roma y en Berlín. Chamberlain eligió para este puesto clave a lord Halifax; sin embargo, teniendo en cuenta el estado de ánimo reinante entonces entre la opinión pública de Inglaterra, no se decidió a desembarazarse en el acto de Eden. Había que preparar el terreno para ello y, lo que sería mejor, obligar al propio Eden a presentar la dimisión. De ahí que Chamberlain designara "de momento" a lord Halifax para el cargo, honroso pero puramente decorativo, de vicepresidente del Consejo de Ministros, es decir, de ministro sin cartera, al que se encomiendan de cuando en cuando misiones especiales. Y como veremos después, la misión más importante, especial, que se encomendó a Halifax estaba relacionada con la política exterior.

El primer paso claro dado por Chamberlain en el "apaciguamiento" de los dictadores fue el envío de una carta amistosa a Mussolini, a la que éste, como es lógico, contestó sin tardanza en el mismo tono amistoso. Luego sostuvo con él enérgicas negociaciones, tratando de conseguir la firma de un amplio tratado de amistad y colaboración entre Inglaterra e Italia. Eden y algunos otros políticos destacados estaban en contra de estas negociaciones. Y no porque simpatizaran con la República Española. ¡No, ni mucho menos! Ni Eden ni la mayoría de sus correligionarios sentían la menor simpatía por ella. Pero conocían la perfidia de los dictadores fascistas y no creían mucho en sus promesas, de-

* W. Churchill, *Second World War, 5th* edition, vol I, L., 1955. p. 322.

bido a lo cual exigían de Mussolini, en prueba de la seriedad de sus propósitos, que sacara previamente de España las tropas italianas que peleaban al lado de Franco. Mas Chamberlain se cerró en banda y aplicó tozudamente su línea de acelerar la firma del tratado anglo-italiano. Esto sirvió de base para que surgiera un conflicto entre Chamberlain y Eden (avivado, posiblemente, de manera artificial por el Primer Ministro), como resultado del cual Eden dimitió el 20 de febrero de 1938. Junto con Eden presentó también la dimisión su subsecretario parlamentario, lord Cranborne, partidario asimismo en aquellos años del acercamiento con la URSS. Poco antes de ocurrir todo esto, el 1 de enero de 1938, Vansittart dejó de participar activamente en los asuntos del Foreign Office, nombrándosele para el cargo, honroso pero poco activo, de "consejero diplomático principal del Gobierno británico". Al darme a conocer su nuevo nombramiento, Vansittart observó con amarga sonrisa:

– Consejero diplomático principal... Pero no es obligatorio pedirle consejo... Todo depende de los deseos del Primer Ministro...

Vansittart predijo con acierto su futuro: Chamberlain, en efecto, no recurrió a sus consejos.

Entonces empezó el rápido ascenso de sir Horace Wilson como consejero auténtico, y cada día más poderoso, del Primer Ministro para los asuntos de política exterior. Yo le conocía bien de las negociaciones comerciales con Inglaterra. Horace Wilson, a la sazón "consejero industrial principal del Gobierno británico", fue el representante más destacado de la parte inglesa durante la preparación del convenio comercial provisional de 1934. Era un hombre astuto y hábil, cínico hasta la médula, para el cual el mundo estaba compuesto de imbéciles y miserables. Wilson conocía a la perfección todos los asuntos del comercio y de la industria, pero sus horizontes en materia de política exterior se hallaban al nivel del pequeño burgués medio. ¡Y Chamberlain incorporaba precisamente a ese hombre, como experto de su mayor confianza, a la solución de los problemas internacionales fundamentales! Parecía una locura... Pero ¿es que toda la política exterior de Chamberlain no fue, acaso, una locura completa, cultivada con la levadura del odio de clase, la estupidez y la ignorancia?

Después de limpiar el Foreign Office de cuantos no eran de su agrado, Chamberlain nombró ministro de Relaciones

Exteriores a lord Halifax, aristócrata inglés de abolengo, cuya larga carrera política y administrativa había culminado en el cargo de virrey de la India. Era un hombre alto, enjuto y tardo. Llevaba siempre un guante negro en la mano izquierda, lesionada, y hablaba sosegadamente, con voz sorda, conservando en todo momento una agradable sonrisa en el rostro. Su aspecto predisponía en su favor y daba la impresión de ser un hombre profundo o, en todo caso, que se interesaba por los grandes problemas. Tenía una mentalidad filosófica, pero la filosofía propia de su espíritu era místico-religiosa. Pertenecía a la llamada "Alta Iglesia" –es decir, a la corriente del anglicanismo que se distingue poco del catolicismo– y le gustaba hablar de temas religiosos y morales. Se decía que cuando Halifax fue virrey de la India, detrás de su despacho había una pequeña capilla. Antes de cualquier entrevista o discusión seria, se encerraba durante varios minutos en la capilla y pedía a Dios que alumbrara su entendimiento. Halifax poseía, sin duda alguna, una vasta instrucción, lo que no le impedía, sin embargo (como veremos más adelante), revelar con frecuencia la más completa incomprensión de la época y de sus fuerzas motrices. Mas en ello se manifestaba la estrechez de sus concepciones de clase.

Como miembro del Gobierno de Chamberlain, Halifax apoyaba íntegramente la política de "apaciguamiento" y era uno de los puntales de la "camarilla de Cliveden". Era un hombre de carácter complaciente y se conformaba fácilmente con que el Primer Ministro (de acuerdo con Horace Wilson) usurpara la política exterior de la Gran Bretaña y convirtiera el Ministerio de Relaciones Exteriores en una simple oficina diplomática adjunta a su persona. Para evitar cualquier complicación, después de Vansittart se encomendó el importante puesto de subsecretario permanente del Exterior a Alexander Cadogan, del que no se podía esperar ninguna sorpresa.

De este modo, Chamberlain se aseguró un aparato modesto y dócil, después de lo cual emprendió la aplicación consecuente de su "propia" política exterior.

Empezó por Alemania. Ya a fines de noviembre de 1937, Halifax recibió de Chamberlain el encargo de hacer una peregrinación a Berlín y entablar negociaciones con Hitler acerca de un arreglo general de las relaciones anglo-alemanas. Entonces desconocíamos aún todos los detalles de estas

negociaciones, pero su sentido general estaba claro para nosotros. Además, en los medios políticos de Inglaterra se filtró algo de lo que ocurría en Berlín y llegó a nuestro conocimiento. Como consecuencia de ello aumentó en gran medida la desconfianza de la parte soviética hacia el Gobierno de Chamberlain. Los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania encontrados por el Ejército Soviético en Berlín prueban hoy que teníamos motivos más que sobrados para desconfiar.

En efecto, las notas de la conversación sostenida por Hitler y Halifax el 17 de noviembre de 1937, publicadas por el Ministerio de Negocios Extranjeros de la URSS en 1948, muestran con toda claridad que Halifax propuso a Hitler, en nombre del Gobierno británico, una especie de alianza sobre la base de un "pacto de los cuatro" y de dejarle las manos libres en Europa Central y Oriental. Halifax declaró, en particular, que "no debe excluirse ninguna posibilidad de cambiar la situación existente" en Europa. Y más adelante puntualizó que "entre estas cuestiones figuran Danzig, Austria y Checoslovaquia". Como es natural, al apuntar a Hitler la dirección de la agresión que encontraría menos resistencia por parte del Gobierno de Chamberlain, Halifax consideró necesario hacer la siguiente salvedad:

"La Gran Bretaña está interesada únicamente en que dichos cambios se hagan por medio de una evolución pacífica y en que se pueda evitar los métodos susceptibles de producir nuevas conmociones que no desearían ni el führer ni los otros países"*.

Hitler, empero, comprendía bien el valor de esa salvedad, por lo que pudo considerar su conversación con Halifax como el beneplácito de Londres para la conquista violenta de "espacio vital" en las zonas indicadas. Y cuando dimitió Eden y se nombró a Halifax ministro de Relaciones Exteriores Hitler pensó, y no sin motivo, que había llegado el momento de llevar a la práctica el programa de agresión trazado durante su entrevista de noviembre de 1937. No perdió tiempo, y el 12 de marzo de 1938, 12 días después de ser nombrado Halifax ministro de Relaciones Exteriores, dio el primer gran "salto": se apoderó de Austria con un golpe relámpago. Como si se mofara de los "apaciguadores" de Londres, el

---

* *Documentos y materiales de vísperas de la segunda guerra mundial*, t. 1, págs. 24 y 34, ed. en español, Moscú, 1948.

"führer" hizo coincidir la anexión precisamente con el día en que Chamberlain recibía en Inglaterra, con toda solemnidad, al ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, von Ribbentrop. ¿Y qué ocurrió? Inglaterra y Francia reaccionaron ante tan clamante acto de agresión únicamente con protestas verbales, que ni ellos mismos, y mucho menos Hitler, tomaban en serio.

Por grande y legítima que fuera, después de todo lo ocurrido, la desconfianza del Gobierno soviético hacia el Gobierno de Chamberlain, los dirigentes de la URSS intentaron en ese momento crítico apelar al sentido común de los dirigentes de la Gran Bretaña. El 17 de marzo de 1938, cinco días después de la anexión de Austria, el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, Litvínov, hizo en Moscú unas declaraciones a los periodistas, en nombre del Gobierno soviético, en las que dijo entre otras cosas:

"Si los casos de agresión se habían registrado antes en continentes más o menos alejados de Europa o en el extremo de Europa... esta vez, la violencia se ha producido en el centro de Europa, provocando un indudable peligro tanto para los once países que limitan desde ahora con el agresor como para todos los Estados europeos, y no sólo europeos...

Surge, en primer lugar, una amenaza para Checoslovaquia...

La presente situación internacional hace surgir ante todos los Estados pacíficos, y en particular ante las grandes potencias, el problema de su responsabilidad por el destino de los pueblos de Europa y no sólo de Europa. El Gobierno soviético es consciente de la parte de responsabilidad que le corresponde, es consciente también de los compromisos que se derivan para él de la Carta de la Liga, del pacto Briand-Kellogg y de los tratados de asistencia mutua que ha firmado con Francia y Checoslovaquia, y puedo declarar en su nombre que está dispuesto, como antes, a participar en acciones colectivas acordados conjuntamente con él y que tengan por fin detener el desarrollo de la agresión y eliminar el creciente peligro de una nueva guerra mundial. El Gobierno soviético está dispuesto a examinar inmediatamente con otras potencias, en la Sociedad de Naciones o al margen de ella, las medidas prácticas que dictan las circunstancias"*.

---

* *Izvestia,* 18 de marzo de 1938.

Simultáneamente recibí de Moscú la indicación de entregar al Gobierno británico el texto de las declaraciones de Litvínov, acompañándolas de una nota en la que se dijera que las citadas declaraciones expresaban oficialmente el punto de vista del Gobierno soviético. Así lo hice. Lo mismo hicieron también, cumpliendo las instrucciones recibidas de Moscú, los embajadores soviéticos en París y Washington. Así, pues, la URSS declaró públicamente que estaba dispuesta a adoptar medidas enérgicas contra la agresión y exhortó a Inglaterra, Francia y los EE.UU. a proceder de la misma manera. La Unión Soviética cumplió con su deber. ¿Y los otros?

El 24 de marzo, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña envió a la Embajada soviética una larga nota firmada por Halifax. En ella se decía que el Gobierno británico "saludaría calurosamente la celebración de una conferencia internacional en la que participaran todos los Estados europeos" (es decir, los agresores y los no agresores. *–I.M.*), pero se oponía a la celebración de "una conferencia a la que asistieran únicamente algunas potencias europeas con el designio... de organizar una acción conjunta contra la agresión", pues, a juicio del Gobierno británico, semejante conferencia tendrían un efecto desfavorable para la paz europea*.

Así, pues, ¡en vez de luchar contra los agresores, estériles conversaciones con ellos! ¡Un nuevo "Comité de no intervención", pero no ya en los asuntos españoles, sino en los de toda Europa! Dicho de otro modo, píldoras calmantes para las grandes masas, a fin de dar tiempo a los agresores para que preparasen nuevos "saltos". ¡Eso es lo que quería el Gobierno británico! ¡Así descifraba en la práctica las palabras de Halifax sobre el deseo de que se produjeran cambios en la situación europea "por medio de una evolución pacífica"!

La reacción en París y Washington al llamamiento soviético no fue mejor que la de Londres.

Podría creerse que la anexión de Austria debería hacer entrar en razon a Chamberlain, por poco que fuera, y moverlo a ser más prudente en las relaciones con los dictadores fascistas. ¡Ni mucho menos! Cegado por el odio a la Unión So-

---

* *Documents on British Foreign Policy (1919-1939)*, Third Series, vol. I, L., 1949, p. 101. (En lo sucesivo, *DBFP*.)

viética, Chamberlain no quiso ver nada. Continuó tozudamente su política funesta (funesta para la propia Inglaterra) y el 16 de abril firmó el tratado de amistad y colaboración con Italia, que con tanta pasión buscaba. Este tratado contenía, entre otras cosas, el reconocimiento del Gobierno británico de la ocupación de Etiopía por Italia. Sin embargo, movido por el deseo de tranquilizar a las masas democráticas de Inglaterra, que consideraban la firma del tratado anglo-italiano en aquel momento como una traición a la República Española, Chamberlain hizo una salvedad de importancia: se comprometió a ratificar el tratado únicamente después de que Italia evacuase de España sus tropas en consonancia con el plan que confeccionaba entonces el "Comité de no intervención en los asuntos españoles". Más adelante diré cómo cumplió Chamberlain este compromiso.

Recuerdo que en la primavera de 1938 me encontré con lady Vansittart en una recepción. Estaba muy deprimida. La separación de su esposo de la labor activa en la aplicación de la política exterior inglesa, el nombramiento de Halifax como ministro de Relaciones Exteriores, la preponderancia de los "clivedenianos" en el Gobierno y otras muchas cosas la habían hecho pesimista en extremo.

– Van está convencido –me dijo– de que la guerra se halla muy cerca, detrás de la esquina... ¡Qué desgracia es para nosotros tener un Primer Ministro tan desdichado en momentos tan difíciles!

Lady Vansittart me preguntó después por el estado de las relaciones anglo-soviéticas. Le conté con toda franqueza cómo estaban las cosas, y ella, juntando las manos con amargura, exclamó:

– ¿Recuerda usted cómo consiguió Van hace cuatro años suavizar las relaciones entre nuestros dos países?... ¡Todo se ha echado a perder ahora!

Respondí:

– Sí, en 1934 y 1935, con el concurso de su esposo, se produjo el deshielo en las relaciones anglo-soviéticas; pero ahora...

– Ahora ¿qué? –me interrumpió impaciente.

– Ahora –terminé– la temperatura en las relaciones anglo-soviéticas es inferior a cero.

Lady Vansittart volvió a juntar las manos y agregó, con profundo sentimiento:

– En todo caso, Van hizo cuanto pudo.

Pero si Chamberlain no supo extraer ninguna enseñanza del hundimiento de Austria, Hitler resultó ser mucho más capaz. El "salto" a Viena fue para él una prueba de importancia: el dictador nazi quería comprobar cómo reaccionarían las "potencias democráticas" ante su agresión. La comprobación mostró que Inglaterra y Francia no se movieron. No es sorprendente que Hitler lo interpretara así: ¡Vía libre! Y dos meses después de la ocupación de Austria emprendió una nueva "operación", aún más seria.

Ocurrió lo que Litvínov había predicho en sus declaraciones del 17 de marzo: la amenaza se cernió sobre Checoslovaquia. Hitler inició en mayo de 1938 una furiosa campaña contra este país, en la que no participaron solamente la prensa y la radio: las tropas alemanas empezaron a concentrarse en la frontera con Checoslovaquia, mientras que en el interior de este país, los nazis de los Sudetes, obedeciendo órdenes de Berlín, se lanzaron a las más insolentes provocaciones contra el Gobierno checoslovaco. La atmósfera política se caldeaba cada día más en Checoslovaquia y el resto de Europa Central, en Inglaterra y Francia. Olía a pólvora. Porque Francia tenía un pacto de asistencia mutua con Checoslovaquia, y si Alemania agredía a ésta, aquélla estaba obligada a salir en su defensa. Inglaterra no tenía un pacto formal de este tipo con Checoslovaquia, pero, como aliada inmediata de Francia, no podía tampoco quedar al margen. En agosto, la situación se había hecho tan amenazadora y la alarma e inquietud de las masas francesas e inglesas eran tan fuertes que el Gobierno británico se vio obligado a hacer algo para aminorar la tensión creada. ¿Qué hizo? ¡Algo que respondía plenamente al espíritu de Chamberlain!

En lugar de declarar firmemente que Inglaterra y Francia no permitirían a Hitler tragarse Checoslovaquia (y ese paso tenía entonces probabilidades de detener el brazo del agresor), el Gobierno de Chamberlain decidió enviar a Checoslovaquia una misión presidida por lord Runciman. ¿Quién era lord Runciman? Un viejo dignatario que jamás se había ocupado de los asuntos internacionales, sordo, lerdo y que no sabía siquiera con exactitud dónde se encontraba Checoslovaquia, como pude comprobar durante una conversación que sostuve con él en el verano de 1938. ¿Qué objetivo se señaló a la misión de Runciman? Oficialmente, debía "estu-

diar" la situación sobre el terreno y presentar una propuesta de mediación para resolver el conflicto germano-checo. De hecho, como mostraron los acontecimientos, la "labor" de la misión se limitó a desbrozar el camino para el desmembramiento de Checoslovaquia.

Aunque la acogida dispensada en Londres y París a la gestión soviética del 17 de marzo de 1938 con motivo de la anexión de Austria no predisponía, ni mucho menos, a hacer nuevos intentos de ese carácter, el Gobierno soviético decidió, en aquel momento de terrible peligro para Checoslovaquia, apelar una vez más al sentido común de los líderes franco-ingleses. Nosotros pensábamos: "Quizá la amarga experiencia de los meses transcurridos desde entonces les haya enseñado algo... Quizá estén dispuestos, aunque sea ahora, a acciones más enérgicas contra los agresores... No se debe desaprovechar ni una sola posibilidad, por pequeña que sea, de impedir la catástrofe".

Basándose en estas consideraciones, Litvínov recibió el 2 de septiembre de 1938 al encargado de negocios francés en Moscú, Payart (el embajador, Naggiar, estaba ausente), y le declaró, con el ruego de que lo transmitiera urgentemente al Gobierno francés, que en caso de agresión de Alemania a Checoslovaquia, el Gobierno soviético cumpliría los compromisos previstos en el pacto soviéto-checoslovaco de asistencia mutua de 1935 y prestaría ayuda armada a dicho país. Pero como, según estipulaba el pacto, el compromiso de ayuda soviética entraría en vigor sólo en el caso de que Francia, unida a Checoslovaquia también por un pacto de asistencia mutua, tomara las armas simultáneamente contra Alemania, el Gobierno de la URSS quería conocer los propósitos del Gobierno francés ante la situación creada. Por su parte, el Gobierno de la URSS proponía al Gobierno francés la celebración urgente de una conferencia de representantes de los Estados Mayores Centrales soviético, francés y checoslovaco para adoptar las medidas pertinentes. Litvínov suponía que Rumania dejaría pasar por su territorio a las tropas y la aviación soviéticas, pero consideraba que sería muy deseable, a fin de influir sobre Rumania en este sentido, plantear con la mayor rapidez posible en la Sociedad de Naciones el problema de la ayuda eventual a Checoslovaquia. Si en el Consejo de la organización internacional apoyaba esta ayuda la mayoría, por lo menos (la Carta de la S. de N. exigía la unanimidad), Rumania se sumaría, sin duda, a ella

y no se opondría a que las tropas soviéticas cruzaran su territorio.

Como declaró más tarde Gottwald (Presidente de Checoslovaquia después de la guerra), en aquellos días, aproximadamente, J. Stalin dio a conocer por su conducto al Presidente de la República Checoslovaca, Beneš, que la Unión Soviética estaba dispuesta a prestar a Checoslovaquia ayuda armada aun en el caso de que Francia se negara a hacer lo mismo*.

En la mañana del 3 de septiembre recibí un despacho de Moscú que contenía la declaración hecha por Litvínov a Payart. En la situación de entonces era un documento de la mayor significación política. Importaba darlo a conocer lo más posible, pues la "camarilla de Cliveden" había realizado durante todo el mes de agosto una campaña de insinuaciones en los medios políticos, cuya esencia consistía en lo siguiente: "Salvaríamos con mucho gusto a Checoslovaquia, mas eso es difícil sin Rusia, y ésta guarda silencio y rehuye evidentemente el cumplimiento de sus compromisos, previstos en el pacto sovieto-checoslovaco de asistencia mutua".

Aquel mismo día, 3 de septiembre, visité a Churchill en su casa de campo de Chartwell y le di a conocer con detalle el contenido de la declaración de Litvínov a Payart. Churchill comprendió en el acto la importancia de esta declaración y me dijo que pondría inmediatamente en conocimiento de Halifax mi información. Cumplió su promesa, y ese mismo día envió una carta a Halifax informándole circunstanciadamente de la gestión de Litvínov, como confirma en sus memorias de guerra**. No limitándome a la conversación con Chur-

---

* *¡Por una paz duradera, por una democracia popular!*, 21 de diciembre de 1949.

** W. Churchill escribe: "El 2 de septiembre, después de comer, recibí un mensaje del embajador soviético, en el que me comunicaba que deseaba visitarme en Chartwell para un asunto de la mayor urgencia... Le recibí, y luego de unas frases preliminares me contó con expresiones muy precisas y claras la historia que expongo a continuación. Muy pronto comprendí que el Gobierno soviético había preferido dirigirse a mí, persona privada, con semejante declaración, y no directamente al Foreign Office, por temor a encontrar una reacción hostil en esta institución. Estaba claro que se me hacía esa información confiando en que la pondría en conocimiento del Gobierno de Su Majestad. El embajador no me dijo eso, pero se sobrentendía, pues no me pidió que guardara en secreto su información. Como la cuestión planteada por el embajador tenía la mayor importancia, procuré informar de ella a Halifax y Chamberlain en tal forma y con tal lenguaje que no dieran lugar a ningún conflicto entre nosotros".

chill, me entrevisté también con Lloyd George y Arthur Greenwood, suplente del líder del Partido Laborista en el Parlamento, y les repetí cuanto había dicho a Churchill.

Mis cálculos eran los siguientes: los tres líderes de la oposición hablarían, sin duda, a sus compañeros de partido de la gestión de Litvínov (tanto más que, al informarles de ella, no les pedía que mantuvieran en secreto mis palabras), y, por consiguiente, en los medios políticos de Londres conocerían la posición auténtica de la URSS ante un problema tan actual. Y si algún miembro del Gobierno hablaba calumniosamente en el Parlamento de la "pasividad" de la URSS en el problema checoslovaco, la oposición podría darle una respuesta que restableciera la verdad. Con posterioridad, mis cálculos se vieron justificados plenamente.

Yo no dudaba entonces, ni dudo hoy, de que Checoslovaquia habría sido salvada y todo el curso ulterior de los acontecimientos europeos y mundiales habría tomado otros derroteros si el Gobierno francés se hubiera asido a la mano que le tendió la Unión Soviética el 2 de septiembre, si Inglaterra y Francia hubiesen aceptado sinceramente, incluso en aquel momento tardío, la unidad de acción con la URSS. Pero proceder así habría significado indisponerse con Hitler, despedirse para siempre de los planes de "seguridad occidental" y renunciar a las esperanzas de enfrentar a Alemania con la URSS... ¡No, no! ¡Ni Chamberlain ni Daladier querían aceptar eso! ¡Preferían dejarse llevar por sus absurdas y fantásticas quimeras, dictadas por el odio de clase al País del Socialismo! En aras de eso estaban dispuestos a sacrificar Checoslovaquia, y no sólo Checoslovaquia...

Churchill dice en sus memorias de guerra que el 5 de septiembre recibió la contestación de Halifax a la carta antes mencionada. El ministro de Relaciones Exteriores declaraba en ella que el planteamiento del problema de Checoslovaquia en la Sociedad de Naciones "será ahora poco útil, pero lo tendré en cuenta"*.

Y Churchill reproduce textualmente su carta a Halifax, en la que refiere con gran exactitud lo que le dije entonces acerca de la conversación de Litvínov con Payart. (*W. Churchill, Second World War*, vol. I, pp. 263-265).

Como se ve por el texto, los motivos y circunstancias que me movieron a dirigirme a Churchill en este caso fueron algo distintos a los que él expone para explicar mi proceder, pero el propio hecho de mi visita está recogido correctamente.

* W. Churchill, *Second World War, vol.* I, p. 266.

Dos días después de la respuesta de Halifax a Churchill, el 7 de septiembre, el diario *The Times* publicó un siniestro artículo de fondo, en el que se daba a entender claramente que la mejor salida de la situación sería que Checoslovaquia entregase a Alemania la región de los Sudetes. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra se apresuró a declarar que no tenía nada que ver con el artículo en cuestión, pero nadie lo creyó.

Recuerdo que el 8 de septiembre, al día siguiente de aparecer el aludido artículo del *Times*, Halifax me invitó a visitarle y durante la conversación, en la que tratamos de distintas cuestiones, me manifestó que el Gobierno británico no tenía ninguna relación con lo dicho en el periódico. Pero tampoco yo se lo creí. Admitía, claro está, que ni el Foreign Office ni el Gobierno en su conjunto habían dado ningún encargo directo y formal al *Times* de publicar el malhadado artículo de fondo. Pero ¿son pocas, acaso, las vías indirectas y extraoficiales de que disponen las autoridades supremas para ver expresados en las páginas de la prensa los puntos de vista y las opiniones que desean? Así ocurrió precisamente en aquel caso, pues tanto el contenido como el tono del artículo del *Times* reflejaban magníficamente el espíritu de los pensamientos y los actos de la "camarilla de Cliveden". ¿Qué motivos podía tener, pues, para creer el mentís de Halifax?

Vinieron luego los vergonzosos días de Munich. El jefe del Gobierno británico, "el hombre del paraguas", como le bautizaron en aquellos días los mordaces periodistas, cayó –con el enérgico concurso de Daladier– en el papel de un desdichado viajante político que se agitaba convulso entre Hitler y el Gobierno checoslovaco. Más aún: Chamberlain se humilló hasta el extremo de convertirse en el "gran garrote" del "führer" nazi, exigiendo a Checoslovaquia que capitulase ante el agresor alemán.

Sin embargo, antes de que estos esfuerzos se vieran coronados por el éxito completo, la URSS intentó una vez más salvar la situación. En septiembre de 1938 se reunió en sesión ordinaria la Sociedad de Naciones. Litvínov fue a Ginebra y me llamó allá para que participase en la labor de la delegación soviética. La atmósfera en Ginebra estaba al rojo vivo. En los pasillos de la Liga corrían los rumores y opiniones más alarmantes. Se esperaba de un día a otro la agresión de Alemania a Checoslovaquia. Hasta los pacíficos suizos

hacían ejercicios de defensa antiaérea y probaban el sistema de oscurecimiento de las ciudades.

En Ginebra supimos que Bonnet, ministro francés de Negocios Extranjeros y uno de los más jurados enemigos de la URSS, había ocultado a la mayoría de los miembros de su Gobierno la declaración de Litvínov a Payart. Bonnet había explicado siempre la felona política de Francia con relación a Checoslovaquia invocando la "pasividad de Rusia" en la cuestión checoslovaca. De ahí que la declaración hecha el 2 de septiembre por el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS no le conviniera lo más mínimo. Resultó que en Francia nadie conocía, ni siquiera los miembros de su Gobierno, el propósito del Gobierno soviético de defender a Checoslovaquia. Había que mostrar a Francia y al mundo entero, costara lo que costara, la verdadera posición de la Unión Soviética. Precisamente por eso, Litvínov repitió públicamente desde la tribuna de la Sociedad de Naciones, en su discurso del 21 de septiembre de 1938, todo lo que 19 días antes había comunicado por vía diplomática al Gobierno francés a través de Payart. La intriga de Bonnet fracasó y su desenmascaramiento ante el mundo entero contribuyó a aumentar el prestigio internacional de la URSS.

Dos días más tarde, el 23 de septiembre, los representantes británicos en Ginebra, Butler y lord De la Warr, nos invitaron a Litvínov y a mí a conversar acerca de la situación creada. Los ingleses querían saber cómo se imaginaba la parte soviética los pasos concretos dimanantes de la declaración hecha por Litvínov el día 21 en la sesión de la Sociedad de Naciones. Como respuesta, Litvínov propuso que se celebrara inmediatamente una conferencia de representantes de Inglaterra, Francia y la URSS en París o en cualquier otro lugar adecuado (no en Ginebra) para concretar las medidas de defensa de Checoslovaquia. Añadió que el pacto soviético-checoslovaco de asistencia mutua sería aplicado cualquiera que fuese la posición que adoptase la Sociedad de Naciones (esta declaración había sido hecha tres días antes al Gobierno checoslovaco en respuesta a una pregunta suya sobre la posición del Gobierno soviético). Litvínov comunicó más adelante que el Gobierno soviético había hecho una importante advertencia al Gobierno de Polonia: si a Varsovia se lo ocurre agredir a Checoslovaquia para arrancarle la región de Teschen (de lo que se hablaba entonces mucho), la

URSS considerará anulado automáticamente el pacto sovieto-polaco de no agresión.

Butler y De la Warr parecieron interesarse mucho por las declaraciones de Litvínov e incluso mostraron cierta semisimpatía por los actos de la URSS. Prometieron informar inmediatamente a Londres del contenido de nuestra conversación y entrevistarse de nuevo con nosotros en cuanto recibieran instrucciones. Pero, ¡ay!, esta nueva entrevista no llegó a celebrarse, y no por culpa nuestra, como es natural. ¿Es que podía ocurrir de otra manera? Porque precisamente en aquellos días postreros de septiembre de 1938, Chamberlain y Daladier daban cima a su "operación de traición" a Checoslovaquia.

Litvínov me propuso el 27 de septiembre que regresase inmediatamente a Londres.

– Su presencia allí –me dijo– es ahora mucho más importante que en Suiza.

Ese mismo día salí de Ginebra. La estación estaba sumida en las más profundas tinieblas, pues las autoridades locales hacían aquella noche pruebas de oscurecimiento de la ciudad. En la madrugada del día 28 estaba en París. Llovía y las conocidas calles de la capital francesa aparecían desiertas y tristes. Aquel mismo día, cerca de las cuatro de la tarde, me encontraba ya en Londres y desde la estación marché directamente al Parlamento. Llegué en el momento más dramático.

Es sabido que la primera peregrinación de Chamberlain a Alemania para entrevistarse con Hitler tuvo lugar el 15 de septiembre. El "führer" recibió al Primer Ministro inglés en Berchtesgaden y presentó sus exigencias a Checoslovaquia, amenazando con emplear la fuerza en caso de que ésta se negara a aceptarlas. Chamberlain regresó a Londres. Se celebró una reunión extraordinaria de los ministros anglo-franceses, que aceptó las exigencias de Hitler. El 19 de septiembre, bajo la presión de Londres y París, el Gobierno checoslovaco accedió también a ellas*. Chamberlain partió por segunda vez en avión para conversar con Hitler. La entrevista se celebró los días 22 y 23 de septiembre en Godesberg. Chamberlain confiaba en merecer la aprobación del "führer"

* La cúspide de la burguesía checoslovaca, incluidos Beneš y varios ministros, sustentaban tendencias capituladoras, lo que facilitó en grado sumo la misión de Chamberlain y Daladier.

en cuanto pusiera sobre la mesa la conformidad de Checoslovaquia, pero se equivocó de medio a medio. Al ver en Berchtesgaden que no se encontraba ante un caballero de acero, sino ante "el hombre del paraguas" relleno de trapos, Hitler decidió que no tenía por qué andarse con reparos. Durante la segunda entrevista con Chamberlain presentó nuevas exigencias, mucho más duras que las primeras. El Primer Ministro británico se sintió muy desalentado; sin embargo, emprendió la tarea de "convencer" a Checoslovaquia de que cediera una vez más. Regresó nuevamente a Londres y juntamente con Daladier, intentó de nuevo ejercer presión sobre Praga. Pero esta vez le salió el tiro por la culata: el Gobierno checoslovaco rechazó el "programa godesberguiano" de Hitler. En esta decisión de los checoslovacos desempeñó su papel la aseveración de la parte soviética, recibida días antes, de que estaba dispuesta a prestar ayuda a Checoslovaquia cualesquiera que fuesen las circunstancias incluso en el caso de una traición por parte de Francia. Hitler estaba furioso, y el 26 de septiembre declaró que rompería las hostilidades si Checoslovaquia no capitulaba antes de las dos de la tarde del 28 de septiembre. El pánico se apoderó de Chamberlain y Daladier, y el Primer Ministro británico se dirigió a Hitler y Mussolini, rogándoles encarecidamente que organizaran una entrevista de los cuatro para resolver de manera definitiva el problema checoslovaco. Al mismo tiempo, con el fin de crear el correspondiente estado de ánimo entre las grandes masas de la población, el Gobierno francés decretó la movilización de varias quintas de reservistas, en tanto que el Gobierno británico movilizaba la escuadra y adoptaba algunas medidas de defensa antiaérea. Todos se preguntaban con terrible tensión si aceptaría Hitler la nueva entrevista.

Cuando el 28 de septiembre ocupé mi puesto en la tribuna de los embajadores en el Parlamento, Chamberlain, nervioso y excitado, estaba de pie ante el banco azul y agitaba nervioso la mano derecha, mostrando a todos una hoja de papel blanco que oprimía entre los dedos. Era una carta de Hitler, que acababa de recibir durante la sesión del Parlamento en respuesta a su lagrimeo pidiendo la entrevista de los cuatro. Hitler accedía a la entrevista y Chamberlain no ocultaba su gozo. La inmensa mayoría de los conservadores le tributó una verdadera ovación. Los laboristas y los liberales fueron más comedidos, pero tampoco ocultaron su ale-

gria. Chamberlain abandonó en esa situación el edificio del Parlamento para emprender en el acto su peregrinación a Munich.

Toda esta escena me causó la impresión más deprimente. Tenía la misma sensación que se experimenta al ver un gran automóvil lleno de gente que rueda hacia el abismo sin que se pueda hacer nada para detenerlo. Al abandonar la tribuna de los embajadores encontré en los pasillos del Parlamento a un laborista conocido, al que había visto aplaudir a Chamberlain.

– ¿Por qué ha aplaudido usted? –le pregunté.

– ¡Cómo no aplaudir! –respondió–. A pesar de todo, Checoslovaquia se ha salvado y es posible que no haya guerra.

Le contesté:

– No quiero ser Casandra, pero recuerde lo que le voy a decir: Checoslovaquia ha perecido y la guerra se ha hecho inevitable.

El laborista me miró sorprendido.

– ¿Lo dice usted en serio? –preguntó perplejo.

– Completamente en serio... Vivir para ver.

Lo que ocurrió después es conocido. Los días 29 y 30 se celebró la conferencia de Munich. Hitler estuvo insolente en extremo. Mussolini le apoyó. Chamberlain y Daladier se retorcieron como anguilas. En fin de cuentas, se firmó a espaldas de Checoslovaquia el acuerdo de Munich, cuya esencia consistía en lo siguiente.

Se transfería a Alemania la región de los Sudetes con todos los bienes existentes en ella, además de lo cual Checoslovaquia había de satisfacer las pretensiones territoriales de Polonia y Hungría a dicho país. La Checoslovaquia restante, indefensa y humillada, debía recibir garantías del "gran cuarteto", el valor de las cuales, después de cuanto había sucedido, apenas pasaba de cero.

Para atenuar un tanto la deprimente impresión que debía producir la traición de Munich a los más vastos sectores de la opinión pública inglesa, Chamberlain convenció a Hitler de que firmaran juntos un papel declarando que en lo sucesivo no debía haber guerras entre Inglaterra y Alemania. ¡Un papel mojado, útil únicamente, como se comprobó más tarde, para ser arrojado al cesto!... Chamberlain agitó ostentosamente este papel en el aeródromo de Londres al regresar de Munich, proclamando a voz en cuello que estaba asegurada "la paz en nuestro tiempo".

El ministro de Relaciones Exteriores, Halifax, no se quedó atrás de su Primer Ministro. En las anotaciones de la conversación que sostuvo con él el 9 de agosto de 1939, el embajador alemán en Inglaterra, Dirksen, cuenta, entre otras cosas:

"Luego, en el curso de la entrevista, lord Halifax me ha dicho que deseaba exponerme en detalle sus ideas y opiniones, formadas después de Munich... Después de Munich él estaba persuadido de que se había asegurado por cincuenta años la paz para todo el mundo sobre las bases más o menos siguientes: Alemania, potencia dominante en el continente con derechos preferenciales, en particular de carácter político-comercial, en el Sudeste de Europa; la Gran Bretaña no mantendrá allí más que un comercio en escala modesta; la Gran Bretaña y Francia, defendidas en Europa Occidental contra un conflicto con Alemania por líneas de fortificaciones bilaterales, tratarán de salvaguardar con medidas defensivas sus posesiones y de desarrollar sus recursos [naturales]; amistad con Norteamérica; amistad con Portugal; España es, de momento, un factor impreciso, que, en todo caso, debe necesariamente permanecer al margen de todas las combinaciones de las potencias durante los próximos años*; Rusia, situada al margen, es un país grande y difícil de abarcar; afán de la Gran Bretaña de asegurarse, a través del Mediterráneo, Aden, Colombo y Singapur, el camino de los dominios y del Extremo Oriente"**

Es difícil afirmar, al leer estas líneas, qué abunda más en ellas: la contumacia imperialista o la fenomenal ceguera ante la historia. Una cosa está clara: Halifax no comprendía en absoluto lo que estaba ocurriendo en el mundo. ¡Qué significativa es, en particular, su observación de que "Rusia, situada al margen, es un país grande y difícil de abarcar"! ¡Halifax no encontró nada más coherente que decir de un pueblo que habita una sexta parte del mundo y es el abanderado del futuro de la humanidad!

La reacción en Inglaterra ante el acuerdo de Munich fue muy violenta. Las grandes masas del pueblo, que comprendían mejor que Halifax la esencia de los acontecimientos, sentíanse indignadas por la traición a Checoslovaquia y alar-

---

* En los días de Munich no había terminado aún la guerra de España.

** *Documentos y materiales de vísperas de la segunda guerra mundial*, t. II, pág. 133, ed. en español, Moscú, 1948.

madas por el creciente peligro de guerra. Los círculos más perspicaces de la clase dominante comprendían que el Primer Ministro arrastraba al país al abismo y se sentían profundamente humillados por el triste papel que había desempeñado en esta trágica historia. Hubo incluso un miembro del Gobierno, Duff Cooper, ministro de Marina, que no pudo soportar lo ocurrido y dimitió ostensiblemente el 1 de octubre de 1938. Sin embargo, la "camarilla de Cliveden" cerró filas más estrechamente y trató de descargar su responsabilidad por el crimen histórico... ¡sobre la Unión Soviética! Después de cuanto queda dicho, esto podrá parecer un absurdo fantástico, pero fue así.

El 11 de octubre de 1938, diez días después de la traición de Munich, el ministro lord Winterton pronunció un extenso discurso en una reunión pública, en el que dijo que los ingleses y franceses se habían visto en la necesidad de hacer concesiones a Hitler... ¿saben ustedes por qué?... por la debilidad militar de la Unión Soviética y, como consecuencia de ello, por su incapacidad y falta de deseo de cumplir los compromisos contraídos en el pacto de asistencia mutua con Checoslovaquia.

Al leer en los periódicos el discurso de Winterton me sentí profundamente indignado y pedí inmediatamente una entrevista con Halifax, a quien expresé mi protesta contra los calumniosos infundios de Winterton. Al mismo tiempo di una nota a la prensa, en nombre de la Embajada soviética, en la que se decía:

"La declaración de Winterton falsea por completo la verdadera posición del Gobierno soviético ante el problema de Checoslovaquia. Esta posición fue formulada con exactitud y precisión, sin dejar lugar para ninguna confusión, por el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, M. Litvínov, durante el discurso que pronunció en Ginebra el 21 de septiembre en la sesión plenaria de la Sociedad de Naciones. Litvínov resumió en su discurso la conversación que había sostenido en Moscú el 2 de septiembre de 1938 con el encargado de negocios francés y declaró que la URSS tiene el propósito de cumplir todos los compromisos dimanantes del pacto sovieto-checoslovaco y, junto con Francia, prestar a Checoslovaquia la ayuda necesaria por todos los medios a su alcance.

Litvínov agregó que el Comisariado del Pueblo de Defensa de la URSS está dispuesto a entablar inmediatamente ne-

gociaciones con los representantes de los Estados Mayores Centrales de Francia y Checoslovaquia a fin de trazar medidas concretas para la acción en común"*.

Pensaba que todo acabaría ahí. ¡Ni mucho menos! A la mañana siguiente, 12 de octubre, vi en los periódicos un resumen de un nuevo discurso de Winterton en una reunión pública, en el que volvió a repetir su falaz afirmación. Esto me indignó todavía más y entregué a la prensa una segunda nota de la Embajada, más enérgica que la primera. Decía en ella que era inútil discutir con un hombre que cerraba premeditadamente los ojos ante la verdad, pero que la mentira no podría convertirse en verdad por mucho que se la repitiera.

La polémica entre la Embajada soviética y un miembro del Gobierno británico, en una atmósfera tan caldeada como la de aquellos días, atrajo la atención general. Los laboristas hicieron una interpelación en el Parlamento, a la que hubo de contestar el propio Primer Ministro. Es fácil comprender lo desagradable que fue esto para él y los esfuerzos que hizo por disculpar a su colega de ministerio. Pese a ello, Chamberlain se vio obligado a desautorizar a Winterton. Habíamos recibido una pequeña satisfacción...

¡Sí, pequeña! Porque lo verdaderamente grande, importante y primordial que se alzaba entonces en toda su talla ante nosotros, ante el Estado y el Gobierno soviético –es decir, la posición de Inglaterra en la palestra internacional–, sólo podía suscitar en nosotros –y lo suscitaba, en efecto– profunda inquietud e indignación. En Munich había tomado forma el decantado "pacto de los cuatro", enfilado contra la URSS, en su variante más abominable y repugnante: un "pacto de los cuatro" en el que los dictadores fascistas eran dueños absolutos y los representantes de Inglaterra y Francia los seguían cacareando, diligentes y medrosos. ¡Qué sintomática fue, en efecto, la conducta del Gobierno británico durante los críticos días de septiembre! No intentó ni una sola vez consultar, al menos, con el Gobierno de la URSS sobre el problema de Checoslovaquia y de la paz europea. Todas las negociaciones de Chamberlain con Mussolini, todos sus viajes para entrevistarse con los dictadores fascistas y todos sus acuerdos con ellos, comprendido el de Munich,

* *Pravda*, 14 de octubre de 1938.

tuvieron lugar a espaldas del Gobierno soviético, incluso sin informarle de lo que pasaba. El único contacto que Halifax tuvo conmigo acerca de los acontecimientos de septiembre fue la conversación del día 29, es decir, cuando Chamberlain se encontraba en Munich y la suerte de Checoslovaquia estaba ya decidida. Mas ¿de qué hablamos durante aquella conversación? ¿De la posición de Inglaterra respecto al problema checoslovaco? ¿De las perspectivas y líneas del acuerdo con Alemania e Italia? ¡Nada de eso! Durante la conversación del 29 de septiembre, Halifax quería explicarme por qué habían accedido Inglaterra y Francia a celebrar sin la URSS una conferencia con los dictadores fascistas; sin embargo, las justificaciones de Halifax eran peores que la más severa acusación contra la política de Chamberlain. He aquí las auténticas palabras de Halifax, tomadas de sus propios apuntes de nuestra conversación:

"Todos debemos tener en cuenta los hechos, y uno de esos hechos es, como él (es decir, yo. *–I.M.*) sabe muy bien, que los jefes de los gobiernos alemán e italiano no habrían querido, en las circunstancias presentes, sentarse en la conferencia al lado de los representantes soviéticos. Consideramos vital para nosotros, y creo que también para él, que, con el fin de evitar la guerra, se trate de resolver todas las cuestiones litigiosas de uno u otro modo sobre la base de la negociación. Precisamente esta consideración movió al Primer Ministro a dirigir ayer un llamamiento a Herr Hitler, proponiéndole la celebración de una conferencia, a la que podrán ser invitados otros si Herr Hitler lo desea"*.

Era un verdadero certificado de pobreza extendido al Gobierno británico por su ministro de Relaciones Exteriores. En efecto, ¿cómo concebía Halifax la situación? Hitler se encuentra en el centro de todo. El Primer Ministro de la Gran Bretaña le suplica la celebración de una conferencia. Del propio Hitler depende también quiénes habrán de participar en ella. Chamberlain no puede hacer nada. No presenta condición alguna, no expresa siquiera ningún deseo. Se limita a aceptar con gratitud de manos del dictador nazi lo que a éste se le antoja arrojar de la mesa del festín. Es difícil imaginarse un cuadro más humillante para el jefe del Gobierno de una de las más grandes potencias mundiales, que en-

---

* *DBFP*, Third Series, vol. II, L., 1949, pp. 623-626.

tonces tenía aún posesiones en todos los confines de la tierra.

No oculté a Halifax mis verdaderos sentimientos y le dije con toda franqueza lo que pensaba de sus palabras y de la política de Chamberlain en las cuestiones internacionales. Subrayé especialmente que la debilidad patentizada por el Gobierno británico durante los acontecimientos de 1938, en vez de alejar el peligro de una segunda guerra mundial, lo acercaba. Por desgracia, Halifax "olvidó" reproducir estas objeciones mías en sus anotaciones de aquella conversación. Cosa, por cierto, frecuente en general en los documentos diplomáticos ingleses.

¿Qué deducciones hice, y no podía dejar de hacer, de la penosa experiencia de la tragedia checoslovaca?

Eran simples, pero poco consoladoras. Me dije:

"¡Así cumple la Francia de Daladier los compromisos que contrae en los tratados firmados por ella! ¡Así observa la Inglaterra de Chamberlain los preceptos de la Carta de la Sociedad de Naciones!"

UNA FULLERIA DE CHAMBERLAIN

En noviembre de 1938, cuando la agitación motivada por Munich se había aplacado un tanto, se produjo un nuevo y serio acontecimiento.

He dicho ya que Chamberlain y Mussolini firmaron el 16 de abril de 1938 un tratado de amistad y colaboración, pero que, deseoso de tranquilizar, por poco que fuera, a la opinión pública inglesa, Chamberlain prometió que el tratado no sería ratificado mientras no salieran de España las tropas italianas, en consonancia con el plan del "Comité de no intervención". Después de largas discusiones y disputas, este plan fue aprobado, por fin, el 5 de julio de 1938. En lo que respecta a la evacuación de España de los combatientes extranjeros, el plan estipulaba que la parte que tuviese menos de estos combatientes debería evacuar 10.000, y la parte que tuviese más, debería evacuar un porcentaje análogo del total de extranjeros que peleaban en sus filas. Esto significaba, concretamente, lo que sigue. En el verano de 1938, al lado del Gobierno republicano peleaban unos 12.000 hombres, los combatientes de las famosas Brigadas Internacionales; por tanto, los 10.000 combatientes extranjeros a evacuar del

territorio de la República Española representaban el 80% de su número total. En cambio, al lado de Franco peleaban entonces cerca de 130.000 extranjeros, de los cuales eran italianos no menos de 100.000; por tanto, para cumplir las condiciones previstas en el plan del Comité, Franco debería enviar a su país a no menos de 80.000 italianos. Esto, como es natural, no le convenía, por lo que en el otoño de 1938 empezó a dar largas al asunto, apoyado enérgicamente por alemanes e italianos.

Sin esperar a que terminaran las negociaciones del "Comité de no intervención" acerca de la evacuación proporcional de los combatientes extranjeros de ambas partes, el Gobierno republicano renunció por propia iniciativa, en septiembre de 1938, a la ayuda de las Brigadas Internacionales y pidió a la Sociedad de Naciones que enviara una comisión especial, como así se hizo, para testimoniar que los republicanos cumplían al pie de la letra su misma decisión. Franco fue puesto en una situación difícil y resolvió "marcarse un farol": declaró que estaba dispuesto a evacuar 10.000 combatientes extranjeros. Aun en el caso de que todos esos 10.000 fueran italianos, no representarían más de un 10% del total de italianos que peleaban al lado de Franco. En cambio, el plan del "Comité de no intervención" exigía que fuese evacuado el 80%, por lo menos, es decir, 80.000 italianos. La propuesta de Franco era un verdadero engaño, y estaba claro para todo el mundo que no significa en modo alguno cumplir el plan del "Comité". Y puesto que el plan no se cumplía, Chamberlain, de acuerdo con su propia promesa de abril de 1938, no tenía derecho a ratificar el tratado anglo-italiano.

Pero eso había sido prometido antes de Munich. Después de Munich, el Primer Ministro británico se hizo "más sabio". Recuerdo que durante la conversación que sostuve con Halifax el 11 de octubre le pregunté abiertamente: ¿Considera el Gobierno británico que la evacuación de España de 10.000 italianos es suficiente para ratificar el tratado anglo-italiano? La respuesta de Halifax fue ambigua y vaga. Habló largamente de que la evacuación debía ser abordada desde el punto de vista de los problemas más generales, en particular con vistas a acabar lo más rápidamente posible con "el problema español", fuente de "aguda alarma internacional". Y al final, Halifax me dijo que "esta consideración (es decir, la más rápida liquidación del "problema español". *–I.M.*) es

mucho más importante que las cifras exactas de los súbditos de Italia o de cualquiera otra potencia que deben ser evacuados de España"*.

Todo estaba claro. El Gobierno de Chamberlain quería ahogar lo antes posible a la República Española y estaba dispuesto, por ello, a cerrar los ojos ante el engaño de Franco. Y eso es lo que hizo, en fin de cuentas. Chamberlain consideró que Franco cumplía el plan del "Comité" al retirar 10.000 italianos, y el Gobierno británico, después de esta fullería, ratificó el 16 de noviembre de 1938 el tratado anglo-italiano.

Hube de repetirme una vez más:

"¡Así cumple su palabra la Inglaterra de Chamberlain!"

EN LOS UMBRALES DE 1939

Al empezar el nuevo año, 1939, hice involuntariamente un balance de mis seis años de trabajo en Londres como embajador de la URSS. Era un balance poco risueño.

Había llegado a la capital inglesa en 1932 con los mejores propósitos, y a lo largo de seis años, cumpliendo el encargo del Gobierno soviético, había hecho esfuerzos inmensos para mejorar las relaciones entre Inglaterra y la URSS. Eso coincidía también con mis propios sentimientos y aspiraciones: desde mi infancia he sentido simpatía y respeto por el pueblo inglés, por su elevada cultura y su magnífica literatura. Tenía grandes deseos de coadyuvar a crear una colaboración firme entre ambos países. Sabía muy bien que millones y millones de soviéticos compartían los deseos de su Gobierno. Pero al empezar mi séptimo año de trabajo en Londres, debía comprobar con amargura que los frutos de todos esos esfuerzos eran más que modestos.

Es cierto que entre la Unión Soviética e Inglaterra se había firmado (¡después de encarnizada lucha!) un convenio comercial provisional. Es cierto que en el transcurso de un año, después de eso, las relaciones anglo-soviéticas habían tenido un carácter que podía considerarse "amistoso". Es cierto que había conseguido encontrar en Inglaterra no pocas personas inteligentes, perspicaces e influyentes entre la clase dominante y establecer con ellas buenas relaciones... Todo

* *DBFP*, Third Series, vol. III, L., 1950, p. 331.

eso estaba bien y era útil para la URSS, para Inglaterra y para la causa de la paz universal.

Mas, pese a todo, el Poder se encontraba firmemente en Inglaterra en manos de los elementos más reaccionarios del Partido Conservador. Pese a todo, el Primer Ministro de la Gran Bretaña era Chamberlain, y el ministro de Relaciones Exteriores era lord Halifax. Pese a todo, la "camarilla de Cliveden" determinaba las líneas fundamentales de la política oficial del Gobierno. Pese a todo, esta política oficial estaba enfilada abiertamente contra la URSS y los principios de la seguridad colectiva, cifraba sus esperanzas en enzarzar a Alemania y la Unión Soviética y sacrificaba a distintos países y pueblos con tal de alcanzar sus objetivos. Los ejemplos de Austria, Checoslovaquia y España eran elocuentes en extremo...

¿Y qué prometía el futuro?

Negros y sombríos nubarrones cerraban el horizonte europeo. La segunda guerra mundial podía ser conjurada únicamente con los esfuerzos conjuntos y unánimes de la URSS, Inglaterra, Francia y los EE.UU. Desde el punto de vista práctico tenía singular importancia la colaboración de Londres y Moscú. Durante el invierno de 1938-1939 declaré en una reunión pública que el problema de la guerra o la paz dependía, en última instancia, del carácter que tuvieran las relaciones entre Inglaterra y la URSS. Pero cuanto había visto y observado durante mis seis años de actividad en Londres y lo que había ocurrido en Europa en 1938 hacían poco probable la estrecha colaboración de las potencias no interesadas en el desencadenamiento de la guerra. En lo que menos podía confiarse era en que Chamberlain accediese a esa colaboración...

Es claro que, aun en condiciones tan desfavorables, estaba decidido a hacer todo lo humanamente posible para conseguir el acercamiento entre Londres y Moscú, pues era mi deber como embajador soviético, era una esperanza, si no de conjurar la segunda guerra mundial, por lo menos de demorarla durante cierto tiempo...

No obstante, entrábamos en el año 1939 con sombríos presentimientos y con el pesado fardo de una profunda desconfianza hacia el Gobierno inglés de entonces y, ante todo, hacia su Primer Ministro, Neville Chamberlain. Tal era el fondo sicológico sobre el que dibujaban sus arabescos los acontecimientos de aquel año de infausta memoria...

Si hablo con tanto detalle de mis pensamientos, sentimientos y estado de ánimo de entonces no es porque les conceda una importancia especial, personal. Lo hago únicamente porque reflejaban con exactitud lo que pensaban y sentían el pueblo soviético, el Estado soviético, el Gobierno soviético. Mi sicología era una fotografía en miniatura de la sicología de todo lo soviético. Y sólo como tal es merecedora de la atención del lector.

En 1939

Cuanto he expuesto en las páginas anteriores no es más que la prehistoria de las negociaciones tripartitas entre la URSS, Inglaterra y Francia para la firma de un pacto de asistencia mutua. Por eso he hablado brevemente de los acontecimientos de 1932-1938, dando de lado muchos detalles (a veces muy significativos) y trazando un cuadro cuya escala se mide por meses e incluso por años. Paso ahora a mis recuerdos de las propias negociaciones tripartitas, es decir, al tema principal de este libro, y debo cambiar la escala en que serán representados los hechos y los acontecimientos. De aquí en adelante no se tratará de años ni de meses, sino de semanas, de días y, en algunos casos, incluso de horas. Así será más correcto, más gráfico y más convincente.

LA ANEXION DE CHECOSLOVAQUIA Y LAS MANIOBRAS DE CHAMBERLAIN

Samuel Hoare, ministro del Interior y uno de los más empedernidos reaccionarios de la "camarilla de Cliveden", pronunció el 10 de marzo de 1939 un extenso discurso en Londres. Presentó con el mayor optimismo la situación creada en Europa después de Munich, declaró que Inglaterra y Francia no querían atacar a nadie, destacó que Alemania e Italia habían hecho reiteradas protestas de fidelidad a la causa de la paz y luego prosiguió:

– ¿Qué ocurriría si en este ambiente de confianza acrecida se llevara a la práctica un plan quinquenal, infinitamente más grande que cualquier plan quinquenal de los que ha intentado realizar en los últimos años cualquier país aislado? ¿Qué ocurriría si en el espacio de cinco años no hubiera guerras ni rumores de guerras; si los pueblos de Europa pudiesen descansar de su reciente pesadilla y de la carga abrumadora de los gastos para armamento? ¿No podrían, en ese caso, aprovechar todos los increíbles inventos y descubrimientos de nuestro tiempo para crear una edad de oro en la que la pobreza fuese reducida a un mínimo insignificante y el nivel general de vida elevado a una altura inusitada?... Surge una grandiosa oportunidad para los líderes del mundo. Cinco hombres de Europa (Hoare se refería a los dirigentes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y la URSS. –*I.M.*), si estuviesen ligados por la unidad de acción y de objetivo, podrían transformar toda la historia del mundo en un espacio

de tiempo increíblemente corto... Nuestro propio Primer Ministro ha demostrado ya que está dispuesto con toda el alma y de todo corazón a marchar sin vacilaciones hacia ese fin. No puedo creer que otros líderes de Europa no le apoyen en tan gran aspiración*.

Cuando se relee ahora el discurso de Samuel Hoare resulta difícil imaginarse un modelo más claro de hipocresía, torpeza e incomprensión completa de lo que ocurre en el mundo (¡aunque, por otra parte, Halifax habló después de Munich del comienzo de cincuenta años de paz en Europa!). Pero incluso entonces, en marzo de 1939, todos los políticos más sensatos y reflexivos consideraron que el discurso de Hoare era absurdo e incluso peligroso, ya que podía adormecer a vastos sectores de la población y desarmarlos sicológicamente ante el extraordinario peligro bélico. La vida real puso muy pronto al desnudo el verdadero valor del dorado oropel tan pródigamente esparcido por el ministro del Interior.

Cinco días después del discurso de Samuel Hoare, el 15 de marzo, Hitler se lanzó como una centella sobre Checoslovaquia, ocupó Praga, declaró Bohemia y Moravia protectorado alemán e hizo de Eslovaquia un "Estado independiente". Europa se sintió sacudida por el golpe de un terremoto político. El acuerdo de Munich había sido hecho pedazos.

¿Y Chamberlain?

Ese mismo día, 15 de marzo, el Primer Ministro tuvo que hablar en la Cámara de los Comunes acerca de la anexión de Checoslovaquia. Se vio obligado, claro es, a condenar de palabra la conducta de Hitler, pero no consideró necesario recomendar al Parlamento la adopción de ninguna medida práctica. Siguió repitiendo tozudamente que tendería, como antes, a volver a la atmósfera de comprensión mutua y buena voluntad entre todas las potencias y a la solución de los litigios internacionales por medio de negociaciones. Afirmó también que, a pesar de cuanto había ocurrido, consideraba acertada su política muniquesa y estaba seguro de que contaba con la simpatía de la opinión pública mundial.

La posición de Chamberlain provocó una reacción violenta no sólo de la oposición laborista y liberal, sino hasta de ciertos elementos del Partido Conservador. Eden, en particular, criticó duramente la política exterior del Gobierno y

---

* *The Times*, March 11, 1939.

advirtió que la anexión de Checoslovaquia sería seguida de nuevos actos de agresión de los dictadores fascistas. Exigió enérgicamente la formación de un Gobierno de coalición de todos los partidos que se señalara como objetivo luchar de manera eficaz contra la agresión, estableciendo para ello estrecha colaboración con los demás Estados pacíficos*.

Al día siguiente, 16 de marzo, la prensa inglesa atacó unánimemente a Alemania y declaró a los cuatro vientos que no se podía creer a Hitler. El diario *The Times* calificó la anexión de Checoslovaquia de "acto cruel y brutal de aplastamiento"; el *Daily Telegraph* lo caracterizó como "un crimen monstruoso"; el *Daily Herald* llamó a la agresión de Hitler "postscriptum de Munich" y exhortó al país a organizar la resistencia a los dictadores fascistas conjuntamente con Francia, la URSS y los EE.UU.; el *Yorkshire Post* (órgano próximo a Eden) declaró que no se podía confiar en las promesas nazis tanto como lo había hecho el Gobierno británico durante los últimos tiempos. En el mismo espíritu se manifestaron también los demás órganos de prensa.

Estaba claro que vastos sectores sociales y políticos de Inglaterra, en particular las masas obreras, se sentían profundamente indignados tanto por la agresión de Hitler como por los actos de su propio Gobierno. En tal situación, Chamberlain se vio obligado a maniobrar. Cambió de tono rápidamente. Ya el 17 de marzo, es decir, dos días después de su intervención en el Parlamento, pronunció un extenso discurso en una reunión de conservadores de Birmingham. Como mostraron los acontecimientos posteriores, el "alma" de Chamberlain no había cambiado lo más mínimo, pero el tono de su discurso fue completamente distinto al de dos días antes. Esta vez, el Primer Ministro pidió perdón por su excesiva moderación en el Parlamento, explicándola por la insuficiencia de las informaciones recibidas hasta aquel momento acerca de los acontecimientos de Checoslovaquia, condenó con dureza los actos agresivos de Hitler y juró que Inglaterra opondría resistencia hasta el último extremo a cualquier intento de Alemania de implantar su dominio mundial. Sin embargo, fue muy vago e incluso ambiguo al hablar de lo que se debía hacer con el fin de conjurar ese peligro. Aprovechó la ocasión, en particular, para declarar que no estaba de acuerdo con contraer compromisos indeterminados

---

* *Parliamentary Debates. House of Commons*, vol. 345, col. 435-462.

que sería preciso cumplir en circunstancias imposibles de prever entonces. Traducido a un lenguaje más sencillo, eso significaba que Chamberlain era enemigo de que se firmase con otros países (tenía en cuenta en primer lugar, como es natural, a la URSS. *–I.M.*) pactos de asistencia mutua de carácter más general.

Al día siguiente, 18 de marzo, Chamberlain emprendió una nueva maniobra, cuyas consecuencias, como es de suponer, no previó entonces. Inmediatamente después de la anexión de Checoslovaquia, corrieron por Europa insistentes rumores (inspirados, quizá, desde Berlín) de que la próxima víctima de Alemania sería Rumania. Estos rumores eran propalados en Londres con particular actividad por el ministro plenipotenciario rumano Tilea. Con lo electrizada que estaba entonces la atmósfera, se creía fácilmente semejantes rumores, pues el nuevo "salto", esta vez en dirección a Rumania, rica en petróleo, correspondería por completo a los apetitos agresivos del "führer". Todos admitían su posibilidad e incluso probabilidad. Los rumores en cuestión llegaron a conocimiento del Gobierno británico, preocupándole seriamente.

Como consecuencia de todo ello, el embajador inglés en Moscú, Seeds, visitó en la mañana del 18 de marzo al Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, Litvínov, y por encargo de su Gobierno le preguntó que haría la URSS en caso de que Hitler agrediera a Rumania. En la tarde de ese mismo día, Litvínov contestó, por encargo del Gobierno soviético, que la mejor manera de luchar contra el peligro que se cernía sobre Rumania sería convocar inmediatamente una conferencia de representantes de Inglaterra, Francia, la URSS, Turquía, Polonia y Rumania. El Gobierno soviético, agregó Litvínov, supone que, desde el punto de vista sicológico, lo mejor sería celebrar esa conferencia en Bucarest, pero está dispuesto a aceptar cualquier otro punto que consideren conveniente los demás participantes.

Así empezaron las negociaciones de 1939 entre la URSS, Inglaterra y Francia, que tan importante papel estaban llamadas a desempeñar en los acontecimientos que precedieron a la segunda guerra mundial.

Será oportuno hacer aquí un alto para examinar qué fines perseguía cada una de las partes al iniciar estas negociaciones.

La parte soviética trataba, más que nunca, de *conservar la paz*. Comprendía perfectamente hasta qué punto estaba

próximo el peligro de una segunda guerra mundial y se hallaba dispuesta a aprovechar cualquier medio adecuado para impedirla o, por lo menos, demorarla. La URSS no se hacía ninguna ilusión. La experiencia del pasado sólo había dejado en ella desconfianza e irritación extremas respecto al Gobierno británico y, en particular, respecto a Chamberlain; pero pensaba que en el ámbito internacional es preciso aplicar una política de raciocinio y no de sentimientos. Por eso, la parte soviética consideraba aun entonces, después de las desilusiones de los tres años precedentes, que era necesario tratar de conseguir la colaboración con Inglaterra y Francia para luchar contra los agresores. Los representantes soviéticos tenían la esperanza de que la tragedia de Checoslovaquia hubiera abierto, quizá, los ojos incluso a los "clivedenianos", haciéndoles ver el peligro que implicaba para la propia Inglaterra el "apaciguamiento" de Hitler, y que, en vista de ello, el Gobierno de Chamberlain accedería, por fin, a una colaboración eficaz con la URSS para conjurar una segunda guerra mundial. Mas aun en el caso de que esa esperanza resultara pura ilusión, había que intentar, de todos modos, llegar a un acuerdo con Chamberlain y Daladier. De ahí que el Gobierno soviético respondiera con una rapidez tan fenomenal (¡el mismo día!) a la pregunta formulada por el Gobierno británico el 18 de marzo e hiciera una proposición que testimoniaba su disposición a adoptar medidas eficientes contra el peligro que se cernía sobre Rumania.

Muy distinto fue el comportamiento de la parte británica, es decir, del Gobierno de Chamberlain concretamente. Como mostraron los acontecimientos ulteriores, la tragedia de Checoslovaquia no había enseñado absolutamente nada a la "camarilla de Cliveden". La línea general del Gobierno de Chamberlain no cambió lo más mínimo. *Este Gobierno siguió cifrando sus esperanzas principales en el desencadenamiento de una guerra germano-soviética.* De ahí que lo que menos deseara fuese indisponerse con Hitler. Chamberlain (en este caso, y en los sucesivos, me refiero a él no sólo como persona, sino como encarnación de la mayoría del Partido Conservador) seguía aún la política del odio de clase con relación a la URSS*, y estaba tan cegado por esa pasión que no veía,

* Keith Feiling, biógrafo de Chamberlain, cita el siguiente fragmento de una carta enviada por éste a su hermana el 26 de marzo de 1939:

"Debo confesar que siento la más profunda desconfianza con relación

ni quería ver, el abismo que se abría con creciente evidencia, precisamente entonces, ante la gran Bretaña. De ahí dimanaba tambien su conducta durante las negociaciones de 1939. Si el Primer Ministro inglés se hubiera preocupado efectivamente de la conservación de la paz, como declaró en más de una ocasión, se habría asido con alegría a la proposición que le hizo la Unión Soviética el 18 de marzo. Y de haber hecho eso, todo el curso de los acontecimientos ulteriores habría seguido otros derroteros. Es posible e incluso probable que, en ese caso, no hubiera habido segunda guerra mundial. Pero Chamberlain, como un pájaro carpintero, siguió machacando tozudamente sobre un punto: ¡la guerra sovieto-alemana! Por eso, el 18 de marzo, lejos de estrechar con alegría la mano que le tendía la URSS, empezó el *sabotaje sistemático de todos los intentos de colaboración honrada con el Gobierno soviético* que informó la conducta de la parte británica hasta el fin mismo de las negociaciones. Chamberlain estaba tan profundamente seguro de la infalibilidad de sus cálculos políticos y de la inevitabilidad del choque germano-soviético que ni siquiera observó cómo se acercó furtivamente la guerra a su propio país mucho antes que a la Unión Soviética. Pero de esto hablaremos más adelante con mayor detalle.

Sí, el sabotaje (no se puede encontrar otra denominación) de las negociaciones con la URSS empezó el 18 de marzo de 1939. Al día siguiente recibí un telegrama de Moscú en el que se me informaba de las conversaciones habidas la víspera entre Seeds y Litvínov. Recordando la "subjetividad" tendenciosa de sir Esmond Ovey durante el conflicto anglo-soviético por culpa de la "Metropolitan-Vickers" (1933), que envió a Londres informaciones muy inexactas acerca de sus conversaciones con Litvínov, decidí esta vez, paralelamente a las negociaciones anglo-soviéticas de Moscú, informar por mi parte a Halifax de cuanto ocurriera allí. Así sería más fácil prevenir cualquier desinformación de Seeds, si éste tenía la ocurrencia de seguir el ejemplo de Ovey. En aras de la justi-

---

a Rusia. No creo en absoluto en su capacidad para sostener una ofensiva eficaz, aun en el caso de que quiera hacerlo. Y desconfío de sus motivos, que, a mi parecer, tienen poco de común con nuestras ideas de libertad. Trata únicamente de aplastar a todos". (*Keith Feiling, The Life of Neville Chamberlain*, L., 1946, p. 403).

Vemos, pues, que nuestra desconfianza de entonces hacia Neville Chamberlain estaba más que justificada.

cia, debo decir, sin embargo, que durante todo el tiempo que duraron las negociaciones tripartitas no tuvimos el menor motivo para poner en duda la buena fe de Seeds.

Pues bien, al recibir el 19 de marzo el comunicado de Moscú acerca de las conversaciones Seeds-Litvinov, pedí sin tardanza una entrevista con Halifax y le repetí lo que Litvinov había dicho a Seeds. Halifax agradeció mi información y agregó que el Gobierno británico había examinado ya en la mañana del día 19 la propuesta soviética de celebrar inmediatamente una conferencia de las seis potencias, llegando a la conclusión de que era improcedente.

Le pregunté por qué.

La respuesta de Halifax fue muy significativa. El ministro de Relaciones Exteriores británico expuso dos argumentos: primero, el Gobierno inglés no podría encontrar en aquel momento un hombre de suficiente responsabilidad para enviarlo a dicha conferencia; segundo, era arriesgado convocar la conferencia sin saber cómo terminaría.

Miré sorprendido a Halifax y no oculté que sus argumentos no tenían nada de convincentes. Expresé, en particular, la opinión de que la conferencia no podía fracasar si la URSS, Inglaterra y Francia mantenían su unanimidad durante ella. Pero Halifax no estuvo de acuerdo conmigo, y yo llegué a la única conclusión a que se podía llegar: evidentemente, el ministro británico no creía en que fuera posible la unanimidad de la URSS, de una parte, y de Inglaterra y Francia, de otra. Esto era sintomático de por sí. Como resumen, Halifax me dijo que los gobiernos británico y francés, comprendiendo plenamente la necesidad de actuar con urgencia, estaban examinando otra medida capaz de sustituir la proposición soviética. Sin embargo, rehuyó una respuesta más concreta a la pregunta de qué medida se tenía en cuenta*.

Eso se aclaró a los dos días: el 21 de marzo. Los ingleses y franceses presentaron el proyecto de publicar sin demora una declaración firmada por cuatro potencias: Inglaterra, Francia, URSS y Polonia. En la declaración se decía que, en caso de un nuevo acto de agresión, las potencias mencionadas se consultarían urgentemente para examinar las medidas a adoptar.

El Gobierno soviético volvió a contestar con gran rapidez: Litvinov comunicó a Seeds el 22 de marzo, y yo a Ca-

* *DBFP*, Third Series, vol. V. L., 1952, p. 392.

dogan (subsecretario permanente de Relaciones Exteriores) el 23, que aunque la URSS no consideraba suficientemente eficaz dicha medida, estaba dispuesta a firmar la declaración propuesta en cuanto lo hicieran Francia y Polonia. Ese mismo día, Chamberlain declaró en el Parlamento que era enemigo de que se crearan en Europa bloques de potencias que se encontraban en oposición entre sí*. Esto disminuyó más aún la importancia, de por sí pequeña, de la declaración de los cuatro, propuesta por ingleses y franceses.

Pero la declaración, incluso desangrada políticamente, estaba predestinada a no nacer: Polonia se negó a firmarla junto con la URSS, y Chamberlain y Daladier no estimaron necesario ejercer sobre ella la influencia debida. Durante una conversación sostenida el 23 de marzo, Cadogan me explicó que el proceder del Gobierno polaco se debía a su temor de que una unión tan pública con la URSS provocara la ira de Alemania**. Admito que este motivo pudiera desempeñar cierto papel en la negativa de los polacos a firmar la declaración; pero lo principal era, naturalmente, otra cosa. Lo principal era la profunda hostilidad del Gobierno polaco de entonces (el tristemente célebre "Gobierno de los coroneles") a la Unión Soviética. Esta hostilidad, como veremos más adelante clavó el último clavo en el féretro de las negociaciones tripartitas de 1939.

Fracasó, pues, el proyecto de declaración de las cuatro potencias. ¿Qué les quedaba por hacer a los "clivedenianos"? Su mayor deseo era no hacer nada, pero eso resultaba difícil. La ola de indignación popular que había levantado en Inglaterra la anexión de Checoslovaquia era muy grande. Hitler ocupó Memel el 22 de marzo, y Mussolini pronunció un tronante discurso apoyando esta acción. Ello acentuó más aún el espíritu antifascista en la Gran Bretaña. Chamberlain tuvo que recurrir de nuevo a maniobras capaces de tranquilizar, por poco que fuera, a la enardecida opinión pública. Y se le ocurrió algo que patentizaba su completo desconcierto.

El 31 de marzo, el Primer Ministro me citó inesperadamente para las 12 de la mañana. Ya en su despacho, me entregó una hoja de papel y dijo:

– Le ruego que lea eso.

---

* *Parliamentary Debates. House of Commons*, vol. 345, col. 1462.
** *DBEP*, Third Series, vol. IV. p. 531.

Recorrí rápidamente con la vista las líneas impresas. Era una declaración oficial del Gobierno británico. Decía que mientras durasen las negociaciones en curso con otras potencias, el Gobierno británico acudiría en ayuda de Polonia con todos los medios a su alcance si durante ese tiempo se producía "alguna acción que amenace claramente la independencia de Polonia y que el Gobierno polaco considere tan vital que le oponga resistencia con sus fuerzas nacionales". Inglaterra no exigía ninguna reciprocidad de Polonia.

– Haré pública esta declaración hoy, a las dos de la tarde, en la Cámara de los Comunes –me dijo Chamberlain cuando terminé la lectura–. Espero que su contenido no suscitará objeciones por su parte, pues el señor Stalin prometió también en el reciente Congreso del Partido de ustedes el apoyo de la Unión Soviética a cualquier país que sea víctima de la agresión y oponga resistencia al agresor... ¿Puedo decir hoy en el Parlamento que nuestra garantía a Polonia cuenta con la aprobación de la Unión Soviética?

Estaba indignado por la falta de circunspección de Chamberlain, pero conservé aparentemente la serenidad y respondí:

– No comprendo su ruego. El Gobierno británico ha decidido dar garantías a Polonia por cuenta propia sin ninguna consulta previa con el Gobierno soviético. Se me da a conocer esa decisión solamente ahora, dos horas antes de ser hecha pública en la Cámara de los Comunes. No tengo ninguna posibilidad física de ponerme en contacto con mi Gobierno en un plazo tan corto y saber lo que piensa acerca de la declaración de ustedes. ¿Cómo puedo, pues, autorizarle para anunciar que el Gobierno soviético aprueba la declaración? No, sea cual fuere el contenido de esa declaración, no puedo contraer la responsabilidad de darle esa autorización.

Chamberlain expresó su pesar por mi respuesta y nos despedimos. Ese mismo día, el Primer Ministro dio a conocer al Parlamento la decisión adoptada por el Gobierno. La Cámara la aprobó. En sus palabras de presentación, Chamberlain no se decidió a manifestar que la garantía inglesa a Polonia había sido aprobada por la Unión Soviética. No obstante, dijo: "No dudo que los principios que sirven de base a nuestras acciones encuentren comprensión y simpatía en el Gobierno soviético". El Primer Ministro había necesitado decir eso para crear la impresión (¡quizá el gran público no comprenda

los detalles!) de que el Gobierno británico estaba en contacto con el Gobierno soviético a fin de elaborar conjuntamente las medidas de lucha contra la agresión fascista. Las masas democráticas del país exigían entonces ese contacto y, por cierto, lo más estrecho posible.

Francia dio simultáneamente la misma garantía a Polonia.

Tres días después llegó a Londres el ministro polaco de Relaciones Exteriores, Beck, que era de hecho el líder del "Gobierno de los coroneles". Permaneció allí tres días y sostuvo negociaciones con Chamberlain y Halifax, como resultado de las cuales la garantía unilateral de Inglaterra a Polonia se transformó en bilateral: en caso de que "cualquier acción" amenazara a la independencia británica, Polonia acudiría también en ayuda de Inglaterra. Se decidió, además, entablar negociaciones para firmar un pacto formal de asistencia mutua entre ambos países. Adelantándome algo a los acontecimientos, diré que estas negociaciones se prolongaron mucho, por diversas causas, y que el pacto anglo-polaco de asistencia mutua fue firmado en Londres pocos días antes de empezar la segunda guerra mundial.

Se había hecho pública la garantía inglesa a Polonia y se había prometido la firma de un pacto de asistencia mutua con ella, pero estaba muy oscuro lo que eso significaba en la práctica. El 6 de abril pregunté a Halifax, durante una conversación, si la garantía sería reforzada con negociaciones militares entre los Estados Mayores Centrales de ambos países. La respuesta del ministro de Negocios Extranjeros fue muy sintomática:

– No están excluidas, naturalmente, las negociaciones entre los Estados Mayores. Es posible que sean consideradas oportunas. Pero por ahora no se ha decidido nada concreto.

Le pregunté después cómo debía entenderse la expresión, contenida en la declaración del Primer Ministro acerca de las negociaciones con Beck, de que cada una de las partes acudiría en ayuda de la otra en caso de amenaza "directa" o "indirecta" a su independencia. Halifax contestó, encogiéndose de hombros:

– Sí, se trata, indudablemente, de una cuestión que debe ser aclarada; pero aún hemos de sostener negociaciones sobre el particular con el Gobierno polaco*.

---

* *DBFP*, Third Series, vol. V, p. 53.

Era evidente que las garantías a Polonia no pasaban de ser, hasta aquel momento, un papel mojado. Su importancia futura aparecía nebulosa y enigmática.

El 7 de abril, Mussolini ocupó Albania también con un golpe relámpago. Corrieron insistentes rumores de que no se limitaría a eso y se apoderaría asimismo de la isla griega de Corfú.

En los "medios de Cliveden" cundió el pánico. En sólo tres semanas se habían cometido tres actos indudables de agresión: el 15 de marzo, contra Checoslovaquia; el 22 de marzo, contra Lituania, y el 7 de abril, contra Albania. Hitler y Mussolini, estimulados por los "apaciguadores" de París, Londres y Washington, se habían desbocado por completo. ¿Sería posible que hubiese fracasado la política "clivedeniana" de confabulación con los agresores contra la URSS? ¿Sería posible que se salieran con la suya los enemigos de esta política? ¡No! ¡No! Los "clivedenianos" no podían resignarse con eso.

Y en los medios políticos de la capital se inició una actividad febril. El Primer Ministro, que precisamente la víspera había salido de vacaciones para pescar truchas en Escocia (Chamberlain sentía verdadera pasión por la pesca), regresó inmediatamente a Londres. Se celebró una reunión extraordinaria del gabinete, en la que participaron también los líderes de la oposición liberal y laborista. Se convocó una reunión especial del Comité de Defensa Imperial. Las fuerzas navales de la Gran Bretaña empezaron a concentrarse en Gibraltar y Malta. Halifax expresó una protesta al encargado de negocios italiano con motivo de la anexión de Albania y le asustó con los "fuertes sentimientos" que había despertado en Inglaterra la agresión de Mussolini. Londres y París se consultaban constantemente acerca de lo que se debía hacer.

La alarma se extendió también al continente de Europa. Francia, Bélgica y Holanda movilizaron varias quintas de reservistas; fueron minadas las desembocaduras del Escalda y del Mosa. Italia aumentó su ejército a 1.200.000 hombres. Washington declaró que los actos de los agresores habían aniquilado la confianza en el terreno internacional y que eso representaba una amenaza a la seguridad de los EE.UU.

En tal situación, el Gobierno británico se vio obligado a adoptar alguna medida, a hacer algo que diera la sensación de rapidez, decisión y energía. Y Chamberlain declaró el 13 de abril en el Parlamento que Inglaterra concedía a Rumania

y Grecia una garantía unilateral semejante a la dada el 31 de marzo a Polonia. Francia hizo ese mismo día una declaración análoga.

Sólo entonces, cuando Inglaterra había contraído apresuradamente el compromiso de defender la independencia de tres países, Chamberlain consideró oportuno acordarse de la URSS. El 14 de abril, el Gobierno británico propuso oficialmente al Gobierno soviético que concediese a Polonia y Rumania la misma garantía unilateral que habían dado Inglaterra y Francia a Polonia el 31 de marzo y a Rumania y Grecia el 13 de abril. Por su parte, el Gobierno francés presentó un proyecto de declaración conjunta de la URSS y Francia, basado en el principio de la reciprocidad de los compromisos.

Simultáneamente, el 14 de abril, Roosevelt exhortó a Alemania e Italia a mantener la paz y abstenerse de toda agresión. Este llamamiento fue acogido en Berlín con groseros insultos. Mussolini, en cambio, respondió, ¡asómbrense!, que sólo pensaba... ¡en cómo fortalecer la paz y la colaboración entre los pueblos!... El llamamiento de Roosevelt fue saludado calurosamente en Inglaterra y Francia. La URSS expresó también su simpatía, y M. Kalinin envió a Roosevelt un telegrama en este sentido. Sin embargo, la importancia práctica del llamamiento del Presidente norteamericano fue más que modesta.

En los años transcurridos desde los acontecimientos que describo se han hecho no pocos intentos de explicar satisfactoriamente la política de "garantías" unilaterales aplicada por el Gobierno británico en marzo y abril de 1939. No ha sido una tarea fácil, pues desde el punto de vista del sentido común, al que tanta pleitesía rinden los ingleses, la conducta de Chamberlain en aquellas semanas críticas fue una locura. Recuerdo que Lloyd George me dijo durante una conversación, inmediatamente después de anunciarse las "garantías" a Rumania y Grecia:

– Usted sabe que jamás he tenido un alto concepto de Chamberlain, pero lo que está haciendo ahora bate todos los récords de estupidez... Damos garantías a Polonia y Rumania, pero ¿qué podremos hacer por ellas en caso de que sean agredidas por Hitler? ¡Casi nada! Estos dos países están situados geográficamente de tal modo que es imposible llegar hasta ellos. Incluso el suministro de armamento y munición sólo será posible a través del territorio soviético. La clave para salvar a esos países está en manos de ustedes. Sin Rusia

no resultará nada... Por consiguiente, lo primero que se debería haber hecho es ponerse de acuerdo con Moscú. ¿Y qué hace Chamberlain?... Sin llegar a un acuerdo con la Unión Soviética, de hecho a sus espaldas, reparte "garantías" a diestro y siniestro a países enclavados en Europa Oriental. ¡Escandalosa estupidez! ¡Hasta dónde ha llegado la diplomacia británica!

En las palabras de Lloyd George había mucho de razón. Para toda persona instruida políticamente no era un secreto que aun en el caso de que Inglaterra y Francia quisieran cumplir honestamente los compromisos contraídos, su ayuda a Polonia y Rumania no podría ser muy eficiente. En el mejor de los casos, esa ayuda podría reducirse a realizar una operación que fijase parte del ejército alemán en la frontera franco-alemana, a organizar el bloqueo marítimo de Alemania y bombardear ésta con fuerzas de la aviación anglo-francesa. En cualquier circunstancia, Hitler dispondría de fuerzas armadas suficientes para aplastar vertiginosamente a los ejércitos polaco y rumano. ¿Qué valor efectivo tendrían, en tal caso, las "garantías" anglo-francesas? ¿Y en qué situación quedarían Inglaterra y Francia si, al ponerse a prueba esas "garantías", se evidenciaba en la práctica su inutilidad militar?

Sí, el comportamiento de Chamberlain contradecía por completo la precaución y la prudencia habituales de la política exterior británica. Daba la sensación de una ruptura con las tradiciones diplomáticas del pasado, y hubo un momento en que incluso a mí me pareció que todo podía tener, a despecho del propio Chamberlain, grandes y favorables consecuencias para la causa de la paz. Sin embargo, el poder de la "camarilla de Cliveden" y su cerrazón mental en el ámbito de la política exterior desvanecieron rápidamente estos pensamientos. Se aclaró muy pronto que Chamberlain era incorregible, que su línea política principal –azuzar entre sí a Alemania y la URSS– conservaba todo su vigor. ¿Cómo explicar, entonces, la aparición de la política de "garantías"?

Cuando ahora, al cabo de muchos años, resumo cuanto vi y observé en 1939 y cuanto he conocido por los libros, memorias y documentos publicados después de la guerra, me inclino a responder a esta pregunta como sigue.

En marzo y abril de 1939, Chamberlain permaneció tan fiel a su línea política como antes. Por ella se resignó fácilmente con la hecatombe de Austria, Checoslovaquia, Memel y Albania, que ya se había producido, y se habría resignado no menos fácilmente con la de Rumania y Polonia, que podía

producirse aún. Chamberlain –que, como sabemos, era obtuso y tozudo en extremo– marchaba en línea recta hacia su fin sin mirar a los lados. Además, se sentía respaldado por el poderoso apoyo de la "camarilla de Cliveden", a cuyo frente figuraba entonces.

Empero, el Primer Ministro se vio sacudido por impetuosos acontecimientos que escapaban a su control. Los insolentes actos de agresión fascista despertaron profunda alarma en Francia y en toda una serie de países pequeños (Bélgica, Holanda, Suiza, Dinamarca, Noruega, Suecia, etc.) vinculados política o económicamente a los intereses de la Gran Bretaña. Estos países, tuvieran o no tratados con Inglaterra, gravitaban de manera natural alrededor de Londres y buscaban en ella defensa del peligro surgido súbitamente.

Esos mismos actos insolentes de agresión fascista levantaron en la propia Gran Bretaña una oleada de indignación y alarma de la opinión pública. Personas de las más diversas opiniones y situación social (comprendidos sectores considerables de la burguesía) se preguntaban sin querer: ¿Adónde va Inglaterra? ¿Adónde va Europa? ¿Será posible que el mundo corra al encuentro de la dictadura fascista? ¿Es justa la política del Gobierno, que no hace más que abrir el apetito agresivo de Hitler y Mussolini?... Y muchas, muchísimas personas (sobre todo las grandes masas obreras) respondían: "No, la política del Gobierno es injusta e incluso criminal. En el mundo existen fuerzas suficientes para aplastar a los agresores fascistas y, en todo caso, para detener su agresión. Lo que hace falta es unir y organizar esas fuerzas. Y, en primer lugar, crear con la Unión Soviética una potente coalición de la paz y de la resistencia a los dictadores fascistas".

A estas fuerzas internas y externas que se oponían a la línea general de Chamberlain sumábase, además, la poderosa presión de la URSS, que exigía una lucha decidida contra los agresores germano-italianos como único medio de conjurar una segunda guerra mundial.

Todas estas influencias, que se entrelazaban y cruzaban, crearon en Inglaterra una atmósfera política que hizo preguntarse a la "camarilla de Cliveden" si podría sostenerse en el Poder. Hubo de maniobrar para atajar el peligro de dimisión forzada de Chamberlain. Como dijo Samuel Hoare durante una de las veladas sabáticas en la finca de lady Astor, había que arrojar algún hueso al perro para que dejara de ladrar, por lo menos temporalmente... Tenían que actuar con rapidez,

con apresuramiento. Carecían de tiempo para pensar bien todas las posibles consecuencias de las medidas que adoptaban. Los mejores especialistas en política exterior, como Vansittart o Eden, habían sido separados de sus puestos; Halifax, componente también de la "camarilla de Cliveden", nadaba gustoso a favor de la corriente, dejando libertad de acción al Primer Ministro. Toda la política exterior de la Gran Bretaña en aquellos días era obra de Chamberlain, de común acuerdo con su "genio del mal", Horace Wilson. Como consecuencia de ello, los actos del Gobierno británico en marzo y abril de 1939 fueron con frecuencia casuales, prematuros y miopes. Si contenían cierto elemento de conciencia estatal, éste se reducía, en lo fundamental, a dos consideraciones:

a) "apaciguar" a la oposición interior y conservar el Poder en manos de la "camarilla de Cliveden" mediante la concesión de "garantías" a Polonia, Rumania y Grecia;

b) ejercer cierta influencia sicológica sobre Hitler y Mussolini e impedir que realizaran nuevos actos de agresión desfavorables para Inglaterra, con la esperanza de que cualquier cambio de la coyuntura internacional permitiera, entre tanto, a los "clivedenianos" volver a aplicar de manera abierta y consecuente su línea general.

La primera consideración desempeñaba, naturalmente, el papel principal; mas también la segunda era tenida muy en cuenta, ya que con ello ganaban tiempo los "clivedenianos" para eludir la necesidad de colaborar con la URSS.

Además, como probaba la propuesta hecha al Gobierno soviético de conceder garantías unilaterales a Polonia y Rumania, los "clivedenianos" tenían la vana esperanza de que, de uno u otro modo, obligarían a la Unión Soviética a servir sus intereses, sin contraer por su parte ningún compromiso para con el País de los Soviets.

Y, por último, a los "clivedenianos" les quedaba todavía una "salida" de reserva para el caso de que todo lo demás no diese el resultado apetecido: traicionar a Polonia, Rumania y Grecia, como acababan de traicionar a Checoslovaquia, Austria y España.

Es claro que la política de la "camarilla de Cliveden", celosamente aplicada por Chamberlain, era ciega y estúpida, como había de demostrar el desarrollo de los acontecimientos posteriores. Pero así ocurre siempre cuando el Poder se encuentra, en un momento crucial de la historia, en manos de los representantes de la reacción y el oscurantismo.



LA URSS PROPONE UN PACTO DE ASISTENCIA MUTUA

La propuesta del Gobierno británico de conceder garantías unilaterales a Polonia y Rumania planteó en toda su talla ante el Gobierno soviético el problema de qué medidas podrían ser verdaderamente eficaces para impedir nuevas agresiones fascistas.

Lo que Chamberlain pretendía de nosotros era inaceptable para el Gobierno soviético por dos razones primordiales:

a) eso no podría impedir el surgimiento de una segunda guerra mundial, que era nuestro objetivo fundamental;

b) eso colocaría a la URSS en una situación de desigualdad respecto a Inglaterra y Francia y aumentaría en gran medida el peligro de agresión de Alemania al País Soviético.

En efecto, Hitler y Mussolini comprendían bien un solo argumento: la fuerza. Por consiguiente, para conjurar nuevas agresiones fascistas y su consecuencia inevitable –la segunda guerra mundial– había que crear una coalición tan poderosa de países no interesados en el desencadenamiento de la contienda que quitara a Hitler y Mussolini las ganas de probar su fuerza. Estimábamos que Inglaterra, Francia y la URSS, tomadas en conjunto, disponían de fuerza suficiente para ello; mas para que esa fuerza pudiera sujetar el brazo de los dictadores fascistas, era preciso que no dudaran lo más mínimo de que caería efectivamente sobre ellos al menor intento de nueva agresión. Y esto, a su vez, requería que la unión de las tres potencias mencionadas fuese clara e indiscutible, que en su esfera de acción entrase toda Europa, y no algunos confines suyos, y que las condiciones de la unión previesen un sistema lo más sencillo y automático posible de sanciones al agresor.

Pero la propuesta inglesa no correspondía en absoluto a esas exigencias. En primer lugar, no creaba ninguna unión común de la URSS, Inglaterra y Francia para luchar contra la agresión en Europa, sino que limitaba las acciones conjuntas de las tres potencias al caso de que Alemania agrediera a Polonia y Rumania. Por tanto, la propuesta inglesa no podía, en general, conjurar la guerra; lo único que podía hacer era "canalizar" la agresión en las direcciones no defendidas por las "garantías", en particular en una dirección tan importante para la URSS como los Estados del Báltico.

Además, la proposición inglesa no preveía ninguna convención militar entre las tres grandes potencias que precisara el volumen, plazos, condiciones, etc., de la ayuda armada que se prestarían entre sí y a la víctima de la agresión. Y eso era de capital importancia. La Unión Soviética tenía ya en este sentido una experiencia muy desagradable con respecto a Francia. Como hemos recordado antes, en mayo de 1935 se concluyó un pacto de asistencia mutua entre la URSS y Francia; pero la redacción y la firma de la convención militar llamada a reforzar ese pacto fueron aplazadas para más tarde. Sin embargo, los gobiernos franceses, que se sucedieron con rapidez, sabotearon sistemáticamente la firma de la convención, que seguía sin existir en 1939. Es natural que el Gobierno soviético considerase como un defecto muy serio de la propuesta inglesa la falta en ella de toda alusión a la posibilidad de firmar una convención militar. Cualquier acuerdo de lucha contra los agresores debía tener los colmillos bien afilados. Sin esos colmillos se transformaría en una espada de cartón, que se podría blandir, pero que no serviría para combatir.

Semejante vaguedad general de la estructura de las "garantías" hacía inevitables la discordancia entre los firmantes del acuerdo en torno a la interpretación de los compromisos contraídos, la dificultad de elaborar una estrategia y una táctica comunes, la lentitud en las acciones y otras muchas faltas de coordinación. En última instancia, la propuesta inglesa no podía contribuir a crear la concentración de poderío de las potencias pacíficas capaz de por sí de contener a los dictadores fascistas e impedir que cometieran nuevas agresiones. Menos aún podía asegurar la rapidez y unidad de los actos punitivos de Inglaterra, Francia y la URSS contra quienes quisieran desencadenar una segunda guerra mundial.

Pero la proposición inglesa, además de ser ineficaz para prevenir una nueva matanza mundial, era ofensiva para la Unión Soviética, ya que la colocaba en inferioridad de condiciones respecto a Inglaterra y Francia. Al Gobierno soviético le interesaba, como es natural, no el aspecto jurídico de la cuestión, sino su aspecto práctico. De hecho, la situación consistía en que Inglaterra, Francia y Polonia estaban unidas entre sí por acuerdos de asistencia mutua, y en caso de que Alemania agrediera a uno de esos países, los otros dos deberían acudir inmediatamente en ayuda suya con todos los medios a su alcance (incluidas las armas). La Unión Soviética,

por el contrario, tenía un pacto de asistencia mutua sólo con Francia. Ni Inglaterra ni Polonia estaban obligadas a ayudarla si era agredida por Alemania. Y la concesión de "garantías" a Polonia y Rumania por parte de la Unión Soviética debía empeorar, sin duda alguna, las relaciones de ésta con Alemania y acrecentar el peligro de una agresión hitleriana al País de los Soviets, sobre todo a través del Báltico. Era evidente la desigualdad de derechos de la URSS respecto a Inglaterra y Francia en cuestión tan capital como la seguridad nacional y estatal. Esto tenía una importancia primordial.

Tales fueron las consideraciones principales que obligaron al Gobierno soviético a rechazar la propuesta inglesa. Mas el Gobierno de la URSS no se detuvo ahí. Aunque lo ocurrido con Checoslovaquia y España había minado mucho su confianza en los deseos de Inglaterra y Francia de cumplir a conciencia sus compromisos; aunque el comportamiento de estos países ante la anexión de Memel y de Albania por las potencias fascistas no prometía nada bueno, el Gobierno soviético, pese a todo, no se consideraba con derecho a desentenderse de ellos. El momento era demasiado serio y el peligro de una segunda guerra mundial demasiado grande para dar de lado, incluso bajo el influjo de emociones completamente legítimas, la más pequeña posibilidad de salvar al mundo de una nueva y terrible catástrofe. En aquella hora fatal, el Gobierno soviético decidió guiarse únicamente por los dictados del sentido común y hacer un nuevo intento de llegar a un acuerdo con Inglaterra y Francia para actuar en común contra los agresores fascistas. Pero debía ser *un intento verdaderamente serio*, con propuestas serias y medios serios para alcanzar el objetivo previsto: conjurar una segunda guerra mundial.

Teniendo en cuenta tanto la posición inglesa como la francesa, el Gobierno de la URSS presentó su propia propuesta el 17 de abril de 1939, es decir, tres días después de que el Gobierno británico nos propusiera conceder garantías unilaterales a Polonia y Rumania. La esencia de la proposición soviética puede resumirse en tres puntos:

1. Firmar un pacto tripartito de asistencia mutua entre la URSS, Inglaterra y Francia.

2. Firmar una convención militar para fortalecer dicho pacto.

3. Conceder garantías de independencia a todos los Estados fronterizos con la URSS, desde el Mar Báltico hasta el Mar Negro.

Al hacer entrega a Halifax de nuestra contraproposición, le dije:

– Si Inglaterra y Francia quieren de verdad luchar en serio contra los agresores y evitar una segunda guerra mundial, deberán aceptar las propuestas soviéticas. Y si no las aceptan...

En ese momento hice un ademán muy elocuente, cuyo sentido no era difícil de comprender.

Halifax empezó a asegurarme que los propósitos de los ingleses y franceses eran completamente serios, pero yo me dije para mis adentros: "Los hechos lo demostrarán".

Al mismo tiempo que enviaba nuestras contrapropuestas, Litvínov me llamó a Moscú para que participase en el examen que iba a hacer el Gobierno del problema del pacto tripartito de asistencia mutua y de las perspectivas de su firma. Salí de Londres el 19 de abril y volví allá el 28 del mismo mes. Me repugnaba ver la Alemania nazi, con su svástica y el "paso de la oca" de sus soldados, y decidí trasladarme a Moscú dando un rodeo. Hice en avión el viaje de Londres a Estocolmo, y de allí a Helsinki, donde tomé el tren y llegué a Moscú a través de Leningrado. Pernocté en Estocolmo, donde sostuve una larga e interesante conversación sobre temas políticos de actualidad con Alejandra Kolontái, vieja amiga mía (todavía de los tiempos de emigración) y a la sazón embajadora de la URSS en Suecia.

– ¿Será posible que Chamberlain no comprenda que su política lleva a Inglaterra directamente a la catástrofe? –preguntó perpleja.

Le hablé con detalle de la situación que se había creado en Londres y, como resumen, dije:

– El odio de clase puede cegar hasta tal punto a las personas, que éstas dejan de ver las cosas más corrientes. Lo observo ahora en el ejemplo de Chamberlain y de toda la "camarilla de Cliveden". Claro que la historia los castigará con toda dureza; pero, por desgracia, eso ocurrirá, probablemente, cuando los cañones empiecen ya a disparar.

En Moscú asistí a una reunión del Gobierno en la que se examinó con mucha minuciosidad el problema del pacto tripartito. Yo debí dar los detalles y explicaciones más circunstanciados acerca del estado de ánimo reinante en Inglaterra, la correlación de fuerzas entre los partidarios del pacto y sus enemigos, la posición del Gobierno en su conjunto y de sus distintos ministros ante el pacto, las perspectivas del

desarrollo político inmediato en las Islas Británicas y otras muchas cosas más, relacionadas de uno u otro modo con la posible suerte de las contrapropuestas soviéticas. Al informar al Gobierno traté de ser honesto y objetivo en extremo. He considerado siempre que el embajador debe decir sinceramente la verdad a su Gobierno y no crear en él ninguna ilusión, ni optimista ni pesimista. El Gobierno puede emprender unas u otras acciones prácticas basándose en las informaciones del embajador; mas si éstas tienen un tinte demasiado sonrosado o demasiado negro, el Gobierno puede encontrarse en una situación difícil o violenta. La observancia estricta de este principio me acarreó a veces incluso disgustos, pero, de todos modos, continué haciendo lo que consideraba correcto. En aquella memorable reunión en el Kremlin, repito, dije la verdad, sólo la verdad, y, en resumidas cuentas, el cuadro resultó poco consolador. No obstante, el Gobierno decidió proseguir las negociaciones y hacer todos los esfuerzos posibles para persuadir a los ingleses y franceses de que modificaran su actitud. Porque tanto en aquella reunión como en las conversaciones particulares con los miembros del Gobierno conocidos míos percibía siempre una idea que lo impregnaba todo: "¡Hay que evitar a toda costa una nueva guerra mundial! ¡Hay que llegar a un acuerdo lo antes posible con Inglaterra y Francia!"

Volví a Londres por el mismo camino, pero desde Estocolmo volé, de paso, a París para conocer mejor el estado de ánimo del Gobierno francés con relación al pacto. Nuestro embajador en Francia, Y. Surits, hombre de gran cultura y vastos horizontes políticos, me dio a conocer con agrado todos los detalles de la situación reinante en la capital francesa.

– Daladier, a pesar de todos sus defectos (y tiene muchos), iría con más facilidad que Chamberlain al encuentro de nuestras contrapropuestas... Además, Francia tiene ya un pacto de asistencia mutua con la URSS... Por lo menos en el papel... Ahora, por ejemplo, el Gobierno francés insiste sobre el británico en que éste acepte como base de discusión nuestras propuestas del 17 de abril acerca del pacto tripartito de asistencia mutua... Léger, secretario general del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, ha redactado incluso un contraproyecto de pacto tripartito para presentárselo al Gobierno soviético... Es más reducido que el nuestro, pero tiene la misma base... Pero Londres no quiere aceptarlo y sigue insistiendo en su proposición del 14 de abril

de garantías unilaterales de la URSS a Polonia y Rumania... Ignoro cómo terminará la disputa anglo-francesa, pero soy pesimista...

Surits hizo un ademán de desesperanza y luego continuó:

– La desgracia es que Francia no tiene hoy una política exterior independiente. Todo depende de Londres. La Francia de nuestros días es una gran potencia de segundo rango, que se considera gran potencia más que nada por tradición... Y por extraño que parezca, los franceses se han resignado con ello, en cierto modo... Van a la cola de Inglaterra... Se consideran potencia número 2 en el bloque anglo-francés y no se indignan por ello...

– Y los norteamericanos, ¿cómo se comportan aquí? –pregunté a Surits.

– ¿Los norteamericanos? –respondió–. A esa pregunta contesta claramente el nombre de su embajador aquí: William Bullitt.

Recordé involuntariamente lo que sabía de Bullitt: mandatario del Presidente Wilson, que en marzo de 1919 llegó a Moscú con la propuesta de paz; partícipe activo en las negociaciones sovieto-norteamericanas de 1933 en Washington acerca del reconocimiento diplomático recíproco; después, primer embajador norteamericano en Moscú, donde se hizo famoso por la organización de extravagantes recepciones diplomáticas*, y (lo que es más importante) trató de dar órdenes al Gobierno soviético, bajo la máscara de una amistad aparente, transformándose de "amigo" en enemigo luego de chocar con la resistencia del Gobierno soviético... ¡Y ese mismo Bullitt representaba entonces a los EE.UU. en Francia!

Entre tanto, Surits prosiguió:

– Bullitt muestra gran interés por la marcha de las negociaciones, da consejos, a veces alecciona, invoca sus conocimientos de la URSS y de su Gobierno... Como es natural, su opinión pesa muchísimo en Daladier y Bonnet... Porque

---

* Un día, por ejemplo, Bullitt dio en su Embajada una recepción diplomática que parecía más bien un aquelarre. Durante ella, no sólo "el champaña corrió formando ríos" y se sirvieron manjares en cantidades homéricas, sino que incluso el edificio de la Embajada se transformó en una especie de casa de fieras: en las habitaciones volaban pájaros, entre las mesas corrían cabras y en un rincón "de honor", rodeado de plantas, gruñía un oso vivo. Como se comprenderá, semejante recepción fue una "sensación" excepcional al estilo de Hollywood, pero no contribuyó a aumentar el prestigio del embajador norteamericano.

Bullit los apoyó enérgicamente en los días de Munich y hasta recibió a Daladier con un ramo de flores al regresar después de la traición de Munich.

Más tarde, cuando se desarrollaron las negociaciones, Bullitt intentó más de una vez frenarlas con sus "consejos" a Bonnet y Daladier. Esto, como es natural, no hizo más que acentuar el sabotaje, cuyo espíritu se había apoderado por completo de los gobiernos inglés y francés.

Al día siguiente de regresar de Moscú, el 29 de abril, visité a Halifax. Pletórico aún de las impresiones que acababa de recibir en Moscú, traté de demostrarle larga y fogosamente la importancia que tenía concluir cuanto antes el pacto tripartito de asistencia mutua y le expresé insistentemente el más sincero deseo del Gobierno soviético de colaborar con Inglaterra y Francia en la lucha contra la agresión. Halifax me escuchó con una sonrisa de escepticismo, y cuando le pregunté si el Gobierno británico aceptaba nuestras contrapropuestas, me respondió muy vagamente que no había terminado aún sus consultas con Francia. Sus palabras fueron para mí como un jarro de agua fría. Hablé luego con Halifax de otros asuntos del día: las negociaciones de Inglaterra con Rumania, el proyecto de acuerdo anglo-turco, etc.

Salí de la entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores irritado en extremo por la tozuda ceguera de la "camarilla de Cliveden". Durante mi viaje a Moscú se habían producido dos acontecimientos que probaban claramente que los agresores, tascando el freno, corrían hacia su criminal objetivo: el 28 de abril, Hitler rompió simultáneamente el pacto de no agresión con Polonia y el acuerdo anglo-germano de 1935 acerca de la limitación de los armamentos navales. Pero los "clivedenianos" no veían, no querían ver, estos amenazadores signos de la época y seguían testarudamente su carrera fatal hacia el abismo. He aquí un hecho, sintomático en extremo, ocurrido durante mi ausencia de Londres: nada más producirse la anexión de Checoslovaquia, el Gobierno británico llamó a su embajador en Berlín, Henderson, "para celebrar consultas". Fue un gesto simbólico llamado a expresar su descontento. Mas el 24 de abril, el Gobierno británico autorizó a Henderson a regresar a Berlín. Fue también un gesto simbólico, pero de significado opuesto.

El 3 de mayo, Litvínov dejó de ser Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, ocupando su puesto V. Mólotov.

Esta sustitución causó entonces gran sensación en Europa y fue interpretada como un cambio de rumbo de la política exterior de la URSS.

Tres días más tarde, el 6 de mayo, Halifax me invitó a visitarle y, después de comunicarme que Inglaterra no había terminado todavía sus consultas con otras capitales acerca de la proposición soviética, me preguntó a boca de jarro qué significaban las sustituciones de personas que acababan de hacerse en Moscú.

– Antes de responder a la propuesta soviética –dijo Halifax–, quisiera saber si esas sustituciones significan también un cambio de política. ¿Siguen en pie las propuestas hechas por ustedes?*

– En la Unión Soviética, en oposición a lo que ocurre con frecuencia en Occidente –respondí–, los distintos ministros no aplican su propia política. Cada ministro aplica la política general del Gobierno en su conjunto. Por eso, aunque haya dimitido el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, M. Litvínov, la política exterior de la Unión Soviética continúa siendo la misma. Por consiguiente, nuestras propuestas del 17 de abril siguen en pie.

El 8 de mayo, después de tres semanas de consultas y meditaciones, el Gobierno británico nos entregó, al fin, su respuesta (que era, a la vez, la respuesta de Francia) a la proposición de firmar un pacto tripartito de asistencia mutua. Pero ¿qué respuesta? El Gobierno británico repitió, ligeramente modificada, su proposición del 14 de abril, es decir, siguió tratando de conseguir que la Unión Soviética concediese garantías unilaterales a Polonia y Rumania. Evidentemente, la resistencia de Francia no había ayudado. El pesimismo de Surits se justificó.

Estaba claro que los "clivedenianos", y en particular Chamberlain, continuaban cifrando sus esperanzas en el choque de Alemania con la URSS, por lo que no deseaban indisponerse con Hitler. Estaba claro también que todas las negociaciones en torno a la colaboración de Inglaterra y la URSS con vistas a luchar contra los agresores no eran más que una maniobra hipócrita del Gobierno para engañar al pueblo inglés, una cortina de humo para ganar tiempo en provecho de la aplicación de esa misma línea general del Primer Ministro. No es sorprendente que el Gobierno soviético reaccionara con

* *DBFP*, Third Series, vol. V, p. 453.

firmeza y decisión ante la respuesta inglesa. El 15 de mayo se entregó a Seeds en Moscú una declaración escrita, en la que se decía con toda claridad que la concesión de garantías unilaterales a Polonia y Rumania era inaceptable para el Gobierno soviético y que la única forma real y verdaderamente eficaz de luchar contra la agresión era el pacto tripartita de asistencia mutua sobre la base de las condiciones expuestas en la propuesta soviética del 17 de abril. El tono de nuestra respuesta era tal que los ingleses (y los franceses) se vieron ante una disyuntiva: o pacto de asistencia mutua o fracaso de las negociaciones.

Creóse un atolladero, tanto más extraño por cuanto Inglaterra y Francia firmaron, precisamente entonces, un tratado de asistencia mutua con Turquía. En la prensa y en los medios políticos de Londres se levantó gran marejada. Los nubarrones que cerraban el horizonte internacional se espesaron más aún. Hitler, estimulado por la conducta de Chamberlain y Daladier, se desbocaba cada día más. Emprendió entonces una furiosa campaña con motivo de Danzig, exigiendo a Polonia que esta ciudad fuera devuelta a Alemania y se concediera a ésta libertad de tránsito por el corredor polaco. El Gobierno polaco rechazó semejantes pretensiones. La atmósfera en las relaciones polaco-alemanas se ponía al rojo vivo y era de esperar el estallido de un día para otro. Pues bien, a pesar de todo eso, Chamberlain no quería en modo alguno aceptar la propuesta soviética de pacto tripartito de asistencia mutua. No es sorprendente que todos los políticos ingleses más sensatos (sin hablar ya de las grandes masas) se sintieran extraordinariamente intranquilos y buscaran la forma de ejercer presión sobre el Gobierno.

El 18 de mayo me telefoneó Churchill.

– Mañana habrá debates de política exterior en el Parlamento. Me propongo intervenir y llamar la atención sobre la forma insatisfactoria en que se sostienen las negociaciones con Rusia... Sin embargo, antes de hablar en público de este tema quisiera conocer por usted en qué consisten exactamente las propuestas del Gobierno soviético que Chamberlain se niega a aceptar. En la ciudad corren muchos rumores con este motivo.

Respondí inmediatamente por teléfono a la pregunta de Churchill. El me escuchó con gran atención y, cuando terminé, dijo sorprendido:

– No comprendo qué ha encontrado Chamberlain de malo

en las propuestas de ustedes. A mi juicio, todas son aceptables.

– Usted sabrá mejor que yo cómo interpretar la conducta de Chamberlain –respondí a Churchill riendo.

En efecto, al día siguiente se entablaron en la Cámara de los Comunes grandes debates en torno a la política exterior de la Gran Bretaña. Churchill, como había prometido, pronunció un extenso discurso, en el que dijo, entre otras cosas:

– Las propuestas presentadas por el Gobierno de Rusia, a las que se ha dado una publicidad verdaderamente considerable, prevén una alianza tripartita de Inglaterra, Francia y Rusia, de cuyos beneficios pueden gozar también otras potencias, si lo desean y cuando lo deseen. La alianza tiene como único fin luchar contra nuevos actos de agresión y ayudar a las víctimas de la agresión. No comprendo qué hay de malo en todo eso. Hay quienes dicen: "¿Se puede confiar en el Gobierno soviético de Rusia?" Y supongo que en Moscú se dirán: "¿Se puede confiar en Chamberlain?"... En estas cuestiones no hay que guiarse por el sentimiento, sino por el análisis de los intereses afectados. Mi opinión personal es que Rusia tiene grandes intereses vitales que le dictan la cooperación con la Gran Bretaña y Francia en la prevención de nuevos actos agresivos.

Refiriéndose después a las afirmaciones de los "clivedenianos" de que era imposible el pacto tripartito, ya que, según ellos, Polonia, Rumania y los Estados del Báltico temían ser "garantizados" por una alianza en la que participara la URSS, Churchill ridiculizó esos argumentos y añadió, dirigiéndose a los miembros del Gobierno:

– Si están ustedes dispuestos a ser aliados de Rusia en tiempos de guerra..., si están dispuestos a tender la mano a Rusia para defender a Polonia y Rumania, a las que ustedes conceden garantías, ¿por qué no quieren ser aliados de Rusia ahora, cuando gracias precisamente a ello puede ser conjurada, en general, la guerra?

En esa misma sesión intervino contra el Gobierno, con no menos energía, Lloyd George. Al hablar de los armamentos de Alemania e Italia, dijo:

– No se arman para defenderse... No se preparan para rechazar los ataques de Francia, Inglaterra o Rusia. Por ese lado no les amenaza nadie... Se preparan para atacar ellos mismos a cualquiera en quien estemos interesados... El objetivo militar principal de los dictadores es conseguir resultados

rápidos, rehuir una guerra larga. Una guerra larga es siempre desfavorable para los dictadores.

Y para impedir una victoria rápida de los dictadores, Lloyd George consideraba extremadamente necesario firmar cuanto antes un acuerdo tripartito contra ellos.

– Sin la ayuda de Rusia –dijo Lloyd George– no podremos cumplir nuestros compromisos con Polonia y Rumania.

El líder liberal manifestó más adelante que la URSS disponía de la mejor aviación del mundo y de fuerzas blindadas extraordinariamente potentes. ¿Por qué no ha firmado aún el Gobierno un pacto de asistencia mutua con la URSS? Evidentemente, porque no confía en el Gobierno soviético. "¿Pero es que Rusia –exclamó Lloyd George– no tiene motivos para desconfiar de nosotros? Porque desde 1930 hemos violado todos los pactos firmados por nosotros que tenían relación con situaciones semejantes a la actual". En conclusión, Lloyd George exigió al Gobierno que se llevaran hasta el fin con urgencia las negociaciones tripartitas.

Eden pronunció asimismo un fogoso discurso en favor de la más rápida creación de un "frente de la paz". Y como primer paso en esa dirección, propuso la firma inmediata de una alianza tripartita entre Inglaterra, Francia, y la URSS sobre la base de la plena reciprocidad e igualdad de derechos*.

La firme posición de la Unión Soviética, de una parte, y los debates parlamentarios del 19 de mayo, de otra, persuadieron a Chamberlain de que era preciso hacer una nueva maniobra hipócrita, pues, de otro modo, el Gobierno podría encontrarse nadando entre dos aguas. Y Chamberlain hizo esa maniobra, pero esta vez en Ginebra.

El 22 de mayo empezó en Ginebra la sesión ordinaria del Consejo de la Sociedad de Naciones. Le correspondía presidirla, por turno, al representante de la URSS. El Gobierno soviético me encomendó esa misión, por lo que salí de Londres para Suiza el 20 de mayo. De camino pasé varias horas en París, donde Surits me dijo que el Gobierno francés había manifestado últimamente gran descontento por la lentitud y terquedad de los ingleses en las negociaciones con la URSS. Hasta Bonnet, a la sazón ministro de Negocios Extranjeros de Francia y antiguo enemigo de "Moscú", consideraba que se

---

* *Parliamentary Debates. House of Commons*, vol. 347, col. 1810-1860.

había creado una situación crítica y era preciso ponerse de acuerdo lo antes posible con el Gobierno soviético.

Halifax y Bonnet habían marchado también a Ginebra, donde habría de encontrarlos cada día, durante toda una semana, en torno a la mesa de la Sociedad de Naciones. Todavía en Londres, Halifax me había advertido cortésmente que tenía la esperanza de proseguir las conversaciones en Suiza. Y en efecto, nos entrevistamos en la mañana del 22 de mayo en Ginebra y sostuvimos una conversación extensa –y, en cierto sentido, "decisiva"– acerca del pacto.

Halifax empezó pidiéndome que le explicara por qué rechazaba el Gobierno soviético la última propuesta británica del 8 de mayo (es decir, la proposición inicial, ligeramente modificada, de que la Unión Soviética concediese garantías unilaterales a Polonia y Rumania).

Respondí que rechazábamos la propuesta británica por dos razones principales: a) aspirábamos a conjurar la guerra en general, cosa posible únicamente con el pacto tripartito de asistencia mutua; en cambio, la propuesta británica daba de lado por completo este importantísimo aspecto, y b) la propuesta británica colocaba a la Unión Soviética en una situación de desigualdad respecto a Inglaterra y Francia, cosa que no podíamos aceptar de ninguna manera. Y le expliqué brevemente en qué veíamos esa desigualdad (de ello he hablado antes con detalle).

Halifax intentó demostrarme que era muy pequeña la posibilidad de agresión de Alemania a la URSS a través de los países del Báltico, y que aun en el caso de que esa agresión se produjera, Polonia y Rumania se verían también envueltas, sin duda alguna, por lo que entrarían en vigor las garantías anglo-francesas a los dos Estados mencionados. De esta forma, Inglaterra y Francia acudirían, de hecho, en ayuda de la URSS.

Discrepé de Halifax y le dije que tampoco a mí me tranquilizaban las garantías anglo-francesas a Polonia y Rumania.

– Imagínese usted el siguiente caso –continué–. Alemania consigue por medio de la intimidación, del soborno o de la combinación del látigo y la rosquilla que Polonia y Rumania se alíen con ella contra la URSS o, por lo menos, le autoricen a pasar sus tropas por el territorio de ambos países. Entonces no entrarán en acción las garantías anglo-francesas, ya que sólo son aplicables a condición de que Polonia y Rumania opongan resistencia a Alemania. Por consiguiente, en ese caso hipotético, pero no improbable, ni mucho menos, la URSS

tendría que combatir sola contra Alemania sin recibir ayuda de las potencias occidentales.

Halifax intentó refutar mis razonamientos indicando que entre Francia y la URSS existía un pacto de asistencia mutua.

– Absolutamente cierto –respondí–, pero entre Inglaterra y la URSS no existe un pacto semejante, y eso tiene mucha importancia.

Entonces observó Halifax:

– ¿Quizá conviniera introducir en nuestra proposición un artículo que obligase a los Estados limítrofes con la URSS a no ceder su territorio para el paso de las tropas alemanas o para la instalación de bases alemanas con fines de agresión contra el país de ustedes?

Opiné que era poco probable que los Estados limítrofes accedieran a contraer semejante compromiso y que, aun en el caso de que lo aceptasen, no podrían cumplirlo. Todas estas combinaciones complicadas y sinuosas, en cuya elaboración trabajaba con tanto afán la parte inglesa, tenían un carácter ambiguo y rudimentario y no podían resolver nada. El único camino verdaderamente eficaz para luchar contra la agresión era el pacto tripartito de asistencia mutua propuesto por el Gobierno soviético.

A Halifax se le ocurrió de pronto intimidarme: ese pacto, me dijo, puede enfurecer a Hitler, quien se pondrá a gritar que se "cerca" a Alemania, utilizará esta consigna para agrupar alrededor suyo al pueblo alemán y desencadenará la guerra. Con ello, agregó, provocaríamos nosotros mismos precisamente lo que queríamos evitar con nuestras acciones.

Repliqué que Halifax se imaginaba mal, por lo visto, la sicología de hombres como Hitler. Este, a su manera, no era tonto y jamás se lanzaría a una guerra si pensaba que podía perderla. Incluso nuestras negociaciones de entonces le obligaban a mostrar cierta prudencia, pues hasta aquel momento no había agredido a Polonia. Y si se firmaba el pacto tripartito de asistencia mutua, se vería obligado a dar marcha atrás. Los hombres como Hitler sólo reconocen un argumento: la fuerza. El Gobierno soviético lo sabía muy bien por su experiencia con el Japón. En cambio, el pacto tripartito de asistencia mutua crearía tal concentración de fuerzas a favor de la paz que el enemigo no tendría más remedio que retroceder con el rabo entre las piernas.

Halifax preguntó, por último, si el Gobierno soviético estaba dispuesto a prever en el pacto tripartito de asistencia

mutua garantías de seguridad no sólo a los pequeños Estados de Europa Oriental, sino también a los pequeños países de Europa Occidental, dando a entender que se refería a Bélgica, Holanda y Suiza.

Le contesté que en aquel momento no podía decir nada sobre el particular en nombre del Gobierno soviético, pues esta cuestión no se había planteado ni discutido hasta entonces; pero opinaba que podría ser examinada y, a mi juicio, no sería difícil llegar a un acuerdo.

Nuestra conversación duró una media hora y cuando nos separamos me pareció que había causado considerable impresión al ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña. En todo caso le di a entender con absoluta claridad que el Gobierno soviético podría hacer concesiones en problemas secundarios para llegar a un acuerdo, pero no aceptaría ningún compromiso en torno a los tres puntos fundamentales de que he hablado antes (pacto tripartito de asistencia mutua, convención militar y garantías de seguridad para todos los pequeños países comprendidos entre el Mar Báltico y el Mar Negro).

Por los documentos que ha publicado el Foreign Office veo ahora que mi impresión de entonces era acertada. Halifax termina con las siguientes palabras las notas de la conversación que sostuvo conmigo el 22 de mayo:

"Temo que en el curso de nuestra larga conversación no he podido hacer vacilar lo más mínimo a Maiski en el punto principal: su insistente demanda de un pacto tripartito de asistencia mutua... Creo que nos encontramos ahora ante una elección muy desagradable: fracaso de las negociaciones o acuerdo sobre la base del punto 4 de mi telegrama N° 165 a Varsovia (es decir, del pacto tripartito de asistencia mutua. *–I.M.*)"*.

Ese mismo día, 22 de mayo, sostuve una conversación con Bonnet sobre el mismo tema fundamental. El ministro francés de Negocios Extranjeros estaba mucho mejor predispuesto que Halifax y nos pusimos rápidamente de acuerdo. El incluso se quejó de los ingleses por su lentitud y terquedad.

El Gobierno británico viose entonces colocado, y de manera tajante, ante el dilema: una cosa u otra. Chamberlain comprendió que, en aquella fase de desarrollo, su nueva maniobra (él pensaba sólo en una maniobra) debía incluir obligatoriamente el pacto tripartito de asistencia mutua. Sin em-

---

* *DBFP*, Third Series, vol. V, p. 634.

bargo, como mostró el futuro, el Primer Ministro se mantuvo fiel a su anterior línea general.

Dos días después, el 24 de mayo, Chamberlain hizo una breve declaración en el Parlamento, en la que valoró en tonos muy optimistas las perspectivas inmediatas.

"Tengo todas las razones –dijo Chamberlain– para esperar que, como resultado de las proposiciones que el Gobierno de Su Majestad está en condiciones de hacer ahora acerca de las cuestiones fundamentales surgidas durante las negociaciones, se pueda conseguir un pleno acuerdo en una fecha muy inmediata"*.

Chamberlain necesitaba en aquellos momentos ese optimismo hipócrita para tranquilizar a la "opinión pública" británica.

El 25 de mayo, el embajador inglés en Moscú, Seeds, entregó al Gobierno soviético las nuevas propuestas del Gobierno británico a que se había referido Chamberlain en su discurso ante el Parlamento.

DOS PROYECTOS DE PACTO

Parecía, pues, que la dificultad principal en las negociaciones estaba superada. Los gobiernos de Inglaterra y Francia habían reconocido, por fin, la necesidad de concluir un pacto tripartito de asistencia mutua. Cierto que se habían perdido diez semanas valiosísimas a causa de la resistencia, las maniobras y las vacilaciones; pero, de todos modos, no era tarde todavía, si se actuaba con rapidez y decisión, para detener el brazo del agresor.

La parte soviética se disponía a proceder precisamente así. Razonábamos, aproximadamente, como sigue: "El pacto tripartito de asistencia mutua ha sido reconocido en principio por ambas partes; los ingleses y franceses saben que nosotros insistimos en las garantías a los países del Báltico; nosotros sabemos que los ingleses y franceses insisten en las garantías a una serie de países que les interesan especialmente (Bélgica, Grecia, Turquía, etc.); en principio, ni ellos ni nosotros nos oponemos a esas garantías, lo que significa que no será difícil llegar a un acuerdo sobre esta cuestión. El deseo de que entren en vigor simultáneamente el pacto político y la convención militar que lo refuerza no puede suscitar duda al-

* *Parliamentary Debates. House of Commons*, vol. 347, col. 2267.

guna; por consiguiente, también será fácil llegar a un acuerdo acerca de este punto. De aquí se deduce claramente que las perspectivas son favorables si..., naturalmente, ambas partes desean de verdad el acuerdo. Nosotros lo queremos, lo queremos mucho, pero ¿lo quieren también los ingleses y franceses?..."

Teníamos la esperanza, mejor dicho, queríamos tener la esperanza de que al menos entonces, a comienzos de junio, los gobiernos de Inglaterra y Francia habrían aprendido algo y comprendido la necesidad (no muy agradable para ellos, pero, en fin de cuentas, necesidad) de formar un frente único con la URSS en contra de la agresión. En todo caso, considerábamos un deber político e histórico, pese a todas las desilusiones del pasado, hacer un nuevo intento de encontrar un lenguaje común con los ingleses y franceses. Y lo hicimos, en efecto, convencidos de que, con buena voluntad por ambas partes, el pacto tripartito de asistencia mutua podría ser firmado en el más breve plazo, en último extremo en el transcurso de junio.

Pero, por desgracia, nos equivocamos profundamente. Chamberlain y Daladier (Daladier es mencionado también aquí y en lo sucesivo no sólo como persona, sino como encarnación de las famosas "doscientas familias") continuaron aferrados a su línea inflexible, es decir, a la política de azuzamiento de Alemania y la URSS. Aun en aquel momento, en que el terrible espectro de la segunda guerra mundial se dibujaba ya claramente en el horizonte, Chamberlain y Daladier siguieron pensando, sobre todo, no en cómo concluir cuanto antes el pacto tripartito, sino en cómo eludir la necesidad de firmarlo.

¿Eran conscientes los ingleses y franceses de la proximidad del nuevo "salto" de Hitler? Sí, eran conscientes de ello y puedo aportar una prueba contundente. El 12 de junio sostuve una importante conversación con Halifax (de la que volveré a ocuparme más adelante), durante la cual le pregunté cómo transcurriría, a su parecer, el verano que acababa de empezar. El ministro de Relaciones Exteriores británico me contestó textualmente lo que sigue (cito sus propias notas):

"A mi juicio, *a Herr Hitler le será difícil comparecer ante la Conferencia de Nuremberg* sin intentar previamente resol-*

* Se alude al gran desfile fascista que celebraban cada año los hitlerianos en Nuremberg en el mes de septiembre.

ver el problema de Danzig. Por eso, debemos esperar que julio y agosto sean meses borrascosos (subrayado por mí. –*I.M.*)*.

Como vemos, el Gobierno inglés comprendía perfectamente que en el aire olía a tormenta y que esa vez *se iba a decidir el destino de Polonia, cuya integridad e independencia acababan de garantizar Chamberlain y Daladier*. El Gobierno inglés no podía dejar de comprender que sin el acuerdo con la URSS no podría salvar a Polonia. Y pese a ello, en lugar de concluir con la mayor rapidez el pacto tripartito de asistencia mutua, emprendió a comienzos de junio la vía del sabotaje pertinaz al pacto, cuya necesidad acababa de reconocer oficialmente. La dolorosa historia de este sabotaje será relatada en las páginas siguientes. Ahora quisiera decir que es difícil encontrar en los anales diplomáticos un ejemplo semejante de hipocresía y doblez como las que revelaron Chamberlain y Daladier en las conversaciones tripartitas de 1939. ¡Es difícil encontrar también un ejemplo más patente de ceguera política dictada por el odio de clase! Al mismo tiempo, la posición de los gobiernos de Inglaterra y Francia en los meses críticos de las conversaciones tripartitas prueba, sin dejar lugar a dudas, que lo que menos les preocupaba era salvar a Polonia; que Polonia, a semejanza de Checoslovaquia el año anterior, era para ellos únicamente una moneda de cambio en su gran juego con la Alemania hitleriana.

Al recordar aquellos días, debo referirme obligatoriamente a otra figura que desempeñó un papel de no poca importancia en el sabotaje anglo-francés a las conversaciones tripartitas: en la figura de Joseph Patrick Kennedy, a la sazón embajador norteamericano en Londres.

Hijo de una familia acomodada, Joseph Kennedy hizo rápidamente carrera como financiero y hombre de negocios y a los 50 años era ya muy rico. Como es costumbre en Norteamérica, recibió su "compensación" por los servicios prestados a Franklin D. Roosevelt durante la campaña electoral, y en 1938 llegó a Inglaterra como embajador de los EE.UU. Kennedy se convirtió en el acto en la "sensación" de la temporada. ¡Sobre todo como padre de nueve hijos! Tales cosas no son frecuentes entre los miembros del Cuerpo Diplomático. La sonriente fisonomía del embajador norteamericano adornó invariablemente, durante varios meses, las páginas de los periódi-

---

* *DBFP*, Third Series, vol. V, pp. 50-51.

cos y revistas: unas veces, al frente de toda la familia; otras, con los hijos, que eran cuatro, y otras, con las hijas, que eran cinco. Luego empezó la campaña de concesión a Kennedy de títulos de Doctor Honoris Causa en Derecho: seis (¡!) universidades –las de Dublín, Edimburgo, Mánchester, Birmingham, Brístol y Cambridge– dispensaron este honor al embajador norteamericano. Y en cada ocasión se cantaban toda clase de loas a Kennedy y los fotógrafos lo presentaban con la toga universitaria o sin ella, con el bonete de profesor o con la cabeza descubierta.

Sin embargo, el embajador norteamericano no se dedicaba únicamente a la vida mundana y a las funciones representativas: hacía también política, terreno en el que se convirtió pronto en el ídolo de la "camarilla de Cliveden". Dos ideas principales dominaban en la mente de Kennedy: la fe en el poderío de la Alemania hitleriana y la incredulidad en la vitalidad de la Gran Bretaña. Y como, a la vez, no sentía ninguna simpatía por la URSS, pasó a ser, lógicamente el apóstol del "apaciguamiento" de los agresores. El embajador norteamericano apoyó la política de Chamberlain durante la crisis checoslovaca, y después de Munich dijo que el pueblo inglés debería levantar una estatua a su Primer Ministro porque había salvado de la guerra a la Gran Bretaña y a Europa.

Recuerdo que unos meses más tarde, en junio de 1940, después de que Francia había capitulado e Inglaterra se encontraba ante el dilema de concluir la paz con Alemania o proseguir la guerra, Kennedy vino a verme a la Embajada y me preguntó qué opinaba sobre el particular. El mismo estaba casi dominado por el pánico. Consideraba que Inglaterra era impotente ante Alemania, que había perdido definitivamente la guerra y que cuanto antes firmara la paz con Hitler sería mejor. El embajador norteamericano quedó muy sorprendido cuando refuté sus afirmaciones y traté de demostrarle que no había nada perdido para Inglaterra hasta aquel momento, que ésta tenía grandes posibilidades de resistir y rechazar la amenaza alemana si, claro está, conservaba la valentía y la decisión de luchar. Destaqué que, a juzgar por mis observaciones, el espíritu de las grandes masas del pueblo era firme y que hasta en la cúspide gobernante había hombres que no desearían levantar las manos ante la insolencia de los agresores fascistas. De aquí sacaba la conclusión de que sería erróneo pintar las perspectivas con los tintes más negros. Cuando terminé, Kennedy, abriendo los brazos, exclamó:

– ¿Sabe lo que le digo?... Que es usted un optimista... ¡No he oído nada parecido ni siquiera a los ingleses!

¡Y cómo lo iba a oir! Los ingleses con que se entrevistaba Kennedy ostentaban la marca de "Cliveden" y no creían ni en ellos mismos ni en el futuro de su país.

Sin embargo, en la Gran Bretaña se hallaba en el Poder en aquellos momentos un gobierno presidido por Churchill. Tenía sus defectos; mas, a pesar de todo, reflejaba mejor el estado de ánimo de las masas y, como resultado de ello, Inglaterra no capituló ante la Alemania hitleriana. El embajador norteamericano y sus amigos se retorcían las manos horrorizados, pero la historia ha justificado plenamente la decisión adoptada por el Gobierno británico de entonces.

Es fácil comprender cómo podía influir e influyó, en efecto, un hombre como Kennedy en la conducta de los ingleses durante las conversaciones tripartitas de 1939. Fue un firme puntal de Chamberlain a lo largo de todas las complejas peripecias de esta desdichada historia.

Seeds recibió nuevas instrucciones el 25 de mayo. De acuerdo con ellas, el embajador británico en Moscú (lo mismo que su colega francés Naggiar) presentó al Gobierno soviético su proyecto de pacto tripartito de asistencia mutua, cuya esencia era:

1. Inglaterra, Francia y la URSS, "actuando en concordancia con los principios del artículo 16, párrafos 1 y 2 de la Carta de la Sociedad de Naciones", se prestarán mutuamente toda clase de ayuda y apoyo en los tres casos siguientes: a) si cualquiera de ellas es víctima de una agresión por parte de una potencia europea; b) si cualquiera de ellas se ve implicada en operaciones militares como resultado de la concesión de garantías a cualquier Estado europeo, y c) si cualquiera de ellas se ve implicada en operaciones militares como resultado de la ayuda prestada a cualquier Estado europeo que, aun sin tener garantías de los firmantes del pacto, se dirigiera a ellos en petición de ayuda para luchar contra la agresión (art. 1 y 2).

2. Los tres gobiernos deberán examinar conjuntamente los métodos a emplear para que su apoyo y ayuda recíprocos puedan dar, en caso de necesidad, los resultados más eficaces (art. 3)

3. El pacto se firma por un plazo de cinco años*.

---

* *DBFP*, Third Series, vol. V, p. 679.

Como se comprenderá, este pacto no podía satisfacer en modo alguno a la URSS, ya que adolecía de una serie de defectos, los principales de los cuales eran:

Primero, vinculaba el pacto tripartito a la Sociedad de Naciones. Esto significaba, en la práctica, que, dadas las normas y reglas vigentes en dicha organización, el pacto jamás conduciría a acciones rápidas y eficientes. Todo quedaría reducido a buenas palabras y resoluciones sobre el papel.

Segundo, colocaba a la URSS en una situación de desigualdad con respecto a los otros firmantes, obligándola a acudir en ayuda de Inglaterra y Francia si se veían arrastradas a la guerra como resultado de las garantías dadas a Polonia, Rumania, Grecia y algunos otros Estados; pero no obligaba a Inglaterra y Francia a acudir en ayuda de la URSS si ésta se veía envuelta en una guerra como consecuencia de la agresión de Alemania a los países del Báltico, ya que Inglaterra y Francia no les habían dado garantías. Y era precisamente de esa parte de donde podía esperar la URSS en todo momento diversas sorpresas desagradables.

Y tercero, al punto relativo al reforzamiento del pacto con una convención militar estaba formulado de manera tan vaga e inconcreta que resultaba difícil decir cuándo sería firmada y si, en general, llegaría a firmarse. Quisiérase o no, se sacaba la impresión de que los ingleses y franceses veían en el pacto un "papel" más con el que se podía especular en las negociaciones con Alemania, pero no un verdadero instrumento de lucha contra la agresión, dotada de afilados colmillos.

Sí, el contenido del proyecto anglo-francés sugería tristes reflexiones y no presagiaba nada bueno; pese a ello, la parte soviética decidió continuar las negociaciones, con la esperanza de enderezar la situación poco a poco. Por ello, el Gobierno soviético entregó el 2 de junio a sus compañeros de negociación un contraproyecto, cuya esencia era:

1. Francia, Inglaterra y la URSS se prestarán mutuamente ayuda inmediata y eficaz si cualquiera de ellas se ve implicada en operaciones militares con una potencia europea en los siguientes casos:

a) agresión de esa potencia a uno de los firmantes del pacto;

b) agresión de esa potencia a Bélgica, Grecia, Turquía, Rumania, Polonia, Letonia, Estonia y Finlandia, que Inglaterra, Francia y la URSS se comprometían a defender frente a la agresión, y

c) ayuda de uno de los firmantes del pacto a cualquier potencia europea (de las no garantizadas) que solicitara esa ayuda para luchar contra la violación de su neutralidad.

2. En caso de iniciarse operaciones militares conjuntas en virtud de la aplicación del pacto, las tres potencias firmantes se comprometen a concertar el armisticio o la paz sólo de común acuerdo.

3. En caso de que surja amenaza de agresión por parte de una potencia europea, los tres firmantes del pacto se consultarán sin tardanza y, si fuera preciso, decidirán en común cuándo y cómo debe ser puesto en marcha el mecanismo de la ayuda mutua, independientemente de todo procedimiento establecido por la Sociedad de Naciones para examinar esta cuestión.

4. Los tres firmantes del pacto concluirán en el plazo más breve posible un acuerdo acerca de los métodos, formas y amplitud de la ayuda mutua. El pacto entrará en vigor al mismo tiempo que este acuerdo.

5. El pacto se firma por un plazo de cinco años.

Como vemos, el proyecto soviético de pacto, que tenía un carácter puramente defensivo, subsanaba los defectos del proyecto anglo-francés: rompía su vinculación con la Sociedad de Naciones, contenía una enumeración completa de los Estados que recibían garantías de las tres grandes potencias, comprendidos los países del Báltico –es decir, creaba una situación de igualdad de derechos de la URSS con sus socios occidentales– y, por último, determinaba con toda firmeza que el pacto y la convención militar entrarían en vigor simultáneamente. Además, el proyecto soviético obligaba a todos los firmantes del pacto, en caso de que surgiera la guerra, a concertar el armisticio o la paz sólo de común acuerdo (digamos de paso que esta última cláusula no desempeñó ningún papel esencial en las negociaciones).

Si los gobiernos de Inglaterra y Francia hubieran aspirado de verdad a levantar una barrera infranqueable ante la agresión fascista, deberían haber aplaudido y aceptado en brevísimo plazo el proyecto soviético. Porque este proyecto garantizaba plenamente a todos los países que les interesaban de manera especial, como habían dicho hasta entonces, y porque, además, creaba un auténtico instrumento eficiente y rápido de ayuda mutua para luchar contra la agresión.

¡Pero era cabalmente esa aspiración principal lo que faltaba! Chamberlain y Daladier declaraban hipócritamente que

deseaban el pacto e incluso lo antes posible; pero, en realidad, maldecían el día y la hora en que la amarga necesidad les había obligado a iniciar las conversaciones tripartitas. De ahí precisamente que en su proyecto del 25 de mayo cercenaran con tanta irreverencia el "alma" misma del pacto. De ahí precisamente que, al chocar con el contraproyecto soviético del 2 de junio, iniciaran un sabotaje largo y fastidioso por medio de enmiendas, salvedades, adiciones y modificaciones sin fin. Al perder una posición, se aferraban a la segunda; perdida ésta, se aferraban a la tercera, y así hasta el infinito. Las cosas más evidentes eran de pronto impugnadas y puestas en duda. Bajo nuestra presión, los ingleses y franceses se veían obligados a retroceder constantemente; pero lo hacían con lentitud y desgana, rechinando los dientes y exigiéndonos "compensaciones" por cada una de sus "concesiones".

Cuando recuerdo aquel verano de 1939, sofocante, fatigoso y cargado de electricidad tormentosa; cuando recuerdo todos los debates, disputas, conversaciones, entrevistas, conflictos y compromisos en cuya atmósfera hube de pasar el verano, puedo asegurar, con la mano en el corazón, que en mi vida he conocido un período más duro. Sentía que el mundo corría veloz hacia la catástrofe, que hacían falta esfuerzos gigantescos para evitar una nueva carnicería mundial. Pero allá, a orillas del Támesis y del Sena, hormigueaban ante mis propios ojos unos enanos que no querían comprender ni comprendían lo que estaba ocurriendo en la Tierra y vivían día tras día hundidos hasta las orejas en las mezquinas jugadas y contrajugadas de la banal rutina diplomática.

¡MENCIONARLOS O NO!

Hagamos justicia a los ingleses y franceses: en la cuestión de la Sociedad de Naciones hicieron concesiones rápidamente y hasta intentaron presentar las cosas como si las discrepancias hubieran surgido por pura incomprensión. Argumentaron que no habían pensado en modo alguno en que se aplicara el procedimiento de la S. de N. en el caso del pacto tripartito, que se trataba únicamente de una constatación académica de que el pacto tripartito correspondía a los principios de la Sociedad de Naciones. Yo tenía grandes dudas acerca de la sinceridad de semejante explicación; en ella desempeñó un papel mucho más importante, probablemente, la cir-

cunstancia de que la S. de N. se había desacreditado para entonces por completo como instrumento de lucha contra la agresión. Pero el hecho es que en los primeros días de junio habían desaparecido ya las discrepancias sobre dicha cuestión. La parte soviética aplaudió este paso adelante en las negociaciones, mas se abstuvo, de momento, de hacer pronósticos sobre el futuro.

El 8 de junio, Halifax me dijo durante una conversación que con el fin de acelerar las negociaciones había decidido enviar a Moscú a William Strang, destacado funcionario del Foreign Office. Esto creaba una doble impresión. De una parte, el envío de Strang, hombre inteligente y que conocía bien la Unión Soviética por su trabajo anterior, probaba el deseo aparente del Gobierno británico de llegar a un acuerdo con la mayor rapidez. De otra, sin embargo, resultaba un tanto extraño que se eligiera como emisario para el logro de un objetivo tan importante no a un político de relieve, sino a un funcionario (capaz, pero, de todos modos, funcionario) del departamento diplomático. La noticia de Halifax me puso en guardia, en cierta medida, pero no quería hacer conclusiones prematuras. Por eso, me limité a darme por enterado de que Strang había salido de Londres en avión el 12 de junio. Llegó a Moscú el día 14 y participó activamente en las negociaciones hasta comienzos de agosto.

Para firmar el pacto tripartito con verdadera rapidez (lo que constituía nuestro objetivo principal) y, al mismo tiempo, sondear los auténticos propósitos de nuestros compañeros de negociaciones británicos, el Gobierno soviético decidió invitar a Halifax a venir a Moscú. Sin embargo, no seguro de cómo acogería la invitación, dio a ésta una forma más circunspecta. En la mañana del 12 de junio, el mismo día en que Strang salió para la URSS, recibí instrucciones de visitar en el acto a Halifax para recomendarle amistosa e insistentemente, "en nombre propio", marchar lo antes posible a Moscú para culminar las negociaciones y firmar el pacto. Ese mismo día visité al ministro británico y cumplí el encargo recibido de Moscú. Le dije:

– Ahora que las partes han llegado a un acuerdo en la cuestión principal y se va a firmar el pacto de asistencia mutua entre los tres Estados, tiene la mayor importancia que este indispensable acto diplomático se efectúe sin demora. La situación internacional es tensa en extremo y en Danzig pueden ocurrir cualquier día acontecimientos preñados de peli-

gros... Las fuerzas de la paz deben darse prisa... Si el pacto tripartito queda firmado en los próximos días, esto puede enfriar mucho a Hitler... Creo que todos estamos interesados en ello... Pensando en lo que podría contribuir a la más rápida creación de la coalición tripartita contra los agresores, he llegado a la conclusión de que mucho depende de usted personalmente, lord Halifax. Si accediera a visitar Moscú ahora, esta semana o, en último caso, la próxima, llevar hasta el fin las negociaciones y firmar el pacto, la paz en Europa se conservaría. ¿No es, acaso, una tarea digna de un gran estadista? ¿No convendría hacer todos los esfuerzos posibles para cumplirla? Puedo asegurarle con toda exactitud que el Gobierno soviético aplaudiría esa decisión suya y encontraría usted en Moscú el recibimiento más caluroso y cordial.

Al decir esto, observaba a Halifax con atención. Su rostro alargado y frío conservó al principio su habitual sonrisa de escepticismo. Pero a medida que yo hablaba, fue adquiriendo una expresión de creciente seriedad. Halifax era un diplomático lo suficientemente experto para comprender que el embajador soviético no podía aconsejarle con tanta insistencia, incluso "a título personal", que emprendiera un viaje a Moscú sin contar para ello con la sanción de su Gobierno.

– Si usted, lord Halifax –dije en conclusión–, considerara posible trasladarse ahora a Moscú, pediría a mi Gobierno que le enviase una invitación oficial.

El rostro de Halifax adquirió una expresión severa y enigmática. Miró atentamente al techo, se frotó luego el puente de la nariz y, por último, dijo muy significativamente:

– Lo tendré en cuenta.

Yo comprendía, claro está, que Halifax no podía decidir su viaje a Moscú sin discutir esta cuestión en el gabinete. Esperé varios días, mas no recibí respuesta a mi invitación. Pasó una semana, pero Halifax siguió guardando silencio. Entonces todo estuvo claro: Halifax no quería ir a Moscú, el Gobierno británico no pensaba en concluir rápidamente el pacto. Su conformidad a firmar el pacto de asistencia mutua, que nos dio a conocer el 25 de mayo, no era un sincero cambio de sus puntos de vista, sino una simple maniobra impuesta por las circunstancias. No se podía creer lo más mínimo en esa conformidad. De este modo, el Gobierno soviético recibió respuesta a la cuestión que le interesaba: la pasividad de Halifax (hasta el fin de las negociaciones no volvió a aludir

siquiera a la cuestión planteada por mí) era más elocuente que las declaraciones diplomáticas más refinadas.

Hoy, al cabo de tantos años, puedo poner un postscríptum muy importante a la conversación del 12 de junio de 1939 con Halifax, que acabo de relatar. En los *Documentos de la política exterior británica* publicados por el Gobierno inglés figuran unas notas de esta entrevista, tomadas entonces por el propio Halifax. ¿Cómo se presenta en ellas mi invitación de que visitara Moscú? Reproduzco un fragmento textual de las notas mencionadas:

"...7. En conclusión, I. Maiski remarcó que sería bueno que yo mismo hiciera un viaje a Moscú cuando las circunstancias se hagan más tranquilas. Respondía a ello que, a pesar, naturalmente, de que nada me proporcionaría mayor placer, siento, sin embargo, que mi ausencia de Londres es imposible en estos momentos"*.

Prescindiendo del hecho de que nuestra conversación, bastante larga, acerca del viaje ha sido reducida en ese documento a unas cuantas líneas muy vagas, la exposición de Halifax que acabo de citar contiene, por lo menos, dos falsedades evidentes.

En primer lugar, yo le recomendé con insistencia que saliera para Moscú *inmediatamente, a mediados de junio de 1939,* para firmar con urgencia el pacto y, con ello, crear en Europa "circunstancias más tranquilas". Y Halifax dice precisamente lo contrario: que yo le recomendé ir a Moscú sólo después de que "las circunstancias se hagan más tranquilas", es decir, por lo visto, después de la firma del pacto. La veracidad de mi versión es confirmada, en el fondo, por el propio Halifax, pues en sus notas, al exponer la respuesta que dio a mi proposición, dice: "mi ausencia de Londres es imposible en estos momentos". Por consiguiente, hablamos de su viaje "en estos momentos", y no en el futuro.

En segundo lugar, Halifax afirma en sus notas que me declaró en el acto que le era imposible marchar a Moscú en aquellos momentos. La realidad es que el ministro de Relaciones Exteriores no me dijo nada de eso, limitándose a contestar que tendría en cuenta mi propuesta.

Si la segunda falsedad no tiene gran importancia, la primera es una verdadera falsificación malintencionada, ya que tergiversa por completo la verdad. Ignoro si Halifax se acon-

---

* *DBFP.* Third Series, vol. VI, L., 1953, p. 51.

sejó de Dios cuando escribió las notas de nuestra conversación, pero no cabe la menor duda de que el respetable lord procedió en aquel caso de una manera completamente indigna.

Surge por sí misma una pregunta: ¿para qué necesitó eso? La explicación que yo me doy es ésta: como las notas de las conversaciones con los embajadores son enviadas habitualmente a todos los componentes del gabinete, Halifax quería ocultar mi proposición incluso a sus colegas ministros, temiendo que suscitara complicaciones internas entre los miembros del Gobierno. Porque en aquellos tiempos, toda la política exterior de Inglaterra estaba concentrada, de hecho, en manos de tres hombres: Chamberlain, Horace Wilson y Halifax, con la particularidad de que el segundo desempeñaba un papel mucho más importante que el tercero.

La justedad de mi suposición se ve confirmada también por otro hecho sorprendente. Eden, al conocer por aquel entonces la falta de deseo de Halifax de marchar a Moscú, se dirigió al Gobierno británico por propia iniciativa ofreciéndole sus servicios.

– Tengo motivos para pensar –declaró– que los rusos no tienen mal concepto de mí... Si lord Halifax no considera adecuado, por lo que sea, ir ahora a Moscú, envíenme a mí y encárguenme de llevar hasta el fin el asunto del pacto.

Pero el Gobierno de Chamberlain rechazó la propuesta de Eden*.

Así, pues, sabíamos ya que el Gobierno británico no había experimentado ningún "cambio de corazón", como dicen los ingleses, y seguía fiel a la línea política de los "clivedenianos". Sin embargo, el Gobierno soviético decidió continuar las negociaciones contra viento y marea: había que llevar hasta el fin el intento de asegurar la paz mediante la creación de una coalición tripartita. Así se lo dictaban los intereses del pueblo soviético y de toda la humanidad. Así se lo dictaba su responsabilidad ante la historia.

No tengo la posibilidad de describir con todos sus detalles (ni creo, además, que sea necesario) el alboroto ratonil que levantaron los ingleses y franceses en el verano de 1939

---

* En el verano de 1939 llegaron hasta mí sólo algunos rumores inconcretos acerca de este intento de Eden de enderezar la situación. Bastante más tarde, ya durante la guerra, el mismo Eden me contó su fracaso de entonces. De ello hablan también Keith Feiling, biógrafo de Neville Chamberlain (véase *Keith Feiling, The Life of Neville Chamberlain,* p. 409) y W. Churchill (*W. Churchill, Second World War,* vol. I, p. 347).

en torno al pacto tripartito para sabotear la feliz terminación de las negociaciones. Diré sólo que en todo momento tuve la sensación de que nosotros, la parte soviética, nos abríamos paso por un espeso matorral espinoso en el que nos esperaban a cada instante barrancos y hondonadas. Y pese a todo, avanzábamos con tenacidad hacia el logro del objetivo señalado. . . Pero, ¡ay!, no pudimos llegar hasta él. ¿Por qué? Más adelante lo veremos. Ahora me detendré sólo en los jalones principales de las negociaciones de entonces.

Todo el mes de junio se invirtió en luchar (¡cosa increíble!) alrededor de una cuestión: mencionar o no nominalmente en el texto del pacto los países a los que las tres grandes potencias concedían garantías. Como hemos dicho antes, en el proyecto anglo-francés del 25 de mayo había un punto que obligaba a Inglaterra, Francia y la URSS a prestarse ayuda mutua en el caso de que se vieran implicadas en la guerra como garantes de cualquier Estado europeo. Era una fórmula demasiado general e insuficientemente concreta que se prestaba a distintas interpretaciones en la práctica. Podría haber sido aceptada si las relaciones entre el Gobierno soviético, de una parte, y los gobiernos francés e inglés, de otra, hubieran tenido como base la amistad y la confianza recíproca. Pero, de hecho, las relaciones entre ellos estaban impregnadas de desconfianza y recelo mutuos, para los que el Gobierno soviético tenía, como sabemos, motivos más que sobrados. Por eso, en su contraproyecto del 2 de junio, la URSS mencionó uno por uno los ocho países a los que pensaban conceder garantías las tres grandes potencias. Eran (lo repetiré una vez más) Bélgica, Grecia, Turquía, Rumania, Polonia, Letonia, Estonia y Finlandia. Esta contrapropuesta tomaba en consideración tanto los intereses de la URSS como los de Inglaterra y Francia. Podría creerse que Chamberlain y Daladier deberían considerarse satisfechos. ¡Pues no! ¡Estaban descontentos! ¿Por qué?

Al principio, porque entre los países que recibían garantías figuraban tres Estados del Báltico. ¿Para qué hacía falta eso? ¡Era una carga excesiva! Los ingleses y franceses intentaron, en tonos diversos, convencernos de que semejantes garantías eran innecesarias, haciendo hincapié especialmente en que el territorio del Báltico era demasiado estrecho para crear en él un frente de guerra eficaz. Por consiguiente, argumentaban, ese territorio no podría ser utilizado por los alemanes contra la URSS sin extender el frente al mismo tiempo al territorio

de Polonia. Y si Polonia se veía envuelta en la guerra, entrarían en vigor las garantías que le habían dado Inglaterra y Francia. Está claro que el Gobierno soviético no podía aceptar semejantes argumentos, y en la conversación del 12 de junio con Halifax le declaré categóricamente que sin las garantías a los tres Estados del Báltico no habría pacto alguno.

Cuando los ingleses y franceses se vieron obligados, después de eso, a retirar sus objeciones contra las garantías a los países bálticos, declararon inesperadamente que consideraban indeseable la enumeración nominal en el texto del pacto de todos los Estados a los que se concedían garantías. ¿Por qué? Adujeron distintas consideraciones: la declaración pública de las garantías lesionaría el orgullo nacional de los países a los que eran otorgadas; la declaración pública de las garantías asustaría a los Estados que las recibiesen, pues daría la impresión de que se habían incorporado al frente antihitleriano; la declaración pública de las garantías sin la conformidad directa de los Estados a los que se daban contradiría los principios del Derecho Internacional... Cuando la parte soviética, como respuesta, propuso a Inglaterra y Francia que influyeran sobre los Estados a garantizar y movieran a sus gobiernos a no oponerse, por lo menos, a las garantías, Chamberlain y Daladier adoptaron en el acto una postura solemne y declararon que cada Estado era soberano, por lo que constituía un pecado sugerirle que participara en el frente antihitleriano. Es más, nuestros compañeros de negociaciones, especialmente los ingleses, estimularon (si no oficialmente, por lo menos semioficialmente) a los gobiernos reaccionarios de los países bálticos a declarar de manera pública que no deseaban recibir ninguna garantía de las tres grandes potencias. Y en efecto, los ministros de Relaciones Exteriores de Finlandia, Estonia y Letonia hicieron declaraciones en este espíritu, destacándose por su singular belicosidad el representante de Estonia.

El Gobierno soviético sacó entonces la deducción lógica que se desprendía de la situación creada: el 16 de junio, el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros propuso a los embajadores inglés y francés en Moscú, Seeds y Naggiar, respectivamente, que en el pacto no figurase en general ninguna garantía a otros Estados europeos y se firmase simplemente un pacto tripartito de asistencia mutua entre Inglaterra, Francia y la URSS para el caso de agresión directa de Alemania a una de las potencias mencionadas.

Esta propuesta causó gran desconcierto en Londres y París. Allí razonaron así: "Si se acepta la propuesta soviética, ¿qué queda de las garantías concedidas a Polonia y Rumania por Inglaterra y Francia en marzo y abril de 1939? Quedarán en el aire y se transformarán en papeles mojados, capaces, sin embargo, de asestar un golpe no pequeño al prestigio de las potencias que habían dado las garantías". De ahí que los gobiernos inglés y francés se apresurasen a rechazar la firma de un simple pacto tripartito de asistencia mutua y volvieran de nuevo al pacto tripartito con garantías a otros países. Durante varias reuniones celebradas en Moscú intentaron, con diversos pretextos, eludir la necesidad de mencionar en el pacto a los países que recibían garantías. Y cuando se convencieron de que eso era imposible, propusieron el 21 de junio (la proposición fue presentada por el embajador francés, Naggiar) que la lista de los países en cuestión desapareciera del artículo 1 del texto fundamental del pacto para figurar en un protocolo secreto anexo al mismo*. No comprendíamos muy bien por qué convenía más eso a los ingleses y franceses, puesto que, en nuestros días, el contenido de cada documento secreto es muy pronto del dominio público; pero como nuestros compañeros de negociaciones insistían en ello, el Gobierno soviético no consideró necesario oponerse a dicho protocolo.

Considero preciso, a este respecto, hacer una observación acerca de las relaciones entre ingleses y franceses durante las negociaciones tripartitas. He dicho ya, basándome en las palabras de nuestro embajador en París, Y. Surits, que el Gobierno de Daladier, a pesar de todo su reaccionarismo, mantenía una posición más favorable ante el pacto que el Gobierno de Chamberlain. Ello no se debía, como es natural, a que los muniqueses franceses estuvieran dotados de una hidalguía o perspicacia especial, sino a que Alemania amenazaba a Francia mucho más directamente que a Inglaterra. Sea como fuere, lo cierto es que, a pesar de la línea común a que se atenían Londres y París, en las negociaciones existían entre ellos diferencias de matiz que se manifestaban en uno u otro caso. Así ocurrió, en particular, con el problema de la enumeración en el pacto de los países que recibían garantías, cuando Naggiar propuso trasladar dicha enumeración a un

---

* *DBFP*, Third Series, vol. V., pp. 140-142.

protocolo secreto. Como veremos más adelante, este hecho se repitió después en más de una ocasión.

Pero el problema de la enumeración de los países aludidos no terminó con lo que queda dicho. Cuando quedó decidida la cuestión del protocolo secreto, los ingleses y franceses declararon de pronto que deseaban hacer extensivas las garantías a otros tres países que les interesaban: Holanda, Luxemburgo y Suiza. Resultaba, pues, que las tres grandes potencias debían garantizar no a ocho Estados, como se había tratado hasta entonces, sino a once, dos de los cuales (Holanda y Suiza) no tenían siquiera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Esto debería, como es lógico, aumentar la carga que habrían de soportar los garantes, de manera especial la URSS, pues sobre sus hombros recaería precisamente el peso principal de las garantías concedidas a seis Estados: Polonia, Rumania, Turquía y los tres países bálticos. La parte soviética manifestó en una de las reuniones que, traducidos al lenguaje militar, los compromisos relativos a los ocho países previstos inicialmente requerirían de la URSS, en caso de ser llevados a la práctica, poner en línea 100 divisiones; pero al ampliarse el número de países garantizados, harían falta más divisiones todavía. En vista de ello, el Gobierno soviético declaró que estaba dispuesto a tomar bajo la protección del gran terceto a otros tres Estados sólo si recibía cierta compensación: por ejemplo, pactos de asistencia mutua con Polonia y Turquía en lugar de las garantías unilaterales de la Unión Soviética a ambos países, antes previstas. Inglaterra y Francia se escondieron de nuevo detrás de la soberanía de Polonia y Turquía, haciéndose evidente que, con semejante posición, era más que dudosa la firma de pactos de asistencia mutua con Polonia y Turquía. Por eso, se decidió, en fin de cuentas, que Holanda, Luxemburgo y Suiza no figurasen en la lista de los países que recibían garantías, pero que en el protocolo secreto antes mencionado se dijera que, en caso de que estos tres países vieran amenazada su independencia, los miembros del gran terceto se consultarían acerca de las medidas a adoptar.

Pero los ingleses y franceses, además de alargar una y otra vez las negociaciones, exigían a la URSS "compensaciones" por cada una de sus "concesiones". Ello dio lugar a que el 23 de junio tuviera un fuerte altercado con Halifax. Me pidió que fuera a verle al Foreign Office, y una vez allí, empezó a lamentarse amargamente de la "obstinación" e "intransigencia" soviéticas. Luego, con rostro severo y enigmático, me

preguntó súbitamente si el Gobierno soviético quería de verdad la firma del pacto tripartito.

– ¿Por qué pregunta eso? –respondí–. Usted sabe muy bien que el Gobierno soviético es un partidario convencido del pacto tripartito.

– Pues no lo veo –manifestó Halifax–. Cuando se sostienen negociaciones, ambas partes hacen siempre concesiones y, en fin de cuentas, llegan a un compromiso. Nosotros, la parte inglesa, les hemos hecho no pocas concesiones durante estas negociaciones, pero ustedes no se han movido ni un ápice de sus posiciones iniciales... Es evidente que el Gobierno soviético no está interesado en el pacto.

– Excúseme, lord Halifax –repliqué–, pero, al parecer, la parte soviética y la inglesa comprenden de manera distinta lo que son las conversaciones diplomáticas. La parte inglesa se las imagina, por lo que se ve, como una especie de bazar en el que regatean dos mercaderes; al principio, ambos desorbitan los precios de manera increíble; luego empiezan a rebajar poco a poco y, en resumidas cuentas, cierran el trato. En este regateo, cada mercader exige por cada concesión suya que el otro haga una concesión semejante... Pues bien, nosotros, la parte soviética, tenemos una opinión algo distinta de las negociaciones diplomáticas. Nosotros no tratamos al principio de exigir medidas máximas para luego tener la posibilidad de "ceder" algo. Decimos en el acto lo que es necesario, a nuestro juicio, para lograr el objetivo propuesto. Así hemos procedido también en las negociaciones actuales. Cuanto está expuesto en el proyecto del 2 de junio es *el "mínimo indispensable" que puede asegurar la paz en Europa.* Ustedes, en cambio, han empezado por algo que no podía asegurar esa paz, y debido a ello, como es natural, han tenido que ir acercándose paulatinamente a nuestra posición, pues también ustedes deben estar interesados en conservar la paz en Europa. No podemos renunciar a nuestro "mínimo indispensable" sin traicionar la causa de la paz. Ustedes, en cambio, necesitan acercarse un poco más a nosotros para que estemos en condiciones, con los esfuerzos comunes, de poner un límite a la agresión. Por eso, será mejor que guarden el catálogo de las concesiones que han hecho y no nos exijan por ellas ninguna compensación. No lo aceptaremos. Nosotros somos realistas. Comprenda usted que lo que nos interesa no son las fórmulas jurídicas ni el equilibrio en el balance de concesiones de una u otra parte. Lo que nos interesa es *la esencia de*

la cuestión, es decir, conjurar de verdad la agresión y asegurar la paz en Europa. Para lograr ese fin *no hay más que un camino: el camino que sigue la parte soviética.* Marchemos juntos por él.

Halifax me escuchó con atención, pero no estuvo de acuerdo conmigo. Trató de demostrarme que en toda negociación tiene gran importancia el "elemento humano" y este "elemento" prevé la obligación de hacerse concesiones recíprocas. Sin ellas no puede crearse una "atmósfera" que contribuya a la buena marcha y al feliz término de las negociaciones. Cometeremos un error si damos de lado la cuestión de la "atmósfera".

– Después de escuchar sus razonamientos –resumí yo–, estoy dispuesto a reconocer que el Gobierno soviético ha cometido, en efecto, un error: no ha tenido en cuenta los métodos "mercantiles" de la diplomacia inglesa y ha descubierto demasiado pronto y con excesiva sinceridad su "mínimo indispensable". Pero, en honor a la verdad, no tenemos motivos para pedir excusas por ese error.

Cuanto más duraban las negociaciones, más claro se hacía que los ingleses y franceses aplicaban simplemente la táctica del sabotaje. La situación europea se ponía al rojo vivo de día en día. La amenaza se cernía claramente sobre Danzig. El 18 de junio se presentó allí Goebbels y pronunció un discurso rabioso, declarando abiertamente que se acercaba el momento en que Danzig formaría parte de la Alemania hitleriana. En los días posteriores, miles de "turistas" alemanes inundaron la ciudad; se transportaron a ella, de contrabando, cantidades inmensas de armas de todo tipo, incluso artillería pesada; el líder nazi de Danzig, Forster, llamó a la población a no regatear esfuerzos para transformarla de nuevo en una ciudad alemana. Bajo el influjo de todos estos acontecimientos fue creciendo la tensión de las relaciones polaco-alemanas y aumentando más y más la inquietud en Londres y París. Daladier declaró el 27 de junio en el Parlamento que "Europa no ha conocido jamás una situación tan delicada ni tan grave como la presente"; cinco días después, el 2 de julio, el Primer Ministro francés hizo constar que "la situación general en Europa es extraordinariamente seria". Churchill dijo en un discurso el 28 de junio, en Londres:

– Estoy muy preocupado por la situación en que nos encontramos actualmente. Es muy similar a la del año pasado, pero con la importante diferencia de que este año no tenemos

la posibilidad de retroceder. Con Checoslovaquia no nos ligaban obligaciones contractuales, pero ahora hemos dado una garantía absoluta a Polonia. Todo prueba que los nazis han hecho los preparativos necesarios para forzar a Polonia a hacer concesiones. Si Polonia no cede, será atacada por grandes fuerzas desde el Oeste y desde el Sur.

Hasta el propio Halifax, en un discurso pronunciado el 29 de junio, presentó con tintes muy sombríos las perspectivas que se abrían ante Europa.

Pues bien, a pesar de todo eso, los ingleses y franceses continuaron dando largas, de manera artificial y fastidiosa, a las negociaciones acerca del pacto tripartito. Uno de sus métodos predilectos consistía en demorar la respuesta a nuestras proposiciones o enmiendas. En aquellos días precisamente hice una pequeña estadística del tiempo que habían necesitado en el curso de las negociaciones las partes soviética y anglo-francesa para preparar sus respuestas. Las cifras que obtuve son muy curiosas. De los 75 días que duraban ya las negociaciones, la URSS había utilizado sólo 16 para preparar sus respuestas, en tanto que Inglaterra y Francia habían necesitado 59. No es de extrañar que estas cifras fuesen utilizadas por la prensa soviética. *Pravda* dijo en un artículo publicado el 29 de junio de 1939:

"Las negociaciones anglo-franco-soviéticas para la conclusión de un pacto eficaz de asistencia mutua contra la agresión han entrado en un atolladero. . .

La intolerable dilación y los interminables aplazamientos en las negociaciones con la URSS permiten poner en duda la sinceridad de los verdaderos propósitos de Inglaterra y Francia y nos obligan a preguntarnos cuál es exactamente la base de esa política: la aspiración sincera a asegurar el frente de la paz o el deseo de utilizar las negociaciones y la dilación de las mismas para otros fines que no tienen nada de común con la creación de un frente de las potencias adictas a la paz.

Esta pregunta es tanto más ineludible porque, en el curso de las negociaciones, los gobiernos inglés y francés acumulan dificultades artificiales y crean la apariencia de que existen serias discrepancias entre Inglaterra y Francia, de un lado, y la URSS, de otro, en torno a cuestiones que podrían ser resueltas sin demoras ni impedimentos si existieran buena voluntad y sinceros propósitos por parte de Inglaterra y Francia".

Después de referirse a una de esas "dificultades artificiales" (las garantías a los Estados del Báltico), y destacar que en otros casos, cuando Inglaterra se siente verdaderamente interesada (las garantías a Holanda, etc.), no se preocupa mucho del deseo de los países que se propone garantizar, *Pravda* proseguía:

"... Los ingleses y los franceses no quieren un tratado con la URSS basado en el principio de la igualdad y de la reciprocidad, aunque hacen protestas cada día de que también ellos son partidarios de la "igualdad". Lo que quieren es un tratado en el que la URSS desempeña el papel de peón sobre cuyas espaldas recaiga todo el peso de los compromisos".

Tras afirmar que no podía ni pensarse en un tratado de semejantes características, *Pravda* terminaba su artículo con las siguientes palabras, sumamente significativas:

"... Parece que los ingleses y franceses no quieren firmar un verdadero tratado aceptable para la URSS, sino únicamente *hablar* del tratado para, especulando ante la opinión pública de sus países con la presunta intransigencia de la URSS, facilitarse el camino hacia la confabulación con los agresores".

Era una verdad dicha sin ambages ni rodeos.

EL PACTO Y LA CONVENCION MILITAR

Sea como fuere, lo cierto es que a comienzos de julio había quedado resuelto el problema de la enumeración de los Estados que recibían garantías de las tres grandes potencias. Llegó el momento de vencer otras dificultades que se alzaban en el camino de la firma del pacto. La más importante de ellas era *la ligazón existente entre el pacto y la convención militar llamada a fortalecerlo.* No se puede decir que esta cuestión no se hubiese tocado antes. ¡Ni mucho menos! Ya en el mes de junio se habló de ella más de una vez durante las negociaciones entre los representantes soviéticos y anglo-franceses en Moscú y en mis conversaciones con Halifax en Londres. Sin embargo, los esfuerzos fundamentales de las partes estuvieron concentrados en junio en la cuestión de si se debía mencionar o no a los Estados que recibían garantías del gran terceto.

En julio pasó a ocupar el primer plano el problema de la ligazón entre el pacto y la convención militar. Había para

ello motivos especiales: la atmósfera en Europa estaba terriblemente caldeada, la guerra podía estallar en cualquier momento y era preciso determinar con la mayor rapidez y exactitud posibles la ayuda que se prestarían las tres grandes potencias si cualquiera de ellas se veía arrastrada a la guerra contra Alemania. Durante las negociaciones de Moscú con los representantes anglo-franceses se hizo hincapié repetidas veces en que el pacto sin la convención militar sería "un papel mojado" y que, en la situación creada, la convención militar tenía más importancia que el pacto. Empero, nuestros interlocutores aplicaban con pertinaz ceguera también en esta cuestión la táctica del sabotaje, aunque a ellos mismos empezaba a arderles la tierra bajo los pies.

La posición de una y otra parte acerca del pacto y de la convención militar consistía, fundamentalmente, en lo siguiente.

El Gobierno soviético opinaba que el pacto y la convención militar debían formar un todo único, ser dos partes de un mismo acuerdo y entrar en vigor simultáneamente. Dicho con otras palabras: sin la convención militar no podía haber tampoco pacto político. Este punto de vista había sido expuesto ya con claridad en nuestras primeras propuestas del 17 de abril y nos ateníamos a él de modo consecuente en todas nuestras negociaciones con los ingleses y los franceses tanto en Moscú como en Londres y París. No hablaré aquí, por haberlo hecho ya antes, de los motivos que nos movían a atenernos estrictamente a este criterio.

Por el contrario, los gobiernos inglés y francés consideraban que el pacto y la convención militar eran dos documentos distintos y que no era oportuno ligarlos de una manera demasiado estrecha. ¿Por qué? Cuando traté por vez primera esta cuestión con Halifax en nuestra conversación del 8 de junio, el ministro de Relaciones Exteriores británico me dijo:

– Pero exigir que el pacto y la convención militar entren en vigor simultáneamente significaría demorar mucho la firma del acuerdo... No se elabora con tanta rapidez una convención militar... Todo aplazamiento sería peligroso para la causa de la paz... ¡Hay que apresurarse!

Y Halifax propuso firmar primero el pacto y ocuparse después de la convención militar. No coincidí con él pero como lo más importante para nosotros en aquel momento era llegar a un acuerdo acerca de la enumeración en el pacto de los países a los cuales se concedían garantías, el problema del

pacto y de la convención militar quedó pendiente hasta un momento más oportuno. Con posterioridad, tanto los ingleses como los franceses apoyaron invariablemente el punto de vista expuesto por Halifax en la conversación que acabo de recordar, repitiendo siempre:

– La convención militar no hará más que retardar la firma del pacto, y necesitamos darnos prisa, apresurarnos lo más posible... ¡Es tan amenazador el cariz que está tomando la situación internacional!...

¡Es difícil imaginarse un ejemplo más patente de doblez e hipocresía!

¿Cuál era la verdadera causa de semejante conducta de los ingleses y franceses?

La misma de siempre: la inmutable fidelidad de unos y otros a la línea general de los "clivedenianos" y la hostilidad, derivada de ella, al pacto tripartito de asistencia mutua. En aquellos días precisamente se me comunicó que a comienzos de julio había tenido lugar el siguiente intercambio de opiniones entre Chamberlain y su íntimo amigo Wood, a la sazón ministro de Aviación:

– ¿Qué hay de nuevo acerca de las negociaciones sobre el pacto? –preguntó Wood.

Chamberlain hizo un ademán de irritación y respondió:

– No he perdido aún la esperanza de que consiga eludir la firma de ese malhadado pacto.

Si tal era el estado de ánimo del jefe del Gobierno, no tiene nada de extraño la falta de deseo de Halifax y Daladier de considerar como un todo único el pacto y la convención militar.

Sin embargo, como el Gobierno soviético planteó categóricamente a comienzos de julio el problema de la unidad del pacto y de la convención militar, los ingleses y franceses, quisieran o no, tuvieron que ocuparse de él.

El 12 de julio Halifax me invitó a visitarle e intentó de nuevo demostrar la improcedencia de que entraran en vigor simultáneamente el pacto y la convención militar. Le interrumpí nada más empezar y declaré que era inútil discutir sobre este tema, ya que el Gobierno soviético no firmaría de ninguna manera el pacto sin la convención. Halifax me preguntó a qué se debía nuestra terquedad en este punto. Como respuesta, le conté brevemente nuestra desdichada experiencia con el pacto franco-soviético de asistencia mutua. El Gobierno soviético, dije, ha decidido firmemente que ahora no debe

repetirse nada por el estilo, menos aún si se tiene en cuenta que la situación es hoy mucho más peligrosa que en 1935*.

Halifax guardó silencio unos instantes, sumido en sus reflexiones, y luego dijo muy significativamente, mirándome de reojo:

– O sea, ¿que no tienen confianza en nosotros?

Me encogí de hombros y respondí:

– Tres grandes Estados tratan de llegar a un acuerdo sobre cosas de mucha importancia y todo debe ser claro y exacto, pues, de otro modo, pueden surgir las más indeseables incomprensiones y conflictos.

El Gobierno soviético defendió con tenacidad en Moscú la concepción del acuerdo único con dos partes. A fin de ganar tiempo, propuso que empezaran inmediatamente las negociaciones acerca de la convención militar sin esperar a que quedara terminado el pacto. Las negociaciones políticas podían continuar paralelamente. Esta propuesta desagradó mucho a Halifax, pero la parte soviética se mantuvo firme en su posición: o pacto y convención simultáneos o ningún pacto. Como consecuencia de ello, Halifax indicó a Seeds, a mediados de julio, que aceptase la unidad del pacto y de la convención, así como la iniciación de las negociaciones sobre esta última antes de lo previsto, facultando al embajador para decidir cuándo debía informar de ello a la parte soviética. Seeds, por su parte, esperó una semana más y sólo en la reunión del 24 de julio dio a conocer al Comisario del Pueblo soviético que el Gobierno británico no se oponía al comienzo inmediato de las negociaciones acerca de la convención militar. El Gobierno soviético propuso que dichas negociaciones tuvieran lugar en Moscú.

Así, pues, gracias al sabotaje de nuestros interlocutores hicieron falta tres semanas más para resolver el problema de la ligazón entre el pacto y la convención militar.

Mas eso no fue todo. Resueltos los problemas de la enumeración nominal de los Estados que recibían garantías y de la unidad del pacto y la convención militar, había que vencer otra dificultad: dar una definición más exacta del concepto de *agresión*. Las tres grandes potencias se comprometían a acudir en ayuda de los otros ocho Estados en caso de que éstos fueran víctimas de una agresión. Pero ¿cómo debía ser entendido el término "agresión"?

* Año en que se firmó el pacto franco-soviético de asistencia mutua.

¡Y empezó una polémica interminable! El Gobierno soviético adoptó una posición muy flexible en esta cuestión. Tuvo muy en cuenta las objeciones de nuestros interlocutores y les hizo frecuentes concesiones, modificando y recortando sus propias propuestas. Pero todo fue en vano. El receloso ojo de Halifax descubría sin falta en cualquier fórmula soviética alguna palabra, alguna coma que le producía una reacción negativa. Las discusiones en torno a la definición de la agresión duraron todo el mes de julio y siguieron en agosto sin conducir a ningún resultado. Y quedaron sin terminar cuando fracasaron definitivamente las conversaciones tripartitas.

Debo recordar una vez más, a este respecto, las divergencias surgidas entre ingleses y franceses en el transcurso de las negociaciones. En un telegrama de Seeds fechado el 22 de julio figura el siguiente punto:

"La opinión personal del embajador francés consiste en que la definición de agresión indirecta propuesta por Mólotov puede ser aceptada, y me ha dado a entender con carácter privado que ésa es también la opinión del Gobierno francés. Al embajador francés le resulta más difícil cada día apoyar la oposición del Gobierno de Su Majestad a la fórmula de Mólotov"*.

Simultáneamente, ese mismo día, Halifax telegrafió a Seeds:

"En París y Londres han aparecido informaciones periodísticas según las cuales el Gobierno francés está dispuesto a hacer todas las concesiones a Mólotov e intenta en vano influir sobre el Gobierno de Su Majestad en este sentido. Puede usted decir a su colega francés, si plantea esta cuestión, que, según todos los datos de que disponemos, dicha información ha partido de fuente francesa"**.

El problema de la fuente de origen de la información tenía una importancia secundaria. Mucho más importante era que cuanto más se alargaban las negociaciones por culpa de Chamberlain, con mayor claridad se manifestaban las divergencias entre Londres y París.

Al observar día tras día la conducta de la parte inglesa durante los debates en torno a la definición de la agresión, habíamos de preguntarnos: ¿puede proceder así un Gobierno

---

* *DBFP*, Third Series, vol. VI, p. 450.

** I b i d, pp. 448-449.

que desea de verdad concluir cuanto antes el pacto tripartito? Y nos veíamos obligados a respondernos, una y otra vez: "No, no puede; es evidente que el Gobierno de Inglaterra sigue sin querer firmar el pacto".

En julio se produjo un importante acontecimiento que vino a condensar más aún nuestras dudas acerca de la sinceridad de los negociadores británicos. Hacia el 20 de agosto se entrevistaron el ministro de Comercio Exterior inglés, Hudson, y el consejero de Göring en cuestiones económicas, Wohlthat. Oficialmente, Wohlthat fue a Londres para participar en la Conferencia internacional de la industria ballenera; en la práctica, tenía la misión de hacer un sondeo acerca de las posibilidades existentes para regular en amplia escala las relaciones entre Inglaterra y Alemania. En aquel momento no conocíamos todos los detalles de las conversaciones de Wohlthat con los estadistas ingleses. Desconocíamos, en particular, sus conversaciones con Horace Wilson (cosa que se aclaró únicamente al terminar la guerra). En unas notas del entonces embajador alemán en Londres, Dirksen, fechadas el 21 de julio de 1939, encontramos los siguientes datos sobre las conversaciones de Wohlthat con Hudson y Horace Wilson.

Por intermedio del miembro noruego de la comisión ballenera, Hudson rogó a Wohlthat que fuera a visitarle. Durante la conversación que sostuvieron, Hudson expuso ambiciosos planes de colaboración anglo-alemana a fin de encontrar nuevos mercados mundiales y explotar los ya existentes. Declaró, en particular, que Inglaterra y Alemania podrían aplicar sus energías en vasta escala en China, Rusia y el Imperio Británico; Hudson consideraba imprescindible deslindar las esferas de intereses ingleses y alemanes.

Después, Wohlthat visitó a Horace Wilson por iniciativa de este último. Las dos conversaciones de Wohlthat con Wilson, consejero principal de Chamberlain en las cuestiones de política exterior, tuvieron un carácter más amplio. Wilson declaró que su objetivo era "un amplísimo acuerdo anglo-alemán sobre todas las cuestiones importantes", en particular: a) firma de un pacto anglo-alemán de no agresión; b) firma de un pacto de no ingerencia y de distribución de las esferas de influencia; c) limitación de los armamentos en tierra, mar y aire; d) concesión a Alemania de posibilidades para participar en la explotación de las colonias, y e) concurso financiero recíproco y problemas de comercio internacional. Cuando

Wohlthat preguntó si el Gobierno alemán podía agregar otras cuestiones al orden del día, Wilson contestó que "el führer no tiene más que tomar una hoja de papel en blanco y exponer en ella las cuestiones que le interesen; el Gobierno británico estaría dispuesto a examinarlas". Wilson rogó que Hitler designase a una persona con los poderes debidos para sostener negociaciones acerca de todo lo relacionado con la colaboración anglo-alemana.

Dirksen escribe más adelante: "Sir Horace Wilson ha dicho netamente al señor Wohlthat que la firma de un pacto de no agresión (con Alemania.–*I.M.*) permitiría a la Gran Bretaña desligarse de sus compromisos con Polonia"*.

Wilson propuso a Wohlthat que hablara inmediatamente con Chamberlain para convencerse de que éste estaba de acuerdo con el programa que le había expuesto, pero Wohlthat eludió entrevistarse con el Primer Ministro.

¡He ahí las conversaciones que sostuvo Chamberlain con Alemania en el verano de 1939 a espaldas de la URSS! Si, en definitiva, no salió nada de ellas, fue por factores que no dependían del Primer Ministro británico. ¡Y los historiadores y políticos de Occidente se atreven, después de eso, a lanzar piedras contra el Gobierno soviético, acusándole de confabulación y poco menos que de alianza con Alemania a espaldas de Inglaterra y Francia! Aun en el caso de que el Gobierno soviético hubiera procedido así, no habría hecho más que pagar con la misma moneda a las "democracias" occidentales. En realidad, como demostraremos más adelante (véase el capítulo *El dilema del Gobierno soviético*), no ocurrió nada de eso. Repito que en el verano de 1939 desconocíamos aún los detalles de las negociaciones secretas entre Inglaterra y la Alemania hitleriana. Sin embargo, lo que se filtró en la prensa y en los medios políticos en julio de 1939 era más que suficiente para sentir seria inquietud. Como dijeron entonces los periódicos y reconoció Chamberlain en su declaración del 24 de julio ante el Parlamento, Hudson y Wohlthat trataron de la ampliación de las relaciones comerciales y financieras anglo-alemanas y de la concesión de un colosal empréstito inglés a Alemania, en determinadas condiciones, que podría oscilar entre 500 y 1.000 millones de libras esterlinas. Un

---

* *Documentos y materiales de vísperas de la segunda guerra mundial*, t. II, págs. 71-72, ed. en español, Moscú, 1948; *A. M. Nekrich, La política del imperialismo inglés en Europa (octubre 1938-septiembre 1939)*, Edit. de la Academia de Ciencias de la URSS, 1955, págs. 359-362, 365-369.

tratado comercial de tal magnitud tenía una importancia política de primer orden. Si un miembro del Gobierno británico consideraba posible examinar semejante proyecto con un alto dignatario del Estado hitleriano, eso significaba. . . No hicimos de ello deducciones de excesivo alcance; pero, como es natural, nuestra desconfianza acerca de los verdaderos propósitos del Gobierno británico, alimentada por toda la experiencia del pasado –en particular por la experiencia de las negociaciones tripartitas– no hizo más que crecer.

PREPARACION DE LAS NEGOCIACIONES MILITARES

El 25 de julio, Halifax me invitó a visitarle y me comunicó que en Moscú se había llegado al acuerdo de empezar inmediatamente las negociaciones militares. Yo lo sabía ya por un telegrama que había recibido la víspera del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS, pero expresé la gran satisfacción que me producían las palabras del ministro británico. Me inquietaban, sin embargo, algunas dudas y traté de comprobar en el acto hasta qué extremo estaban fundadas.

– Dígame, lord Halifax –pregunté–, ¿cuándo cree usted que podrán empezar esas negociaciones?

El ministro quedó pensativo, miró al techo como si reflexionara, y luego contestó:

– Nosotros necesitaremos de siete a diez días para efectuar la necesaria labor preparatoria.

Ello significaba que las negociaciones no empezarían, de hecho, antes de dos semanas. Halifax, pues, no pensaba darse prisa.

– ¿Han sido designados ya los componentes de su delegación que ha de participar en las negociaciones militares? –volví a preguntar.

– No, por ahora, no. . . Lo haremos en los próximos días –dijo Halifax, y luego añadió–: Creemos que París hubiera sido el lugar más adecuado para las negociaciones militares, pero puesto que el Gobierno soviético ha deseado que tengan lugar en Moscú, estamos dispuestos a entrevistarnos allí.

Salí del despacho de Halifax muy alarmado: el viejo juego continuaba, en tanto que la situación internacional se caldeaba de día en día. Danzig se militarizaba a marchas forza-

das y la tirantez de las relaciones polaco-alemanas se hacía casi insoportable. El 21 de julio, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán declaró que Danzig debía ser restituido a Alemania "sin condición alguna". El líder del ejército polaco, mariscal Rydz-Smigly, respondió que si Alemania intentaba decidir el destino de Danzig de manera unilateral, Polonia empuñaría las armas. Por aquel entonces, el general inglés Ironside visitó Varsovia y sostuvo negociaciones con el Estado Mayor Central de Polonia. En el Extremo Oriente se desarrollaban acontecimientos de importancia: la guerra chino-japonesa duraba ya dos años sin que se le viera el fin; en Jaljin-Gol se libraban combates entre los agresores nipones y las tropas mongolo-soviéticas; los imperialistas japoneses sostenían en China una furiosa campaña contra Inglaterra, bombardeaban sus barcos en el Yang-Tse-Kiang, organizaban manifestaciones antiinglesas en las ciudades chinas y amenazaban de muerte a los ciudadanos británicos residentes en ellas. Todo ello suscitaba extraordinaria alarma en Inglaterra, y las masas populares – en particular la clase obrera– atacaban con creciente insistencia al Gobierno por su sabotaje en las negociaciones tripartitas. En todo el país, de confín a confín, resonaba una clamorosa exigencia: "¡Firmar inmediatamente el pacto con la Unión Soviética!"

Chamberlain tuvo que volver a maniobrar. El 31 de julio tuvieron lugar en el Parlamento tempestuosos debates sobre política exterior. Archibald Sinclair, líder de los liberales, criticó duramente la política de Chamberlain y exigió que se enviara a Moscú "a un hombre del más alto rango político" para dar cima a las negociaciones acerca del pacto. Dalton, representante de los laboristas, propuso que marchara a Moscú el propio Halifax o que se invitara a Londres a un miembro del Gobierno soviético. Eden insistió en que se enviara urgentemente a la URSS una misión política presidida por una persona cuyo rango le permitiera ponerse en relación directamente con el Gobierno soviético. En el mismo sentido se manifestaron otros muchos oradores.

Chamberlain tuvo la ocurrencia de apoyarse en los precedentes del pasado para defenderse de los ataques que se le hacían por el sabotaje de las negociaciones. Dijo que las negociaciones acerca de la alianza anglo-japonesa de 1903 duraron seis meses, la Entente anglo-francesa de 1904 requirió nueve meses de negociaciones y la Entente anglo-rusa de 1907, quince meses... La conclusión estaba clara: las negociaciones

que se sostenían entonces con la URSS duraban *solamente* cuatro meses y medio. ¿Qué se quería, pues, de él?* Es difícil imaginarse un ejemplo más claro de torpeza política que esos razonamientos del Primer Ministro británico en un momento en que estaba a punto de desencadenarse una tormenta histórica.

Pese a la indignación de los más vastos sectores de la opinión pública inglesa. Chamberlain siguió siendo fiel a su línea general. No perdió aún la esperanza de enfrentar a Alemania con la URSS, como lo probaban todos los actos del Gobierno británico incluso en aquel momento tardío.

Después de la conversación sostenida con Halifax el 25 de julio, intenté influir sobre la composición de la delegación militar que Inglaterra se disponía a enviar a la URSS. Pensé: "Si Halifax no ha querido ir a Moscú en junio, que ahora, por lo menos, el representante principal de Inglaterra sea una figura militar verdaderamente destacada y activa. Eso sería provechoso para las propias negociaciones; eso podría enfriar un tanto los ardores agresivos de Hitler; eso sería una prueba de la seria actitud de Inglaterra ante el pacto tripartito, si es que se ha producido alguna mejoría en el estado de ánimo de su cúspide gobernante, aunque sea ahora, en el umbral mismo de la guerra".

Me dirigí a Arthur Greenwood, suplente del líder del Partido Laborista en el Parlamento, con el que tenía buenas relaciones, y le pedí que hiciera saber extraoficialmente al Gobierno británico que la parte soviética abrigaba la esperanza de ver al frente de la delegación inglesa a un militar muy destacado, mejor que nadie al general Gort, a la sazón jefe del Estado Mayor Central británico. Sé con toda certeza que Greenwood satisfizo mi petición. En respuesta, recibió una carta de Chamberlain (yo mismo la leí), en la que el Primer Ministro le comunicaba que, aun lamentándolo, el Gobierno no podía enviar a Gort a Moscú por ser demasiado necesario en Londres en aquellos momentos, pero que, en lugar suyo, presidiría la delegación un hombre que despertaría el "respeto" necesario en el Gobierno soviético.

¿Y qué ocurrió? Chamberlain declaró el 31 de julio en el Parlamento que el gabinete había confiado la dirección de la delegación militar inglesa a sir Reginald Plunkett-Ernle-Erle

---

* *Parliamentary Debates. House of Commons,* vol. 350, col. 2023.

Drax. He de confesar que en los siete años que llevaba de embajador soviético en Londres no había oído ni una sola vez ese nombre. Y no tiene nada de particular: resultó que sir Reginald Drax no tenía entonces ninguna relación activa con las fuerzas armadas inglesas; pero, en cambio, estaba cerca de la Corte y sustentaba las opiniones de Chamberlain. Aun proponiéndoselo, hubiera sido difícil encontrar un candidato menos adecuado que este anciano almirante de la Marina británica para sostener negociaciones con la URSS. Los otros miembros de la delegación (el mariscal de Aviación Burnett y el general mayor Heywood) no rebasaban el nivel medio del personal de mando de las fuerzas terrestres inglesas.

Cuando supe quiénes componían la delegación inglesa, pude llegar a una sola conclusión: "Todo sigue igual, el sabotaje del pacto tripartito continúa".

El Gobierno francés siguió el camino de sus colegas londinenses: nombró jefe de la delegación francesa al general de Cuerpo de Ejército Doumenc, y miembros de la misma al general de Aviación Valin y al capitán de Marina Willaume. En ella no había tampoco una sola persona que pudiera hablar con autoridad en nombre de todas las fuerzas armadas de su país.

La delegación francesa llegó a Londres en los primeros días de agosto. Desde allí, ambas delegaciones debían marchar juntas a Moscú. Decidí dar un almuerzo en su honor. Por mucho que me hubiera desilusionado la composición de las delegaciones, un deber de cortesía diplomática requería de mí ese gesto. Además, deseaba hablar personalmente con sus miembros El almuerzo fue servido en el jardín de invierno de la Embajada. Además de las delegaciones inglesa y francesa, asistieron a él nuestros funcionarios militares (los agregados militar, aéreo y naval) y los dirigentes de la representación comercial. A mi derecha, como huésped de mayor rango, se sentó el almirante Drax, un inglés alto, magro y canoso, de movimientos reposados y hablar pausado. Cuando, al final del almuerzo, nos sirvieron el café, tuve con él la siguiente conversación:

Yo. ¿Cuándo salen ustedes para Moscú, almirante?

Drax. Aún no está decidido definitivamente, pero en días próximos.

Yo. ¿Irán en avión, claro?... No hay tiempo que perder: ¡la atmósfera en Europa está al rojo vivo!...

Drax. ¡Oh, no! Las dos delegaciones, junto con el personal auxiliar, sumamos cerca de 40 personas. Además, llevamos un equipaje muy voluminoso... ¡No es cómodo volar en avión!

Yo. Si no les conviene el avión, ¿irán, entonces, en uno de sus cruceros rápidos?... Eso sería muy apropiado e impresionante: las delegaciones militares en un barco de guerra... Y, además, necesitarían poco tiempo para ir de Londres a Leningrado.

Drax (con gesto agrio). No, tampoco el crucero sirve. Porque si lo hiciéramos así, tendríamos que desahuciar de sus camarotes a dos decenas de oficiales y ocupar sus puestos... ¿Por qué causar molestias a la gente?... ¡No, no! No iremos en crucero...

Yo. En ese caso, ¿tomarán uno de sus rápidos buques comerciales?... ¡Repito que la situación está al rojo vivo y que deben llegar a Moscú lo antes posible!

Drax (con evidente deseo de no continuar esta conversación). Verdaderamente, no puedo decirle nada... El Ministerio de Comercio es el encargado de organizar el transporte... Todo está en sus manos... Ignoro lo que resultará...

Y resultó lo siguiente: las delegaciones militares partieron de Londres el 5 de agosto en el buque mixto *City of Exeter*, que hacía 13 nudos por hora, y sólo el 10 de agosto llegaron, por fin, a Leningrado. ¡Invirtieron nada menos que cinco días en la travesía en un momento en que en la balanza de la historia contaban las horas e incluso los minutos!...

Entonces pensé que la fenomenal lentitud con que se preparaba el viaje de la delegación a la URSS era una manifestación más del espíritu de sabotaje de las negociaciones que tan bien conocíamos. Es indudable que, en general, estaba en lo cierto. Pero hoy, a la vista de los documentos diplomáticos publicados por el Gobierno inglés, puede comprobarse que la lentitud con que Drax y sus colegas hicieron el viaje a Moscú tenía, además, un sentido especial. He dicho ya que cuando las partes llegaron al acuerdo de empezar inmediatamente las negociaciones militares, el pacto político no había sido aún aprobado por completo: quedaba por resolver el problema de la definición de la "agresión". Se pensaba sostener paralelamente las negociaciones políticas y militares. Pues bien, en el punto 8 de las instrucciones que el Ministerio de Relaciones Exteriores inglés dio por escrito a su delegación, para

que se guiase por ellas durante las negociaciones de Moscú, se decía:

"Mientras no sea concluido el acuerdo político... la delegación no deberá apresurarse en sus conversaciones, seguirá constantemente la marcha de las negociaciones políticas y mantendrá el contacto más estrecho con el embajador de Su Majestad (en Moscú.-*I.M.*)"*

Y como en el momento de partir de Londres las delegaciones militares pendía aún en el aire la definición de la agresión, el Gobierno británico consideró que no había motivo para acelerar su viaje.

Volvieron a manifestarse en esta cuestión las divergencias entre Londres y París. En un telegrama enviado el 13 de agosto, Seeds rogó a Halifax que desvaneciera su perplejidad.

"Las instrucciones dadas por escrito al almirante Drax –comunicó Seeds desde Moscú– tienden, por lo visto, a que las conversaciones militares se desarrollen con lentitud hasta que no se llegue a un acuerdo acerca de las cuestiones políticas pendientes... De otra parte, las instrucciones recibidas por el general francés prescriben que trate de conseguir lo más rápidamente posible la firma de la convención militar. Es evidente que estas instrucciones no coinciden con las que ha recibido el almirante Drax".

En efecto, la divergencia entre Londres y París era evidente. Y no sólo entre Londres y París, sino también (hecho significativo en extremo) entre el Gobierno británico y su propio embajador en Moscú. Por muy entrenado que estuviera, ni siquiera Seeds pudo resistir, en fin de cuentas, la befa que hacía el Gobierno británico de los intereses de la seguridad europea y de las normas elementales del sentido común. Seeds agregaba en el telegrama mencionado:

"Le agradecería que me explicase con urgencia si el Gobierno de Su Majestad hace depender de la previa solución del problema de la "agresión indirecta" el progreso de las negociaciones militares por encima de vagas generalidades que no obligan a nada. Lamentaría profundamente que fuera ésa la verdadera decisión del Gobierno de Su Majestad, pues todo indica que la misión militar soviética quiere resolver el asunto con plena seriedad"**

---

* *DBFP*, Third Series, vol. VI, p. 736.

** Ibid., pp. 682-683.

¡Hasta ese extremo llegó la miopía política de los líderes de entonces de la burguesía inglesa! ¡Hasta ahí les llevó su ceguedad de clase!

* * *

Aquí terminan, en realidad, mis recuerdos personales de las negociaciones tripartitas de 1939, ya que al partir para la URSS las delegaciones militares, dichas negociaciones cesaron por completo en Londres. El centro de gravedad de las negociaciones, vestidas ya de uniforme, se trasladó a Moscú y yo no participé en ellas directamente. Sin embargo, no puedo poner aquí punto final. La lógica del relato me incita a describir, aunque sea brevemente, lo que ocurrió en Moscú y cómo terminó la desdichada historia de las negociaciones tripartitas. En esta parte de mi exposición deberé utilizar no mis propios recuerdos, sino lo que oí a otros testigos fidedignos de los acontecimientos de Moscú y lo que conocí más tarde por distintas publicaciones y documentos.

LAS NEGOCIACIONES MILITARES DE MOSCU

A diferencia de los gobiernos inglés y francés, el Gobierno soviético enfocó las negociaciones militares con toda la seriedad que se merecían.

La misión soviética que participó en ellas estaba compuesta de personalidades de primera fila. La presidía el mariscal K. Voroshílov, a la sazón Comisario del Pueblo de Defensa de la URSS, y la integraban el jefe de Ejército de primer rango B. Sháposhnikov, jefe del Estado Mayor Central; el almirante de segundo rango N. Kuznetsov, Comisario del Pueblo de la Marina; el jefe de Ejército de segundo rango A. Loktiónov, jefe de las Fuerzas Aéreas, y el jefe de Cuerpo de Ejército I. Smoródinov, subjefe del Estado Mayor Central.

Al llegar a Leningrado, las misiones inglesa y francesa fueron recibidas por altos representantes de las autoridades militares y navales de la ciudad, que les enseñaron los lugares notables de Leningrado y de sus alrededores. El embajador inglés en la URSS, Seeds, destacaba en un informe al Foreign Office que las autoridades soviéticas "han querido evidentemente dar a los huéspedes todas las posibilidades"*

* *DBFP*, Third Series, vol. VII, L., 1954, p. 45.

En Moscú se les dispensó también un recibimiento de "primera clase", y el mismo día de su llegada fueron recibidas por los Comisarios del Pueblo de Negocios Extranjeros y de Defensa. Por la tarde, ambas delegaciones asistieron a una comida dada en su honor por la misión soviética. Seeds indicaba en el informe mencionado, al describir la visita de las misiones a Voroshílov:

"El mariscal Voroshílov, al que antes no había tenido oportunidad de ver, vestía un informe blanco de verano muy bonito y me produjo la impresión más favorable por su afectuosidad y energía. Por lo visto, estaba verdaderamente contento de entrevistarse con las misiones"*.

La comida causó gran impresión al embajador inglés.

"La recepción –decía en su informe– duró hasta altas horas de la noche. La comida fue seguida de un excelente concierto. Reinó una atmósfera cordial y sólo las dificultades del idioma obstaculizaron un tanto la conversación. En la reseña oficial de la recepción aparecida en *Izvestia* el 12 de agosto se hablaba de los "brindis amistosos" cruzados durante la cena"**.

La parte soviética hizo, pues, todo lo posible para mostrar su seria actitud ante las negociaciones en torno a la convención militar y su sincero deseo de levantar una barrera eficaz que impidiese la repetición de la agresión. Así lo testimonian los propios ingleses. Mas ¿cuál fue la actitud de la parte anglo-francesa?... Todo, ¡ay!, siguió como antes: el sabotaje del pacto tripartito continuó.

Este sabotaje se hizo evidente ya en la primera reunión oficial de las tres misiones el 12 de agosto. Terminadas todas las formalidades, el jefe de la misión soviética propuso que se dieran a conocer los poderes de cada delegación. Y presentó en el acto los poderes de la delegación soviética, en los que se decía que estaba facultada para "sostener negociaciones con las misiones militares inglesa y francesa y firmar una convención militar sobre la organización de la defensa militar de Inglaterra, Francia y la URSS contra la agresión en Europa"***.

El jefe de la misión francesa, general Doumenc, leyó sus

* DBFP, Third Series, vol. VII, p. 46.

** Ibid., pp. 46-47.

*** *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, Nº 2, pág. 145.

poderes, en los que se le encargaba de "llegar a un acuerdo con el Alto Mando de las fuerzas armadas soviéticas acerca de las cuestiones relativas al establecimiento de la colaboración entre las fuerzas armadas de ambos países"*. Era bastante menos de lo que estaba facultada para hacer la misión soviética; no obstante, el general Doumenc tenía la posibilidad de sostener negociaciones serias con la parte soviética.

La situación del almirante Drax resultó ser mucho peor. ¡Se puso en claro que no poseía ningún poder escrito! ¿Será precisa una prueba mejor de la falta de seriedad con que el Gobierno británico enfocaba las negociaciones militares? Era evidente que la misión inglesa no había sido enviada a Moscú para firmar con urgencia una convención militar, sino para hablar irresponsablemente de ella. El almirante Drax intentó salir de la embarazosa situación en que se encontraba, declarando que si la conferencia fuese trasladada a Londres, dispondría de todos los poderes necesarios. Sin embargo, el jefe de la delegación soviética objetó, en medio de la hilaridad general, que "es mucho más fácil traer unos papeles de Londres a Moscú que marchar allá un grupo tan numeroso"**. En fin de cuentas, el almirante prometió que solicitaría de su Gobierno poderes escritos, los cuales llegaron sólo el 21 de agosto, cuando, como veremos más adelante, eran ya innecesarios.

Así, pues, la carencia del almirante Drax de poderes escritos fue la gota que colmó el vaso de los largos meses de paciencia del Gobierno soviético. Este se convenció definitivamente de que Chamberlain era incorregible y de que las esperanzas depositadas en la conclusión del pacto se habían convertido en una magnitud infinitamente pequeña. Se planteaba la necesidad de defender los intereses soviéticos por otras vías. Sin embargo, hubiera sido irrazonable desde el punto de vista político romper bruscamente las negociaciones antes de que la otra parte renunciara a ellas.

Aunque el almirante Drax carecía de poderes en regla, la delegacion soviética declaró que no se oponía a que continuaran las labores de la conferencia. Y en efecto, los días 13, 14, 15, 16 y 17 de agosto se celebraron siete reuniones, en las que las partes intercambiaron información acerca de

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, N° 2, pág. 145.

** Ibid., pág. 145.

sus fuerzas armadas y de sus planes en caso de agresión hitleriana. En nombre de Inglaterra intervinieron el almirante Drax, el mariscal de Aviación Burnett y el general Heywood; en el de Francia, los generales Doumenc y Valin y el capitán Willaume, y en el de la URSS, el jefe del Estado Mayor Central, jefe de Ejército de primer rango B. Sháposhnikov; el jefe de las Fuerzas Aéreas, jefe de Ejército de segundo rango A. Loktiónov, y el Comisario del Pueblo de la Marina, almirante de segundo rango N. Kuznetsov.

El cuadro general de las fuerzas armadas de las tres potencias era el siguiente:

Francia disponía de 100 divisiones, sin contar la defensa antiaérea, la defensa costera y las tropas acantonadas en Africa; había, además, unos 200.000 combatientes de la República Española* que habían entrado en Francia después de la victoria de Franco y pedido su enganche en el ejército francés. El armamento de las fuerzas francesas constaba de 4.000 tanques modernos y 3.000 piezas de artillería de grueso calibre, de 150 mm. en adelante (sin contar la artillería de división). La escuadra aérea de Francia tenía 2.000 aviones de primera línea, dos tercios de los cuales eran modernos para el nivel de aquellos tiempos, entre ellos cazas con una velocidad de 450 a 500 k/h y bombarderos cuya velocidad oscilaba entre 400 y 450 k/h.

Inglaterra tenía preparadas 6 divisiones, podía trasladar otras 9 al continente "en plazo brevísimo" y agregar "en el segundo escalón" 16 divisiones más; es decir, 32 divisiones en total. Las fuerzas aéreas de la propia Inglaterra comprendía más de 3.000 aviones de primera línea.

La Unión Soviética disponía, para luchar contra la agresión en Europa, de 120 divisiones de infantería y 16 de caballería, 5.000 cañones pesados, de 9.000 a 10.000 tanques y de 5.000 a 5.500 aviones de combate.

Además, las tres grandes potencias tenían a su servicio las *Marinas de Guerra*, entre las que destacaba por su poderío la escuadra británica**.

Como vemos, las fuerzas armadas de los eventuales firmantes del pacto tripartita eran muy considerables y supera-

---

* La cifra de españoles está muy exajerada.

** *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, N° 2, pag. 144-158; N° 3, págs. 139-158.

ban en mucho a las que tenían entonces Alemania e Italia. Estas fuerzas habrían bastado, sin duda alguna, para conjurar la agresión fascista, mas con una condición ineludible: que los tres gobiernos quisieran de verdad crear un frente único eficaz contra Hitler y Mussolini. El Gobierno soviético tenía grandes deseos de llegar a ese frente único, pero no puede decirse lo mismo, ni mucho menos, del gobierno de Francia y, sobre todo, del de Inglaterra. He aquí dos hechos sintomáticos.

En la reunión del 14 de agosto, el mariscal Voroshílov y el general Doumenc tuvieron el siguiente cambio de impresiones:

"*Mariscal Voroshílov.* Ayer hice al general Doumenc la siguiente pregunta: ¿Cómo se imaginan las delegaciones presentes o los Estados Mayores Centrales de Francia e Inglaterra la participación de la Unión Soviética en una guerra contra el agresor si éste ataca a Francia e Inglaterra, si el agresor ataca a Polonia o Rumania, o a Polonia y Rumania juntas, o a Turquía?...

General Doumenc. El general Gamelin piensa, y yo, como subordinado suyo, comparto su pensamiento, que nuestra tarea primordial consiste en que cada uno mantenga firmemente su frente y agrupe sus fuerzas en ese frente. Por lo que se refiere a los países mencionados, consideramos que es cosa suya defender su territorio... Pero les prestaremos ayuda cuando nos la pidan.

Mariscal Voroshílov. ¿Y si no la piden?

General Doumenc. Sabemos que necesitan esa ayuda.

Mariscal Voroshílov. ...Si no piden a tiempo esa ayuda, significará que han levantado las manos, que se entregan.

General Doumenc. Eso sería desagradable en extremo.

Mariscal Voroshílov. ¿Qué hará, entonces, el ejército francés?

General Doumenc. Francia mantendrá entonces en su frente las fuerzas que considere necesarias"*.

Así, pues, el Estado Mayor Central francés padecía de un evidente complejo de pasividad. En caso de un nuevo "salto" de Hitler, recomendaba a los futuros integrantes del pacto "mantener firmemente su frente" y esperar..., esperar

---

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, N° 2, pág. 154.

a que la víctima de la agresión pidiera ayuda. Aplicado a la URSS, eso significaba que si Hitler agredía a Polonia o Rumania, el Gobierno soviético debería concentrar las fuerzas en su frontera occidental y observar fríamente lo que ocurría al otro lado de la misma. Sólo si los gobiernos polaco o rumano se dirigían a ella, podría acudir en su ayuda... ¿Y si no se dirigían? ¿Y si lo hacían demasiado tarde? Era indudable que la estrategia recomendada por el Estado Mayor Central francés podía conducir únicamente al triunfo del agresor.

Fue más aguda aún la discrepancia manifestada entre la parte soviética y la anglo-francesa en torno a otra cuestión. La parte soviética estimaba que, si se hablaba en serio de planes de lucha contra los agresores, era indispensable *convenir exactamente de antemano las acciones prácticas en el momento de peligro,* sin esperar a que llegase la hora crítica. Precisamente por eso, tomando en consideración que la URSS y Alemania no tenían frontera común, el jefe de la delegación soviética preguntó claramente a los jefes de las misiones inglesa y francesa, en esa misma sesión del 14 de agosto:

"¿Presuponen los Estados Mayores Centrales de la Gran Bretaña y Francia que se dejará entrar a las tropas soviéticas en territorio polaco para establecer contacto con el enemigo si éste agrediera a Polonia?... ¿Se prevé el paso de las tropas soviéticas por el territorio rumano si el agresor ataca a Rumania?"

Después de puntualizar que se trataba, en primer lugar, del paso de las tropas soviéticas por el corredor de Vilna y por Galitsia, el representante soviético destacó que "si esta cuestión no se resuelve favorablemente, dudo en general de la utilidad de nuestras negociaciones"*.

¿Qué respondieron las misiones inglesa y francesa?

Al principio, intentaron demostrar que no existía en general ningún problema en cuanto al paso de las tropas soviéticas, pues, como había declarado el general Doumenc, en caso de agresión de Alemania, "Polonia y Rumania le suplicarán a usted, señor mariscal, que acuda en su ayuda". Cuando el mariscal Voroshilov objetó: "Puede ocurrir que no lo ha-

---

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939,* revista *La Vida Internacional,* Moscú, 1959, N° 2, pags. 155-156.

gan"*, Drax y Doumenc dieron a entender que la cuestión planteada por la parte soviética tenía carácter político y no era de la competencia de las misiones militares. Sin embargo, como el jefe de la delegación de la URSS declarara que el paso de las tropas soviéticas era una cuestión de "importancia cardinal"** y que sin su solución satisfactoria no podía ni pensarse en firmar la convención militar, los jefes de ambas delegaciones occidentales hicieron constar por escrito que era preciso dirigirse a los gobiernos de Polonia y Rumania para recibir respuesta a la pregunta hecha por la parte soviética. Recomendaron que fuera el Gobierno de la URSS quien lo hiciese, admitiendo, al mismo tiempo, que Londres y París podían enviar la pregunta correspondiente.

El Gobierno soviético, como se comprenderá, no tenía el menor motivo para hacer una gestión cerca de Bucarest y Varsovia; en resumidas cuentas, Drax y Doumenc se comprometieron a pedir a los gobiernos inglés y francés que gestionaran de Polonia y Rumania una respuesta a la pregunta relacionada con el paso de las tropas soviéticas por los territorios de dichos países.

Al final de aquella misma reunión del 14 de agosto, la parte soviética dio lectura a una declaración escrita, que decía, entre otras cosas:

"La misión militar soviética lamenta que las misiones militares de Inglaterra y Francia no hayan dado una respuesta concreta a la pregunta formulada acerca del paso de las fuerzas armadas soviéticas por el territorio de Polonia y Rumania.

La misión militar soviética considera que sin una solución favorable de esta cuestión, toda la empresa iniciada para la firma de una convención militar entre Inglaterra, Francia y la URSS está condenada de antemano al fracaso"***.

Al día siguiente, Drax comunicó que ambas misiones habían pedido informes a Londres y París acerca de la cuestión que interesaba a la delegación soviética. En vista, sin embargo, de que ni el 16 ni el 17 de agosto llegó ninguna contestación de Londres y París, la delegación soviética declaró que "si durante el día de hoy y el de mañana no se recibe

---

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959. N° 2, pág. 156.

** Ibid. pág 156.

*** Ibid. pág. 158.

respuesta de los gobiernos de Inglaterra y Francia, nos veremos en la lamentable necesidad de suspender por algún tiempo nuestras reuniones en espera de esa respuesta"*.

Como consecuencia, se convino que la reunión siguiente de las delegaciones se celebraría el 21 de agosto.

Pero París y Londres continuaron aplicando la táctica del sabotaje y no se apresuraron. Las misiones inglesa y francesa no recibieron respuesta a su demanda ni el 18, ni el 19, ni el 20, ni el 21 de agosto. Como consecuencia, la víspera del día señalado para la reunión, Drax y Doumenc enviaron a Voroshílov una carta rogándole que se aplazara la reunión por tres o cuatro días más. El jefe de la delegación soviética no aceptó esta propuesta e hizo que, pese a todo, se celebrara una reunión en la mañana del 21 de agosto. En ella declaró firmemente que en vista de las demoras en dar respuesta a una cuestión cardinal de las negociaciones, era preciso hacer una pausa más prolongada, ya que los miembros de la delegación soviética estarían ocupados en las maniobras de otoño.

Drax, comprendiendo que olía a fracaso de las negociaciones, intentó en nombre de las delegaciones inglesa y francesa hacer recaer sobre el Gobierno soviético la responsabilidad de ese fracaso. En una declaración escrita, a la que dio lectura, se decía:

"... Hemos sido invitados aquí para confeccionar una convención militar. Por ello nos es difícil comprender los actos de la misión soviética, cuyo propósito consistía, evidentemente, en plantear en el acto cuestiones políticas complejas e importantes... Las misiones inglesa y francesa no pueden contraer la responsabilidad del aplazamiento que tiene lugar"**.

Ese mismo día, en la reunión de la tarde, la parte soviética dio lectura también a su respuesta escrita, de la que reproduzco los siguientes pasajes:

"De la misma manera que las tropas inglesas y norteamericanas no habrían podido, durante la pasada guerra mundial, tomar parte en la colaboración militar con las fuerzas armadas de Francia si no hubiesen tenido la posibilidad de

---

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, Nº 3, pág. 153.

** Ibid., Nº 3, pág. 156.

operar en el territorio de esta última, las fuerzas armadas soviéticas no podrán participar en la colaboración militar con las fuerzas armadas de Francia e Inglaterra si no se las deja entrar en el territorio de Polonia y Rumania. Eso es un axioma militar. . .

La misión militar soviética no se imagina cómo han podido los gobiernos y los Estados Mayores Centrales de Inglaterra y Francia, al enviar a la URSS sus misiones militares para negociar la firma de una convención militar, dejar de darles indicaciones precisas y positivas acerca de una cuestión tan elemental. . .

Sin embargo, si los franceses y los ingleses transforman esta cuestión axiomática en un gran problema que requiere largo estudio, eso significa que existe todo fundamento para dudar de que aspiren a una verdadera colaboración militar seria con la URSS.

En vista de lo expuesto, la responsabilidad de la dilación de las negociaciones militares, así como de la pausa en ellas, recae, como es natural, sobre las partes francesa e inglesa"*.

Por tanto, como consecuencia del sabotaje de Inglaterra y Francia, las negociaciones militares entraron también en un atolladero.

EL DILEMA DEL GOBIERNO SOVIETICO

¿Qué se podía hacer?

Ante el Gobierno soviético se planteó un agudo dilema: ¿proseguir las negociaciones tripartitas con los gobiernos de Inglaterra y Francia, que no deseaban evidentemente el pacto, o buscar otros caminos para fortalecer su seguridad?

Venía a la memoria involuntariamente un vivo episodio de los primeros tiempos de la Unión Soviética.

Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, el joven Estado soviético, no fortalecido todavía, se vio colocado ante la necesidad de resolver un importante y difícil problema: cómo poner fin a la guerra, en medio de la cual había nacido. De la solución que se diera a este problema dependía todo el futuro de la revolución y del País Soviético; más aún: todo el futuro de la humanidad.

---

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939,* revista *La Vida Internacional,* Moscú, 1959, N° 3, pág. 157.

En efecto, ¿cuál era la situación?

En Rusia acababa de producirse la Gran Revolución, que chocó con la resistencia furiosa de las viejas clases dominantes, apoyadas por todo el mundo capitalista, y heredó del régimen zarista la grave ruina económica y la ignorancia de las grandes masas populares. Para poder mantenerse y subsistir, la joven República de los Soviets, débil aún, necesitaba más que nada la paz o, cuando menos, una "tregua" temporal.

¿Cómo procedió entonces el Gobierno soviético, dirigido por Vladímir Ilich Lenin?

En el famoso Decreto de la Paz, del 8 de noviembre de 1917, y en las subsiguientes notas dirigidas a distintos gobiernos, apeló en primer lugar a todos los países beligerantes, proponiéndoles el cese inmediato de las hostilidades y la firma de una paz general justa y democrática, sin anexiones ni contribuciones. El Gobierno soviético estimaba que esta forma de acabar con la guerra era la más deseable, la más en consonancia con los intereses de la clase obrera y de toda la humanidad.

Es sabido que la iniciativa del Gobierno soviético cayó entonces en un terreno pedregoso. Ni Alemania, ni Austria-Hungría, ni Inglaterra, ni Francia ni los EE.UU. se hicieron eco del llamamiento del Estado soviético. Atenazados por la lucha a muerte, prosiguieron la guerra durante más de un año.

¿Cómo procedió en esa situación el Gobierno soviético? ¿Cómo procedió Lenin?

El Gobierno soviético no emprendió el camino de la "guerra revolucionaria", al que le empujaban los llamados "comunistas de izquierda", ni el de "ni paz ni guerra", que le recomendaba Trotski, sino que eligió otro camino. Razonó así: si por causas ajenas a su voluntad no se podía lograr entonces una paz democrática general –que habría sido, naturalmente, lo mejor–, había que preocuparse, por lo menos, de sacar cuanto antes de la guerra al propio país. Ello tenía excepcional importancia para salvar la revolución y conservar la patria del socialismo. Si no se podía conseguir una "tregua" mediante la firma de la paz general, había que lograrla, al menos, mediante una paz por separado con Alemania. Sí, Alemania era, efectivamente, una potencia imperialista agresiva. Pero ¿qué importaba eso? La Rusia Soviética no existía en el vacío, sino en el cerco concreto del mun-

do capitalista hostil. Y puesto que, pese a la voluntad del Gobierno soviético, la paz democrática general era imposible en aquel momento, había que conseguir, por lo menos, una "tregua" temporal mediante un acuerdo con el imperialismo alemán (pero con la condición ineludible, claro está, de que no se inmiscuyera en los asuntos internos de la Rusia Soviética).

Y Lenin dio el paso decisivo, que a alguien le pareció entonces una apostasía de los principios de la Revolución de Octubre, pero que fue, en la práctica, una maniobra genial precisamente en aras de esos principios.

Nació así la paz de Brest-Litovsk, una paz muy dura, con anexiones y contribuciones a costa del País de los Soviets, una paz mala, una paz "grosera", como la calificó Lenin. Sin embargo, esta paz dio a la República Soviética lo que más necesitaba en aquellos momentos: una "tregua", que, como quedó demostrado más tarde, fue la premisa indispensable del poderoso desarrollo de la URSS en los decenios posteriores. La historia ha justificado plenamente los actos de Lenin en aquellos días difíciles. Lenin reveló ser un gran maestro de la *causa* revolucionaria, que no sacrifica su esencia en aras de las frases revolucionarias*.

Veintidós años después de firmarse la paz de Brest-Litovsk, en 1939, el Gobierno soviético se vio de nuevo ante un problema importante y difícil. Cierto que durante el tiempo transcurrido desde entonces habían cambiado muchas cosas en el mundo y, en primer lugar, había crecido en inmenso grado el poderío de la Unión Soviética. Sin embargo, en la situación de 1939 concurrían no pocos elementos semejantes a los que habían predominado en 1917.

En 1939, la Unión Sovíetiva veíase amenazada de nuevo por un gran peligro: el peligro de una agresión de las potencias fascistas, principalmente de Alemania y el Japón. Es más:

---

* Las reflexiones del general alemán Max Hoffmann, que participó en representación de la parte alemana en las negociaciones de Brest-Litovsk, nos ofrecen una curiosa confirmación del acierto de la maniobra de Lenin en los días de Brest-Litovsk, una confirmación —¡resulta extraño decirlo!— procedente de nuestros enemigos. En su libro *La guerra de las posibilidades perdidas*, Hoffmann dice, en particular: "He pensado muchas veces si no habría sido mejor que el Gobierno Imperial y el Alto Mando militar hubieran rehuido toda clase de negociaciones con las autoridades bolcheviques. Al darles la posibilidad de concertar la paz y, de este modo, satisfacer el apasionado deseo de las masas populares, les ayudamos a tomar firmemente el Poder y a sostenerse en él" (*Hoffmann, La guerra de las posibilidades perdidas*, ed. en ruso, Edit. del Estado, 1925, pág. 160).

existía el peligro de que se creara un frente único capitalista contra el Estado soviético, puesto que, como mostraba claramente el desarrollo de las negociaciones tripartitas, Chamberlain y Daladier podían colocarse en cualquier momento al lado de las potencias fascistas y apoyar, de una manera o de otra, su agresión a la URSS. Había que conjurar ese peligro a toda costa; pero ¿cómo?

La mejor salida, a la que tendía entonces el Gobierno soviético con todas sus fuerzas y medios, era crear una poderosa coalición defensiva de los países no interesados en el desencadenamiento de la segunda guerra mundial. Concretamente, se trataba, en primer término, del pacto tripartito de asistencia mutua entre Inglaterra, Francia y la URSS. En las páginas anteriores hemos mostrado con suficiente fuerza de convicción que el Gobierno soviético emprendió al comienzo precisamente ese camino. El fue el que propuso a Inglaterra y Francia la firma de un pacto tripartito. Y él fue también el que sostuvo tenazmente, durante cuatro largos meses, negociaciones con Londres y París para la firma de ese pacto, revelando una paciencia casi angelical.

Sin embargo, el sabotaje sistemático de Chamberlain y Daladier –quienes, como hemos señalado repetidas veces, cifraban sus esperanzas en el desencadenamiento de una guerra germano-soviética–, hizo que las negociaciones tripartitas entraran en agosto de 1939 en un atolladero. La disputa en torno al paso de las tropas soviéticas por el territorio de Polonia y Rumania no fue más que el eslabón último y definitivo de la larga cadena de desilusiones precedentes. Quedó completamente claro que el pacto tripartito para luchar contra los agresores era imposible, y no precisamente por culpa de la URSS. En efecto, aun admitiendo que, en fin de cuentas, ese pacto pudiera ser firmado, surgía ante todo una pregunta: ¿Cuánto tiempo haría falta aún para conseguir ese resultado? ¿No llegaría demasiado tarde para detener la mano, ya alzada, de los agresores? ¡Porque la tierra de Europa ardía ya bajo los pies! Surgía también otra pregunta, más importante aún: ¿cómo cumplirían Inglaterra y Francia el pacto firmado? Acababan de desfilar ante nuestra vista los dolorosos ejemplos de Austria, Checoslovaquia y España. Los tres países habían sido simplemente traicionados por Inglaterra y Francia. ¿Dónde estaba la garantía de que estas dos grandes potencias se portarían mejor al cumplir sus compromisos con la URSS? ¿No sería mucho más probable que Chamberlain y

Daladier, con uno o otro pretexto, nos volvieran la espalda en el momento crítico? Todo el fundamento de estas dudas se vio confirmado tres semanas más tarde, cuando Alemania agredió a Polonia.

¡No, en agosto de 1939 no se podía confiar en la firma de un eficaz pacto tripartito! ¿Merecía la pena, en ese caso, continuar las negociaciones tripartitas? ¿Merecía la pena fomentar en las masas la ilusión de que era posible una alianza defensiva de Inglaterra, Francia y la URSS frente a los agresores fascistas? No, no merecía la pena.

Había que pensar en alguna otra cosa. Y la genial maniobra de Lenin en los días de la paz de Brest-Litovsk daba respuesta a la pregunta de lo que se debía hacer.

En caso de cesar las negociaciones con Inglaterra y Francia, ante el Gobierno soviético se dibujaban dos posibles perspectivas: la política de aislamiento o el acuerdo con Alemania. Sin embargo, la política de aislamiento en aquella situación, cuando los cañones disparaban ya en las fronteras de la URSS en el Extremo Oriente (¡Jasán y Jaljin-Gol!), cuando Chamberlain y Daladier hacían esfuerzos inauditos para empujar a Alemania contra la URSS, cuando en la propia Alemania había vacilaciones acerca de la dirección en que debía asestarse el primer golpe; en una situación así, la política de aislamiento era peligrosa en extremo, y el Gobierno soviético la rechazó con todo fundamento. Quedaba una sola salida: el acuerdo con Alemania. ¿Era posible? Sí, era posible, ya que desde el comienzo mismo de las negociaciones, Berlín daba muestras de gran nervosismo y seguía con atención todas sus peripecias.

Como hemos dicho antes, los políticos e historiadores de Occidente han creado la leyenda de que la URSS jugó con dos barajas durante la primavera y el verano de 1939. Por ejemplo, Daladier escribió en abril de 1946: "Desde el mes de mayo (de 1939. – *I.M.*), la URSS había sostenido dos negociaciones: una con Francia, otra con Alemania"*. Churchill es menos concreto, mas también él hace notar en sus memorias de guerra: "No es posible fijar el momento en que Stalin abandonó definitivamente la intención de actuar en común con las democracias occidentales y decidió ponerse de acuerdo con Hitler"**. De esto se deduce que también Churchill admi-

---

* W. Churchill, *Second World War*, vol. I, p. 331.

** Ibid., p. 326.

te la posibilidad de un doble juego por parte del Gobierno soviético.

Con el propósito de demostrar la existencia de ese doble juego, el Gobierno norteamericano publicó en 1948 un volumen especial acerca de las relaciones sovieto-alemanas en 1939-1941, que contiene una selección, tendenciosa en extremo, de documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania conquistados como trofeos por las potencias occidentales al terminar la segunda guerra mundial*.

Después de cuanto queda dicho, no es preciso demostrar que todas esas afirmaciones no son otra cosa que calumnias e infundios aviesos. Sin embargo, es interesante repasar con algo más de atención el volumen al que acabamos de aludir y ver de qué hablan los documentos recopilados en él. Al hacerlo, deberemos tener en cuenta dos cosas:

1. Los autores de la recopilación se han esforzado, sin duda alguna, por seleccionar los documentos más favorables para ellos y, por consiguiente, más desfavorables para la URSS.

2. Los documentos que figuran en la recopilación –correspondencia entre el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania y su Embajada en Moscú, notas de las conversaciones de los diplomáticos alemanes con los soviéticos, consideraciones acerca de la política exterior de la URSS, etc.– reflejan únicamente la opinión de *una de las partes: la alemana.* Es natural que los citados documentos estén impregnados de una tendencia antisoviética y, a veces, sean simplemente una falsificación de la verdad en favor de Alemania. Si lord Halifax, como he demostrado antes, pudo tergiversar por completo en sus notas la esencia de la conversación que sostuvimos el 12 de junio de 1939, ¿por qué debemos dar mayor crédito a los documentos de los diplomáticos alemanes?

Así, pues, la recopilación de que hablamos contiene la quintaesencia de lo que puede decirse *contra la Unión Soviética.* En todo caso, en sus páginas no puede encontrarse nada que favorezca a la URSS. Tanto más curioso es, por ello, conocer los documentos que contiene este "acta de acusación" contra el Gobierno soviético. ¿Qué dicen, pues?

La recopilación está dividida en ocho secciones, de las cuales sólo la primera nos interesa en este caso, pues abar-

---

* *Nazi-Soviet Relations 1939-1941*, Wash., 1948. (En lo sucesivo, *NSR.*)

ca casi por completo el período de las conversaciones tripartitas (desde el 17 de abril hasta el 14 de agosto de 1939). La primera sección contiene 32 documentos, repartidos de manera muy desigual entre los distintos meses: abril, 1; mayo, 12; junio, 7; julio, 5; y agosto (hasta el día 14), 7. Sin embargo, el contenido de los documentos, publicados tiene mucha más importancia que el orden cronológico.

Los documentos correspondientes a abril, mayo y junio se refieren, en lo fundamental, a cuestiones económicas corrientes. Cierto que también entonces se tocaban cuestiones políticas, pero sólo de tarde en tarde y de pasada, teniendo el carácter de un sondeo recíproco que no obligaba a nada. Se trata corrientemente de la posibilidad de mejorar las relaciones entre la URSS y Alemania, que en aquellos tiempos se distinguían por su gran tirantez. Las conversaciones de este tipo son una rutina cotidiana entre los representantes diplomáticos de dos países, cualesquiera que sean, cuyas relaciones mutuas dejan que desear. En las conversaciones soviето-alemanas del citado período no hay nada "siniestro" para los intereses de Inglaterra y Francia. No puede hablarse de ninguna doblez de la política soviética. Veamos unos cuantos detalles concretos.

Como acabamos de recordar, sólo un documento está fechado en abril. Son las notas de las conversaciones sostenidas por los representantes alemanes y soviéticos en Berlín acerca del estatuto de la representación comercial soviética en Praga y del cumplimiento de los encargos que había hecho la URSS a las fábricas Scoda antes de la ocupación de Checoslovaquia por Alemania. Se trata, pues, de una cuestión que atañe a las relaciones económicas corrientes entre dos países y no está enfilada en modo alguno contra las potencias occidentales.

El 5 de mayo, Karl Schnurre, representante destacado del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, que se ocupaba principalmente de cuestiones económicas, invitó al encargado de negocios soviético en Berlín, Astájov, a que le visitara y le comunicó que se había dado orden a las fábricas Scoda de cumplir los pedidos soviéticos. Astájov, como es lógico, expresó su satisfacción por esta noticia y preguntó si se reanudarían en un futuro próximo las negociaciones sovieto-alemanas (también sobre cuestiones económicas), interrumpidas en febrero de 1939. Schnurre dio una respuestas evasiva. En sus notas de esta conversación dice más adelante:

"Astájov se refirió a la dimisión de Litvínov (ocurrida dos días antes. *-I.M.*), y sin preguntarlo abiertamente, intentó aclarar si este acontecimiento no conduciría a un cambio de nuestra posición respecto a la Unión Soviética"*.

Si Schnurre reproduce fielmente lo que dijo Astájov a este respecto (de lo que, como es natural, no podemos estar seguros en modo alguno), es de suponer que deseaba efectuar cierto sondeo, ya que la dimisión de Litvínov fue interpretada entonces en Occidente como el paso de la URSS de la colaboración con Inglaterra y Francia a la política de aislamiento o incluso de colaboración con Alemania. He recordado ya que Halifax me preguntó el 6 de mayo a boca de jarro cómo debía interpretarse la dimisión de Litvínov del cargo de Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros y si seguían en pie las propuestas de pacto tripartito de asistencia mutua que habíamos presentado el 17 de abril. Al Gobierno soviético podrían serle útiles informaciones sobre la reacción de los medios gobernantes alemanes ante los cambios operados en Moscú. Pero es muy probable que fuera el mismo Schnurre quien se interesase, en realidad, por el efecto que podría tener la dimisión de Litvínov sobre las relaciones germano-soviéticas y que en sus notas de la conversación presentara las cosas como si la pregunta hubiese partido de Astájov (estos trucos son frecuentes en la diplomacia burguesa). Porque cuando el 9 de mayo, cuatro días después, el mismo Astájov hizo la presentación del nuevo corresponsal de TASS, Filíppov, al funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania Braun von Stumm, éste le preguntó qué influencia ejercería sobre la política exterior de la Unión Soviética el cambio de Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros. Y Astájov le contestó que Litvínov no aplicaba una política personal, sino la política "que dimana de los principios generales del Estado soviético"**. Cualquiera que sea la versión correcta de la conversación citada, no cabe la menor duda de que el sondeo sobre el efecto de la dimisión de Litvínov no significaba absolutamente nada que se pareciese, ni de cerca ni de lejos, a unas negociaciones en torno a un acuerdo con Alemania.

Astájov volvió a visitar a Schnurre el 17 de mayo, hablando con él del estatuto de la representación comercial soviética en Praga. Y Schnurre dice más adelante en su informe:

* *NSR*, p. 3.
** *NSR*, p. 4.

"Durante la conversación subsiguiente, Astájov volvió a referirse con gran detalle al desenvolvimiento de las relaciones germano-soviéticas"*.

La fórmula de Schnurre no muestra claramente quién fue el iniciador de la conversación sobre este tema; pero si fue Astájov, incluso por las notas de Schnurre se deduce que cuanto dijo el encargado de negocios soviético sobre esta cuestión estaba impregnado de gran desconfianza hacia Alemania. Astájov se mostró satisfecho de que la prensa alemana hubiese manifestado cierto comedimiento con relación a la URSS durante las semanas precedentes, pero agregó en el acto que "los Soviets no pueden juzgar aún si dicho comedimiento no es una pausa temporal con fines tácticos"**. Astájov citó el ejemplo de las relaciones italo-soviéticas como prototipo de lo que era posible también en las relaciones entre la URSS y Alemania.

Todas las conversaciones de los representantes soviéticos en Berlín con los diplomáticos alemanes no contenían absolutamente nada que rebasara los límites de la natural preocupación cotidiana por mejorar las relaciones entre dos países que se encuentran en estado de gran tirantez. Ni siquiera con microscopio puede descubrirse en ellas ningún síntoma de pérfida "conjura" contra Inglaterra y Francia.

El 20 de mayo se registró un acontecimiento muchísimo más importante: ese día, el embajador alemán en Moscú, Schulenburg, visitó al Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS e intentó reanudar las negociaciones comerciales germano-soviéticas, interrumpidas en febrero. Era un evidente anticipo que Alemania hacía a la URSS. ¿Qué recibió como respuesta? El Comisario del Pueblo soviético, lejos de manifestar el menor entusiasmo con este motivo, declaró con bastante brusquedad que toda la historia de las precedentes negociaciones comerciales entre ambos países producían al Gobierno soviético una impresión de falta de seriedad por parte de Alemania, cuyo juego perseguía, evidentemente, fines políticos. De ello sacaba el Comisario del Pueblo la conclusión lógica de que, antes de reanudar las negociaciones, debía crearse la necesaria "base política", es decir, mejorar las relaciones políticas entre ambos países***.

---

* *NSR*, p. 5.
** Ibid., p. 5.
*** Ibid., p. 6.

El informe de Schulenburg acerca de esta conversación causó gran desaliento en Berlín. El 21 de mayo, el secretario de Estado, Weizsaecker, telegrafió al embajador alemán en Moscú:

"Los resultados de su discusión con Mólotov nos llevan a esta conclusión: debemos esperar en silencio a ver si los rusos expresan el deseo de hablar con mayor claridad"*.

Tal es el verdadero cuadro de las relaciones germano-soviéticas en mayo de 1939, como patentizan incluso los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, tendenciosamente seleccionados por encargo de nuestros adversarios en los EE.UU. ¡Y Daladier se atrevió, después de eso, a afirmar gratuitamente que "desde el mes de mayo, la URSS había sostenido dos negociaciones: una con Francia y otra con Alemania"!

Sin embargo, las negociaciones tripartitas inquietaron en gran medida a la Alemania hitleriana, y la "espera en silencio" no duró mucho. Weizsaecker escribió a Schulenburg el 27 de mayo: "Aquí (es decir, en Berlín. *–I.M.*) sustentamos la opinión de que no será fácil prevenir la combinación anglo-rusa"**. Y el 30 de mayo, por indicación especial de Hitler, llamó a Astájov, y después de decirle que el estatuto de la representación comercial soviética en Praga afectaba a grandes problemas de principio, le planteó en todo su volumen la cuestión de las relaciones políticas entre Alemania y la URSS. Al hacer esto, Weizsaecker desarrolló la siguiente concepción: en Berlín no se quiere al comunismo y se ha terminado con él dentro del país; en Berlín no se espera que en Moscú se quiera al nacional-socialismo, pero las diferencias ideológicas no deben ser un obstáculo para mantener entre ambos países relaciones prácticas normales.

Era un nuevo anticipo alemán a la URSS, pero Astájov reaccionó ante él con mucha cautela. Las notas de Weizsaecker muestran que Astájov recordó a su interlocutor la desconfianza arraigada en Moscú respecto a la Alemania hitleriana; sin embargo, como es lógico, estuvo de acuerdo con la opinión de Weizsaecker de que, a pesar de las diferencias ideológicas, ambos países podían normalizar por completo sus relaciones. Porque ése era y es, precisamente, uno de los principios fundamentales de la política exterior soviética en general.

---

* *NSR*, p. 7.

** Ibid., p. 9.

Más importante aún era que Moscú no reaccionaba de ninguna manera ante el nuevo acto de la ofensiva diplomática alemana. Durante el mes de junio se sostuvieron animadas negociaciones comerciales entre Alemania y la URSS, pero cesaron a finales de mes, en vista de que era imposible superar las discrepancias existentes entre ambas partes. La URSS declaró que la posición alemana no era bastante favorable para ella.

A pesar de este fracaso, a pesar de que el Gobierno soviético seguía dando la callada por respuesta a la conversación de Weizsaecker con Astájov el 30 de mayo, Schulenburg visitó el 28 de junio al Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS y volvió a repetir oficialmente, en nombre de su Gobierno, que Alemania deseaba normalizar las relaciones entre ambos países. Schulenburg señaló una serie de hechos que, a su juicio, probaban la disposición de Berlín de ir al encuentro de la Unión Soviética: firma de pactos de no agresión entre Alemania y los países del Báltico, cambio de tono de la prensa alemana con relación a la URSS, etc.

Esto coincidía con los deseos soviéticos y significaba un progreso, favorable para nosotros, en la política alemana; sin embargo, el Comisario del Pueblo soviético no manifestó tampoco en este caso ningún entusiasmo especial, sino que, a juzgar por las propias notas de Schulenburg, respondió serenamente que recibía sus palabras con satisfacción y consideraba necesario subrayar que la política exterior del Gobierno soviético, en consonancia con las declaraciones de sus dirigentes, tiende a cultivar las buenas relaciones con todos los países y que esto se refiere también a Alemania, a condición, claro está, de que haya reciprocidad"*.

Pasó luego todo un mes, el aciago mes de julio, durante el cual los ingleses y franceses sabotearon obstinadamente la unidad del pacto y de la convención militar. Pero la recopilación citada no contiene *ni un solo documento* que testimonie el acercamiento progresivo entre la URSS y Alemania en el terreno político. A pesar de ese sabotaje, a pesar de las crecientes dudas del Gobierno soviético acerca de la posibilidad de firmar el pacto tripartito, la URSS continuó firmemente las negociaciones con Inglaterra y Francia, absteniéndose de hacer el menor anticipo a Alemania.

---

* *NSR*, pp. 26-27.

Completamente distinto fue el comportamiento de Berlín. Las negociaciones tripartitas, y en particular el acuerdo de enviar a Moscú a las misiones militares inglesa y francesa, despertaron una alarma cada día mayor en los medios del Gobierno hitleriano. Este examinó febrilmente e intentó aplicar diversas medidas que debían, a su juicio, frustrar o, por lo menos, demorar la firma del pacto tripartito. En la segunda quincena de julio se reanudaron las negociaciones comerciales entre Alemania y la URSS, interrumpidas tres semanas antes, y esta vez la parte alemana accedió con agrado a los deseos soviéticos.

El 26 de julio, Schnurre, por indicación directa de las altas esferas, dio en Berlín una comida en honor de Astájov y del representante comercial soviético en Alemania, Babarin. En ella, Schnurre se desvivió por demostrar que eran perfectamente posibles las buenas relaciones entre Alemania y la URSS e incluso llegó a apuntar de manera concreta las etapas consecutivas de su mejoramiento. Afirmó más adelante que Alemania estaba dispuesta a concertar con la URSS un acuerdo de largo alcance sobre todos los problemas "desde el Báltico hasta el Mar Negro".

¿Qué respondieron a eso los huéspedes soviéticos de Schnurre? El propio Schnurre dice en sus notas:

"Astájov, apoyado íntegramente por Babarin, consideró que el camino trazado (por Schnurre. *–I.M.*) para el acercamiento con Alemania corresponde a los intereses vitales de ambos países. No obstante, hizo hincapié en que el ritmo de desarrollo deberá ser, probablemente, muy lento y gradual. La política exterior nacional-socialista amenaza a la Unión Soviética... Astájov recordó el "Pacto Anticomintern", nuestras relaciones con el Japón, Munich y la libertad de acción que recibimos allí en Europa Oriental. Las consecuencias políticas de todo esto se vuelven inevitablemente contra la URSS... A Moscú no le es fácil creer que la política de Alemania respecto a la Unión Soviética tome otro derrotero. El cambio en el estado de ánimo puede producirse sólo gradualmente"*.

Como vemos, los representantes soviéticos en Berlín acogieron con gran reserva los cantos de sirena nazis y, en todo caso, no rebasaron en sus manifestaciones los límites de

---

* *NSR*, pp. 33-36.

un deseo completamente legítimo: contribuir a mejorar las relaciones entre los dos países.

He aquí ahora la curiosa apreciación de la actitud del gobierno soviético ante los anticipos alemanes que encontramos en un telegrama de Weizsaecker a Schulenburg fechado el 29 de julio:

"Tendría importancia aclarar si encuentran eco en Moscú las declaraciones hechas a Astájov y Babarin (durante la comida del 28 de julio. *–I.M.*). Si tiene usted oportunidad de hablar nuevamente con Mólotov, le ruego que le sondee en este sentido... Y si resulta que Mólotov *abandona la reserva que ha mantenido hasta ahora,* puede usted dar el siguiente paso adelante (subrayado por mí. *–I.M.*)"*.

Así, pues, a juicio de la parte alemana, el Gobierno soviético no se hizo eco desde abril hasta julio de la ofensiva diplomática alemana.

Una semana más tarde, Alemania dio un nuevo paso, y muy importante, hacia la URSS. El 3 de agosto, en los mismos días en que las misiones militares inglesa y francesa se preparaban sin apresuramientos para marchar a Moscú, Ribbentrop invitó a Astájov a que le visitara y le hizo una declaración de la mayor importancia. En la práctica diplomática, el hecho de que "el propio" ministro de Relaciones Exteriores reciba en su despacho a un "encargado de negocios" significa que la gestión es de una urgencia e importancia extremas. Ribbentrop declaró que era posible transformar radicalmente las relaciones germano-soviéticas sobre la base de dos condiciones fundamentales: a) no ingerencia recíproca en los asuntos internos, y b) renuncia (por parte de la URSS. *–I.M.*) a la política orientada contra los intereses alemanes. Aseguró a Astájov que el Gobierno alemán estaba predispuesto en favor de "Moscú" y añadió que si "Moscú" fuera al encuentro del Gobierno alemán, "no habría problemas desde el Báltico hasta el Mar Negro que no pudieran ser resueltos entre nosotros".

Astájov, incluso según las notas de Ribbentrop, fue muy comedido en sus respuestas, no se comprometió lo más mínimo y se limitó a declarar que "a su parecer, el Gobierno soviético desea seguir una política de comprensión mutua con Alemania". Esto, como es natural, no contradecía en nada la posibilidad de firmar el pacto tripartito.

---

* *NSR*, p. 36.

Después de transmitir a Schulenburg el contenido de su conversación con Astájov, Ribbentrop agregó, para conocimiento del propio embajador:

"El encargado de negocios, que parecía interesado, intentó varias veces hacer recaer la conversación sobre cuestiones más concretas. Pero yo le di a entender que estoy dispuesto a ser más concreto sólo en el caso de que el Gobierno soviético declare oficialmente que reconoce en principio la conveniencia de dar un nuevo carácter a las relaciones. Si Astájov recibe instrucciones en este sentido, nosotros, por nuestra parte, estaremos interesados en concluir cuanto antes un acuerdo definitivo"*.

Al día siguiente, 4 de agosto, Schulenburg, cumpliendo las indicaciones de Ribbentrop, transmitió al Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS todo lo que Ribbentrop había dicho la víspera a Astájov. ¿Cómo reaccionó el Comisario del Pueblo soviético ante las palabras del embajador alemán?

Schulenburg informó a Berlín que el Comisario del Pueblo le había comunicado la opinión del Gobierno soviético, favorable a la firma de un acuerdo económico entre ambos países; había expresado el criterio de que la prensa de las dos partes debía abstenerse de hacer manifestaciones que pudieran enconar las relaciones entre ellas, y reconocido que era deseable el restablecimiento gradual de los contactos en el terreno cultural. Schulenburg escribía más adelante:

"Pasando después a la cuestión de las relaciones políticas, el Comisario del Pueblo manifestó que el Gobierno soviético deseaba también la normalización y el mejoramiento de las relaciones mutuas. No es culpa suya que las relaciones hayan empeorado. El (el Comisario del Pueblo. *–I.M.*) ve la causa del empeoramiento, ante todo, en la firma del "Pacto Anticomintern" y en todo lo que se ha dicho y hecho en relación con ello".

Schulenburg tocó la cuestión de Polonia. Dijo que Alemania trataba de solventar sus discrepancias con Polonia por vía pacífica. Sin embargo, si se la obliga a actuar de otra manera, tendría en cuenta los intereses soviéticos. El Comisario del Pueblo respondió que el arreglo pacífico entre Polonia y Alemania dependía, sobre todo, de Alemania. Como se

---

* *NSR*, pp. 37-39.

ve por las notas posteriores de Schulenburg, esta respuesta le disgustó mucho.

El embajador alemán no dejó de referirse a las negociaciones tripartitas, a lo que el Comisario del Pueblo soviético respondió que perseguían un fin puramente defensivo.

Comentando esta conversación, Schulenburg escribió a Berlín que, a juzgar por todos los síntomas, "el Gobierno soviético se siente ahora más inclinado al mejoramiento de las relaciones sovieto-alemanas; sin embargo, la vieja desconfianza hacia Alemania sigue siendo muy fuerte"*.

Vemos, pues, que durante la primavera y el verano de 1939, el Gobierno soviético reveló plena lealtad en las relaciones con las potencias occidentales que participaban en las negociaciones tripartitas. No hubo ninguna confabulación secreta con Alemania dirigida contra ellas. No hubo por la parte soviética ningún intento de formar un bloque con Berlín a espaldas de Inglaterra y Francia y "traicionar" a Londres y París. No hubo nada que recordara ni remotamente las conversaciones de Horace Wilson con Wohlthat. Hasta el mismo mes de agosto, las relaciones germano-soviéticas tuvieron el carácter de relaciones diplomáticas corrientes, con tintes, por cierto, no muy "amistosos". Y las conversaciones entre los representantes de ambos gobiernos fueron también conversaciones corrientes de las que sostienen cada día en todos los puntos de la Tierra los ministros y los embajadores sobre diversos problemas de actualidad. Así lo prueban, de manera indudable, los propios documentos recopilados por nuestros adversarios en los EE.UU. para denigrar al máximo al Gobierno soviético**.

Sólo en agosto, cuando las negociaciones tripartitas en-

---

* *NSR*, pp. 40-41.

** He aquí un curioso testimonio, procedente de fuentes poco amistosas, de que el Gobierno soviético no cometió ningún acto desleal. El embajador norteamericano en París, William Bullitt, dice, entre otras cosas, en su informe del 28 de junio de 1939 acerca de la conversación sostenida con el Primer Ministro francés, Daladier: "Daladier dijo que él no creía, naturalmente, las declaraciones rusas (acerca de la lealtad en las relaciones con los ingleses y los franceses.-*I.M.*); pero ni las embajadas ni los servicios secretos franceses ni ingleses han podido recibir hasta ahora ninguna información indicadora de que los rusos sostengan negociaciones con Alemania (*Foreign Relations of the United States. 1939*, vol. I, Wash., 1956, p. 278). La cosa es bien simple: esas negociaciones no existieron. ¿Cómo compaginar estas declaraciones de Daladier con sus afirmaciones, citadas anteriormente (véase la pág. 160), de que la URSS sostenía negociaciones con Alemania "desde mayo de 1939" a espaldas de Francia?

traron definitivamente en un atolladero como consecuencia del sabotaje anglo-francés; cuando se desvaneció por completo la esperanza de firmar un eficaz pacto de asistencia mutua entre la URSS, Inglaterra y Francia, el Gobierno soviético se vio obligado a efectuar un *cambio general de su política*, cosa plenamente natural y legítima si un gobierno considera que circunstancias ajenas a su voluntad le obligan a hacerlo. Por tanto, en la primavera y el verano de 1939 no existió el juego con dos barajas de que acusan al Gobierno soviético sus adversarios extranjeros, sino un afán claro, firme y completamente leal para con Inglaterra y Francia de concluir con ellas un pacto tripartito contra los agresores. Y si, en definitiva, no se consiguió llegar a él, la culpa no recae, en todo caso, sobre la URSS.

Pero incluso en aquella situación, el Gobierno soviético no quiso quemar los puentes en el acto. El 3 de agosto, Alemania (precisamente Alemania, y no la Unión Soviética) hizo oficialmente al Gobierno soviético propuestas de largo alcance acerca de la transformación radical de las relaciones entre ambos países. Ello debía conducir primeramente a su normalización, y después, de modo gradual, a lo que en lenguaje diplomático se llama "amistad". Semejante perspectiva correspondía por entero a las aspiraciones pacíficas del Gobierno soviético y su realización podría fortalecer en grado notable la seguridad del País Soviético. Pero "Moscú" no se dejó seducir tampoco en este caso por las tentaciones de Berlín. "Moscú" siguió pensando en el pacto tripartito y quiso hacer un esfuerzo más, el último, para llevar a la práctica la mejor variante de lucha contra la agresión. A pesar de todas las dudas engendradas por la historia precedente de las negociaciones tripartitas, "Moscú" no perdió la esperanza de que los gobiernos de Inglaterra y Francia supieran, quizá, reflexionar a fondo y emprender el camino certero aunque sólo fuera cinco minutos antes de la catástrofe.

Por ello, "Moscú" esperó diez días más. Berlín, impaciente, trataba de acelerar como fuera los acontecimientos. Una semana después de la conversación de Ribbentrop con Astájov, el 10 de agosto, Schnurre insistió en una entrevista con Astájov en que se puntualizara con la mayor rapidez la actitud de la URSS ante las proposiciones que le había hecho la parte alemana.

Pero "Moscú" siguió absteniéndose, como había venido haciendo desde la conversación de Ribbentrop con Astájov el

3 de agosto, de adoptar una decisión definitiva. *"Moscú" esperó mientras las misiones militares inglesa y francesa hacían la travesía de Londres a Leningrado en un buque mixto. "Moscú" esperó mientras se celebraban en la capital soviética las primeras reuniones con las misiones militares. Pero cuando en el curso de esas reuniones se planteó el problema del paso de las tropas soviéticas por los territorios de Polonia y Rumania (cuestión central de todo el acuerdo militar); cuando se puso en claro que ni las misiones militares inglesa y francesa, ni los gobiernos inglés y francés daban respuesta a esta cuestión; cuando Londres y París reaccionaron sólo con un largo silencio a los telegramas que se les enviaron con este motivo, la larga paciencia soviética se acabó. Quedó completamente claro que Chamberlain y Daladier eran incorregibles y que no se podría crear con ellos ninguna seguridad colectiva de las potencias pacíficas.*

El mejor método de lucha contra la agresión fascista fracasó por culpa exclusivamente de Chamberlain y Daladier. Llegó el momento de pasar a la única salida que quedaba todavía.

La situación del Gobierno soviético en el curso de las negociaciones tripartitas podía compararse con la de un hombre azotado cada vez más por la pleamar: el agua le llega a las rodillas, luego a la cintura, después al pecho, a la garganta... Un instante más, y el agua cubrirá su cabeza si el hombre no da un salto rápido y decidido que le saque a una roca inaccesible a la marea.

En efecto, el peligro de la segunda guerra mundial se acercaba más y más: en marzo y abril no hacía más que vislumbrarse; en mayo y junio comenzó a adquirir contornos más definidos; en julio, su terrible aliento empezó a emponzoñar toda la atmósfera de Europa, y a mediados de agosto, nadie dudaba ya de que faltaban pocos días para que hablaran los cañones y cayeran las bombas desde los aviones.

No se podía esperar más. Sólo entonces, a mediados de agosto, el Gobierno soviético se vio obligado a decidir definitivamente lo que debía hacer. El dilema que tenía planteado antes se convirtió en la amarga necesidad de concertar un acuerdo con Alemania. Los cinco meses de sabotaje de los gobiernos de Inglaterra y Francia, apoyados por los EE.UU., a las negociaciones tripartitas no dejaron otra salida a la URSS.

FRACASO DE LAS NEGOCIACIONES TRIPARTITAS Y ACUERDO FORZOSO CON ALEMANIA

El 14 de agosto, Schnurre telegrafió a Schulenburg que le había visitado Astájov para comunicarle que el Gobierno soviético estaba dispuesto a "discutir por grupos individuales de cuestiones" cuanto se refería a las relaciones germano-soviéticas. El Gobierno soviético propuso sostener las negociaciones en Moscú*.

Ese mismo día, nada más recibir la comunicación de Astájov, Ribbentrop envió urgentemente a Schulenburg la indicación de que visitara al Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS para declararle, en nombre del Gobierno alemán, que "no hay contradicción de intereses entre Alemania y la URSS", que "no existe ningún motivo para una actitud agresiva de una parte hacia la otra" y que, a juicio del Gobierno alemán, "no hay una cuestión entre el Báltico y el Mar Negro que no pueda ser resuelta de modo completamente satisfactorio para ambos países". Ribbentrop subrayó la posibilidad de ampliar las relaciones económicas germano-soviéticas en todos los sentidos y declaró también que "a fin de normalizar con la mayor rapidez posible las relaciones germano-soviéticas, estaba dispuesto a visitar él mismo Moscú, pero a condición de ser recibido por Stalin"**.

El Gobierno alemán tuvo, pues, una nueva iniciativa y dio ya, de manera completamente oficial, un paso decisivo. Schulenburg cumplió el 15 de agosto el encargo de Berlín. El Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS, según informó a Berlín el embajador alemán, "saludó las intenciones alemanas de mejorar las relaciones con la Unión Soviética", pero opinó que la visita de Ribbentrop a Moscú "requiere una preparación adecuada". Preguntó, además, si el Gobierno alemán estaba dispuesto a concluir con la URSS un pacto de no agresión, firmar conjuntamente con la URSS una garantía a los Estados del Báltico e influir sobre el Japón a fin de mejorar las relaciones sovieto-niponas***.

Al día siguiente, Ribbentrop envió un telegrama a Schulenburg pidiéndole que comunicara urgentemente al Comisario del Pueblo soviético que Alemania estaba dispuesta a con-

---

* *NSR*, p. 48.

** I b i d., pp. 50-52.

*** I b i d., p. 52.

cluir un pacto de no agresión con la URSS, dar garantías conjuntamente con la URSS a los Estados del Báltico e influir sobre el Japón para mejorar las relaciones nipo-soviéticas. Al mismo tiempo insistió en la necesidad de su visita a Moscú y manifestó que estaba dispuesto a emprender ese viaje "en cualquier momento después del viernes, 18 de agosto"*.

El 18 de agosto, Schulenburg informó al Gobierno soviético de cuanto queda dicho y recibió, al mismo tiempo, la respuesta de éste a las proposiciones alemanas del 14 del mismo mes. ¿Qué representaba esa respuesta?

Tenía un carácter estrictamente práctico, enumeraba las causas que habían obligado hasta entonces al Gobierno soviético a recelar de los propósitos de Alemania y a adoptar medidas para fortalecer la defensa de la URSS, así como a participar en la creación de un frente único contra la agresión.

En la respuesta soviética se decía más adelante que si el Gobierno alemán se proponía sinceramente mejorar sus relaciones políticas con la URSS, el Gobierno soviético sólo podía aplaudir semejante cambio y, por su parte, estaba dispuesto a modificar la política soviética, orientándola hacia un serio mejoramiento de las relaciones con Alemania.

La respuesta declaraba que consideraba plenamente posible el mejoramiento de las relaciones sovieto-alemanas, pues la coexistencia pacífica de los sistemas políticos diferentes es un principio, hace ya mucho establecido, de la política exterior de la URSS.

Pasando, por último, al terreno de las medidas prácticas, la respuesta proponía, ante todo, concluir un convenio comercial y financiero y más tarde, después de un corto plazo, firmar un pacto de no agresión. En cuanto a la visita del canciller alemán a Moscú, la respuesta declaraba que el Gobierno soviético la aplaudía como una prueba de los serios propósitos del Gobierno alemán; pero opinaba que dicha visita requería una buena preparación previa y debía efectuarse con el mínimo estruendo público y el menor sensacionalismo periodístico.

Como vemos, el Gobierno soviético, obligado por Chamberlain y Daladier a modificar el rumbo de su política exterior, abordaba el viraje inevitable con serenidad, sensatez y sangre fría, sin ningún apresuramiento superfluo. El

---

* *NSR*, p. 52.

Gobierno alemán, por el contrario, estaba nervioso en extremo y tenía prisa. En un telegrama enviado a Schulenburg el 18 de agosto, Ribbentrop dio a su embajador las siguientes indicaciones:

"Esta vez sostenga la conversación (con el Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS. *–I.M.*)... insistiendo enérgicamente... en la realización más rápida de mi viaje (a Moscú. *–I.M.*) y apartando en la forma debida cualquier nueva objeción posible de los rusos"*.

Schulenburg cumplió la orden de su ministro, pero el 19 de agosto hubo de comunicar a Ribbentrop que el Gobierno soviético accedía a la visita de éste sólo una semana después de que fuese publicada la noticia sobre la firma del convenio comercial y financiero.

Alemania puso entonces en juego su artillería más pesada. El 20 de agosto, Hitler envió un mensaje a Stalin. Le comunicaba que la víspera había sido firmado el convenio comercial y financiero** y le rogaba insistentemente que recibiera a Ribbentrop en Moscú no más tarde del 22 o el 23 de agosto***.

Llegó el momento en que el Gobierno soviético debía adoptar una decisión de importancia. Hasta entonces había tenido lugar únicamente un intercambio de opiniones entre Moscú y Berlín, un sondeo recíproco para conocer el estado de ánimo de ambas partes. Mas en aquellos momentos se planteó al orden del día el problema de concluir el propio pacto de no agresión. Era necesario justipreciar una vez más la situación creada en el terreno de las negociaciones tripartitas, que seguía siendo muy sombría. El 16 de agosto, respondiendo a la propuesta del general Doumenc de iniciar la redacción del proyecto de convención militar, Voroshílov declaró categóricamente:

---

* *NSR*, p. 63.

** El 19 de agosto se firmó en Berlín el convenio comercial y de crédito entre la URSS y Alemania, por el que la segunda concedía a la primera un crédito de 200 millones de marcos alemanes por un plazo de siete años con un interés anual del 5%. La compra de mercancías alemanas a costa de este crédito estaba calculada para dos años. En ese mismo plazo, la URSS debía proporcionar a Alemania mercancías por valor de 180 millones de marcos (*Izvestia*, 21 de agosto de 1939). Como vemos, el volumen del convenio era bastante modesto y no podía compararse en modo alguno con las sumas (de 500 a 1.000 millones de libras esterlinas) que habían figurado como posible empréstito durante las negociaciones que sostuvo Wohlthat en Londres con Hudson y Horace Wilson.

*** *NSR*, pp. 66-67.

"...No ha llegado aún el momento de redactar ningún documento. No hemos resuelto el problema cardinal para la parte soviética: el paso de las fuerzas armadas de la Unión Soviética por territorio de Polonia y Rumania para las acciones conjuntas de las fuerzas armadas de las partes contratantes contra el enemigo común*.

La pregunta de las misiones militares a Londres y París acerca de esta cuestión había sido hecha el 14 de agosto. Pero pasaron siete días sin que se recibiera ninguna respuesta de los gobiernos británico y francés. En medio de la atmósfera febril de aquel momento, tan largo silencio era de por sí una respuesta. Al mismo tiempo llegaban de Varsovia las noticias más desalentadoras: el "Gobierno de los coroneles" no quería de ninguna manera autorizar el paso de las tropas sovéticas por su territorio.

En tal situación, al Gobierno soviético no le quedaba más que dar el último paso, el paso decisivo.

El 21 de agosto, en vista de que Londres y París llevaban una semana sin contestar a la demanda de las misiones militares y de que, como consecuencia de ello, Voroshílov había propuesto una suspensión de las reuniones tripartitas, Stalin contestó al mensaje de Hitler: expresó la esperanza de que el pacto germano-soviético de no agresión significaría un viraje hacia el mejoramiento de las relaciones políticas entre ambos países y accedió a que Ribbentrop se trasladara a Moscú el 23 de agosto.

Los documentos publicados después de la guerra por el Gobierno británico prueban que este paso del Gobierno soviético estaba más que justificado. De dichos documentos se desprende que Londres no tenía siquiera el propósito de responder a la pregunta de su misión militar. El sabotaje de las negociaciones sobre el pacto tripartito continuaba incluso en esa fase**.

El día señalado, Ribbentrop llegó en avión a Moscú acompañado del séquito correspondiente. En la capital de la URSS se entrevistó dos veces con Stalin. Al final de ese mismo día, la URSS y Alemania firmaron el pacto de no agresión por un plazo de diez años. Entró en vigor inmediatamente de ser fir-

* *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, N° 3, pág. 148.

** *DBFR*, Third Series, vol. VII, p. 119. **(Véase más detalles en la pág. 180 del presente libro.)**

mado, aunque se preveía su ratificación ulterior. El contenido del pacto se diferenciaba poco de los pactos análogos concluidos por la URSS con otros muchos países en los años precedentes. Era una expresión de la política tradicional de la Unión Soviética, que se esforzaba por aplicar el principio leninista de la coexistencia pacífica. Ambas partes se comprometían a abstenerse de toda agresión entre sí (art. 1), solventar sólo por medios pacíficos todos los litigios que pudieran surgir entre ellas (art. 5), no participar en agrupaciones hostiles a la otra parte (art. 4) y no apoyar a una tercera potencia si alguna de las partes era objeto de hostilidades por esa tercera potencia (art. 2). El art. 3 preveía que Alemania y la URSS "seguirían manteniendo contacto en el futuro para sostener *consultas* a fin de *informarse* mutuamente de las cuestiones que afectaran a sus intereses comunes"*.

Llamo la atención sobre las palabras "consultas" e "informarse", subrayadas por mí. Estas palabras, como todo el contenido del pacto en general, testimonian de manera indudable que el documento firmado el 23 de agosto de 1939 era únicamente un pacto de *no agresión*. No era en modo alguno una alianza militar entre los dos países –como han intentado hacer creer repetidas veces los políticos y periodistas de Occidente– ni obligaba a la URSS a prestar ayuda alguna a Alemania. Al firmar el pacto, al Gobierno soviético no se hacía ninguna ilusión y suponía que, tarde o temprano, Hitler violaría los compromisos contenidos en él. Sin embargo, consideraba que el pacto permitiría a la URSS ganar tiempo para prepararse mejor con vistas a la guerra futura. Es sabido que esto aseguró al País de los Soviets casi dos años más de paz.

Pero el Gobierno soviético no consiguió solamente ganar tiempo. Recibió también del Gobierno alemán la seguridad de que las operaciones militares no se trasladarían a los países del Báltico. En la situación creada como consecuencia del sabotaje de Chamberlain y Daladier, de una parte, y del "Gobierno de los coroneles" de Varsovia, de otra, el Gobierno soviético no estaba en condiciones de prestar ayuda a Polonia, tan categóricamente rechazada por los "coroneles". Lo único que se podía hacer aún era salvar de la invasión alemana a Ucrania Occidental y Bielorrusia Occidental. Y eso es lo que hizo el Gobierno soviético.

---

* *Izvestia*, 24 de agosto de 1939.

En resumidas cuentas, la URSS obtuvo las siguientes ventajas del acuerdo con Alemania;

Primero, se frustró la posibilidad de formar un frente único capitalista contra el País de los Soviets; es más, fueron creadas las premisas para la creación ulterior de la coalición antihitleriana, en la que las potencias occidentales ni siquiera pensaban entonces. Lo único en que pensaban Chamberlain y Daladier en aquellos tiempos era en empujar a toda costa a la Alemania hitleriana a una guerra contra la Unión Soviética.

El pacto de no agresión hizo imposible el desencadenamiento de la segunda guerra mundial con una agresión a la Unión Soviética.

La firma del pacto significó un fracaso completo de esa vergonzosa estrategia muniquesa.

Este hecho desempeñó, sin duda alguna, un importante papel en los destinos del País Soviético y de toda la humanidad.

Segundo, gracias al tratado con Alemania, desapareció la amenaza de agresión a la URSS por parte del Japón, aliado de Alemania en el bloque antisoviético. De no haber existido el pacto de no agresión sovieto-alemán, la Unión Soviética podría haberse encontrado en una situación difícil: hubiera tenido que hacer la guerra en dos frentes, puesto que, en aquel momento, la agresión de Alemania a la URSS desde el Oeste habría implicado la agresión del Japón desde el Este. Precisamente en agosto de 1939, los combates junto al río Jaljin-Gol alcanzaron el mayor encarnizamiento. El Gobierno de Hiranuma se negaba tozudamente a resolver el conflicto por vía pacífica y concentraba tropas en la frontera soviética, esperando que Alemania se lanzara a la lucha. Sin embargo, apenas firmado el pacto germano-soviético de no agresión (23 de agosto), cayó el Gobierno de Hiranuma (28 de agosto), y el Gobierno de Abe, que le sucedió, se apresuró a aceptar la solución pacífica del conflicto militar. Por tanto, la firma del tratado con Alemania tuvo como consecuencia inmediata la extinción de la hoguera bélica encendida en las fronteras orientales de la URSS.

El Gobierno soviético hubo de tener en cuenta, como es natural, que el acuerdo con Alemania podía ser utilizado (y lo fue, en efecto) para atizar las pasiones antisoviéticas en los "países democráticos"; que en el extranjero habría personas, incluso no enemigas de la URSS, que no comprendían (como

ocurrió, en realidad) la justedad de sus actos. Y, sin embargo, después de sopesar los pros y los contras, el Gobierno soviético llegó a la conclusión de que los primeros predominaban, indudablemente, sobre los segundos. Como resultado de ello, se firmó el acuerdo con Alemania. Era la única salida, una salida que nos fue impuesta por la política estúpidamente criminal de Chamberlain y Daladier.

Hay otra acusación más que gustan de lanzar contra la URSS sus enemigos del extranjero: "Al firmar el acuerdo con Alemania –dicen–, ustedes desencadenaron la segunda guerra mundial". ¡Despreciables y ciegos calumniadores! Como se ve por cuanto queda expuesto, la responsabilidad auténtica del desencadenamiento de la segunda guerra mundial recae, por una parte, sobre Hitler, y por otra, sobre Chamberlain y Daladier (utilizo estos nombres con un sentido simbólico). Sí, sí, la grave responsabilidad de todas las calamidades que acarreó la segunda guerra mundial recae sobre los grupos políticos que se hallaban en el Poder en Inglaterra y Francia en la segunda mitad de la década del 30; recae sobre los grupos que, cegados por su odio de clase, aplicaron la política de "apaciguamiento" de los agresores y confiaron en el desencadenamiento de una guerra de exterminio recíproco entre Alemania y la URSS. Fueron precisamente esos grupos los que colocaron al País Soviético al borde del cepo en que, sin embargo, cayeron ellos mismos, pues la agresión hitleriana en la segunda guerra mundial no descargó su primer golpe sobre Moscú, sino sobre Londres y París. Ocurrió así porque la diplomacia soviética resultó ser más inteligente que la anglofrancesa. Mas no tenemos por qué excusarnos de ello.

* * *

Para dar cima a mi relato, debo hablar brevemente del triste fin que tuvieron las malhadadas negociaciones tripartitas de 1939.

El 22 de agosto, al día siguiente de que el Gobierno soviético adoptara la decisión definitiva de concluir un acuerdo con Alemania, el general Doumenc recibió de París una comunicación urgente: el Gobierno francés opina que en el momento de surgir la guerra entre Polonia y Alemania, se debe conceder a las tropas soviéticas el derecho de entrar en territorio polaco. El Gobierno francés opina ... Más ¿qué opinaba sobre este asunto el Gobierno polaco? París guardó

completo silencio acerca de esta importante cuestión. Pero de Varsovia seguían llegando noticias desagradables en extremo.

Hoy sabemos, a través de los documentos publicados por el Gobierno inglés, que Seeds, basándose en las instrucciones recibidas por el general Doumenc el 22 de agosto, preguntó a Londres: "¿Están ustedes de acuerdo?" Pero Londres no contestó nada a la pregunta de su embajador en Moscú. Strang (que había regresado a su país a comienzos de agosto) escribió de su puño y letra en ese mismo telegrama de Seeds: "Fue imposible contestar a este telegrama porque no se adoptó ninguna decisión"*. ¡Hasta ahí llegó el sabotaje del Gobierno británico!

Entonces ignorábamos todos estos pormenores, pero conocíamos el hecho fundamental: que Londres no quería dar respuesta a la cuestión cardinal de las negociaciones militares. Y eso significaba muchísimo. En tal situación, el jefe de la delegación soviética reunió el 21 de agosto a las tres misiones militares y, como he dicho antes, propuso suspender las reuniones**. Era simplemente una forma diplomática de decir: las negociaciones tripartitas han fracasado.

Las misiones militares de Inglaterra y Francia, lo mismo que Seeds y Naggiar, comprendieron perfectamente el sentido de la declaración hecha por la delegación soviética. Y aunque los jefes de las misiones y los embajadores de Inglaterra y Francia continuaron entrevistándose y conversando, durante los tres o cuatro días siguientes, con los Comisarios del Pueblo de Defensa y de Negocios Extranjeros de la URSS, no pudieron ya cambiar la situación. A las misiones no les quedaba otra cosa que regresar a su país.

En una interviú publicada en la prensa soviética el 27 de agosto de 1939, el jefe de la delegación militar de la URSS determinó como sigue las causas de que hubieran fracasado las negociaciones militares:

"La misión militar soviética consideraba que la URSS, que carece de frontera común con el agresor, puede prestar ayuda a Francia, Inglaterra y Polonia sólo a condición de que se permita el paso de sus tropas por el territorio polaco, ya que

---

* *DBFP*, Third Series, vol. VII, p. 119.

** *Negociaciones de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia en Moscú en agosto de 1939*, revista *La Vida Internacional*, Moscú, 1959, N° 3, pág. 156.

no existen otros caminos para que las tropas soviéticas entren en contacto con las tropas del agresor. . .

A pesar de ser evidente en extremo la justedad de esta posición de la misión soviética, las misiones militares inglesa y francesa no han estado de acuerdo con ella, y el Gobierno polaco ha declarado abiertamente que no necesita ni aceptará la ayuda militar de la URSS. . .

Esta es la base de las discrepancias. Este es el punto en que se han suspendido las negociaciones".

Contestando más adelante a la pregunta del periodista de si era exacta la noticia de la agencia Reuter, según la cual el Gobierno soviético había suspendido las negociaciones tripartitas por haber firmado el acuerdo con Alemania, el jefe de la delegación soviética manifestó:

"Las negociaciones militares con Inglaterra y Francia no se han suspendido porque la URSS haya firmado un pacto de no agresión con Alemania; al contrario, la URSS ha firmado el pacto de no agresión con Alemania como resultado, entre otras cosas, de que las negociaciones militares con Francia e Inglaterra habían entrado en un atolladero en virtud de discrepancias insuperables"*.

Con ello se pusieron todos los puntos sobre las íes.

---

* *Pravda*, 27 de agosto de 1939.

CONCLUSION

De cuanto hemos dicho en las páginas precedentes dimanan numerosas conclusiones. Las más importantes son:

1. En los años de anteguerra a que se refieren estos recuerdos (1932-1939), la Unión Soviética trató sincera e insistentemente de establecer las mejores relaciones con Inglaterra. Así lo dictaban, de una parte, su política general de paz y coexistencia pacífica con los Estados de sistemas diferentes al existente en la URSS y, de otra, el cálculo político concreto del Gobierno soviético de levantar, conjuntamente con Inglaterra y Francia, una barrera segura ante las potencias fascistas agresoras: Alemania e Italia en Europa.

2. Sin embargo, los buenos propósitos de la Unión Soviética no encontraron, lamentablemente, un eco de simpatía en Inglaterra. Cierto que en el país existían no pocos elementos (obreros, grupos considerables de intelectuales y los representantes más perspicaces de la burguesía) que simpatizaban con la idea de levantar una barrera tripartita frente a la agresión fascista, que amenazaba también a Inglaterra y sus posiciones en el mundo. Pero en el período descrito, el Poder público se encontraba firmemente en manos de los sectores más reaccionarios de la burguesía inglesa, cegados por el odio de clase a la URSS como país del socialismo. El centro político dirigente de estos sectores más reaccionarios era la llamada "camarilla de Cliveden", que se reunía en el salón de lady Astor y tenía por líder reconocido a Neville Chamberlain. A causa de su extremada hostilidad a la Unión Soviética, la "camarilla de Cliveden" estaba resueltamente en contra de que se creara la barrera tripartita para defender las posiciones británicas frente a los agresores fascistas y concibió la idea "feliz", según ella, de empujar a Alemania contra la URSS, con el propósito de imponer a Europa, cuando ambas potencias quedaran desangradas por una dura guerra, una paz beneficiosa para la Gran Bretaña. Esta estúpida y criminal concepción fue fortaleciéndose paulatinamente y alcanzó su apogeo después de 1937, cuando Neville Chamberlain pasó a ser Primer Ministro de Inglaterra, y lord Halifax, ministro de Relaciones Exteriores. De la citada concepción, en que se inspiraba la "camarilla de Cliveden", dimanó la política de "apaciguamiento" de los agresores, en primer lugar de Hitler. En aras del éxito de esta política (éxito que no llegó a lograrse), Inglaterra y Francia, con el

apoyo de ciertas esferas de los EE.UU., sacrificaron en 1938 y 1939 a Austria, España y Checoslovaquia.

3. A pesar de esas condiciones, tan desfavorables, la Unión Soviética prosiguió los esfuerzos para estrechar las relaciones con Inglaterra y, en 1939, para levantar una barrera ante Alemania e Italia bajo la forma de un pacto tripartito de asistencia mutua, en el que veía la mejor garantía contra la agresión fascista. De hecho, la iniciadora de ese pacto fue precisamente la URSS. Bajo la presión de vastos sectores de la opinión pública británica y de algunos Estados extranjeros que temían de manera especial a Hitler y Mussolini, la "camarilla de Cliveden", enemiga acérrima de semejantes planes, se vio obligada a maniobrar y a aparentar de cuando en cuando que estaba dispuesta a crear la barrera tripartita contra los agresores. Estas maniobras alcanzaron su mayor amplitud en 1939, después de que Hitler hizo trizas el acuerdo de Munich. Ese fue el origen de que Inglaterra (y Francia) concediesen en marzo y abril de 1939 garantías unilaterales a Polonia, Rumania y Grecia para el caso de que dichos países se vieran atacados por los Estados fascistas. Ese fue también el origen de que el Gobierno de Chamberlain (lo mismo que el de Daladier) considerase necesario participar en las negociaciones tripartitas para la firma de un pacto de asistencia mutua con la URSS. Pero fueron negociaciones entabladas en contra de su voluntad, a la fuerza y con el propósito de engañar a las masas. Por eso se redujeron, de hecho, al más puro sabotaje, del que tan abundantes ejemplos hemos citado en las páginas que anteceden. Lo que más preocupaba a Chamberlain (y Daladier) no era concluir cuanto antes el pacto tripartito, sino encontrar las vías para rehuir su firma. Esta línea de conducta del Gobierno británico (y del francés) tuvo como consecuencia inevitable que las conversaciones tripartitas entraran definitivamente en un atolladero en agosto de 1939. Se hizo completamente claro que, como consecuencia del sabotaje de Chamberlain y Daladier (¡y sólo como consecuencia de él!), era imposible levantar una barrera tripartita verdaderamente eficaz frente a los agresores fascistas.

4. Por cuanto había resultado imposible, en contra de nuestra voluntad, la mejor forma de lucha contra la agresión de las potencias fascistas, la Unión Soviética tuvo que pensar en otros caminos para garantizar su seguridad, aunque sólo fuera de una manera temporal y precaria. En los primeros meses

que siguieron a la Revolución de Octubre, el gran Lenin dio un ejemplo genial de maniobra en la palestra internacional. Con el deseo de asegurar a la Rusia Soviética, recién nacida, una "tregua" –que es lo que más necesitaba entonces–, Lenin propuso al principio a todos los países beligerantes la firma de una paz democrática general sin anexiones ni contribuciones. Veía en ello la forma más deseable de que el País Soviético obtuviera una "tregua", capaz incluso de convertirse en un largo período de paz. Sin embargo, cuando estuvo claro que el llamamiento del Gobierno soviético había caído en un terreno pedregoso, Lenin decidió concertar la paz por separado con la coalición alemana. Era, como decía Lenin, una paz "grosera", extremadamente desventajosa para la Rusia Soviética; pero, de todos modos, proporcionaba a ésta una "tregua" temporal y, como demostraron los acontecimientos posteriores, estaba plenamente justificada desde el punto de vista histórico. Recordando este magnífico ejemplo político, el Gobierno soviético decidió seguirlo en 1939. Es claro que la situación y las condiciones eran a la sazón un tanto distintas a las de 22 años antes (sobre todo porque, desde entonces, había crecido en inmenso grado el poderío del País de los Soviets); pero, no obstante, en la situación mundial de 1939 concurrían no pocos elementos que la hacían similar a la de 1917-1918. Había que impedir a toda costa la creación de un frente único capitalista contra la URSS; había que conjurar o, por lo menos, demorar lo más posible la agresión de las potencias fascistas a la Unión Soviética. Así lo dictaba el sentido elemental de autoconservación, propio de todo Estado, cualquiera que sea su naturaleza. Así lo dictaban también consideraciones de carácter más general. Porque en el período que analizamos, la Unión Soviética no era simplemente una gran potencia de nuestro planeta. La Unión Soviética representaba algo mucho más importante: *era entonces el único país de la Tierra que constituía la patria del socialismo y llevaba en sí el germen del futuro comunista de toda la humanidad.* Sobre los hombros de los soviéticos de aquella época, en particular sobre los hombros del Gobierno soviético, recaía una grandísima responsabilidad por el mantenimiento de la integridad e independencia de un país de tan excepcional importancia histórica. Esta responsabilidad grandiosa requería también audacia, flexibilidad y decisión grandiosas.

5. A mediados de agosto de 1939, el Gobierno soviético

llegó definitivamente a la conclusión de que la política de Chamberlain y Daladier excluía la posibilidad de concluir un eficaz pacto tripartito. Decidió, por ello, cambiar su rumbo político: cesar las negociaciones con Inglaterra y Francia, que carecían de sentido, y concertar un acuerdo con Alemania. Nuestros adversarios del extranjero han puesto en circulación la leyenda calumniosa de que el Gobierno soviético jugó con dos barajas durante la primavera y el verano de 1939: sostuvo negociaciones públicas con Inglaterra y Francia acerca del pacto tripartito de asistencia mutua contra los agresores y, a espaldas de ellas, trató en secreto de concertar un acuerdo amistoso con Alemania y, en última instancia, prefirió Alemania a las "democracias occidentales". Con el propósito de demostrar estos pérfidos infundios, el Departamento de Estado de los EE.UU. llegó incluso a publicar en 1948 una recopilación, en extremo tendenciosa, de documentos diplomáticos alemanes de que se apoderaron los norteamericanos en Alemania. Empero, el análisis circunstanciado de los citados documentos (correspondientes al período de las negociaciones tripartitas) que hemos hecho en las páginas precedentes prueba sin ningún género de dudas la completa falsedad de semejantes afirmaciones. Por el contrario, hasta mediados de agosto de 1939, a pesar del flagrante sabotaje de las negociaciones tripartitas por los gobiernos de Inglaterra y Francia, la URSS fue leal por completo a sus compañeros de negociaciones y rechazó todos los intentos de Alemania (no pocos, por cierto) de clavar una cuña entre la URSS y las "democracias occidentales". Y cuando, a mediados de agosto, el Gobierno soviético llegó a la conclusión de que las negociaciones tripartitas carecían de toda perspectiva, decidió cambiar el rumbo de su política y, en efecto, lo cambió. El Gobierno soviético ejerció en este caso el derecho legítimo de cualquier Gobierno de sustituir una línea política con otra si las circunstancias le obligan a ello. En este caso concreto, el cambio de rumbo estaba más que justificado, pues fue impuesto al Gobierno soviético por la estúpida y criminal conducta de Chamberlain y Daladier.

6. El pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939 no fue, naturalmente, un acto perfecto (el propio Gobierno soviético jamás lo consideró así); pero, en todo caso, conjuró la posibilidad de que se formase un frente único capitalista contra la URSS, libró a 13 millones de ucranianos y bielorrusos occidentales del terrible destino de convertirse en esclavos del

hitlerismo, aseguró la reunificación nacional de todos los ucranianos y bielorrusos en una sola familia que marcha rápidamente por la vía del desarrollo socialista y avanzó las fronteras soviéticas varios centenares de kilómetros en dirección occidental, hecho que tuvo gran importancia estratégica. Como mostraron los acontecimientos ulteriores, el citado acuerdo retrasó cerca de dos años la agresión de Alemania a la URSS, facilitó en gran medida la defensa de los centros vitales del país y el paso de las fuerzas armadas soviéticas a la victoriosa contraofensiva, hizo posible la derrota de la Alemania hitleriana y creó las premisas para un restablecimiento más rápido de la URSS en sus fronteras actuales.

* * *

Como colofón, quisiera reproducir aquí dos fragmentos de manifestaciones hechas por dos hombres que pertenecen a campos opuestos.

El 27 de noviembre de 1958, Nikita Jruschov envió a Dwight Eisenhower, a la sazón Presidente de los EE.UU., una extensa nota, en la que se refería de pasada a la situación mundial existente en vísperas de la segunda guerra mundial.

"Es sabido –decía en esa nota el jefe del Gobierno soviético– que los EE.UU., así como la Gran Bretaña y Francia, no llegaron en el acto, ni mucho menos, a la conclusión de que era necesario colaborar con la Unión Soviética para hacer frente a la agresión hitleriana, a pesar de que el Gobierno soviético se manifestó constantemente dispuesto a ello. En las capitales de los Estados occidentales prevalecieron durante largo tiempo las aspiraciones opuestas. . .

Sólo cuando la Alemania fascista, después de echar por tierra los cálculos miopes de los inspiradores de Munich, se volvió contra las potencias occidentales; sólo cuando el ejército hitleriano inició su avance hacia Occidente, aplastando a Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda y precipitándose sobre Francia, los gobiernos de los EE.UU. y de la Gran Bretaña no tuvieron más remedio que reconocer sus errores de cálculo y seguir el camino de organizar conjuntamente con la Unión Soviética la resistencia a la Alemania y la Italia fascistas y al Japón. Si la política de las potencias occidentales hubiera sido más perspicaz, esa colaboración de la Unión Soviética, EE.UU., Gran Bretaña y Francia podría haberse

establecido mucho antes, ya en los primeros años que siguieron a la toma del Poder por Hitler en Alemania, y *entonces no hubiese habido ni ocupación de Francia, ni Dunkerque, ni Pearl Harbor* (subrayado por mí. *–I. M.*)"*. Entonces hubiera sido posible conservar los millones de vidas humanas entregados por los pueblos de la Unión Soviética, Polonia, Yugoslavia, Francia, Inglaterra, Checoslovaquia, EE.UU., Grecia, Noruega y otros países para dominar a los agresores.

W. Churchill dice en sus memorias de guerra, refiriéndose a las negociaciones tripartitas de 1939:

"No puede caber duda, incluso a la luz de la perspectiva histórica, de que la Gran Bretaña y Francia deberían haber aceptado la propuesta rusa... Pero míster Chamberlain y el Foreign Office parecían encantados por el enigma de la esfinge. Cuando los acontecimientos se desarrollan con tal rapidez y abundancia como ocurrió en aquel tiempo, lo más acertado es dar consecuentemente un paso tras otro. La alianza de Inglaterra, Francia y Rusia en 1939 habría despertado la más profunda alarma en el corazón de Alemania, y *nadie puede probar que la guerra no habría sido evitada entonces* (subrayado por mí. *–I. M.*). El paso siguiente podría haber sido emprendido existiendo superioridad de fuerzas a favor de los aliados. La diplomacia habría reconquistado la iniciativa. Hitler no podría haberse permitido ni embarcarse en una guerra en dos frentes, que con tanta fuerza condenó siempre él mismo, ni permitir un fracaso. Es una lástima que no fuera colocado en tan difícil situación, que podría haberle costado la vida... Si, por ejemplo, míster Chamberlain hubiese dicho al recibir la propuesta rusa: "Sí, unámonos los tres y retorzamos el cuello a Hitler", u otras palabras por el estilo, el Parlamento las habría aprobado, Stalin lo habría comprendido y la historia podría haber seguido un curso diferente... En lugar de eso, siguió (en respuesta a la proposición rusa. *–I. M.*) un largo silencio y, mientras tanto, se prepararon distintas semimedidas y compromisos artificiosos"**.

A pesar de todas las diferencias existentes entre los autores de las citas que acabo de reproducir (y no considero que sea necesario demostrar que son muy grandes), ambos coinciden en la opinión de que la segunda guerra mundial podría haber sido conjurada si la URSS, Inglaterra, Francia y los

* *Pravda*, 28 de noviembre de 1958.
** W. Churchill, *Second World War*, vol. 1, pp. 325-328.

EE.UU. (y, como mínimo, la URSS, Inglaterra y Francia) hubieran creado con rapidez, firmeza y decisión una barrera eficaz contra la agresión de las potencias fascistas.

¿Quién impidió la creación de esa barrera? ¿La Unión Soviética? ¡No, la Unión Soviética no tiene la culpa de eso! Al contrario, la Unión Soviética hizo todo lo humanamente posible para levantar una barrera frente a la agresión. Cuanto hemos dicho a lo largo de este libro no deja la menor duda de ello. Quienes impidieron, efectivamente, la creación de la barrera tripartita fueron la "camarilla de Cliveden" en Inglaterra y las "doscientas familias" en Francia. Y si se habla de las personas que ayudaron a Hitler, de las que encarnaron en mayor grado a esas fuerzas reaccionarias y aplicaron con la mayor actividad la política que les convenía, habrá que mencionar en primer término a Neville Chamberlain y a Daladier. Es difícil sobrestimar toda la gravedad de su responsabilidad histórica por el desencadenamiento de la segunda guerra mundial y por las innumerables víctimas, pérdidas y sufrimientos que acarreó a todo el género humano.

INDICE

50
40
90
100
150
62

70
3
210


MINISTERIO DE HACIENDA
REPUBLICA DE CUBA
BIBLIOTECA